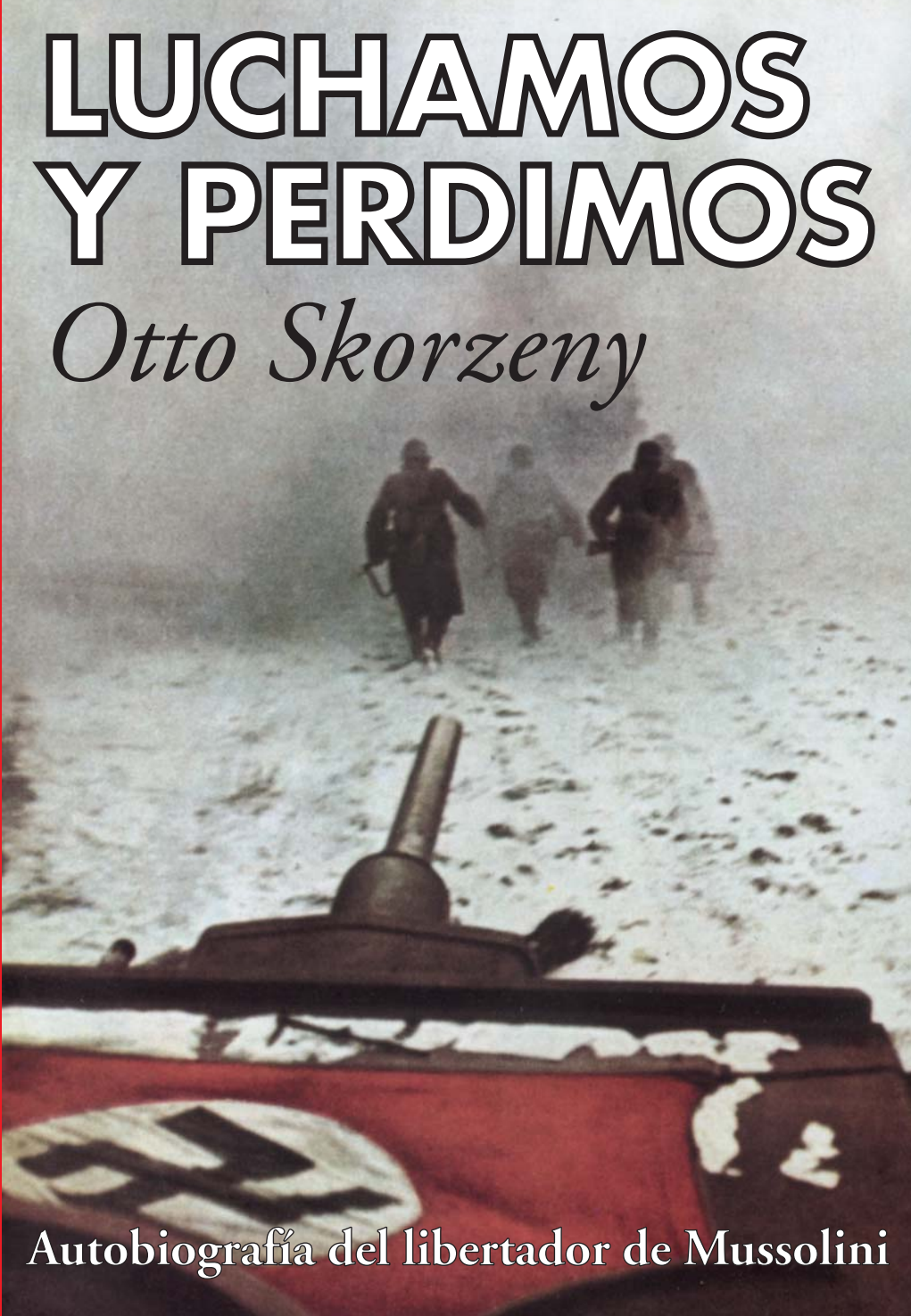
LUCHAMOS Y PERDIMOS

Otto Skorzeny



Autobiografía del libertador de Mussolini

LUCHAMOS Y PERDIMOS

(La primera parte de esta obra se titula
VIVE PELIGROSAMENTE)

Las Waffen-SS tenían 38 divisiones
con un total de 900.000 hombres en los
frentes.
De ellos cayeron en todos los frentes
de la guerra más de
360.000 soldados,
suboficiales y oficiales
de las Waffen-SS,
entre ellos
32 comandantes de división.
50.000 soldados
de las Waffen-SS
se consideran desaparecidos.
A soldados de las Waffen-SS
se concedieron las siguientes
condecoraciones de mérito militar:
2 Hojas de roble con espadas y brillantes
junto a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro,
24 Hojas de roble con espadas junto a la Cruz de Caballero
de la Cruz de Hierro,
70 Hojas de roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro,
463 Cruces de Caballero
de la Cruz de Hierro.
Después de la concesión
de estas condecoraciones
cayeron en el campo de batalla:
8 portadores de las Hojas de roble con
espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro,
24 portadores de las Hojas de roble
de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.
160 portadores de la Cruz de Caballero
de la Cruz de Hierro.

OTTO SKORZENY

LUCHAMOS Y PERDIMOS

EDITORIAL ACERVO

BARCELONA

Versión española de:
E.O.

Revisada por:
J.M.A.

Título de la obra original:
WIR KÄMPFTEN WIR VERLOREN
© Ring Verlag, Helmut Cramer-Sieburg
© Editorial Acervo - Barcelona, 2003

Diseño cubierta:
José A. y Javier Llorens

EDITORIAL ACERVO, S.L.,
General Mitre, 200. Barcelona

1ª edición: marzo 1966
2ª edición: diciembre 1972
3ª edición: julio 1979
4ª edición: 2003

Impreso en España

Impreso por: Publicaciones Digitales, S.A.
www.publidisa.com — (+34) 95.458.34.25.(Sevilla)

I.S.B.N.: 84-7002-028-5
Depósito Legal: SE-1783-2003

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo del editor.

A TODOS LOS CAMARADAS
CAIDOS EN LA GUERRA
1939-1945

Skorzeny

Capítulo XVIII

El capitán von Fölkersam. — El batallón de cazadores 502. — Sección Armas Especiales. — Hombres-rana. — Unidades de acciones especiales de la marina de guerra. — Torpedo humano "Negro". — Cabeza de puente del Anzio. — Ofensiva en pequeño. — Indicios de la invasión. — Incomprensión del oficial de la oficina. — Hanna Reitsch. — ¿Autosacrificio? — V-1 tripulada. — La idea se vuelve realidad. — El mariscal de campo Milch dice que sí. — Burocracia engañada. — Una mujer se atreve. — "Todo de primera". — Demasiado tarde. — Schellenberg sucesor de Canaris. — Cazador de noche deserta. — Gentlemen's Agreement.

El Mando Supremo de la marina de guerra me había invitado en la Navidad de 1943 a un hogar de reposo para tripulaciones de submarinos. En Zuers, junto a la montaña de Arl, estuvimos esquiando durante ocho días con buena nieve. Mientras tanto en Friedenthal se había realizado el trabajo preparatorio para una colosal guerra de papel, y al regresar empecé mi tarea en las oficinas del Mando Supremo de las Waffen SS. En nuestra patria toda unidad militar precisaba disponer de su KStN y KAN. Para los lectores que no gusten de abreviatu-

ras las escribimos integramente: Comprobación de Efectividad de Guerra y Comprobación de Equipos de Guerra. Constituían gruesos cuadernos destinados al uso de cada compañía.

Mi buen capitán von Fölkersam —que había sido ascendido— y yo, nos habíamos propuesto crear también para nuestra unidad especial las correspondientes KStN y KAN y hacer que las autorizaran: con nuestra escasa experiencia de subordinados creíamos entonces que las entregas de personal y material se obtenían fácilmente. Después de una espera de varias semanas y frecuentes discusiones, en las que había que luchar por cada hombre, cada pistola y cada coche, alcanzamos nuestra meta. Debíamos ir a buscar las autorizaciones. Esperábamos obtener por fin la recompensa a un trabajo tenaz.

Aquel día representó para Fölkersam —como para mí y todos mis colaboradores— una gran desilusión: La KStN y la KAN fueron autorizadas y se ordenó oficialmente la formación del batallón de cazadores n.º 502. El comandante de la reserva Otto Skorzeny asumió el mando del batallón. La frase final inscrita en la orden de constitución me ha quedado bien grabada en la memoria. Nos conmovió profundamente, y no sabíamos si reír por la aparente broma de mal gusto o maldecir al mundo entero. Decía así: "No obstante, la oficina del Mando Supremo de las Waffen-SS llama expresamente la atención acerca del hecho de que no debe contarse con una entrega de personal ni de material".

Teníamos, por lo tanto, sólo un papel mojado. Después de haber digerido el primer disgusto, nuestro antiguo grito de guerra "fácil para nosotros" nos devolvió nuestro buen humor y apreciamos adecuadamente la situación. Tomamos dos decisiones: primera, tratar de comprender el engaño de dicha frase; segunda, elegir cuanto antes una base más amplia, es decir, la Wehrmacht entera, como fuente de reclutamiento. Esta fue la causa de que más tarde, en mis unidades estuvieran representadas cada una de las cuatro partes de la Wehrmacht: Ejército, Marina, Fuerzas Aéreas y Waffen-SS.

De forma un tanto divertida conseguí que colaborase conmigo mi futuro IA (oficial de Estado Mayor), el aquel entonces teniente Werner Hunke. El departamento "Lejano Oriente" de la Oficina VI buscaba un buen jefe para la sección China. De manera complicada, y aún hoy para mí inexplicable, se habían enterado en la misma de que en una división de Finlandia existía un hombre con las cualidades que se requerían. Después de laboriosas gestiones y mucho papeleo, el experto en asuntos chinos, Werner Hunke, fue trasladado a la Oficina VI, para dedicarse desde entonces al servicio de información política. Con gran asombro de todos los participantes se descubrieron en seguida dos circunstancias: en primer lugar, que Hunke había nacido en China, pero había abandonado el país de los mandarines a la edad de año y medio; en segundo, que no tenía deseos de dedicarse al servicio de información. Le conocí y me gustó. El mismo día de conocerle fue trasladado, como jefe de compañía, al batallón de cazadores n.° 502; y nosotros le aplicamos un apodo de auténtico sabor chino: "Ping-Fu".

En febrero de 1944 se sumó a mis funciones una nueva actividad que se podría denominar como "Armas especiales". Después de que parte de Italia, bajo la dirección de Mussolini, siguió luchando a nuestro lado, se habían estrechado las relaciones entre la Wehrmacht italiana y la alemana. Tuvimos también noticia por la Abwehr alemana de la actividad de una de las mejores unidades italianas, la "X Flotilla MAS".

Entonces estaba bajo el mando del capitán de navio Príncipe Valerio Borghese, miembro de una de las más aristocráticas familias italianas.

Esta unidad había desarrollado varios de los llamados medios de "combate especial" para su aplicación al mar. Contaban entre otros, con las pequeñas embarcaciones explosivas, cuyo piloto, poco antes de alcanzar su objetivo, era lanzado junto con su silla fuera de la embarcación y con un torpedo especial donde se sentaban dos buceadores que podían dirigirse bajo el agua contra el buque enemigo. Valientes comandos italianos ya habían realiza-

do con esta arma dos ataques muy comentados en los puertos de Alejandría y Gibraltar. También había sido formada en la "X-Flotilla-MAS" una unidad de hombres-rana, que, buceando, podían alcanzar un buque enemigo para adherirle una carga explosiva. Esta estratagema se mejoró con el invento de dos austríacos, el brigada Hass y el brigada N., ya conocidos antes de la guerra, estudiantes ambos por aquel entonces. Se colocaban en los pies unas aletas de goma, y obtenían fotos muy interesantes bajo el agua. Estas aletas aumentaban la velocidad natatoria y les ahorraban energía física. El capitán alemán H., de la sección de Abwehr n.º II había hundido él solo más de 50.000 toneladas en bruto de buques mercantes enemigos.

Cierto día recibí la orden de visitar al vicealmirante Heye. Me recibió un hombre pequeño, muy vivo, de unos cincuenta años. Tenía el mando de las recién formadas "unidades de acciones especiales de la marina de guerra" (KdK). Algunos miembros escogidos de mi batallón debían participar en el entrenamiento.

Las ideas fundamentales que fueron expuestas por el almirante, con el que pronto me unió una buena relación de trabajo y al que concedí mi confianza, eran convincentes y me impresionaron. La marina alemana, exceptuando a los submarinos, las unidades de lanchas rápidas y de minadores, no tenían ninguna posibilidad de actuar frente a grandes formaciones, ni de atacar a las flotas enemigas en la guerra del mar. Sólo las misiones de transportes y avituallamientos importantes le quedaron reservadas. Existían muchos soldados y oficiales de la marina cuya energía y espíritu bélico requerían actuaciones de cualquier índole.

Partiendo de las experiencias de los italianos, el almirante Heye y sus colaboradores crearon en pocos meses nuevas y eficaces armas especiales. La idea fundamental era aprovechar, en lo posible, lo existente y perfeccionarlo. Todo debía realizarse con la máxima rapidez, pues sabíamos que era cuestión de tiempo. La guerra tocaba a su fin. Existían en Alemania bastantes hombres dispuestos a sacrificarse y a participarse voluntariamente en

una empresa peligrosa y con frecuencia solitaria. Todos querían luchar para la victoria alemana. ¿No era fascinante para cualquier hombre valiente atacar junto con algunos compañeros a los potentes barcos enemigos? Los constructores de la marina de guerra utilizaban los torpedos normales, descargaban la carga explosiva, colocaban una cúpula de vidrio y una manivela de dirección, montaban un segundo torpedo cargado debajo del primero, y el "torpedo tripulado" con el nombre de camuflaje "*Negro*" y con 10 millas marítimas de alcance, aproximadamente, quedaba dispuesto.

Los primeros torpedos tripulados representaron un arma bastante rudimentaria e imperfecta. Pero nuestra confianza en la sorpresa del enemigo estaba justificada. Al mismo tiempo empezaron las pruebas de perfeccionamiento, y en pocos meses se construyeron torpedos tripulados, capaces de sumergirse como un submarino de pequeño tamaño.

El primer ataque de esta nueva arma, en el que también participaron algunos hombres de mi batallón, constituyó un éxito completo. En la madrugada de un día de verano de 1944 veinte hombres de las unidades de acciones especiales empujaron hacia el agua sus pequeñas embarcaciones en la parte norte de la cabeza de puente aliada, cerca de Anzio (Italia). Sin ser vistos, enfocaron sus objetivos hacia los barcos de guerra y de transporte anclados, y tiraron de la palanca para soltar el torpedo inferior. Pocos segundos más tarde se oyeron las explosiones, y la formación de buques salió bruscamente de su tranquilidad. Como resultado: un crucero con averías, una lancha torpedera hundida y más de 30.000 toneladas de buques de transportes hundidos o averiados. Esto fue obra de un escaso número de soldados decididos. Siete hombres volvieron en seguida con sus torpedos y otros seis enfilaron hacia la cabeza de puente enemiga. En las noches siguientes regresaron a sus líneas arrastrándose entre las posiciones enemigas. Siete soldados habían hallado su tumba en el mar. Diversas misiones posteriores consiguieron otros pequeños éxitos en el mar Mediterráneo y en la costa del canal. El ene-

migo, naturalmente, se enteró pronto de la escasa consistencia de las pequeñas cúpulas de vidrio de los torpedos tripulados, y advirtió el peligro que representaban. Allí donde aparecían, disparaban sobre las mismas desde todas sus baterías. Algunas veces tuvo éxito este truco: por la noche, se echaban al agua, desde un avión, si el viento y las corrientes eran propicias, algunas cúpulas de vidrio vacías que pudiesen flotar. Un nutrido fuego enemigo era concentrado de pronto sobre las inofensivas dianas. Mientras tanto se acercaban silenciosamente desde otra dirección los peligrosos torpedos tripulados.

Los participantes que sobrevivieron del ataque en Anzio fueron conducidos al cuartel general del Gran Almirante Dönitz, para recibir allí sus merecidas condecoraciones. Fue un noble gesto del Gran Almirante el invitarme personalmente a la pequeña fiesta, dada para honrar a los componentes de mi batallón. Todos los soldados de marina que intervinieron en el ataque fueron también mis huéspedes en Friedenthal. Se organizó un acto de fraternización, tan alegre y húmedo, como suelen ser los que se celebran entre los viejos y auténticos lobos de mar.

No es mí propósito describir aquí todas las armas especiales y acciones de las unidades especiales de la marina de guerra. Sólo quiero exponer algunos hechos, ya que como técnico sentía gran admiración por todas las ideas nuevas y veía en el empleo de estas armas una posibilidad de acabar en algunos lugares con la pasividad de la lucha defensiva. Y sólo el hecho de que tales inesperadas actuaciones especiales se efectuasen con unos pocos soldados alemanes bastaba para infundir a los aliados cierta intranquilidad en todos los frentes. Una consecuencia inmediata podría haber sido la paralización de algunas fuerzas que ya no estaban total y exclusivamente disponibles para objetivos de ataque, por ejemplo.

Por otro lado, si un enemigo extrae de su sistema de combate —que desde hacía varios meses era puramente defensiva— la fuerza y la tenacidad para realizar algunos ataques, esto siem-

pre es para el bando enemigo una señal de que la voluntad de combatir aún no se ha extinguido y que, por tanto, no cabe despreciar al contrario. Nuestras lanchas explosivas, que representaban una notable mejora sobre la construcción italiana, actuando bajo el nombre de camuflaje "Linse". Se adoptaron las instalaciones electrónicas de control a distancia ya fabricadas para los pequeños tanques explosivos "Goliath" que hicieron posible dirigir dos lanchas explosivas sin tripulación desde una lancha tripulada. Era también técnicamente perfecta la solución de que el cuerpo explosivo, una vez llegado a su objetivo, se hundiese y sólo llegase a estallar a una profundidad determinada. Con ello se aumentaba varias veces el efecto del explosivo especial y se le causaba al barco enemigo una vía de agua casi siempre aniquiladora. También con las "Linsen" se llevaron a cabo varias actuaciones en el mar Mediterráneo y en el frente de invasión no conocidas por el público.

Otra arma especial eran los submarinos de bolsillo (o enanos) que antes que nosotros fueron utilizados por los japoneses y en una ocasión por los ingleses en Noruega. Había varios tipos con los que también se efectuaron algunos ataques, hasta el fin de la guerra, ciertamente con graves pérdidas para nosotros. Hasta ese momento se trabajó en mejorarlos.

En la primavera de 1944 todos hacíamos cálculos acerca de la inevitable invasión sobre el continente europeo. En mayo de 1944 vi las fotografías aéreas de los puertos del sureste de Inglaterra y participé en los vaticinios o conjeturas cuando se comprobó por vez primera en las fotos la existencia de largas hileras de delgados rectángulos colocados uno al lado del otro. Sólo después de algún tiempo se llegó a aceptar como válida la teoría de que se trataban de puertos artificiales transportables, destinados a la invasión.

Era lógico que a mi Estado Mayor le preocupase la forma de evitar el avituallamiento enemigo en la próxima invasión. Primero pedí al almirante Heye que me informara acerca de las opiniones del alto mando de la Marina de guerra, del lugar donde podía

surgir la invasión según el criterio de la Marina. Me dieron la lista ordenada de diez sectores de la costa, en la península de Cherburgo, con detalles exactos de las posibles zonas de desembarco que figuraban como más probables. Esta predicción, cuya exactitud se demostró más tarde, seguramente se había difundido en todos los puestos militares.

El capitán von Fölkersam trabajaba entonces bajo mis órdenes como Jefe de mi Estado Mayor en un programa que había de ser realizado simultáneamente en las supuestas zonas de desembarco. Nos proponíamos transportar ya entonces algunas pequeñas unidades de KdK a los sectores costeros que estaban en peligro y preparar la lucha contra previsibles cuarteles generales y centros de transmisiones enemigos. Habíamos pensado emplear calgas explosivas que podríamos poner en actividad en cualquier momento del desembarco por medio de unos nuevos aparatos de radio desde nuestros propios aviones.

Siguiendo la vía oficial militar, este plan tenía que ser presentado al alto mando del Oeste para su autorización. Después de varias reclamaciones obtuvimos la respuesta de la "ocupadísima" oficina de París. Reconocían que en el fondo nuestro plan seguramente era bueno y realizable. A continuación el gran "pero", que culminaba en la negación, y que trato de reproducir lo más fielmente posible: "Es probable que los necesarios trabajos preparatorios para su plan no pueden mantenerse en completo secreto para las tropas de ocupación alemanas estacionadas en la costa. Y toda preparación de esta clase podría destruir en dichas tropas la creencia en la absoluta impenetrabilidad del muro del Atlántico. Por esta razón debe denegarse la autorización para dicho plan". Debajo figuraba la correspondiente firma ilegible. Creo que semejante fundamentación no se quiere hoy considerar como auténtica o no se cree posible que lo sea; quizás en el fondo existían otros motivos detrás de todo el asunto. Pero precisamente por esto lo expongo aquí. Para ser comprendido mejor, quiero manifestar expresamente que nunca creí que la realización de nuestros planes hubiera hecho fracasar el desembar-

co. ¿Pero no es acertado pensar que muchos planes similares de servicios oficiales inferiores quizás se denegaron por motivos parecidos? Sabíamos que la futura operación de desembarco implicaría la decisión final de aquella guerra, y que allí se debía echar el resto en la balanza.

¿Qué utilidad podía tener más tarde el desesperado valor de algunos marineros del almirante Heye, que actuaron junto a Le Havre en medio de las más duras circunstancias, y casi demasiado tarde? ¿Qué utilidad podía tener el que algunos héroes desconocidos fuesen conscientemente más allá del límite de sus armas especiales, para llegar al enemigo y por propia voluntad renunciasen al regreso, exponiéndose a una muerte casi segura?

Habíamos realizado un gran esfuerzo para implantar también en la Luftwaffe el uso de las nuevas armas especiales. Debían efectuarse los correspondientes intentos por la escuadrilla de combate 200. En especial un grupo de hombres, bajo el mando del teniente. Lange, se ocupaba activamente en esta tarea. Incluso intentaban ir más lejos, y se manifestaron dispuestos a volar, sacrificándose a sí mismos, con una bomba planeadora contra un objetivo importante. También en esta cuestión se pensaba ante todo en la posibilidad de atacar a los buques.

Este grupo de hombres estaba considerado por muchos como unos locos o por lo menos como fanáticos. ¿Podría pensarse que una persona normal fuese voluntariamente a la muerte? ¿No se iba acaso demasiado lejos en este sacrificio por la patria? ¿Era acaso compatible con la mentalidad del alemán, al fin y al cabo un europeo? Cuando oí por primera vez hablar de estos planes pensé de esta forma. También me enteré entonces —debió de ser en la primavera de 1944— que Adolfo Hitler no estaba plenamente de acuerdo con tales planes.

Según me dijeron, su opinión era que el sacrificio de sí mismo por tal procedimiento no correspondía al carácter de la raza blanca ni por tanto a la mentalidad alemana. Los "vuelos de la

muerte" de los japoneses no podían ser imitados por nosotros.

Pero pronto se demostró que no era así. Me habían aconsejado que hablara de dicho tema con la famosa aviadora alemana Hanna Reitsch. Acepté con gusto tal indicación, ya que tenia interés en conocer a la mujer que actuaba, desde hacía varios años, con la valentía de un hombre, en las pruebas de los nuevos modelos de aviones. De manera especial me maravilló el hecho de que como mujer hubiese participado prematuramente en vuelos de aviones de cazas a reacción más rápidos y modernos y que a pesar de una grave caída que tuvo efecto dos años antes estuviera otra vez en plena actividad. Aquella tarde me vi frente a una mujer menuda y delicada en una habitación pequeña, pero cómodamente amueblada, de la casa destinada para los aviadores. Su rostro mostraba claras huellas del grave accidente, y sus grandes ojos vivos y azules me observaban con actitud crítica. Exponía abierta y sinceramente sus pensamientos. No sólo aceptaba las teorías de Lange sin reservas, sino que ella misma estaba dispuesta actuar de acuerdo con esas teorías.

—No somos unos locos, que quieren poner en juego su vida sin ningún motivo —dijo con energía—; somos alemanes que aman ardientemente a su Patria, que conceden muy poco valor a su propia persona, ante el bien y la felicidad de la colectividad. Por eso estamos dispuestos a morir si lo exige la Patria.

Entonces comprendí este idealismo. Ciertamente, también el soldado en el frente ponía cada día y cada hora en juego su vida; pero raras veces creyendo que no habia alguna posibilidad de sobrevivir. Aquellos hombres tampoco estaban cansados de vivir. Entonces comprendí a Hanna Reitsch; la mujer que luchaba por Alemania con ferviente ardor, y también al teniente Lange y a muchos de sus camaradas, que se habían dispuesto a utilizar semejante táctica sin pensar en condecoraciones o en ganar fama. Pese a todo, creía que era preciso cambiar el empleo de estas armas. Al principio nos vimos obligados por la premura de tiempo a emplear el camino indicado por Lange. Al mismo tiempo,

teníamos que buscar una resolución que proporcionara al piloto una mínima posibilidad de salvar la vida. Después se demostró que la voluntad de actuación de la mayoría de los voluntarios aumentaba cuando se les daba un uno por ciento de posibilidades de sobrevivir. Esto no sólo era válido para esta clase de armas; también enfrente había cientos y miles de tales "comandos celestes".

Sin embargo, el progreso de las pruebas en el escuadrón de combate 200, que estaba entonces a las órdenes del teniente coronel Heigl, no resultaba tan positivo como lo deseaban los participantes. Yo observaba todas las fases con suma atención, pues se relacionaban con mi propia idea. Quería aumentar la posibilidad de éxito de las unidades de acciones especiales de la marina de guerra por medio de una actuación simultánea de armas especiales en el aire. La simultaneidad de los ataques debía destrozar la defensa del enemigo y con ello disminuir nuestras bajas. Otra idea fundamental de la marina, la de transformar armas existentes para una acción especial, en principio no parecía poder aplicarse en la Luftwaffe.

Entonces una visita casual a Peenemünde me dio una idea. Junto con un teniente coronel de la Luftwaffe había volado en una avioneta Bücker-Jungmann a Usedom, la isla del mar Báltico. Quería ver los campos de pruebas de la V-1 y de otras armas secretas. No creí que por aquel entonces se me enseñase todo lo que estaba en desarrollo; pero lo visto me bastaba. Aquí realmente estaban en fase de pruebas nuevos tipos de armas de represalia. Cuando estudié mejor la V-1 y vi un lanzamiento desde la pista de despegue, se me ocurrió pensar si se podían tripular estos cohetes de forma parecida a los torpedos. Hice que me diesen rápidamente algunas cifras acerca del peso total, combustible, explosivo y de los aparatos de navegación. Yo no era ingeniero de aviación y por lo tanto estaba en sus manos respecto a la técnica, y por ello trataba de adquirir conocimientos lo más rápidamente posible.

Durante todo el vuelo de regreso, que pude realizar para mi

satisfacción personal en el timón doble, seguí pensando sobre el asunto. Aterrizamos en el aeropuerto de la fábrica Heinkel, en Berlín. Radl, que me esperaba, me oyó desde lejos:

—Esta noche nos divertiremos; dormir no tiene importancia —dijo bromeando.

Efectivamente; conseguimos invitar a los caballeros elegidos para aquella noche a una reunión de trabajo junto al Wannsee, en una hospedería de la Oficina VI. Eran nuestros invitados: el constructor de la V-1, señor L., y un segundo ingeniero de la casa Fieseler, el ingeniero diplomado F., el comandante del escuadrón de combate 200, el ingeniero del estado mayor K. del ministerio de aviación del Reich (R.L.M.) y algunos otros técnicos de aviación. Conseguí interesar a aquellos hombres en mi idea y pronto apareció una imagen curiosa. Se había estirado sobre el suelo papel de dibujo y unos hombres de uniforme estaban allí, echados, dibujando y llenando papeles con los más diversos cálculos. Nadie miraba el reloj y olvidamos el tiempo. Hacia las cinco de la madrugada habíamos terminado. Los técnicos me aseguraron que la idea de la V-1 tripulada era realizable y que se podía efectuar con un gasto mínimo de tiempo y de trabajo. Mientras estábamos reunidos alrededor de una botella de vino y bebíamos por el éxito de nuestro trabajo, las caras se tornaron repentinamente serias; me enteré de que debíamos contar con las máximas dificultades burocráticas por parte del ministerio de Aviación. Eliminar éstas debía ser el cometido primordial y más difícil.

Según creía entonces, el primer escollo decisivo lo salvé con un feliz salto empleando un pequeño truco, que hoy se me ha perdonado en atención a mi buena voluntad. Se trataba de conseguir la autorización del mariscal Milch, al que aún no conocía personalmente. A causa de un "asunto urgentísimo" solicité en la oficina de su ayudante una entrevista rápida que se fijó para el siguiente día. Lleno de esperanza entré en la hermosa sala de trabajo y fui recibido con amabilidad por el mariscal.

Ahora va en serio —pensaba—. La introducción debe ser de-

cisiva. Con mis papeles y los planos de nuestro trabajo nocturno en la mano —los rollos debían tener un aspecto imponente—, empecé a decir:

—Señor mariscal, vengo a presentarle un proyecto conocido al Führer y cuyo desarrollo se sigue con la máxima atención. Con breves intervalos de tiempo he de entregar continuamente informes.

Esto era una fanfarronada y tenía que ejercer un gran dominio sobre mí mismo para no traicionarme. En poco tiempo obtuve autorización para que en breves días pudiera reunirse una comisión de técnicos competentes que trabajara en esta idea. Según suponíamos, pasado poco tiempo, oficiales superiores del RLM tomarían la decisión definitiva.

Tenía un gran auxiliar: el general de ingenieros Hermann. Después de una larga explicación, le había convencido de la viabilidad de mi plan. Con él fui a la reunión de la comisión. Para sorpresa mía presidía la reunión un almirante con una blanca barbita de chivo, que hacía bajar y subir alternativamente durante sus largas explicaciones. Por desgracia, se remontó casi a la época del arca de Noé y aún después de transcurridas dos horas no había pasado de su interesante exposición de las batallas navales de la primera guerra mundial. Sólo entonces conseguimos, después de conjuntar esfuerzos, centrar el tema. Se presentaron algunas ideas en favor del proyecto, pero hubo un mayor número en contra. Las explicaciones del ingeniero del Estado Mayor K., que pudo presentar planos y cálculos completos, apoyadas por el general de ingenieros Hermann, fueron decisivas. Por último expuse el plan que yo había inventado y del cual el "mismo dia" debía informar al Führer. Al día siguiente debían adoptarse decisiones en una reunión más amplia bajo la presidencia del mariscal Milch.

La sala de actos en el RLM era imponente. Primero debía hablarse, como es natural, un poco en "pro" y mucho en "contra". Al principio, el asunto del personal pareció volverse en contra de mi proyecto, pues necesitaba ingenieros, encargados, et-

cétera. Pero en este terrenò yo me había informado bien con anterioridad. Aunque la situación era muy favorable a mi objetivo, en realidad estaba aterrado por un hecho que no había conocido hasta entonces: en el verano de 1944, en el punto álgido de la guerra, que se reflejaba, entre otras cosas, por los cada vez más intensivos ataques aéreos de los aliados, una gran parte de la industria aérea de Alemania no tenía bastante trabajo, a causa de la diversidad de programas. Lancé aquella información como de pasada, ya que no quería dirigir reproches directos, y sólo expliqué que los tres ingenieros y quince encargados calificados que yo necesitaba podían sacarse sin perjuicio de la casa Henschel. También estaba libre una pequeña sala de montaje en el recinto de esta casa, de la que podíamos disponer. Con ello se había destruido un último argumento y el proyecto fue autorizado por unanimidad en la asamblea.

En la consiguiente conversación de carácter predominantemente técnico se me preguntó cuánto tiempo se necesitaría, según mis cálculos, para realizar la primera prueba de una V-1 tripulada. Con base a los datos que me habían dado los técnicos tuve en seguida la respuesta a mano:

—Dentro de cuatro semanas aproximadamente espero realizar los primeros vuelos de prueba.

Casi todos los presentes tuvieron para mí una sonrisa compasiva. Uno de los generales de la Luftwaffe resumió la opinión de la mayoría:

—Mi querido Skorzeny, respetamos su optimismo; pero nosotros, como técnicos y por nuestras experiencias, sólo podemos decirle que en todo caso pasarán tres o cuatro meses hasta que eso sea posible.

Este comentario incisivo y despectivo no me quitó valor en absoluto. Todo lo contrario, había herido mi amor propio de técnico. Ahora actuaría con la mayor rapidez. Habíamos acordado con los ingenieros con los cuales organizamos esta pequeña empresa, hacerla marchar con rapidez. Como se trataba de una verdadera comunidad, se podían alcanzar rendimientos máximos.

Para eficacia en el secreto y también para avanzar más rápidamente, todos los colaboradores se habían obligado a guardar una especie de clausura.

Junto a la gran sala de trabajo y las dos oficinas de construcción, otra sala más pequeña iiba a servir de dormitorio conjunto para ingenieros y trabajadores. Después de dos días, "nuestra" pequeña empresa ya estaba rindiendo a toda marcha.

Alguien más se alegraba de mi primer y rápido éxito contra la burocracia: Hanna Reitsch.

Cuando después de la conversación decisiva en el RLM hablé con el general de ingenieros Hermann, me encontré con ella. Llena de alegría por el resultado del que ya tenía noticias, casi se me echó al cuello y me felicitó con su peculiar entusiasmo. Sólo entonces supe que antes que yo, otra persona había concebido la idea de tripular una V-1. Esta era Hanna Reitsch, que lo había intentado sin éxito, tres meses antes. Su admiración fue sincera al saber que yo había tenido el mismo plan que ella.

—Estoy contigo en cuerpo y alma y te ayudaré en todo —me dijo.

En previsión había pedido ya la autorización para ejercitar con los pilotos de pruebas. Lo increíble se hizo realidad; en jornadas de quince horas los hombres lo habían conseguido. No en cuatro semanas; en diez días ya estaban las tres primeras máquinas dispuestas para despegar en un campo de pruebas cerca de Rechlin, donde entonces efectuaban sus últimos vuelos de prueba los nuevos aviones a reacción. En un soleado día de verano, encontré a Hanna Reitsch dispuesta para volar conmigo en la primera prueba en su Bücker-Jungmann particular. El espacio aéreo de Alemania, mientras tanto, se había convertido, durante el dia, en el coto de caza de los aparatos enemigos; por lo cual debíamos volar lo más bajo posible y "saltar vallas", como se dice en el argot de los aviadores.

Hanna Reitsch aparecía en el avión como transformada. Muy concentrada en el despegue, denotaba la seguridad y tranquilidad con que su mano de mujer manejaba aquel aparato ligero. No

daba crédito a mis oídos cuando empezó a cantar a pleno pulmón. Conocía seguramente las canciones populares de su patria Silesia. Aunque el avión tenía doble timón, a mi lado faltaba la palanca de mando. Con un gesto rápido coloqué en el hueco la manivela de arranque, y después de haber situado los pedales a la distancia máxima, tomé a mi cargo el vuelo. Me sentía orgulloso de poder transportar a una de las mejores aviadoras del mundo, y Hanna parecía encontrarse muy a gusto, pues siguió cantando, sin preocuparse, e incluso no protestó cuando fumé un cigarrillo. En silencio pensaba la desagradable sorpresa que tendría la Marina enemiga cuando de repente una V-1 —que no volaba tan inocentemente como en el Canal de la Mancha hacia Inglaterra—, fuese lanzada sobre un barco de avituallamiento. ¿Pensarían al principio que se trataba de una casualidad?

Cuando alcanzamos Rechlin, todo estaba dispuesto para el despegue. La V-1 atada bajo la He-111.

Una vez más, se comprobó el motor a reacción y luego se dio la orden de "despegue". Nosotros, simples espectadores, seguimos con el ánimo tenso lo que acaeció luego. Cuando algo sucede por primera vez, siempre se observa que la tensión se extiende a personas no participantes. En este caso ocurrió así. Todo el personal del aeropuerto, que tantas veces había sido testigo de pruebas, miraba expectante hacia arriba. Del aparato nodriza se desprendía la V-1, que parecía un avión de juguete. Se notaba la rapidísima velocidad del pequeño pájaro. Una velocidad de seiscientos kilómetros por hora contra trescientos aproximadamente de la He-111. A mil metros de altura, más o menos, el piloto de la V-1 trazó unas amplias curvas. Según observamos todo parecía estar en orden. El piloto disminuía visiblemente la velocidad del reactor y bajó para aterrizar. Una vez sobrevoló a unos cincuenta metros de altura el aeropuerto en la dirección contraria al viento.

—¡Dios mío! —pensamos—, aún lleva demasiada velocidad; que no le pase nada.

Ya llegaba por segunda vez. Y ésta parecía ir en serio; dis-

taba tres metros del suelo. Pero al parecer lo pensó mejor. No se colocó sobre el ancho patín; se levantó un poco.

—¿Tiene el piloto miedo de la pista? —nos preguntábamos, mientras crecía nuestra intranquilidad.

Los sucesos se precipitaron. La V-1 en su tercer ascenso rozó una colina muy baja y la copa de un árbol. Desapareció detrás de la colina, pero dos densas nubes de polvo indicaron que había ocurrido un accidente.

Rápidamente salté sobre un vehículo de cadenas, dispuesto para la marcha, junto con dos sanitarios y marchamos a campo traviesa, a toda velocidad, hacia el sitio del accidente. Vimos de lejos los restos del avión; aquí un ala, allá la otra. ¡Gracias a Dios no se incendió nada! A unos diez metros al lado de la quilla, encontramos al piloto. Se movía; si hubiera accionado la cabina de plexiglás, al dar la vuelta de campana habría sido despedido fuera del aparato. Estaba inconsciente y fue llevado al hospital en seguida. Podíamos hacer suposiciones sobre el suceso por las huellas. El piloto, al parecer, había intentado un aterrizaje forzoso sobre el campo. ¿Por qué? Los técnicos examinaron con sumo cuidado todos los restos que se encontraron. No se advirtió ningún error. Decidimos practicar al día siguiente una nueva prueba. También el segundo piloto de pruebas estaba dispuesto. Y volvió a suceder lo mismo. La V-1 salió. Esta vez el piloto voló durante más tiempo del que se había volado el día anterior, y al descender para el aterrizaje, no llegó a tocar el suelo de la pista. Otro choque ocurrió no lejos del lugar del día anterior. El piloto estaba gravemente herido e inconsciente. Quedamos muy apesadumbrados. Hanna apenas podía contener las lágrimas. ¿Tenían razón los expertos del RLM? ¿Habíamos trabajado con demasiada precipitación?

El ministerio me comunicó que, según las órdenes recibidas, cualquier prueba quedaba prohibida terminantemente. Una nueva comisión volvió a estudiar el caso para tomar luego una decisión. Yo tenía "horror" a tales comisiones. Sabía que transcurrirían semanas. Además, me reprochaba por lo ocurrido con

los accidentados. Las investigaciones hablaban de vibraciones en la palanca del mando, pero no lograban encontrar la verdadera causa de los accidentes.

Una semana más tarde, llegó Hanna Reitsch con el ingeniero que dirigía la construcción y el ingeniero del estado mayor del RLM. En realidad yo esperaba malas noticias. Con gran asombro para mí, me explicó Hanna que los tres estaban seguros de haber encontrado la causa de los dos accidentes. De las fichas de los dos pilotos de pruebas se podía deducir que éstos nunca habían tripulado un aparato verdaderamente rápido. Para dominar la gran velocidad de tan pequeño aparato, se requería mucha experiencia. Los tres estaban convencidos de que no había ningún error decisivo en la construcción. Como demostración de ello, los tres se ofrecieron para hacer ellos mismos vuelos de prueba con los aparatos que entretanto ya se habían fabricado. Sólo había un gran obstáculo: el RLM mantenía su prohibición. Contra esto no se podía hacer nada.

No querían darse por enterados, si yo estaba de acuerdo.

¿Qué hacer entonces?

—Hanna —dije—, si a ti te pasa algo, el Führer personalmente me corta la cabeza.

Pero pronto me vencieron. Me asediaron por todos lados; y apelaron al adagio: "Todo soldado debe tomar sobre sí, en caso de necesidad, la responsabilidad de actuar incluso contra una orden".

Di mi consentimiento. El comandante del aeropuerto debía ser sor rendido y asediado. Y debíamos explicarle que nos habían dado autorización para las nuevas pruebas, verbalmente.

Nunca había latido mi corazón con tanta fuerza como al día siguiente, en el momento en que la cabina de plexiglás se cerró sobre Hanna Reitsch y empezaron a roncar los motores. El despegue y el desprendimiento de la V-1 salieron a pedir de boca. ¡Caramba, cómo volaba la chica! Su pericia se podía adivinar en las briosas curvas que describía. Bajó a terrible velocidad.

Yo sudaba. Le deseaba suerte con todas mis fuerzas. De pronto vimos una nube de polvo sobre la pista de aterrizaje.

Pudimos sacar del asiento a una Hanna feliz.

—¡De primera! —dijo.

Después volaron los dos hombres, y todo salió como se había previsto. Los tres lograron veinte vuelos, y ningún accidente. La idea y la construcción del dispositivo estaban justificadas.

El mariscal Milch palideció cuando le informé que Hanna Reitsch había volado.

—Si algo hubiese salido mal... le habría costado la cabeza —fue el comentario del mariscal.

Pero conseguimos el permiso para seguir con la construcción y preparación. El taller vomitaba aparatos. De cinco a ocho modelos de pruebas más. Del tipo de aviones-escuela de dos asientos se fabricaron veinte aparatos. Al fin salieron los aparatos definitivos de combate. Ya contaba con bastantes voluntarios. Treinta hombre de mi unidad especial habían realizado un curso de piloto, y de la Luftwaffe habían llegado sesenta pilotos voluntarios a Friedenthal. Podíamos empezar. En el puesto correspondiente del RLM había pedido cinco metros cúbicos de gasolina de aviación por alumno, para las prácticas. Pero no conseguimos salvar este último obstáculo. Pasaron muchas semanas; una vez recibíamos diez, otra vez quince metros cúbicos. Mas la importante cantidad prometida no llegó. Yo iba de oficina en oficina; pero aparte de promesas y buenas palabras, no conseguí nada. En otoño abandoné el caso definitivamente; ya que mientras tanto se había producido un empeoramiento en la situación de la guerra. Y me consolé de mala gana en aquellas circunstancias. Todos nuestros planes tácticos habían resultado fallidos. Una V-1 tripulada seguramente no se habria podido identificar con facilidad entre un enjambre de cohetes no tripulados. Los demás trabajos de experimentación orientados a procurar que el piloto tuviese una oportunidad para salvar su propia vida se abandonaron poco a poco. Los voluntarios se quedaron conmigo. No pude lograr que intervinieran en una acción aérea; de forma que,

poco a poco, fueron encuadrados en mis batallones, donde cumplieron con su deber.

En febrero de 1944 el general de brigada Schellenberg había realizado un golpe minuciosamente preparado y secretamente ejecutado. El almirante Canaris había dimitido y, por ello, tuvo lugar cierto cambio de estructuras en el servicio secreto alemán (contraespionaje). Tal como lo veía entonces y a juzgar por mis conocimientos, fueron dos motivos los que de manera especial influyeron en la actuación de Schellenberg. El primero era de índole puramente objetiva: en la guerra era absurdo que trabajasen paralelamente en incluso en oposición el servicio de información militar (servicio de espionaje, sección sabotaje y contraespionaje) y el servicio de información política (Oficina VI). Estos dos servielos de información debían ser dirigidos conjuntamente o, al menos, desde un plano común en que pudiera conseguirse una labor positiva. El segundo motivo era el orgullo personal. La Oficina del Servicio Secreto Militar se denominó luego oficina "Mil" y fue supeditada directamente al jefe de la R.S.H.A. (oficina principal de seguridad del Reich), Dr. Kaltenbrunner. Schellenberg tenía que trabajar en íntima conexión con el jefe de la oficina "Mil". La ideas con que Schellenberg inició aquel trabajo conjunto y los errores que cometió en el mismo se ponen de manifiesto en la siguiente frase:

—A los jefes de sección de la oficina "Mil" los tengo en el bolsillo.

Yo me atrevía dudar por aquel entonces de la veracidad de esta observación. A causa de aquella nueva ordenaelón también entré yo en más estrecho contacto con algunos componentes del Servicio secreto y trabé conocimiento con dicha amplia organización y sus métodos de trabajo. En el coronel del estado mayor general Barón Freytag von Loringhoven conocí a un caballero de la vieja escuela.

Puedo decir que me entendí perfectamente con él, claro está

observando fielmente algunas lógicas reglas de juego. Era un convenio tácito entre nosotros no rozar el terreno de la política. Cada tema se observaba desde el punto de vista común de "Alemania", y esto daba una buena base de entendimiento. Menos comprendí la actitud del coronel de Estado Mayor General Hansen, jefe de la oficina "Mil". No le veía con tanta frecuencia como al coronel Freytag Loringhoven y por ello no tuve relaciones personales con él. Me parecía que precisamente Hansen, al que se le ocultaban dudas interiores, sufría bajo la nueva organización. Tampoco los altos mandos militares estaban muy contentos con esta solución; pues para los militares Keitel y Jodl llevaba de manera demasiado clara el sello de Himmler y de su consejero íntimo Schellenberg, que estaba demasiado interesado personalmente.

A las conversaciones con el coronel del Estado Mayor General Freytag von Loringhoven debo el haber comprendido que Alemania estaba en una posición muy desfavorable en un sector de sus actividades, en el que precisamente se realizaba un trabajo intenso y constante: sabotaje y desmoralización del enemigo. Mi desconfianza para actuar a base de agentes pagados crecía constantemente. Y cada vez eran más escasos los idealistas de origen extranjero, que luchaban con nosotros por convicción, que aceptaban voluntariamente las peligrosas actividades de agente. El coronel compartía mi opinión de que, para conseguir mejores resultados, debíamos hacer un uso mayor y mejor de las acciones con soldados alemanes. Yo mismo me decidí a dedicar todos mis efectivos de trabajo a las acciones de comandos militares. Todo lo demás me parecía secundario.

A fines de abril de 1944 mis colaboradores y yo vivimos varias semanas tranquilas. Nos quedaban dos días de fiesta y quería pasarlos junto a mis viejos amigos en el Wannsee. La víspera, estando reunidos, me llamaron por teléfono; el FHQ estaba al aparato. La noche antes había sucedido un hecho endiabla-

do del que no se había tenido conocimiento hasta aquel instante. Un caza nocturno, Messerschmitt, que llevaba consigo el más moderno aparato de radar nocturno, al parecer, se había despistado y había aterrizado en un aeropuerto suizo. Todo el mundo sabía que Suiza estaba llena de espías y agentes de todo el mundo. Por lo tanto, había que impedir, por todos los medios, que este nuevo aparato de caza nocturna alemán llegase a conocimiento del enemigo. Era una pequeña ventaja que había logrado la Luftwaffe hacía poco y que no se podía perder. La orden que me dieron constaba de dos partes: en primer lugar, había que averiguar si realmente se trataba de un aterrizaje forzoso o si los dos ocupantes del avión habían desertado. En segundo, debían hacerse gestiones para que el aparato volase en el más breve tiempo posible a manos de los alemanes o fuera destruido. También el jefe supremo de las SS se puso en acción y telefoneó poco más tarde, pues quería tener informes continuos acerca del avance de este caso. En la tranquila casa de Wannsee renació la vida; dos de mis oficiales, Besekow y Hunke fueron llamados. Una llamada telefónica al escuadrón de combate 200 me permitió obtener mientras tanto varios datos acerca del avión: volumen de carburante, consumo del mismo, y radio de acción. También pude conocer rápidamente la situación del aeropuerto de donde partía el caza nocturno. Una ojeada al mapa y algunos breves cálculos demostraron que en ningún caso se podía tratar de un "error": los dos aviadores habían desertado, y por tanto el peligro era mayor. En varias llamadas telefónicas me aclararon el nombre y los datos personales de ambos.

Schellenberg, informado de los sucesos, se presentó en el Wannsee. El jefe del servicio de información política para los países occidentales, teniente coronel Steimle, Schellenberg y yo, conversamos juntos sobre el problema. Por último llegamos a las siguientes conclusiones: queríamos acudir, mediante conducto oficial, al cuartel general del Führer.

Debía intentarse la solución del caso por medio de conver-

saciones. Pero sabíamos que Suiza no rompería su neutralidad para devolver a Alemania el caza nocturno. A cambio de ello debía hacerse otra oferta. Suiza quería conseguir de Alemania cazas Messerschmitt y en aquel entonces no se le podían dar.

Por medio de un oficial de las Waffen-SS, la Oficina VI tenía comunicación con el alto mando del ejército suizo. Si mal no recuerdo, había que proponer a uno de estos generales la entrega de diez cazas Messerschmitt contra pago normal, exigiendo a cambio que el ejército suizo detuviese el avión desertor.

Considerando la posibilidad de que no se pudiera convencer al ejército suizo, había que preparar, al mismo tiempo, otro plan. Mis dos oficiales, acompañados por uno o dos especialistas en explosivos, irían a Suiza para intentar acercarse al avión y destruirlo en el mismo aeropuerto.

El servicio de información tenía que actuar, pues sin la indicación exacta del lugar en que se encontraba el aparato yo no estaba dispuesto a intentar tal acción.

El FHQ daba la máxima importancia al caso. Al día siguiente, dos oficiales debían volar en un avión de enlace a Berchtesgaden para informar y entregar las dos propuestas por escrito. Schellenberg y yo habíamos dictado juntos estas propuestas a mi secretaria, que tuvo que sacrificar su descanso dominical. Como tantas otras veces, también en este caso la propuesta comercial prometía éxito y fue aprobada al fin por el FHQ. El general suizo, a quien se entregó personalmente la carta, estaba conforme con la solución y en presencia del portador se hizo volar el avión junto al pequeño hangar donde estaba alojado.

El secreto del nuevo aparato de caza nocturna se había logrado guardar durante algún tiempo por lo menos. Después de la guerra encontré casualmente en España a un ingeniero suizo de Oerlikon. Durante la guerra había servido como piloto en la aviación suiza, y me contó que su escuadrilla de caza, durante los tres días críticos, estuvo en constante estado de alerta, ya que se creía que Alemania iba a intentar el bombardeo del hangar

donde estaba encerrado el avión. Mi amigo suizo, a pesar de haber transcurrido doce años, continuaba enfadado por haber tenido que pasar tres días dispuesto a despegar en cualquier momento en su aparato de caza, sentado todo el tiempo en el avión.

Capítulo XIX

6 de junio de 1944. — Desembarco. — ¿Hubo la decisión? — El camino del deber. — De visita con el "Duce". — El ángel de la guarda diplomático. — ¿Dictador o filósofo? — Mussolini sobre Federico II. — Despedida para toda la vida. — De inspección. — Acciones de comando de los aliados. — Medios limitados. — Pruebas de vuelo sin motor. — Otra vez demasiado tarde. — ¿Acciones contra gobiernos enemigos? — Pipelines. — Canal de Suez. — Partisanos en Yugoslavia. — El cuartel general de Tito. — Cuando dos hacen lo mismo. — Avisado a tiempo. — El nido está vacío.

Mientras tanto el martes, 6 de junio de 1944, había empezado el desembarco de los aliados. Durante semanas, la situación permaneció indecisa. Sólo el paso por Avranches trajo la decisión a favor de los aliados. No tengo intención de hacer críticas o escribir relatos de guerra, ni Historia de la guerra. Aún hoy, juzgo tal actitud muy peligrosa, incluso para profesionales, ya que todas las informaciones conservan aún un tinte muy subjetivo y, por lo tanto, no pueden tener veracidad objetiva. Considero que entonces el desembarco constituyó un brillante éxito militar y técnico para el enemigo, que finalizó con una clara victoria. Para

todo experto aparecía claro que la guerra, desde un punto de vista exclusivamente militar, estaba perdida para nosotros y yo tampoco me callé esta opinión y la expresé tranquilamente a von Fölkersam o a Radl.

¿Qué consecuencias podía sacar de todo aquello? Esta pregunta me la hice en aquellos momentos y aun después de la guerra. No creo demasiado importante decir lo que pienso hoy, sino expresar abiertamente lo que pensaba entonces. Mis pensamientos acerca de este punto eran precisos y firmes, y no han variado hasta hoy. Acerca del fin de la guerra, ni yo ni la gran mayoría de los soldados ni siquiera de los generales podían opinar. Para ello nos faltaba tanto la visión de conjunto como la posibilidad de ejercer cualquier influencia sobre ello. Esta decisión debíamos dejarla a los mandos militares y políticos. Su orden era la de seguir luchando, y teníamos que obedecerla.

Yo conocía, con fundamento de causa, que en el cuartel general del Führer se esperaban cualquier clase de cambios en la política exterior, así como también la creación inminente de nuevas armas.

Es natural que nosotros, los oficiales, no compartiésemos con la tropa nuestro conocimiento de la situación, que era desesperada.

Luchábamos por el suelo de nuestra patria contra un enemigo implacable, que exigía la rendición incondicional, a lo que sólo podíamos oponer la firme voluntad de defendernos mientras alentásemos. Ningún soldado de una nación que ame a su patria y tenga sentido del honor, podría obrar de otro modo. Se ensalzan como heroicas las desesperadas luchas de Tito; de los partisanos rusos, la lucha de los maquis franceses y noruegos. ¿Es que la acción de los soldados alemanes era menos heroica?

Volví a recordar la operación Duce ocurrida en el verano de 1943. De todos los países habían llegado, para mis hombres y para mí, regalos y cartas. Uno de los envíos más graciosos eran varias cajas de cigarrillos búlgaros. Cada cajetilla estaba provista de una vitola: "En fiel camaradería de armas; un regi-

miento búlgaro". De España llegaron varias cajas que contenían un jerez estupendo. Por misteriosos vericuetos me llegó también una interesante noticia desde este país. Una persona de la embajada americana en España tenía mucho interés en hablar conmigo. ¿Podría ir pronto a España? Con mucho gusto habría aceptado la invitación. Pero mis superiores, a quienes debía comunicar la noticia, eran de otra opinión. Probablemente no tenían confianza en mis condiciones diplomáticas para una conversación semejante. Oficialmente recibí la explicación de que se temía por la seguridad de mi vida durante este viaje. Pero el caso es que fue a España el más calificado médico de las SS, Dr. Gebhart. Nunca me enteré del éxito o fracaso de la conversación.

Diversos relojes de pulsera de oro recibí en 1944, por medio de la embajada italiana, para cada uno de los que participaron en la acción. A mí el Duce me regaló un reloj de oro de bolsillo que llevaba engastada en rubíes la inicial "M". Al mismo tiempo, me invitaron por enésima vez a visitar unos días el lago de Garda, la nueva sede del gobierno de Mussolini. Como en otras ocasiones, antes tuve que notificar al ministerio de asuntos exteriores que sólo podría efectuar este viaje si a la vez se me facilitaba la devolución del diario del "Duce" que en Innsbruck le habían robado al general Gueli. Al parecer, los del Ministerio de Asuntos Exteriores aún no estaban de acuerdo sobre los argumentos diplomáticos y cortesías que había que emplear para explicar el retraso de la devolución y por no haber terminado el estudio del diario. ¿Acaso contenía observaciones poco lisonjeras sobre la política exterior alemana?

A mediados de junio lo conseguimos por fin. Yo me llevé a mi ayudante Radl, que después de la acción había sido nombrado capitán de las Waffen-SS. Se había ganado sobradamente aquellos pocos días de viaje al maravilloso sur del Tirol. Al mismo tiempo, queríamos visitar a los equipos que se estaban entrenando para sus acciones con lanchas rápidas o como nadadores de combate en la isla Colque, en Venecia, Sesto Calente, lago Maggiore y en Valdagno, al norte de Verona. En Innsbruck co-

gimos un coche y la misma noche nos presentamos ante el embajador alemán en Italia, Doctor Rahn, en Fasano. Debíamos sufrir unas cuantas invitaciones oficiales, en las que se me prepararía de una forma cuidadosa y diplomática para mi visita al "Duce". "Nombrar "esto" no era apropiado, y "aquello" Mussolini segurmaente no lo aceptaría con agrado." Por el contrario era deseable tratar de este tema. Per sólo prestaba a estas enseñanzas escasa atención, ya que yo estaba seguro de mí mismo y sabía cómo actuar. Además era mucho más agradable hablar con la joven y hermosa esposa del embajador acerca de la navegación o de la natación. Recibí como instructor a un empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores que, al parecer, debía vigilar mi comportamiento durante la visita y evitar que hablase de temas no apropiados.

Por la noche, visité al agregado militar alemán. Y fue muy grande mi alegría al verme ante el coronel del Estado Mayor Jandl, un antiguo conocido vienés. La relación personal se consiguió al instante, y pronto olvidamos que teníamos que tratar de asuntos oficiales. De boca del embajador Rahn y del coronel Jandl, recibí una notable versión del cuadro que presentaba Italia. Mussolini se esforzaba realmente en apoyar nuestros esfuerzos bélicos. Esto sólo lo conseguía en las entregas de material, en las que utilizaba realmente todas las posibilidades italianas. No podía conseguir una ayuda de armas directas. El pueblo estaba cansado de la guerra y ya no podía galvanizarse mediante la propaganda. La décima flotilla MAS, algunas otras unidades y unas pocas divisiones eran la honrosa excepción de la regla.

La primera audiencia con Mussolini tuvo lugar la tarde siguiente en la sede del gobierno del jefe del Estado Fascista Republicano de Gargagno. Me conmovió el saber que las medidas de seguridad habían sido adoptadas por un batallón de las Waffen-SS y no por tropas italianas. Todo el barrio en que radicaba el gobierno estaba protegido cuidadosamente por medio de barreras y severos controles. ¿Qué efecto debía producir la vigilancia alemana sobre los círculos italianos calificados? ¿Acaso

el "Duce" ya no podía confiar en su ejército? ¿No se debía llegar a la conclusión de que Mussolini ya sólo gobernaba por la gracia de Hitler? Esta impresión me produjo un efecto extremadamente doloroso.

El Palazzo era una de las típicas construcciones nobles italianas, que tienen un aspecto casi medieval. En las cercanías de la casa no había vigilancia de ninguna clase, y en el vestíbulo Radl y yo sólo fuimos recibidos por el ayudante y el secretario de Estado en traje de paisano. Estos dos señores nos condujeron al piso superior por una amplia escalinata. Entramos sin más preámbulos en el despacho de Mussolini. Era una habitación de mediano tamaño con dos ventanas, frente al lago, que proporcionaba a la habitación una semioscuridal; en el lugar opuesto a las ventanas, en un rincón, estaba el escritorio donde, a pesar de ser media tarde, ardía una lámpara. El "Duce" me saludó cordialmente y nos invitó a sentarnos junto al escritorio. Cuando manifestó su sentimiento por el retraso de mi visita, me vi obligado a presentar mis excusas. El "Duce" se mostró comprensivo y cambió pronto de tema. Era natural que hablásemos de la guerra, y dijo:

—Ya ve usted, hago lo que puedo para que el Eje gane la guerra.

En sus palabras no percibía nada del optimismo que hacía pocos meses había admirado tanto. Las frases salían de los labios de Mussolini con toda tranquilidad y sin entusiasmo. Debía sufrir mucho por sus dudas interiores. ¿Ya se había resignado? Casi me pareció así. Después dijo:

—Querido Skorzeny, ¿se acuerda usted de nuestra conversación durante el vuelo de Viena a Munich, acerca de mi omisión histórica? Ahora la casa real por medio de su cobarde huida me ha quitado incluso la posibilidad de una revolución interior. Desgraciadamente la República Italiana se fundó sin lucha.

Al preguntarme si deseaba algo de él, le pedí fotos con una dedicatoria para todo el equipo participante y para mí. También había recibido de Hitler, en septiembre de 1943, una foto en

un marco oficial de plata con su firma que rezaba: "A mi Comandante Otto Skorzeny en agradecimiento y como recuerdo al 12 de septiembre de 1943. Adolfo Hitler".

En la despedida nos invitó a comer al día siguiente.

—¿Por qué quiere marcharse tan pronto, Skorzeny? ¿No podría quedarse aquí por lo menos ocho días? —dijo.

Por desgracia tuve que renunciar a esta amable invitación. No estaba prevista ni permitida por el Ministerio de Asuntos Exteriores; esta sola razón es probable que no me lo hubiera impedido, pero en aquel tiempo yo pensaba realmente que unos días de vacaciones, y un apartamiento del servicio serían un crimen imperdonable contra Alemania y casi una negligencia en el deber.

Al día siguiente hacía una temperatura muy bochornosa. Por la mañana tenía concertada una entrevista con el príncipe Borghese, el comandante de la X Flotilla MAS. Intuí en él al oficial ejemplar. Por aquel entonces representaba un punto de vista europeo, que yo no había oído nunca formular con tal claridad.

—En esta guerra combate la verdadera Europa contra Asia. Si Alemania cae, caerá la pieza principal de Europa. Por esto estoy dispuesto a permanecer junto con mis hombres y ustedes hasta el fin, aunque sea ante las puertas de Berlín. Los aliados occidentales que ahora ayudan a destruir Alemania un día se arrepentirán de ello —dijo el príncipe.

Era una clara visión del futuro de Europa.

Entonces me permití un lujo que en otros ayudantes muy competentes conduce a crisis nerviosas. Con Radl no era tan peligroso, ya que también en este aspecto era bastante estable; pero jamás le vi tan nervioso como entonces. En cinco minutos, debía venir a buscarnos un coche para llevarnos a comer en la casa particular de Mussolini. Pero yo decidí combatir un poco el bochorno del día y tomarme un rápido baño en el lago de Garda. En medio de la general protesta, incluida la de nuestro mentor del Ministerio de Asuntos Exteriores, me desnudé y ya en el muelle me lancé rápidamente al agua. Con ayuda de todos los presentes

exactamente cinco minutos más tarde volvía a estar vestido. De todas formas, había conseguido estar más fresco y de buen humor.

Bajando un camino se llegaba a la villa Faltrinelli, que estaba situada junto a la orilla del lago. El anfitrión nos recibió en el vestíbulo. Llevaba un sencillo uniforme, como el día anterior, sin los atributos de la milicia fascista. Nos presentó a sus dos nueras. A los dos chicos más jóvenes ya los conocí en Munich. En la mesa, me senté entre Mussolini y la viuda de su hijo Bruno y me sorprendió la sencillez de la comida del Duce, que le sirvieron por separado: sólo un poco de verduras, huevos y fruta. Nuestros platos eran más abundantes y complicados, y sólo el calor nos impidió disfrutarlos plenamente. Estuve algo cohibido cuando Mussolini brindó conmigo llamándome su "Salvador". No sé si este brindis figuraba en el programa del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por lo demás, mi mentor dominaba a la perfección el mezclarse en todas las conversaciones y darles la inocente dirección deseada.

Tomamos café en la galería, que conducía al jardín. Allí, en contraposición al FHQ, también estaba permitido fumar. El "Duce" me había invitado a sentarme con él en un rincón. Radl se dedicó con todo su ardor a las jóvenes señoras, tan sólo levemente cohibido por el hecho de que ninguna de ellas, italianas del Sur, hablaba una sola palabra de alemán.

El "Duce" inició una conversación sobre la historia alemana y trató diversas cuestiones paralelas entre el futuro y el pasado. Tenía que estar atento para poder seguir todos los datos y situaciones que iba nombrando. Mussolini poseía abundantes conocimientos de la historia y filosofía alemanas, que estaban muy por encima de la cultura media de un alemán. Después pasó a hablar de diversas formas de gobierno. Preconizó como ideal una curiosa unión entre el estado corporativo y las teorías puramente democráticas. El senado, organizado corporativamente, debía ser nombrado según una determinada fórmula gubernamental. La asamblea popular debía ser elegida por los dos tercios, y un tercio debía estar compuesta por delegados vitalicios. Dijo que

éstos eran pensamientos que podían madurarse en horas tranquilas y que sólo se podía pensar en su planificación y realización después del feliz término de la guerra.

—Una guerra así, exige también la figura ideal de un tipo de caudillo que debe estar igualmente formado en el terreno militar y en el político. El diletantismo siempre es malo. Aquí ha habido de las dos clases: diletantismo militar de guías políticos y diletantismo político de guías militares —dijo.

Mussolini creía que Federico el Grande podía haber vivido en la época moderna; y hubiera sido un guía político y militar, capaz de pensar y realizar sus planes por diversos medios, pero con ideas que sólo surgían de su cabeza, con fuerte decisión concentrada y tensa energía, así como fundado conocimiento de causa.

Tenía la impresión de que el "Duce" disponía entonces de muchas horas tranquilas para pensar. El gobierno ya no le preocupaba demasiado. Cuando después del viaje pensé sobre ello pude presumirlo de la mejor manera con estas ideas: Mussolini ya no era en el verano de 1944 un "jefe de gobierno" sino un "filósofo del arte de gobernar".

Por aquel entonces, me di cuenta de que acaso había estrechado la mano de Mussolini por última vez.

Por la tarde trabé conocimiento con algunos ministros, de los que aún recuerdo a Graziani y Pavolini. Probablemente porque en Fasano no había ningún edificio que contuviese a todo un gabinete, las habitaciones de trabajo estaban situadas en barracas. Pero la magnificencia meridional del jardín también me habría consolado a mí del primitivismo de aquellas construcciones. Al contrario de su jefe de gobierno, según pude juzgar por sus breves conversaciones, los ministros parecían preparar intensivamente los planes de gobierno prácticos, y también tomarlos muy en serio.

En Sesto Calente, que visité en el viaje de regreso, se entrenaban voluntarios italianos de la X Flotilla MAS y una compañía de KdK ("Unidades de acciones especiales de la marina de

guerra"). Mostraron su sorpresa sobre todo, por el hecho de que yo viajase solo con dos oficiales y en un coche abierto. La carretera de Milán al lago Maggiore se consideraba entonces como el campo de acción predilecto de los partisanos que, precisamente entonces, actuaban allí. Por lo general sólo se recorrían dichas carreras en caravana. Pero yo creía que aquellas caravanas, a causa del magnífico sistema de alarma de los partisanos, se localizaban con mayor facilidad que un coche solitario; y que ofrecían también, a causa de una supuesta valiosa carga, mayor aliciente para ser atacadas.

Durante la inspección de los botes rápidos y explosivos, y más tarde durante los entrenamientos, me fue útil el tener mucha práctica en la navegación de un bote. A los hombres parecía gustarles que su comodoro supiese manejar las lanchas más rápidas.

También en Valdagno participé en los entrenamientos de los hombres-rana. Nunca hubiese supuesto que en una población tan pequeña existiene una piscina cubierta tan grande. Los voluntarios italianos, todos ellos deportistas de magnífico aspecto, estaban a las órdenes de un capitán, que era un emigrante ruso-blanco.

Con el mayor placer, siguieron estos hombres mis primeros intentos con las botellas de aire, pues de siempre tenía yo como cierto carácter anfibio, y asi pude salir con elegancia del trance.

Contábamos con poco tiempo para el viaje, de forma que el mismo día continuamos nuestro camino hacia Venecia. Allí los hombres-rana se entrenaban en su propio elemento: el agua de mar. Pasaban hasta diez horas al día sobre, en y debajo del agua. En el programa de preparación figuraban paseos submarinos de hasta doce kilómetros. El comandante de marina del puerto fue tan generoso que puso a nuestra disposición, para nuestros entrenamientos, un viejo carguero. Con una carga explosiva de tres kilos y medio de nuestro mejor explosivo submarino especial, colocado junto a la eslinga, produjimos una vía de tales dimensiones que más tarde podíamos entrar fácilmente con una barca de remos en el barco, que se quedó encallado en aquel puerto, de escasa profundidad.

Cuando por la noche hice una visita de cortesía al comandante del puerto, hubo dos sorpresas: el médico de Estado Mayor, que me llevó a tierra en una vieja lancha rápida italiana, no advirtió la presencia de una de las hermosas y negras góndolas que media aproximadamente ocho metros. El choque resultó desfavorable para la góndola, y el gondolero exigió, para empezar, una cantidad que hubiese bastado para mantenerle a él junto con sus hijos y nietos durante toda su vida. Con una mirada de reproche al médico, y cambiando el proverbio de "zapatero a tus zapatos", le dije: "quien reparte aspirinas no debe conducir barcos". La segunda sorpresa fue mucho más agradable. El comandante del puerto era mi viejo conocido de St. Maddalena, el capitán de navio Hunnäus. En el transcurso de la velada, alegre y húmeda, volvió a olvidar completamente su gota. Esto no era ningún milagro ante la cantidad de ciertas medicinas líquidas que probamos en común.

Con lo agradables que eran aquellos cortos viajes de servicio, yo era lo bastante tonto como para no realizarlos sino muy raras veces; había demasiado trabajo en Friedenthal. El cincuenta por ciento de nuestro trabajo lo empleábamos en dominar la guerra sobre papel y en conseguir personal y material. Pero siempre sobraban las energías necesarias para pensar y trabajar en amplios planes. Yo había ordenado a mis oficiales de Estado Mayor que consiguiesen, con la mayor exactitud posible, cualquier información interesante acerca de las acciones especiales de los aliados. De esta forma, al poco tiempo, teníamos comprobantes de las acciones de las "Comand Troops" de Lord Mountbatten. Con los estudios tácticos que hicimos a base de ello, pudimos aprender mucho. Envidiábamos a los jefes ingleses de aquellas tropas, por las posibilidades casi ilimitadas que tenían a su disposición. En sus planes podían incluirse el empleo de cruceros y destructores, además de escuadrillas aéreas de todos los tipos. Por el contrario, ¡cuán limitados eran nuestros medios! No podíamos contar en absoluto con unidades de marina mayores, y la escuadrilla de combate 200 tenía que luchar por

na mayores, y el escuadrón de combate 200 tenía que luchar por cada avión. A disposición de este escuadrón sólo había tres aviones de largo alcance del tipo Ju-290.

Sin envidia alguna, teníamos que reconocer que las acciones de comando de los aliados siempre alcanzaban nuestros puntos neurálgicos. Ya fuese una fábrica de aceite en una isla noruega, ya fuese la acción que tenía como objetivo la inutilización de un nuevo aparato de sondeo alemán en la costa del canal francesa cerca de Dieppe, ya fuese el cuartel general de Rommel en Africa, que sólo por casualidad —probablemente por una información errónea— había fallado, y se había dirigido contra el cuartel general del general de Intendencia.

Los aliados debían tener también puntos flacos. Nos habíamos propuesto como tarea encontrarlos, y atacarlos. Estábamos tan llenos de optimismo que perfilábamos y preparábamos durante semanas y semanas uno de aquellos planes, para luego fracasar en un aspecto elemental de la cuestión: la falta de transportes.

Como el mejor avión alemán de largo alcance, el Ju-290, no estaba a nuestra disposición en número suficiente —y el He-117 según opinión de los técnicos, estaba construido defectuosamente—, debíamos adoptar otra solución. Suponíamos que existían bastantes bombarderos americanos cuatrimotores que habían realizado aterrizajes forzosos en los territorios ocupados por nosotros o en la misma Alemania, los cuales podían volver a utilizarse. El Estado Mayor de la Jefatura de la Luftwaffe se interesó por el asunto. Después de una conversación con el general Koller conseguí autorización para formar un grupo de mecánicos-reparadores que debían hacerse cargo de la recogida y reparación de tales aviones. Este trabajo avanzaba lentamente. A finales de otoño de 1944 se nos notificó, por fin, que seis aviones cuatrimotores U.S. del tipo DC-4 estaban listos para volar en un aeropuerto de Baviera. Poco después, nos alcanzó una mala noticia: habían sido destruidos todos los aparatos en un ataque aéreo aliado. Por tanto, debíamos volver a empezar.

Otra cuestión era la de un lugar de aterrizaje seguro en el objetivo. El aterrizaje con estos aviones pesados no se podía efectuar sin aeródromo. Por lo tanto debíamos pensar en un aterrizaje con planeadores de carga. Pero nuestro tipo de DFS-230 había sido construido para una velocidad máxima de 250 kilómetros por hora y nosotros teníamos que planear a una velocidad de 350-400 kilómetros hora. En esta situación difícil el hombre apropiado para ayudarnos era el profesor Georgi, un viejo especialista en planeadores y amigo de Hanna Reitsch, quien proyectó un planeador con capacidad suficiente para unos doce soldados equipados, que podría resistir las velocidades de arrastre exigidas. Surgía otra grave dificultad. ¿Cómo podía facilitarse la posibilidad de un regreso para los hombres que se atrevían a llevar a cabo una acción semejante?

Según aquella situación habían dos posibilidades, después que ellos hubieran llevado a cabo su misión; o bien entregarse prisioneros voluntariamente, o intentar volver hacia el frente recorriendo, en muchas ocasiones, distancias de centenares de kilómetros. Las posibilidades para esto último eran muy limitadas para un observador objetivo. Yo creía que los soldados, si podían actuar con una posibilidad real de regreso, efectuarían su cometido con mayor seguridad y arrojo. La idea de recoger sencillamente todo el planeador venía por sí sola.

Efectuadas las informaciones, tuvimos conocimiento de que en el aeropuerto de Irding, cerca de Passau, se trabajaba en estos proyectos. Los ingenieros habían proyectado una instalación para volver a recoger el planeador sin aterrizaje del avión de arrastre. Diversos intentos, en los que participé yo mismo, parecía prometedoras. Al final llegamos al convencimiento de que sólo existía una solución apropiada. El cable de arrastre se tensaba en forma romboide en el suelo y, por delante, se colocaba sobre dos estacas a unos tres metros sobre el suelo; el cable se cogía con un gancho especialmente construido para el avión de tiro, que llegaba en vuelo rasante, y que arrastraba al planeador lentamente hacia el aire. Con planeadores ligeros todo

salía a pedir de boca. Para aplicar el mismo principio a las máquinas pesadas que nosotros necesitábamos, se precisaban muchos y muchos intentos y sobre todo gasolina y tiempo. De estas dos últimas cosas siempre estábamos mal y al final peor.

Me he preguntado muchas veces en vano por qué aquellas clases de proyectos sólo los poníamos en práctica en los momentos de máxima urgencia, cuando ya era demasiado tarde. Hasta hoy no he encontrado ninguna respuesta para esta cuestión. Los aliados seguían los mismos sistemas y nos demostraron en el gran desembarco aéreo en Holanda, del 17 de septiembre de 1944, con cuánta eficacia se podía operar de tal forma.

Por otro lado, me he preguntado también varias veces después de la guerra el por qué no se intentó nunca, en invierno de 1944, cuando todos los mandos importantes alemanes, incluidos el cuartel general del Führer y todos los ministerios se hallaban en Berlín, un desembarco aéreo de algunas divisiones aliadas en los alrededores de la ciudad. Estas tropas, con buena preparación, hubiesen podido poner fuera de combate, de un solo golpe, todo el aparato del mando alemán mediante un único ataque de sorpresa. Debo reconocer que siempre tuve un poco de miedo ante aquella posibilidad. Si, por aquel entonces, nunca se hizo un intento enemigo de tal índole, probablemente fue debido a consideraciones estratégicas, o quizá políticas. Pero hubiera sido una obra maestra indicada para las tropas comando inglesas y el "office of strategic service" americano bajo el mayor general William T. Donovan. Yo, por lo menos, hubiera creído capaz de una acción tal al "Wild Bill" y sus tropas.

Como cronista honrado quiero describir brevemente algunos de nuestros grandes planes de acción. Para nosotros, constituían una preparación espiritual; y para las tropas dispuestas a actuar, un examen de carácter. La idea de una acción en el Oriente Próximo era especialmente atractiva para nosotros, pues estaba dominado por Inglaterra y Francia. Sobre todo en la gran "pipeline" que partía desde el Irak en dos conductos, al principio paralelos, hasta llegar al mar Mediterráneo. Sabíamos que los

árabes simpatizantes del Eje hacían constantes intentos para volar los tubos de abastecimiento de las dos refinerías situadas en la costa en Haïfa y Trípoli. En la guerra, el petróleo crudo era el material más codiciado.

Reclutar y enviar los comandos de voladura árabes era muy caro, y también inseguro. Y, además, el éxito incierto, poco duradero y, ni siquiera, comprobable. Los puntos más débiles de dicha tubería eran las instalaciones de bombas. Si se destruían éstas había que contar con un retraso de dos o tres meses en la puesta en funcionamiento. Los ingenieros alemanes proyectaron una pequeña mina flotante del mismo peso específico que el petróleo. Debía introducirse por un pequeño agujero oval en la tubería. El agujero oval podía abrirse mediante una carga adhesiva exactamente calculada y tapado en seguida con un tapón oval ya preparado. Pero según mi opinión, las pequeñas minas podrían destruir, todo lo más, las válvulas de entrada en la estación de bombas y por lo tanto debían desecharse. Otros técnicos propusieron fundir las tuberías en hondonadas mediante bombas de calor y, con ello, dejarlas inservibles. Pero tampoco esta proposición consiguió un efecto duradero. Los intentos no pasaron de su fase inicial.

Tan sólo quedaba realizar una acción comando contra las estaciones de bombas y máquinas Diesel y bombas instaladas allí. Fotos aéreas mostraban que en cada estación de bombas se había construido un pequeño aeropuerto para guardar los aviones de vigilancia que regularmente volaban en servicio de patrulla. Había siempre un fortín de desierto a su lado, que debía servir como refugio a las tropas de vigilancia ante los eventuales ataques de árabes rebeldes. Unos cientos de metros más allá, estaba la estación de bombas. Sólo quiero trazar el breve esquema de nuestro plan de ataque: Seis aviones cuatrimotores aterrizaban en el aeropuerto. Las cañones de a bordo y ametralladoras tomaban a su cargo la cubierta para los hombres que salían primero; éstos, a su vez, hacían posible que el comando de voladura propiamente tal alcanzase rapidísimamente la sala de má-

quinas y efectuaran su cometido. Cada fase singular del plan se había fijado y pensado cuidadosamente, incluso se proyectó un aparato que ya, a su llegada, debía destrozar la antena del fortín y con ello impedir por cierto tiempo la comunicación por radio. Calculamos con un golpe de sorpresa; pues esto es el alfa y omega de todas las acciones comando. Sólo quedaba una incógnita. ¿Era el aeropuerto lo bastante amplio para permitir un despegue de las pesadas máquinas? Las fotos aéreas del año 1941 mostraban sólo un aeropuerto pequeño pero en la oficina de contraespionaje había noticias bastante fidedignas de que estos aeropuestos se habían ampliado. Este riesgo lo aceptamos a nuestro cargo. Pero ya he manifestado que nunca tuvimos a nuestra disposición el número necesario de aviones de largo alcance.

Otro punto flaco de los aliados era el canal de Suez, sobre todo en sus partes más estrechas. Cerrar este canal habría significado, para los envíos de material al lejano Oriente, un rodeo alrededor del cabo de Buena Esperanza y, con ello, un retraso de dos meses. Los hombres-rana estaban dispuestos; pero a causa de la absoluta superioridad aérea del enemigo en el Mediterráneo, cuando finalizaba 1944, no se pudo verificar esta acción.

Existía otro plan contra le región petrolífera de Baku. Naturalmente era imposible atacar la zona de perforaciones o las refinerías con pequeños comandos de voladura.

Un estudio más exacto de las circunstancias que allí encontramos nos convenció de que, a pesar de todo, había puntos débiles que, por razones comprensibles, no debo nombrar aquí. La destrucción de éstos habría causado un daño mortal a la producción de petróleo. Por motivos parecidos a los aducidos arriba tampoco se realizó este plan.

En algunos puertos, las esclusas, etc., de la costa occidental inglesa ofrecían también valiosos puntos de ataque, los cuales conocíamos exactamente. Pero estos y muchos otros planes fracasaron por las dificultades de un transporte seguro de las ar-

mas y los soldados. Por ejemplo, no había planeadores de carga con los que se hubiesen podido transportar torpedos tripulados.

Los partisanos en Yugoslavia proporcionaban grandes quebraderos de cabeza al alto mando alemán desde 1943. En este país, que por su terreno estaba predestinado como ningún otro a una lucha de resistencia a gran escala, las tropas alemanas estaban maniatadas. Siempre empeñadas en luchas que les causaban numerosas bajas. Si se hubiera descubierto el cuartel general de Tito y aniquilado, se hubiese podido contar con un gran alivio para las tropas alemanas. Esta acción me fue encomendado en la primavera de 1944.

No menospreciábamos ni los efectivos de lucha de las tropas de Tito, que estaban alrededor del cuartel general, ni tampoco las medidas de camuflaje tomadas en aquel lugar. Por lo tanto, debíamos constituir en primer lugar una propia red de información apta para tener una completa seguridad respecto a estos dos puntos. Como fuentes de información sólo estaban a nuestra disposición las noticias de los servicios de información de nuestro ejército, en Yugoslavia.

Situamos la central de información en Agram. Desde allí, se cubrió todo el territorio en cuestión con una red de agentes. Y pronto llegaron los primeros informes. Para estar más seguro, había ordenado que en las regiones en que se observaban huellas del cuartel general se organizasen varios sectores de información completamente independientes entre sí. Sólo cuando tres de estas líneas hubiesen cursado informes coincidentes acerca de la situación del cuartel general, podíamos iniciar la acción militar.

Para tener conversaciones con las diversas oficinas del ejército y de la policía en Belgrado y en Agram, fui a Belgrado en compañía de uno de mis oficiales, el teniente coronel B., en la primavera de 1944 —alrededor del mes de abril— en un avión de la línea regular. Al cabo de dos días finalizó mi misión allí y

seguí viaje hacia Agram, en un coche prestado. Yo había previsto la carretera Belgrado-Bjeljina-Brcko-Novska-Agram como ruta de viaje. Casi todas las autoridades alemanas me habían aconsejado que renunciase a este viaje en coche, ya que diversas regiones aparecían infectadas de partisanos. Pero yo no tenía otra solución; no pude conseguir ningún aeroplano y al día siguiente era esperado en Agram. Me llevé en el coche a dos brigadas armados que me habían ofrecido para protegerme.

Partimos al amanecer. Junto a una unidad alemana en Krivica en la Fruska Gora, hice una breve pausa. El comandante me contó algunos detalles acerca de la situación que, al principio, me parecieron exagerados, pero que más tarde pude comprobar.

—Cada semana tenemos que luchar contra los partisanos, pero nunca acabamos con ellos, ya que en su mayoría vuelven a sus granjas y a sus pueblos, esconden las armas y, por espacio de algunos días, vuelven a ser pacíficos labradores. Peor aún es la situación respecto al cuidado de los heridos en ambos bandos. Somos atendidos conjuntamente por el mismo médico yugoslavo. Mi unidad, hasta ahora, no ha conseguido un médico militar. De este modo, estamos obligados en casos urgentes a llamar al médico de la población. Pero éste también tiene que cuidar a los partisanos como nos confiesa abiertamente, pues, en caso de negarse, se lo llevarían con ellos. Estamos muy contentos de él.

Continué el viaje a través del fértil país. En todas partes, veíamos trabajar a los labradores con sus camisas blancas.

E involuntariamente pensaba: "¿Dónde habrán escondido sus armas?"

No tuvimos ningún contratiempo. En una población mayor que las otras, detrás de Bjeljina, paramos para comprar huevos a una labradora, en el mercado. Pronto estuvimos de acuerdo. Al marcharnos observamos unas curiosas figuras en andrajosos trajes de paisano que llevaban fusiles en bandolera. Cogimos con más fuerza nuestras pistolas automáticas, que pusimos fuera del alcance de la vista, en el interior del coche. Los tipos, al acercarnos, nos sonrieron con amabilidad e incluso nos salu-

daron. En la guarnición alemana de Brcko nos enteramos de que esta región estaba ocupada por los partisanos y que por ello no era transitable para los vehículos alemanes. En Agram, al principio, no creyeron que hubiésemos pasado por el mencionado trecho. Según nos aseguraron, desde hacía meses, nuestro vehículo fue el primero que pasó sin daños. Cuando nos describieron la innumerable cantidad de ataques y observamos en mapas la situación de los partisanos, nos asombramos; pero ya los teníamos detrás de nosotros. Deberes urgentes volvían a reclamarme en Berlín.

En el verano de 1944, la suerte estaba echada. La red de espionaje había trabajado bien. Las informaciones continuas se comprobaban desde hacía algún tiempo con resultado positivo. El cuartel general ambulante se encontraba en aquel momento, con seguridad, cerca de Dvar, en la Bosnia occidental.

Era cuestión de preparar rápidamente la acción y poner a punto la tropa y los medios auxiliares, para después envió poder tomar personalmente el mando. Envié a mi IA (oficial de Estado Mayor) capitán von Fölkersam, al comandante de cuerpo en el sector de Banja Luka, para que se pusieran en contacto y ultimar los detalles. Von Fölkersam me informó, a su regreso, de que en este Estado Mayor había sido recibido muy fría y reservadamente. Pero esto no nos importaba. Nosotros teníamos un deber que cumplir. Cualquier clase de antipatías debían dejarnos indiferentes.

A fines de mayo de 1944, recibimos una noticia curiosa de uno de nuestros colaboradores secretos, a través de la central de Agram: "El cuerpo X prepara una acción contra el cuartel general de Tito; la fecha fijada para la operación "Rösselsprung" (Salto de caballo) es el 2 de junio de 1944". Entonces nos explicamos el frío recibimiento del Estado Mayor. Habían sospechado en nosotros la "competencia" y nos habían ocultado su intención. Eso no era jugar limpio; pues para servir a la causa con mucho gusto me habría unido a ellos y me habría supeditado al cuerpo. En seguida mandé un cable para que no se realizase

la acción. Estaba claro que no sólo mi gente, sino también los informadores de Tito habrían tenido noticias de ella.

En los siguientes días recibí más de una noticia complementaria. Y cada vez que esto ocurría, mandaba un nuevo aviso para que se renunciase a la acción en la fecha prevista. Fue en vano; el día señalado comenzó la acción. Un batallón de paracaidistas de las Waffen-SS, subordinado al cuerpo de la Wehrmacht, saltó a un valle del territorio de los partisanos. Llegaron refuerzos con planeadores de carga. Después de sangrientas luchas con abundantes bajas, el pueblo y todo el valle estaban en nuestras manos. Había sucedido lo que se podía haber previsto: el nido estaba vacío. Del cuartel general de Tito sólo se hicieron prisioneros a dos oficiales de enlace ingleses, que éste quizás había abandonado de mala gana. De Tito sólo se encontró un uniforme de mariscal recién cortado: probablemente había abandonado el pueblo días antes y formado ya el nuevo cuartel. Por cuestión de "celos" había fracasado un gran plan. Por medio de una difícil y arriesgada maniobra de la división "Brandenburg" tuvieron que ser rescatadas las tropas de paracaidistas SS. Durante la guerra, pero sobre todo después de ella, corrió entre las filas del CIC americano el rumor de que yo había mandado la acción. Probablemente puede atribuirse al hecho de que el nombrado batallón de paracaidistas SS poco tiempo más tarde, a partir de septiembre de 1944, estuvo bajo mi mando. Sólo puedo decir que lamenté el fallo de la acción porque con ello disminuían las posibilidades de una segunda acción de esta clase. Aunque seguimos el camino del cuartel general hasta la costa adriática y después hasta una isla, no encontré nunca más una ocasión propicia para el ataque, a pesar de que durante mucho tiempo tuvimos la intención de practicar un golpe por sorpresa contra la isla.

Capítulo XX

20 de julio de 1944. — Llamada. — Revuelta; no atentado. — ¡Alarma! — Tanques en la plaza Fehrbelliner. — Mantener sangre fría. — No hay guerra civil. — ¿Quién se rebela contra quién? — Alarma de los paracaidistas. — Schellenberg detiene a Canaris. — El general Fromm se marcha a casa. — Medianoche en la Bendlerstrasse. — Revuelta fracasada. — Consigna: "seguir trabajando". — El aparato vuelve a marchar. — Dos empleados de la Gestapo contra una revuelta. — ¿Derrotismo ya en 1942? — ¿Enemigos en el mando?— ¿El juicio de la historia? — Consecuencias inmediatas. — Deberes adicionales. — Puente de Nimega. — Posiciones en el alto Rhin. — Operación "Francotirador". — Scherhorn, encontrado. — Tragedia en el Este. — Detrás del frente del Este. — "¡No nos olvidéis!" — Cerrar los pasos en los Cárpatos meridionales. — Típica operación comando.

Julio de 1944 en Berlín. La situación se hacía cada vez más difícil. En junio, un enorme ataque de los rusos había arrollado en su mayor parte el frente oriental; casi todo el grupo del Ejército Central había sido aniquilado. Más de treinta divisiones alemanas habían caído en poder de los rusos. ¿Cómo se pudo

llegar a esta capitulación en masa?, fue un enigma para nosotros. ¿Había fallado el mando, o la tropa? En el oeste, el desembarco había sido un éxito y el enemigo marchaba con gran superioridad material hacia la frontera alemana. A nosotros no nos restaba más que apretar los dientes y rendir al máximo.

La verdad es que no nos podíamos imaginar que se acercaba el amargo final. El 20 de julio de 1944, me preparaba precisamente para realizar un viaje a Viena. Una unidad de nadadores de combate debía tener oportunidad de entrenarse en el "Dianabad" vienés. Además, quería discutir con varios oficiales la continuación de la acción planeada contra Tito.

De repente, cayó entre nosotros como un rayo la noticia radiada del fracasado atentado contra Adolfo Hitler. Junto con mis oficiales, discutimos el asunto. ¿Cómo era posible un hecho semejante en el cuartel general? ¿Habían tenido realmente las fuerzas enemigas una posibilidad de infiltrarse? ¿Habían sido justificadas las preocupaciones del comandante de las tropas de guardia en primavera? Nunca nos llegamos a imaginar que la bomba saliera de entre nuestras propias filas. Por eso no vi ningún motivo para aplazar mi urgente viaje.

A las dieciocho horas Radl y yo estábamos en la estación de Anhalt y alcanzamos, como siempre, con el tiempo justo nuestro coche-cama. Con toda comodidad nos instalamos en nuestro departamento. El viaje mismo permitía poder descansar, cosa rara en aquellos tiempos, e incluso pude utilizar una cafetera que había comprado en Italia y encender un hornillo de alcohol. En la última parada dentro del gran Berlín, sobre la estación del ferrocarril metropolitano Lichterfelde-West, vimos de repente a un oficial que recorría el tren:

—Comandante Skorzeny, comandante Skorzeny —oíamos decir débilmente a través de la ventanilla.

Yo me hice visible. El oficial dijo, sin aliento:

—Tiene que regresar inmediatamente a Berlín, comandante; es una orden de la superioridad. Detrás del atentado existe una rebelión militar.

—Imposible —fue mi primera palabra—. Algunos están haciendo el tonto. Pero yo debo quedarme, Radl. Usted siga el viaje a Viena e inicie las conversaciones. Si puedo le seguiré mañana.

Mi maleta pronto estuvo en el andén y yo salté del tren, que empezaba a ponerse en marcha.

Durante el viaje a la oficina VI, donde esperaba obtener mayor conocimiento, el oficial me informó de algunos detalles. Al parecer, se trataba de un complot de oficiales. Tropas acorazadas, cuyo comportamiento no estaba claro, marchaban hacia Berlín. Yo pensaba: "Todo esto es una tontería; los oficiales tienen otras cosas que hacer antes de rebelarse".

Por el general de brigada Schellenberg me enteré más detalladamente. La central de la conjuración debía estar en la Bendlerstrasse, junto al comandante del ejército de reserva.

—La situación es confusa y peligrosa —me explicaba, palidísimo, Schellenberg; delante de él, sobre el escritorio, tenía su pistola.

"Aquí me defenderé cuando vengan —me aseguró—. También he armado a los funcionarios de la casa con pistolas automáticas. ¿No podría ordenar que viniese hasta aquí una compañía de sus tropas para proteger la casa?

Con la confusión no había pensado en eso. Telefoneé a Friedenthal. Se puso al aparato el capitán von Fölkersam:

—Poned al instante el batallón en situación de alarma. Que el capitán Fucker tome el mando y espere mis órdenes personales. La primera compañía vendrá en seguida hacia aquí. Tomo como ayudante provisional al teniente Ostafel. Ustedes dos, adelántense con el coche.

Le orienté brevemente acerca de lá situación. Dentro de una hora la compañía podía estar allí.

A Schellenberg le hice estos consejos:

—Mi general, haga desarmar en seguida a la mayoría de sus empleados. Es terrible ver cómo manejan las armas. Por este motivo he abroncado seriamente a uno de estos hombres y le he man-

dado al sótano. Allí por lo menos no puede perjudicar a nadie con su pistola automática. Por lo demás, si viniesen los otros antes que mi compañía, vale más que huya hacia las casas vecinas. Aquí no se podrá hacer fuerte.

Ese fue el último consejo que le di, al par que miraba su pistola.

Esperaba con impaciencia en la calle a Fölkersam y Ostafel. En aquel momento, su coche daba la vuelta a la esquina. Conducían como diablos. Fölkersam me informó de que también la compañía había iniciado la marcha. Yo quería dar una vuelta por Berlín, pues aún no había órdenes para mí. Fölkersam se quedó en la Berkaerstrasse y yo me mantenía en continuo contacto con él. Era una contrariedad que en el ejército alemán aún no se hubiesen introducido los aparatos de radio portátiles. Allí se hubiera necesitado un "Walky-Talky" como los de la US-Army.

Me dirigí hacia el barrio gubernamental, y lo encontré tranquilo. Deseaba visitar en la plaza de Fehrbellín a mi conocido, el general de las tropas acorazadas Bolbrinker. Allí se notaba un movimiento desusado. Dos tanques estaban en medio de la ancha calle. Yo me levanté en el coche. Me dejaron pasar sin ninguna dificultad.

—Vaya, al parecer la revuelta no es tan peligrosa —le dije a Ostafel.

El general B. me recibió en seguida.

Parecía indeciso. Por orden del jefe de ejército de reserva todas las tropas acorazadas de Wünsdorf habían marchado contra Berlín. Pero él había concentrado las tropas en las cercanías de la plaza de Fehrbellín, para mantenerlas en sus manos.

—Por lo demás sólo sigo órdenes del inspector de las tropas acorazadas, general Guderian —me dijo—. El diablo sabe lo que pasa hoy. Tengo orden de mandar patrullas armadas de reconocimiento contra los cuarteles berlineses de las Waffen-SS, ¿Qué dice usted de eso, comandante Skorzeny?

—¿Es que estamos en guerra civil? —pregunté a mi vez—. No me parece prudente obedecer una orden tan absurda. Si

quiere usted, mi general, iré al cercano cuartel de Lichterfelde y veré lo que sucede. Le telefonearé desde allí. Creo que es nuestra obligación evitar cualquier disturbio.

El general estuvo de acuerdo conmigo.

En mi antiguo cuartel de Lichterfeld-Este todo parecía tranquilo, pero el batallón de reserva y las demás unidades estaban en situación de alarma. Hablé con el comandante en jefe, teniente coronel Mohnke. Le rogué que fuese también razonable y que, por tanto, no abandonase en ningún caso el cuartel con sus tropas. El general Bolbrinker quedó satisfecho con mi llamada. La época de las órdenes inverosímiles del comandante del distrito militar de la Bendlerstrasse parecía haber pasado. Von Fölkersam me informó de la llegada de la compañía desde Friedenthal. Ordené que la mantuviese a punto en el patio trasero de la Berkaerstrasse.

Aún no tenía una visión exacta de lo que estaba pasando. Algún plan de alarma debía haber sido puesto en marcha por orden del jefe del ejército de reserva, cerca del mediodía. En las órdenes posteriores no había nada sistemático. Apenas se podía tomar en serio el asunto. Las tropas de tanques estaban en "posición de descanso" y se mantenían neutrales. Las Waffen-SS no tenían órdenes de ninguna clase. Pero ¿quién se rebelaba contra quién? ¿Se podía justificar esta situación ante el frente empeñado en duras luchas? Entonces pensé en el general Student, que debía estar en Berlín. Así me dirigí al Estado Mayor de las tropas aerotransportadas junto al Wannsee. Los oficiales no sabían nada de nada, no habían recibido órdenes en ningún sentido. El mismo general estaba en su casa en Lichterfeide. Un oficial vino conmigo para recibir las eventuales órdenes de su general.

Mientras tanto, habia oscurecido; debían ser las nueve. En la encantadora casa nos esperaba una escena completamente pacífica. El general Student estaba sentado en el jardín, debajo de nna lámpara, inclinado sobre un montón de documentos. Llevaba un batín largo y claro y no estaba preparado para una visita a

aquellas horas. Su esposa estaba a su lado, cosiendo. Tuve que pensar en lo cómico de la situación. Uno de los generales de Berlín estaba en batín y absolutamente tranquilo, mientras en la capital se preparaba un golpe de Estado. Sólo unas insistentes toses lograron llamar la atención al general.

Fuimos recibidos con gran amabilidad a pesar de la sorpresa por la hora de la visita. Aún existía una confianza mutua, por la relación del año anterior en Italia.

Cuando expliqué que tenía que hablarle oficialmente, se marchó su esposa. Expliqué lo que sabía, pero el teniente general Student sólo movía la cabeza, diciendo:

—Esto no puede ser verdad, mi querido Skorzeny. Un intento de golpe de Estado, eso es imposible.

Apenas conseguí convencer al general de la gravedad de la situación.

—Esto quiere decir que, en el mejor de los casos, la situación es confusa —opinó el general Student—. Justamente quería resumir una breve orden a sus tropas aerotransportadas: "Estado de alarma. Que sólo se cumplan las órdenes que vengan personalmente del general Student".

Entonces sonó el teléfono. Llamaba el mariscal del Reich Hermann Göring. Este confirmó y amplió al general Student mi informe.

El atentado probablemente había sido efectuado por un oficial del Estado Mayor del ejército de reserva. Bajo el lema: "El Führer ha muerto", parecían haberse dado en la Bendlerstrasse varias órdenes de alarma. En todo caso, sólo se debían obedecer las órdenes que viniesen del cuartel general del Mando Supremo de la Wehrmacht.

—Mantener la tranquilidad y evitar los encuentros que pudiesen conducir a una guerra civil —repitió el general Student por teléfono.

Por fin creyó que había en el ambiente algo raro, y transmitió con rapidez sus órdenes, pues quería permanecer en contacto con el general Bolbrinker y conmigo.

Yo volví en seguida a la Berkaerstrasse. Allí no había ocurrido nada importante. El general de brigada Schellenberg me pidió diez soldados y un oficial. Había recibido la orden de detener en seguida el almirante Canaris, y no quería ir solo. Yo le di un oficial; eso debía bastarle. Al cabo de una hora había vuelto. Debía ser para Schellenberg un cometido desagradable, tener que detener a su contrario, el antiguo Jefe del servicio de Información.

En la plaza Fehrbellin y junto al teniente general Student no había nada nuevo. Yo no podía librarme de este pensamiento: "¿Puede ganarse una guerra en nuestros días, si el jefe del propio servicio de información militar es un enemigo?".

No me cabía en la cabeza que el atentado fuera realmente una revuelta de oficiales. ¿Acaso un hecho de tal naturaleza no era capaz de destruir el prestigio de los oficiales, que forman la espina dorsal de un ejército? En el frente y en la patria dos partidos, uno en pro, y otro en contra, ¿no debíamos tener todos un solo objetivo: el de ganar la guerra para Alemania? Hablé acerca de estos pensamientos con Fölkersam. Pero nuestras reflexiones conjuntas no llegaron muy lejos. Se nos ocurrió que lo mejor era volver a Friedenthal.

Entonces recibí una llamada del cuartel general del Führer, probablemente por orden de Hermann Göring:

—Vaya usted con sus tropas, en seguida, a la Bendlerstrasse para apoyar al coronel Remer, comandante del batallón de guardia "Grossdeutschland", que ya ha cercado el bloque.

Expliqué que sólo tenía una compañía en Berlín pero la orden era cumplir la misión, por el momento, con esta sola unidad.

Pasada la medianoche llegué a la entrada de la Bendlerstrasse. Allí me cerraron el camino dos coches y tuve que parar. Cuando me acerqué a los coches reconocí al general de las SS Kaltenbrunner. En el otro coche estaba, según me enteré más tarde, el teniente general Fromm, jefe del ejército de reserva.

Oí como éste decía:

—Ahora me voy a casa, donde me puede encontrar en cualquier momento.

Entonces los dos se dieron la mano. Cuando uno de los dos coches se hubo marchado, la vía quedó libre para mí. El doctor Kaltenbrunner me gritó:

—¡Vuelvo en seguida!

Me sorprendió un poco que el jefe del ejército de reserva se marchase a su casa; pero esto no me incumbía en realidad.

En el portal encontré al coronel Remer y me presenté. Tenía la orden de cerrar completamente todo el bloque. Nos pusimos de acuerdo en que yo ocuparía el interior del bloque con mis hombres. Dejé la compañía en el patio y subí con Fölkersam y Ostafel. Conocía el edificio, ya que con frecuencia había estado allí por razones de servicio. El pasillo del primer piso estaba lleno de oficiales que empuñaban pistolas automáticas. Tenían un aspecto bastante belicoso. En la antesala del general Olbricht encontré algunos oficiales conocidos míos pertenecientes al estado mayor general. También ellos estaban armados con pistolas automáticas y me contaron a toda prisa los sucesos del día: En las últimas horas de la tarde se dieron cuenta de que había algo en las órdenes de alarma que no podía ser normal. El teniente general Fromm había efectuado continuas conferencias, a las que sólo asistían unos cuantos oficiales. La mayoría de los oficiales se habían sentido inseguros y se armaron de pistolas automáticas. Habían exigido del teniente general Fromm explicaciones acerca de los confusos sucesos. A consecuencia de ello éste había dicho que estaba en marcha una revuelta que él quería investigar. El teniente general Beck se había suicidado y tres oficiales, entre ellos el jefe del Estado Mayor, coronel del Estado Mayor general von Stauffenberg, al parecer el realizador del atentado en el cuartel general del Führer, habían sido llevados ante un consejo de guerra presidido por el teniente general Fromm. Las condenas a muerte habían sido cumplidas hacía media hora por un pelotón de suboficiales de la Bendlerstrasse. Por lo demás, había tenido lugar por la tarde un breve tiroteo en el pasillo del

primer piso. Todo esto fue de forma precipitada, pero me pareció de completo acuerdo con los hechos.

De todas formas no vi la situación demasiado clara. ¿Qué debía hacer entonces? Traté de que me pusieran en comunicación telefónica con el cuartel general del Führer, pero no lo conseguí.

Estaba claro que nadie podía abandonar el lugar. Pensaba la manera de poner de nuevo en orden la alborotada casa. Lo mejor era un trabajo metódico. Hice llamar a todos los oficiales que conocía y dispuse que todos los demás oficiales y empleados volviesen a reanudar el trabajo que habían abandonado por la tarde.

—Los frentes luchan y necesitan reabastecimiento —dije.

Y obtuve fácilmente la plena conformidad de todos. Entonces se le ocurrió a un coronel que algunas decisiones referentes a problemas de avituallamiento debían ser resueltas por el coronel conde von Stauffenberg, el jefe del Estado Mayor. Dije que estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de aquellas decisiones. Pero, ante todo, debían anularse todas las órdenes de alarma que se habían cursado bajo la contraseña "Wallkiria". Resultó que esto ya había sucedido en la mayoria de los casos. En la antesala del general Olbricht me encontré a dos agentes de la Gestapo, que habían sido enviados hacía algunas horas por el general Müller (el jefe de la policía secreta del Estado) a la Bendlerstrasse para detener al coronel conde von Stauffenberg.

Sin haber podido cumplir su misión, los dos agentes oficiales habían sido encerrados en una habitación por oficiales del conde von Stauffenberg que acababa de volver del FHQ o sea, que la normalmente bien informada Gestapo no debía conocer nada acerca del intento de rebelión o no le había concedido ninguna importancia. De otro modo no tenia explicación el envío de tan sólo dos agentes para la realización de tal misión.

Me tomé el suficiente tiempo para dar un vistazo a la habitación del coronel conde von Stauffenberg. Todos los cajones estaban abiertos como si alguien los hubiese registrado precipitadamente. Encima del escritorio estaba el plan de alarma "Walkiria", y pude comprobar que este plan había sido elaborado por

von Stauffenberg para camuflar el caso supuesto de un encuentro con tropas aliadas aerotransportadas. Otro hallazgo en una segunda mesa me conmovió profundamente. Era el plano de un juego de dados, impreso en cuatro colores. Un mapa simplificado de Rusia representaba, como leí en la explicación, el camino que un cuerpo del grupo del ejército sur había seguido durante la campaña de Rusia. Era el cuerpo en el que el coronel von Stauffenberg había servido como jefe del Estado Mayor. Las explicaciones de este juego de dados, que aparentemente se había usado con mucha frecuencia y había sido impreso en los talleres militares de cartografía, testimoniaban un pesimismo y un sarcasmo tan profundo, que me pregunté cómo, en general, podían utilizarse en plena contienda oficiales con semejante estado de ánimo.

A las pocas horas volvió a funcionar el complicado mecanismo del servicio. Muchas veces el miedo se adueñaba de mí por las decisiones que debían tomarse, ya que faltaban los tres oficiales más importantes de la Bendlerstrasse: los generales Fromm, Olbricht y el coronel von Stauffenberg.

El hecho de que aparte del almirante Canaris también altos cargos de la oficina del comandante del ejército de reserva estuvieran comprometidos en la revuelta, me sugirió de nuevo la pregunta:

—¿Puede ganarse una guerra moderna, si algunas importantes posiciones clave están ocupadas por personalidades que trabajan en contra del gobierno supremo del Estado?

Tuve pronto comunicación con el FHQ. Rogué que encargasen inmediatamente a un general experto del mando del estado mayor del comandante del ejército de reserva y que me relevasen, y repetí este ruego cada dos horas hasta las primeras horas de la mañana del 22 de julio. Cada vez repitieron que no se había tomado todavía ninguna decisión y que continuase el trabajo.

El 22 de julio llegó Himmler con el jefe del Mando Supremo de las SS, general Jüttner. Con gran sorpresa de todo el mundo.

Himmler habia sido nombrado jefe del ejército de reserva. Ciertamente era un fiel seguidor de Adolfo Hitler, pero no era militar. ¿Cómo podía llevar sobre sí este cargo junto a los demás que tenía? El general Jüttner, que había sido nombrado representante permanente, no parecía nada feliz con su nueva tarea. Himmler pronunció entonces un discurso ante todos los oficiales de los dos puestos de mando.

Me alegró su explicación de que sólo un pequeño círculo había participado en la conjura. En la reacción de los presentes sólo podía notarse adhesión y cierto alivio por el rápido paso de la tormenta. Con toda seguridad la mayoría no se sentía muy bien al pensar en la revuelta fracasada por si misma; pues una cosa así tampoco es propia del carácter ni de la educación del cuerpo de oficiales alemanes. Por fin pude volver a Friedenthal y echarme, terriblemente cansado, en mi cama.

A pesar de tener equilibrados mis nervios no pude dormir en seguida. Pues me di cuenta de que existían en la Wehrmacht alemana y en el pueblo alemán tensiones y contrafuerzas en cuya existencia nunca había pensado. El único factor tranquilizador era sólo el hecho de que este intento de rebelión en el ejército había fracasado en parte por sí mismo, y en parte por fuerzas contrarias dentro del ejército. Estaba sumamente contento por el hecho de que las Waffen-SS, a las que pertenecía yo, en ningún modo habían tenido que intervenir.

Se da una idea errónea del curso de los acontecimientos del 20 de julio de 1944, cuando se habla hoy día del "sofocamiento" de este intento de rebelión. Cada participante inmediato en los acontecimientos debe admitir, sin reserva alguna, que ya inmediatamente después del fracaso del atentado —con la única excepción del conde von Stauffenberg— todas las personas participantes se resignaron en seguida. A partir de aquel momento ya no mostraron decisión para actuar, y sólo hicieron falta unos cuantos oficiales de diferente ideología para derrumbar todo el castillo de naipes. La persona de Adolfo Hitler, por cierto, debió ser un factor decisivo en el cálculo de los conspiradores. Tengo res-

peto ante todo el mundo que va por sus convicciones hasta la muerte. El hecho de si esta muerte le alcanzó en el campo de concentración o en el frente no es demasiado importante. Desde luego no es un objetivo humano buscar o querer la destrucción. Pero para cada hombre puede llegar el momento en que por convicción acepte incluso la muerte.

Después de más de diez horas, me desperté completamente descansado. Es lógico que mis pensamientos volvieran en seguida a ocuparse de los acontecimientos de los dos últimos dias. Quiero intentar apuntar algunos de estos pensamientos, tal como me conmovían *en aquel entonces*. Quizás es más importante decir cómo pensaba y sentía entonces que cómo veo las cosas hoy dia. —Siempre es más fácil parecer inteligente cuando pasan los años—. Mi primer pensamiento fue el de un odio inmenso hacia aquellos hombres que habían atacado por la espalda al pueblo alemán en plena guerra. Pero debían haber existido motivos de mucho peso. Recordaba las partes más importantes de las conversaciones que había mantenido con toda franqueza con varias personalidades de la calle Bendler. Muchas de ellas habían dado a entender con toda claridad que de ninguna manera eran discípulos de Hitler o del nacionalsocialismo. Sin embargo, una cosa era verdad: fueron alemanes sinceros, que en las situaciones difíciles sólo pensaban en la suerte de Alemania.

Pero ¿qué eran el círculo de personas que habían participado en la conjura? Después de todo lo que oí, saqué la conclusión de que entre ellos también había patriotas. Sin embargo, sólo estaban de acuerdo en una eliminación de Adolfo Hitler como jefe de Estado, y de ninguna manera sobre lo que hubiera tenido que ocurrir después de esto, ni tampoco en la forma como querían lograr su objetivo: un rápido tratado de paz ante una situación de guerra sin esperanzas. Un sector, al que pertenecia Stauffenberg, quería intentar una paz por separado con Rusia; el otro quería intentar lo mismo con los aliados occidentales. Después de conocer la postura inglesa, que fue anunciada por radio, no se hubiera podido preparar de modo conveniente ninguna de

las dos medidas; pues la radio inglesa anunciaba que un nuevo gobierno alemán —al parecer, estaban convencidos de la muerte de Hitler— sólo podría conseguir una paz general con Oriente y Occidente, y esto según el tratado de Casablanca, con el "unconditional surrender". ¿Qué camino habían de seguir estos hombres en una situación tan difícil? ¿Cómo se habrían podido unir las dos tendencias, una a favor de Oriente, y otra al de Occidente?

Entonces surgió en mi una duda. ¿El éxito del atentado y la rebelión hubiese proporcionado a los rusos, en aquellas circunstancias, la posibilidad de desbordarse por toda la Europa Occidental y someterla a la influencia soviética?

Sobre todo me impresionó el suicidio del coronel Freytag von Loringhoven. Este había obrado según su conciencia. Yo conocía su mentalidad rusófila. El, probablemente alentaba la quimera de una gran alianza entre Alemania y Rusia, claro está, vista desde un punto histórico que no se podía adaptar sin más al presente. El paso del conde Yorck, y la convención de Tauroggen, sólo estaban justificados por el posterior éxito de la causa prusiana, y en ningún modo podían repetirse ahora.

Aún recuerdo claramente una conversación que tuve unos días después con un almirante de la marina de guerra alemana, quien me había dicho anteriormente que él no era nacionalsocialista. Mucho más interesante era su postura frente a lo sucedido. Como explicación adujo un ejemplo marinero:

—Un barco topa durante una dura tempestad con un escollo. Casi todos los miembros de la tripulación, así como el capitán, pueden salvarse en los botes. Parte de la marinería echa la culpa del accidente al capitán. Debe ser castigado al instante y lanzado al mar. La parte más prudente de la tripulación lo impide. Estos hombres creen que el capitán sólo puede responsabilizarse ante un consejo de guerra después de haber alcanzado la orilla salvadora. Incluso creen que un cambio de mando por la fuerza en esta situación pondría en peligro la suerte de todos ellos.

A pesar de todo estábamos conformes en que los hombres del

20 de julio merecían nuestra atención porque habían asumido el odio de una alta traición frustrada, movidos por una convicción sincera y en cuanto su actuación no había estado determinada por un puro oportunismo.

El almirante terminó nuestra conversación con estas palabras:

—Es la vieja tragedia histórica de los hombres que echan sobre sus hombros semejante responsabilidad: para ser considerados como verdaderos héroes en la historia de su pueblo, la interpretación histórica objetiva exige de su actuación ante todo dos premisas: tener éxito y lograr para el pueblo una mejora de la situación a largo plazo.

El 20 de julio de 1944, considerado desde el punto de vista alemán, sólo tuvo esta consecuencia: dejó a Adolfo Hitler, el "Führer y Canciller del Imperio alemán y Jefe supremo de la Wehrmacht alemana" dolorido corporal y espiritualmente. En cuanto al cuerpo, sus heridas no eran, ni mucho menos, mortales; pero un hombre con una responsabilidad tal sufre más que ningún otro bajo los más leves daños corporales. En cuanto a lo moral, nunca pudo sobreponerse al conocimiento de la existencia de grupos en el cuerpo alemán de oficiales capaces de traicionarle y traicionar a la causa alemana. Su desconfianza, hasta entonces instintiva, se convirtió en manía y le llevó a generalizaciones e injusticias frente a personas que no lo merecían. El mismo también sufría por ello. Pero lo realmente negativo fue que se provocó la idea de que los sucesos del 20 de julio habían imposibilitado todo tratado con los aliados, que exigían una capitulación incondicional. Los aliados podían contar justificadamente con desavenencias en el Alto Mando alemán. La imposibilidad de un tratado no se refería solamente al jefe del Estado Adolfo Hitler, sino también a un eventual sucesor suyo. El mando alemán no tenía ningún camino abierto para un tratado de paz. Todo intento de esta clase habría sido rechazado por los aliados con ironías. Esto seguramente era una razón más para la decisión inconmovible y firme de Adolfo Hitler de luchar hasta el fin.

Consecuencia inmediata de aquellos difíciles días fue que se ampliase mi tarea. La antigua sección II de la original Oficina del Servicio Secreto Militar, convertida desde marzo en Oficina Mil D, fue puesta bajo mis órdenes.

Como me daba cuenta de las posibilidades de mi capacidad de trabajo mantuve ante todo una buena relación personal con el anterior jefe de sección, el comandante en el Estado Mayor general Naumann, quien continuó siendo mi representante general, y yo me reservé sólo las decisiones más importantes. Todo el trabajo de la sección II en los frentes se había convertido en rutinario; de momento lo dejé todo tal como estaba. Más importante e interesante era para mí el hecho de que gran número de los miembros de la división "Brandemburgo" se presentasen voluntarios a mis unidades. Estas eran todas las fuerzas activas que ya no se encontraban a gusto en su empleo normal de la división en el frente y que se querían poner en disposición de participar en misiones especiales.

Después de varias conversaciones con el Estado Mayor de la división en Berlín y con el Estado Mayor del mando de la Wehrmacht, conseguí dos cosas, que me parecieron de la mayor importancia para nuestras futuras posibilidades de acción. Mi batallón de cazadores se transformó en "unidades de cazadores", ampliándose a seis batallones independientes; mil ochocientos soldados y oficiales de la división "Brandemburgo", que se levantaron voluntarios, fueron mandados a mis unidades de cazadores.

Ya es hora de que informe acerca de algunas misiones realizadas por mis unidades en verano y otoño de 1944. Una acción común de los hombres-rana de la marina y de los hombres enviados por nosotros había causado gran sensación. Estuvo bajo el mando del capitán Hellmer, un oficial de la Defensa II, que poco antes había sido subordinado mío. Los ejércitos de desembarco ingleses, bajo el mando del mariscal de campo Montgomery, por medio de una magnífica acción a base de tro-

pas aerotransportadas, habían formado una peligrosa cabeza de puente cerca de Nimega, sobre el Waal, uno de los brazos de la desembocadura del Rhin. Por desgracia, el puente había caído en sus manos sin ningún daño, y sus enormes avituallamientos rodaban sobre él sin ser molestados. Ataques aéreos con bombarderos de caza en picado no tuvieron ningún éxito a causa de la fuerte defensa antiaérea.

En esta situación, surgió la idea de atacar el objetivo con hombres-rana para aligerar el frente por lo menos en una temporada. Para casos semejantes ya se habían fabricado antes, a base de un explosivo submarino especial, las llamadas minas torpedo. Tenían la forma y el tamaño de torpedos y mediante tanques de aire podían hacerse flotantes y, con ello, fácilmente transportables. Dos de tales minas colocadas en la base de los pilares de un puente destruirían, junto con la colocal presión del agua a consecuencia de la explosión, todo el puente.

La cabeza de puente abarcaba, a ambos lados de éste, una extensión de terreno de unos siete kilómetros. La orilla izquierda del Waal ya estaba completamente en manos de los ingleses. Una noche, el capitán Hellmer nadó solo hacia allí para efectuar una exploración. Las aletas de goma en los pies le facilitaban una velocidad aceptable sin producir mucho ruido. La cara se ocultaba detrás de una red de mallas estrechas que a su vez permitían una buena visibilidad. De esta forma, fue al agua y se acercó al puente nadando cuidadosamente. Una vez ací, eligió el pilar apropiado y lo examinó atentamente. Durante la acción debía funcionar cada gesto perfectamente. Por arriba, mientras tanto, rodaban hacia el frente los tanques "Churchill". El ruido de los motores y de las orugas podía ser de suma importancia. Probablemente ahogaría cualquier ruido sospechoso en el agua. Los centinelas del puente tampoco prestaban mucha atención al agua. ¿Qué podía llegarles del agua si en las dos orillas y en muchos kilómetros todo el territorio les pertenecía? Mientras tanto Hellmer siguió nadando en silencio en dirección de la corriente. Ya había visto bastante y al día del ataque podría hacer

las indicaciones necesarias a sus hombres. Pasó felizmente a través de las dos orillas ocupadas por el enemigo y volvió a encontrarse entre nuestras tropas.

Las previsiones del tiempo prometían una noche oscura y quizás lluviosa; tiempo apropiado para una misión asi. Poder bajar al agua las pesadas minas torpedo y equilibrarlas, costó bastante trabajo, sobre todo por efectuarse bajo el fuego enemigo. Entre los hombres auxiliares hubo algunos heridos. Al fin se consiguió. Los doce hombres que se arriesgaban para realizar la misión estaban preparándose con el mayor silencio, se introdujeron en el agua y oyeron el último "suerte" de los camaradas que se quedaban atrás. Entonces nadaron corriente abajo con sus grandes y peligrosos puros. Tres hombres a cada lado guiaban los torpedos. En la oscuridad de la noche vieron aparecer ante ellos la silueta del puente. También oyeron el ruido de motores provocado por el continuo tránsito de los transportes de avituallamiento. A juzgar por los ruidos también había tanques. Los hombres llegaron al puente. Las dos minas torpedo se colocaron en la posición apropiada y se afianzaron al pilar del puente produciendo un leve ruido. Entonces se abrieron las válvulas de los tanques de aire y al mismo tiempo dos especialistas quitaban el seguro de las espoletas de relojería. Los dos torpedos se habían tornado peligrosos. Poco a poco se hundían en el agua hasta el fondo del lecho del río. Rápidamente se alejaron los hombres-rana. Después de cinco minutos, oyeron detrás de ellos la explosión. Las espoletas de relojería no habían fallado, y el puente cayó hecho pedazos. Pero, de repente, surgió la vida en las orillas, los ingleses empezaron a disparar. La noche se había aclarado un poco. Las cabezas se podían distinguir fácilmente sobre el agua. Quizás los nadadores se mantenían más juntos de lo que la prudencia permitía. Algunos disparos llegaron peligrosamente cerca, y una ráfaga de ametralladora hirió a uno de los hombres. Sus camaradas le colocaron en medio y le llevaron con ellos. Varias veces más los descubrieron y dispararon; dos camaradas más fueron alcanzados por las balas. Les faltaba poco

para llegar a las propias líneas. Los hombres-rana, agotados, arrastraron a sus camaradas heridos hasta tierra. Quizás ni siquiera comprendían que habían realizado una misión muy arriesgada. Sabíamos que el enemigo estaría pensando en la defensa y que una segunda misión de semejante envergadura sería mucho más difícil.

Después del éxito del desembarco, el Mando Supremo alemán expresó el temor de que los aliados menospreciasen la neutralidad de Suiza e invadiesen Alemania a través de su territorio. Esta opinión surgió cuando el frente alemán del Oeste se paralizó en septiembre de 1944. Por aquel entonces actuaba cerca de las fronteras del Reich. Al cabo de pocos días, tuve que tomar medidas para un caso tal, por orden del FHQ. Mis hombres-rana tenían que estar preparados, junto al alto Rhin, para volar los puentes del Rhin junto a Basilea en el instante en que las tropas aliadas pisaran el territorio suizo. Esta medida puramente defensiva debía hacerle ganar al mando alemán el tiempo suficiente para montar en este lugar un frente que hasta entonces había estado libre de tropas alemanas, y de este modo rechazar un probable ataque de los aliados a través del país neutral.

Algunas semanas después se pudo anular toda la acción y retirar a los hombres. Por aquel tiempo se había hecho patente que los aliados en ningún caso comenzarían su temida marcha a través de Suiza.

En el otoño de 1944 mi batallón de cazadores 502 llevó a cabo un ejercicio sumamente interesante, bajo la dirección de los capitanes von Fölkersam y Hunke. Habíamos convenido con el director de una fábrica de armamentos en Friedental que, un día determinado, varios grupos de mis hombres, como saboteadores extranjeros, intentarían infiltrarse en la fábrica y paralizarla.

Es asombroso el éxito que tuvo esta maniobra. Unos veinte hombres consiguieron entrar mediante contraseñas de lata falsi-

ficadas en la fábrica, y diez minutos más tarde se habían colocado explosivos a guisa de experiencia en los lugares más importantes y débiles de la fábrica, sin que se diesen cuenta ni los mismos trabajadores, ni los guardias de la fábrica. El llamado "grupo protector de la fábrica" tuvo que escribir un largo informe a la oficina superior, y supongo que, en el transcurso de tiempo siguiente, todos los guardias pertenecientes al grupo de protección de la fábrica de las diversas empresas de armamento recibirían nuevas instrucciones. De esta experiencia pude sacar una conclusión: al parecer, los servicios secretos enemigos no destacaban mucho por su eficacia; en caso contrario, deberían haber intentado y, por ello, haberse informado de las posibilidades de sabotaje en la industria alemana. De la parte de la protección de fábricas alemanas y otras organizaciones de defensa, el enemigo no debía esperar dificultades insuperables.

Pero también en el Este había trabajo. En agosto, un telegrama urgente me llamó al cuartel general. Un teniente general me informó de que poco después del hundimiento del frente alemán oriental en su sector central en junio de 1944, un comando de reconocimiento (unidades de Defensa, integrados en los ejércitos regulares) había recibido de un agente ruso, que desde el principio de la guerra efectuaba reconocimientos lejanos para los servicios alemanes, la siguiente noticia: "En una región boscosa al norte de Minsk se encuentran unidades alemanas que aún no se han entregado". También algunos soldados alemanes dispersos me habían informado de cosas parecidas. Entonces, el agente mismo, había atravesado el frente hasta el comando y había ampliado su noticia. Se trataba de un grupo de combate de unos dos mil hombres a las órdenes del teniente coronel Scheerhorn. También había podido ampliar con mayor exactitud los datos de la localización. Comandos de reconocimiento del frente habían hecho varios intentos para llegar a un contacto directo con los hombres dispersos pero no se habían obtenido resultados. El Es-

tado Mayor de la Wehrmacht deseaba ahora que se intentase todo lo posible para encontrar al grupo Scheerhorn y conducirlo a lugar seguro.

—¿Tiene usted una posibilidad de poner en práctica esta orden? —me preguntaron.

A esta pregunta pude contestar que sí con toda tranquilidad. Sabía que los oficiales y soldados apropiados para este caso, bálticos y voluntarios rusos, lucharían con entusiasmo para salvar a sus camaradas en peligro. A toda prisa se desarrolló en Friedenthal un plan. Recibió el nombre de camuflaje de "Francotirador". La realización directa fue encomendada a la recién creada batallón de caza "Este". Nuestro plan era el siguiente: Se formaron cuatro grupos de cinco hombres cada uno, esto es, dos soldados alemanes de la unidad de caza "Este" y tres rusos. Cada grupo se equipó con aparatos de radio, provisiones para cuatro semanas, tienda de campaña, etc., y pistolas automáticas rusas. Lógicamente sólo se podía realizar la misión bajo el camuflaje de uniformes rusos. Para ello se preocuraron todos los papeles y documentos necesarios. No se podía olvidar ni el más pequeño detalle. Todos los participantes debían acostumbrarse a los cigarrillos "Majorca" y, por lo menos, llevar consigo, para exhibirla, una provisión suficiente de las típicas tostadas negras rusas, así como conservas del ejército ruso. Las cabezas de todos los participantes se pelaron como en el ejército ruso y se renunció a la limpieza externa y al afeitado durante los días anteriores a la misión.

Dos de los grupos debían saltar al este de Minsk, aproximadamente junto a Borisov y cerca de Gevenj y explorar el territorio en dirección Oeste. Si ellos no podían encontrar el grupo Scheerhorn, debían intentar volver a la línea del frente alemán. El tercer y cuarto grupos debían saltar junto a Dzersinsk y Witejka. Debían marchar de forma concéntrica hacia Minsk. Si no se topaban con Scheerhorn, debían retirarse en dirección al frente alemán.

Estaba claro que nuestro plan sólo podía dar una base teórica

a los grupos. Debían tener en suelo ruso cierta libertad de acción, confiarse a su propio instinto y actuar según las circunstancias. Esperábamos comunicarnos por radio con ellos para darles nuevas indicaciones en caso de necesidad. Después de haber encontrado al grupo Scheerhorn queríamos construir una pista de aterrizaje para recoger poco a poco a los soldados con aviones.

El primer grupo, mandado por el sargento primera P., saltó a fines de agosto. Una He-111 de la escuadrilla de combate 200 les llevó hasta el lugar indicado. Tensos esperamos la noticia del regreso del avión, pues el vuelo ya llevaba hechos, por aquel entonces, hasta unos 500 kilómetros hacia el interior del territorio del enemigo. El Vístula formaba más o menos la línea del frente. El vuelo sólo podía intentarse por la noche. Ningún aparato de caza podía acompañar en su vuelo a la He-111. Durante la noche aún recibimos, por teletipo, la noticia de que el vuelo se había realizado sin accidentes y que el grupo había saltado bien. El comando de reconocimiento tuvo también, la misma noche, comunicación por radio con el grupo P.

—Hemos aterrizado mal; nos reuniremos ahora, pero nos disparan con ametralladoras...

Con ello cesó la llamada de radio. Probablemente el grupo había abandonado el aparato para huir. Noche tras noche nuestro telegrafista estuvo en vano operando con su aparato. El grupo P. ya no volvió a llamar. No era un buen comienzo.

A primeros de septiembre partió el segundo grupo bajo el mando del alférez Sch. La tripulación del avión comunicó un salto perfecto. Durante cuatro días, el grupo no dio señales de vida. Ya teníamos los máximos temores. ¿Qué les podía haber ocurrido? Entonces, en la cuarta noche nuestro radiotelegrafista tuvo contestación a su señal de llamada. La contraseña del grupo Sch. fue correcta. También emitieron la señal secreta, como signo de que nuestros hombres no estaban bajo presión, y entonces conocimos lo decisivo: el grupo de combate Scherhorn existía y había sido hallado. En la noche siguiente, el teniente coronel Scherhorn mismo dio las gracias con sencillas palabras castrenses

como cuando un camarala agradecer algo a otro. ¡Qué sensación tan dichosa para nosotros! El sacrificio de nuestros hombres no era inútil. Y quedaba demostrada la verdadera camaradería. El tercer grupo M. saltó en la noche siguiente, después del grupo dos. De él no tuvimos ninguna noticia. Noche tras noche se sintonizó su onda, emitiendo la señal de llamada al aire, durante semanas y meses. Ninguna noticia. El grupo M. había desaparecido en el inmenso país ruso.

El cuarto grupo, al mando del sargento primero R. saltó un día más tarde. Durante los primeros días, se comunicó con bastante regularidad. Había llegado bien al suelo, y todos los hombres estaban juntos. No pudo conservar su dirección exacta, puesto que había de evitar el encuentro con tropas de policía rusas. Encontraron desertores rusos, que les consideraron sus camaradas.

La población de la Rusia Blanca era amable. De repente, al cuarto día, se interrumpió la comunicación radiofónica. No habíamos podido notificar a R. la situación exacta del grupo Sch. Otra vez empezó la enervante espera de una nueva noticia. Adrian von Fölkersam que, como jefe del Estado Mayor de mis unidades de caza, había participado especialmente en la elaboración del plan, y por ello estaba muy interesado en la suerte de los alemanes bálticos, que estaban realizando la misión, tenía que informarme a diario.

Nuevamente oí:

—Ninguna noticia de los grupos M., R., y P.

Después de unas tres semanas, llegó una comunicación de un cuerpo situado en algún lugar de la frontera lituana:

—El grupo R. se presenta sin bajas.

Los informes que dio el sargento primera R. tenían interés para muchos servicios militares, pues era uno de los pocos alemanes que podían dar noticias acerca del territorio detrás del frente ruso por haberlo visto con sus propios ojos. Informó de cuán en serio tomó el mando ruso su guerra total. Allí se utilizaban, si hacía falta, cualquier mujer e incluso niños para ayudar.

Confirmó que, al faltar medios de transporte, los bidones de gasolina se llevaban rodando hasta el frente con ayuda de la población civil; como andaban las granadas durante kilómetros hacia la posición de artillería de mano en mano. Aún podíamos aprender mucho de los rusos.

El sargento primera R. llevó su arrojo tan lejos, que había entrado como teniente ruso en un casino de oficiales y se había dejado invitar a comer. Quizás sorprenderá que utilizase la palabra casino de oficiales. Pero el ejército ruso recordó en el curso de los años de guerra muchas tradiciones antiguas; por ejemplo, las anchas charreteras de oficial del antiguo ejército zarista.

Los perfectos conocimientos lingüísticos del sargento primera habían logrado no hacer sospechar nada a sus anfitriones. Algunos días más tarde volvió a través de las líneas alemanas del frente. El sargento primera R. se convirtió después, como es lógico, en uno de los más asiduos auxiliares en el cuidado posterior del grupo Scherhorn.

Al principio, sólo podían atenderse las peticiones más urgentes del grupo de combate separado. Pidieron material sanitario y un médico. El primer médico que saltó una noche en el lugar marcado sólo mediante débiles señales luminosas se rompió ambos pies y murió poco después, según comunicación radiofónica posterior. La llegada del segundo médico causó alegría y agradecimiento. Después tenían que lanzarse, ante todo, alimentos y municiones para las armas cortas. El estado de salud de los soldados era tan malo, a consecuencia de largas privaciones, que aún no podía pensarse en empezar una marcha.

La Escuadrilla de Combate 200 voló cada dos o tres noches en viaje de aprovisionamiento. Por la radio sólo se quejaban de que muchos lanzamientos se hacían con bastante inexactitud, por lo que muchos envíos no llegaron a su destino. Entonces tenían que repetirse los vuelos de aprovisionamiento. Con los especialistas de la Escuadrilla de Combate 200, habíamos elaborado un plan de salvamento para el grupo Scherhorn. En los alrededores del campamento que habitaban tenía que construirse una pista. De

allí debían sacarse, primero los heridos y los enfermos, después, gradualmente, la mayor parte de los soldados. El tiempo para realizarlo se previó para las oscuras noches de finales de octubre.

Un especialista en campos de aviación de la Luftwaffe fue lanzado con paracaídas. Sin embargo, la construcción de la pista de aterrizaje y despegue fue descubierta por los rusos y, al cabo de poco tiempo, se hizo imposible la realización de los trabajos por sus ataques. Por esto tuvo que proyectarse un nuevo plan, con el que Scherhorn se declaró conforme: El grupo de combate marcharía unos 250 km. hacia el norte, hasta una serie de lagos, junto a la antigua frontera ruso-lituana, cerca de Dünaburgo. Según la experiencia, estos lagos se hielan a principios de diciembre.

Para facilitar la marcha de un grupo tan numeroso en territorio tras de las líneas enemigas, Scherhorn dividió su grupo de combate en dos columnas. La meridional la quería mandar Scherhorn mismo. Los grupos avanzados de la septentrional serían mandados por nuestro alférez Sch. Pero la tropa necesitaba aún prendas de vestir confortables para la marcha y miles de otras insignificantes cosas. Multiplicadas por 2.000 siempre resultaban cantidades muy considerables. Además, fueron lanzados aún nueve equipos de radio con radiotelegrafistas rusos para mantener la comunicación radiográfica al distanciarse las columnas. Constituyó para el alférez Sch. el certificado de ascenso a teniente y la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, que le había sido concedida.

En noviembre de 1944 llegó el momento. Las dos columnas se pusieron en marcha. Se llevaron los heridos y enfermos en carromatos. Caminaban con más lentitud de lo que habíamos pensado. No se hicieron más que de ocho a doce kilómetros diarios. Más de una vez tenían que intercalarse días de descanso, de modo que fueron normales los recorridos semanales de treinta y hasta cuarenta kilómetros. Informaron de nuevo los radiogramas que habían choques con tropas de policía rusas y nuevos heridos y muertos. Todos los que conocíamos Rusia, no nos

hacíamos ilusiones. Las posibilidades de llegar otra vez a la patria eran muy reducidas para el grupo Scherhorn.

Por cierto que los vuelos de aprovisionamiento se hacían más cortos, pero los lugares de lanzamiento se encontraban con más dificultad. Por radio, se fijaban estos sitios exactamente según los cuadrados de los planos y desde el suelo se emitían entonces, en el momento convenido, ciertas señales de luz. Pero, ¿cuántos lanzamientos de aprovisionamiento cayeron en manos de la policía rusa de seguridad, que trabajaba con gran eficacia? Sin embargo, no nos preocupaba sólo esto. La Escuadrilla de Combate 200 recibía cada día menos gasolina para los vuelos. En ocasiones, logré obtener para la misión "Francotirador" un cupo especial de cuatro o cinco toneladas de gasolina; pero también esto se volvió cada vez más difícil. A pesar de las urgentes llamadas de auxilio, teníamos que reducir nuestros vuelos de aprovisionamiento. Me figuraba que Scherhorn y sus compañeros, dentro de su situación desesperada, apenas podían comprender nuestras dificultades. Por esto intenté por lo menos conservar, mediante radiogramas de contenido personal, su creencia en nuestra decisión de ayudarles.

En febrero de 1945, me encontré yo mismo como comandante de una división en el frente del Este. A diario tuvimos que rechazar fuertes ataques y debían realizarse también todas las misiones especiales en los otros frentes. Casi cada noche llegaban noticias de la misión "Francotirador", y cada vez eran más desesperadas:

—¡Mandad... Ayudad..., no nos olvidéis! Sólo nos llegó una noticia agradable: Scherhorn había topado con el grupo P., perdido ya desde hacía meses. Las demás noticias eran una carga pesada para mis nervios y los de los demás camaradas. Apenas una vez a la semana podíamos mandar un avión de aprovisionamiento. La distancia de vuelo era ahora de ochocientos kilómetros aproximadamente. Las cargas de lanzamiento se volvían cada vez más pequeñas. Me rompía la cabeza pensando cómo podía seguir ayudándoles. ¿Cómo encontrar una salida?

A finales de febrero ya no recibimos más gasolina. Me irritaba pensar en las grandes cantidades de gasolina que caían en manos de los aliados en sus movimientos de avance. Y para nuestra misión no me podían dar ninguna. En cada aeropuerto, en la región del Warthe, que caía en manos de los rusos, se hallaban centenares de toneladas de gasolina especial para aviones. El teniente Sch. dijo por radio, en estos días:

—Alcancé con los grupos avanzados la región de los lagos. Moriremos de hambre si no llegan pronto víveres. ¿Podéis venir a buscarnos?

Sus llamadas radiográficas se oyeron cada vez más débiles. Las llamadas de auxilio se volvieron cada vez más insistentes. Y nosotros nos sentíamos impotentes. Sch. socilitaba un poco de gasolina para recargar los acumuladores para la radio:

—Quiero mantener comunicación con vosotros.

La continuación de la guerra y la confusión, en muchos sitios, fueron más fuertes que nosotros.

Ya no se podía pensar en ir a buscarlos o en mandarles avituallamientos.

A pesar de todo, nuestros radiotelegrafistas se quedaban sentados, noche tras noche, detrás de sus aparatos; incluso durante las retiradas y los continuos cambios de situación seguían manteniendo comunicación con algunas estaciones de radio del grupo de combate Scherhorn. Seguían llegando desesperados mensajes. Esta situación duró hasta el 8 de mayo de 1945; aquel día terminó también la misión "Francotirador".

Posteriormente, durante muchas largas noches, y estando prisionero, volvía a pensar con frecuencia en la empresa "Francotirador". Ninguno de mis hombres y nadie del grupo Scherhorn, volvió. Ningún testigo pudo informar de los sufrimientos y del final del grupo. ¿No podía ser que el servicio de información ruso, durante todo este tiempo, había estado jugando con nosotros? Es cierto que habíamos previsto seguridades para este caso, y que cada uno de nuestros radiotelegrafistas y comandantes de los grupos lanzados por nosotros tenían una palabra cla-

ve que debían usar al emitir sus radios en señal de que no estaba bajo presión. Siempre y en todas las líneas había sido utilizada la palabra clave exacta. Pero entretanto, había reunido tantas experiencias sobre métodos de interrogatorio, que llegué a tener mis dudas. Creía a los rusos y también a los demás aliados capaces de cualquier cosa con sus métodos. Quizás un día futuro logre dar con la solución de este enigma. (Alrededor de 1956 me dijeron que en uno de los últimos transportes de repatriados había vuelto a Alemania Occidental el teniente coronel Scherhorn. Desgraciadamente hasta ahora no he podido encontrarle.)

Una nueva catástrofe se produjo a finales de agosto de 1944 en el frente del Este. Todo el grupo de Ejército Sur en Besarabia y Rumania parecía haber sido barrido ante el empuje de los movimientos de avance de los rusos. Un ejército alemán de millones de hombres había desaparecido y, de manera incontenible, entraban las divisiones rusas en Rumania. En los mapas de situación, seguimos el avance en cuanto las noticias nos lo permitían. ¿Qué ocurriría con los grandes grupos de población de sangre alemana en Rumania?

Entonces mis unidades de cazadores recibieron una orden del Cuartel General:

"Componer en seguida dos grupos para una misión. Los aviones para el transporte ya están preparados. Tarea: bloquear los puertos de los Cárpatos, reconocer las regiones del otro lado, hostilizar el avituallamiento de los rusos y ayudar en la evacuación de las personas de sangre alemana."

Nos daban de nuevo una orden precipitada. El alférez G. me parecía la persona más adecuada para esta acción. Aparte de ingenieros experimentados y soldados de tropas de choque, se le añadieron varios soldados que hablaban el rumano. ¡Qué bien hicimos al realizar antes un vuelo de reconocimiento en la región del objetivo mandado! Contrariamente a una información, el aeropuerto de Temesvar estaba ocupado ya por fuertes unida-

des rusas. Allí hubiera tenido que aterrizar nuestro grupo. Lo dirigimos hacia el cuerpo de ejército Phleps (V. cuerpo de montaña de las Waffen-SS).

Repartida en cuatro grupos, la unidad de choque llegó hasta los puertos de los Cárpatos. No se podía hablar allí, en aquellos días, de una línea de frente alemana; sólo los rusos seguían avanzando. Pero el avance ruso pudo perturbarse en algunos puertos y se logró ayudar a más de un grupo de alemanes desesperados. El alférez G. entró, a su regreso, junto con las tropas rusas en Kronstadt: como soldado rumano que se adornaba con flores para celebrar el victorioso avance de los rusos. Pero entonces, al intentar el paso a través de las líneas rusas más avanzadas, le abandonó la suerte. Fue descubierto con sus hombres. Fueron cogidos y llevados a una colina para fusilarles sin más requisitos. En el último instante G. huyó, por una decisión repentina. Sus perseguidores le atravesaron el pie derecho. Después de una carrera de kilómetros, pudo finalmente ocultarse en un pantano. Durante la noche llegó cerca de Morosvasachely y de las dificultosamente reconstruidas líneas alemanas. Por sus observaciones de los movimientos del enemigo, se consiguió salvar del cerco a un cuerpo alemán en el ámbito de Gyergyoti.

Los otros tres grupos volvieron con pocas bajas y aportaron importantes noticias sobre la retaguardia del enemigo.

Estas eran las misiones comando que nos gustaban. Era increíble lo que podían hacer grupos pequeños y valientes de soldados, cuando se enfrentaban decididos y confiados en sí mismos y en su misión. Pero fue alarmante otro reconocimiento de esta acción. Un grupo de G. se había topado en Rumania con una unidad de dos mil soldados alemanes de artillería antiaérea, que se habían retirado con sus armas a un lado de la carretera y que allí esperaban prácticamente a que se les hiciesen prisioneros. Trescientos de ellos se unieron por voluntad propia a los hombres de G., decididos a llegar luchando hasta el frente. Estos trescientos hombres llegaron sanos hasta las tropas alemanas. ¿Cuál sería el destino de los otros? Pero la gran cuestión que surgía

de este suceso era ésta: ¿Se había desmoralizado el soldado alemán, y había perdido el dominio de sí mismo? ¿Abandonaba ya la causa alemana? Sospechábamos que sólo era un estado de ánimo de catástrofe existente en algunos sectores lo que provocaba en la tropa un "pánico" de los rusos.

Capítulo XXI

Septiembre de 1944. — Otra vez llamado al Cuartel General del Führer. — Discusión de la situación con Hitler. — Graves decisiones. — Encuentro con Hanna Reitsch y el teniente general von Greim. — Crítica de Göring. — Amenaza de la pérdida de Hungría. — Mi misión. — Amplios poderes. — Budapest como centro de avituallamiento. — Preparaciones en Viena. — Batallón de aspirantes a oficiales. — Conversaciones secretas con Tito. — El mortero de 65 cm. — No hay unidad de criterio. — Horthy hijo, detenido. — La acción "Panzerfaust" en marcha. — 16 de octubre de 1944, a las 6 de la madrugada. — Ataque por sorpresa al castillo. — Se consigue el golpe de mano. — El comandante se rinde. — Pocas bajas en ambos bandos. — Amistad asegurada. — Recuerdo de la vieja Austria. — Con el regente a Munich. — Reencuentro en el palacio de justicia de Nuremberg. — Un documento histórico. — Presentación del informe al FHQ.

Esperaba en vano, junto con von Fölkersam, que ahora tendríamos un poco de tiempo para estructurar las unidades de caza como habíamos pensado; esto es, convertirlas en una tropa fuerte, que al menos pudiese efectuar acciones ofensivas con pequeñas unidades.

Inesperadamente me ordenaron, alrededor del 10 de septiembre de 1944, que fuese al Cuartel eGneral del Führer, la "Wolfsschanze". Ya no estaba en la retaguardia; el frente sc había acercado hasta poco menos de 100 kilómetros. Recibí del teniente general Jodl la indicación de estar presente durante unos cuantos días en el debate de la situación con el Führer, en lo referente al frente en el Sureste. Pues se había previsto para mí y para mis tropas una acción muy importante en este sector.

Poar primera vez, estaría presente en la "gran conferencia de la situación con el Führer", como se llamaba en el FHQ. Pero sólo permanecería en la sala de reunión durante las conversaciones acerca del frente del Sureste, que por lo general dirigía el mismo teniente general Jodl. A pesar de ello, llegué a conocer en esos días la situación un poco confusa en que se elaboraron las órdenes en el mando supremo alemán. El mando supremo del Ejército (OKH) tenía el mando supremo sólo en el frente del Este. El Estado Mayor de la Wehrmacht daba sus órdenes para los otros frentes, incluido el de los Balcanes. La Marina y la Luftwaffe mandaban sus propios oficiales a las reuniones para que diesen sus opiniones. Por encima de todos sólo estaba Adolfo Hitler como único elemento unificador y coordinador, desde que se había encargado del mando supremo.

En el círculo acotado del interior, a unos cincuenta metros del "bunker" del Führer, se hallaba la barraca "de la situación". El nuevo "bunker del Führer" se había acabado recientemente. Un hormigón armado de siete metros de espesor debía ofrecer protección contra eventuales bombardeos. Una complicada instalación de vetilación sustituía las ventanas, que faltaban por completo, y se cuidaba de hacer entrar aire fresco. La atmósfera era, a pesar de todo, poco sana. Me dijeron que el hormigón no había fraguado aún por completo y que seguía desprendiendo aún calor químico y por lo tanto nocivo.

La barraca "de la situación", con anchas ventanas, en la que se hallaba la gran conferencia "de la situación" y varios cuartos pequeños para reuniones y teléfonos, tenía un aspecto bastante

más alegre. A las 14 y las 22 horas aproximadamente, se iniciaban las discusiones acerca de la situación, en las que se tomaban las grandes decisiones. Incluso el mismo dia de mi llegada —había llegado a primera hora de la mañana en el tren del correo de Berlín— me mandaron que fuese a la "situación" del mediodía. El lugar "de la situación" tenía unos siete por doce metros. En uno de los lados longitudinales, junto a las grandes ventanas, había una imponente mesa de mapas. Al lado de la puerta, que se hallaba frente a las ventanas, en el centro de la otra pared longitudinal, había otra mesa redonda con sillas tapizadas. Cuando entré, la mayoría de los asistentes ya estaban reunidos, generales y oficiales del Estado Mayor General de todas las armas. Tuve que presentarme a casi todos ellos, puesto que sólo conocía a muy pocos. Una breve orden anunció la llegada de Adolfo Hitler, que entró acompañado del mariscal de Campo Keitel y del teniente general Jodl.

Profundamente asustado miré al hombre que recordaba con muy distinto aspecto desde el otoño pasado. Vi a un hombre encorvado, envejecido; también su profunda voz parecía haber cambiado. ¿Iba arrastrando una enfermedad latente? Sobre todo, su mano izquierda temblaba tan ostensiblemente, que estando de pie tenía que sujetarla con su derecha. ¿Era esto una consecuencia directa del atentado del 20 de julio? ¿Se había encorvado este hombre bajo la carga de la responsabilidad, que había tomado y que ahora desde hacía muchos años llevaba casi solo? Sólo me pregunté cómo este hombre viejo y cansado podía reunir aún la energía para una actuación tan sobrecargada de responsabilidad.

Adolfo Hitler saludó a algunos de los militares más cercanos con un apretón de manos. También para mí tuvo unas palabras amables y me ordenó, una vez más, estar presente en toda discusión acerca de la situación en los Balcanes. Entonces pidió los informes. Dos taquígrafos se habían sentado en los lados estrechos de la mesa. Todos los demás presentes estaban de pie. Sólo para Hitler estaba dispuesto un taburete en el lado longitudinal

de la mesa, pero del que sólo hacia uso pocas veces. Delante de él se hallaban una serie de lápices de colores y sus gafas.

El teniente general Jodl, que estaba a la derecha de Hitler, —el mariscal Keitel estaba a su izquierda— empezó explicando la situación. En el gran mapa del Estado Mayor General se podía seguir todo. Se nombraron números de divisiones, cuerpos, regimientos acorazados. Allí había atacado el ruso, pero se le había rechazado. Aquí había logrado el enemigo una profunda penetración. Se destinaron las fuerzas para un contraataque. Era sorprendente qué detalles, números de regimientos, cantidad de tanques listos para el combate, reservas de carburante, etc., tenía Hitler en la memoria. Se nombraron nuevos números y sobre los mapas se ordenaron desplazamientos de tropas. La situación era grave. El frente transcurría ahora aproximadamente a lo largo de la frontera húngara, salvo algunas penetraciones. Dada mi experiencia, me pregunté: ¿Estas divisiones aquí señaladas son capaces de batallar aún con pleno rendimiento? ¿Estarían en buen uso sus cañones y sus vehículos? ¿Cuántos tanques y cañones se habían perdido después del envío de los últimos informes?

—Hoy no se han tomado decisiones muy importantes —oí murmurar a algunos oficiales del Estado Mayor General.

Exacto; olvidaba por completo que allí sólo se calculaba a base de ejércitos y grupos de ejércitos.

En las explicaciones de la Luftwaffe parecía que fallaba algo. Adolfo Hitler se irguió, y ahora era también la antigua y sonora voz que rogó al oficial narrador una explicación más exacta. La tan preferida Luftwaffe ya no parecía ser muy apreciada. Los números de los aviones de batalla utilizados, citados por el oficial, no parecían muy convincentes. Con un breve gesto de la mano terminó Hitler este informe y dio media vuelta. El teniente general Jodl me indicó que abandonase el salón "de la situación"; ahora se comentarían otros sectores del frente.

En el vestíbulo me detuve junto a unos jóvenes oficiales del Estado Mayor General. Un ordenanza nos ofreció vermut. Ha-

blamos del frente del Este. En Varsovia estaba en curso la rebelión del ejército polaco clandestino. Debían haber en aquel país luchas terribles. Al sur de Varsovia, lo ocurrido, sin embargo, aún era peor; de allí venían informes malísimos.

—Estas noticias no se le pueden dar al Führer —opinó uno de los oficiales—. Habrá que buscar otra solución.

Tres días más tarde, por pura casualidad no me ordenaron salir durante las conversaciones acerca de los otros frentes. El oficial informador anunció la situación desesperada que se había originado al sur de Varsovia. Adolfo Hitler se levantó de un salto y le gritó al oficial:

—¿Por qué no se me informó antes de esto?

Echó sus lápices sobre la mesa de mapas, con tal fuerza que algunos cayeron al suelo. Oí reproches contra Jodl, contra el OKH y contra la Luftwaffe. Todos callaron atemorizados. Yo mismo me oculté un poco más hacia el fondo ante aquella explosión de ira incontenible.

¿Debía lanzarse esta bronca delante de todos los presentes? Casi más temible fue el repentino cambio de Hitler hacia su estado de ánimo sereno. Se volvió hacia los otros generales formulando preguntas concretas:

—¿Existen reservas disponibles? ¿Puede llegar todavía a tiempo un tren de municiones? ¿Hay en las cercanías una unidad pesada de ingenieros?

De esta forma volvían a hacerse combinaciones y remiendos, y tuve la esperanza de que el asunto se pudiese arreglar de alguna manera.

En el transcurso de la tarde aún visité a diversos conocidos en el FHQ. En ninguna parte me enteré de novedades agradables. Decidí desaparecer por hora y media. Había en el Cuartel General una sauna que quería visitar. Hacía bien entregar el cuerpo al ardiente vapor. Y después un masaje. Entonces volví a encontrarme fresco y apto para aguantar una larga sesión nocturna. Era una lástima que los lagos estuviesen tan lejos; daría gusto poder nadar un poco.

De forma sorprendente me encontré por un camino en el Cuartel General a Hanna Reitsch. Nos saludamos cordialmente. Estaba muy contento de que no le hubiese sucedido nada a esta valerosa mujer durante los recientes intentos con la V-1. Me contó que había llegado con el teniente general von Greim, y me mostró su casa.

—¿No quiere venir esta noche a vernos?

Se lo prometí con mucho gusto, pero le expliqué que sólo podía ir después de la "situación" nocturna.

—Nosotros también estamos despiertos hasta muy tarde; están en marcha cosas muy importantes. Venga tranquilo.

Así nos despedimos.

Después de la "situación" nocturna —debía ser la medianoche— fui a través de los caminos oscurísimos hacia la barraca descrita. En una gran estancia que servía como sala y dormitorio, Hanna Reitsch me presentó al teniente general Ritter von Greim. El cabello blanco peinado con raya enmarcaba su cara simpática de rasgos pronunciados. Bajo la Cruz de Caballero descubrí el "Pour le mérite" de la Primera Guerra Mundial. Pronto estuvimos enzarzados en una conversación seria y excitante. Tema: la guerra y la Luftwaffe. Me maravillaba la energía que aún tenía este general. Pronto me enteré de la verdadera razón de su presencia en el FHQ: el mariscal del Reich, Hermann Göring, debía dimitir del Mando Supremo de la Luftwaffe; von Greim había sido destinado por Hitler como sucesor. Pero aún no se habían solucionado todas las cuestiones. Sobre todo la política personal de la Luftwaffe que deseaba mantener en sus manos Hermann Göring. Pero von Greim no estaba de acuerdo con ello. Sin embargo, Hitler aún no había dicho la última palabra.

Durante dos noches estuve hasta avanzadas horas de la madrugada conversando con aquellas dos estupendas personas. Ambas eran idealistas en el más amplio sentido de la palabra. Era sorprendente para mí, aunque no nuevo, ver con qué vehemencia eran criticados el mando de la Luftwaffe y sobre todo Hermann Göring por el teniente general von Greim.

—La Luftwaffe se durmió sobre sus laureles merecidos durante los años de guerra y éxito de 1939-40, sin pensar en el futuro. Las palabras "Tenemos la Luftwaffe, mejor, más rápida y más valerosa del mundo", usadas una vez por Göring no bastan para ganar ninguna guerra.

Así más o menos eran las palabras amargas de von Greim sobre el rearme aéreo durante los últimos años. Ya no tengo presentes todos los detalles de las conversaciones de largas horas. Recuerdo un pequeño punto luminoso: estaban por llegar los nuevos cazas a reacción. Quizás con su ayuda podíamos defendernos de los ininterrumpidos ataques aéreos contra ciudades alemanas y reconquistar, por lo menos en parte, el dominio aéreo. Quedó sólo por contestar una pregunta: ¿No hubiesen podido estar disponibles ya mucho antes estos cazas a reacción? La construcción ya se había terminado en 1942. ¿Era éste otro capítulo de la historia de guerra alemana sobre el que figuraba la palabra "demasiado tarde"?

El teniente general von Greim aún no había sido nombrado por aquel entonces comandante supremo de la Luftwaffe. Sólo en los últimos días de abril de 1945, en las ruinas de Berlín, le fue encomendado este cargo. Durante el vuelo en la capital ya completamente cercada, en el que participó su fiel compañera Hanna Reitsch, fue gravemente herido. Así llegó también dos semanas más tarde a Kitzbühl como prisionero americano. No quería verse obligado a testimoniar ante los aliados contra su antiguo jefe supremo Göring. Este fue uno de los motivos de su suicidio.

Al tercer día después de la "situación" de la noche en que se me indicó que permaneciese presente durante toda la reunión, Hitler había rogado que se quedasen además Keitel, Jodl, Ribbentrop y Himmler, que en aquella ocasión se hallaba allí. Nos sentamos alrededor de la mesa redonda del rincón. Adolfo Hitler explicó una vez más con breves palabras la situación en el Sureste. El frente, que acababa de consolidarse en las fronteras de Hungría, debía mantenerse a toda costa. Dentro de este gigan-

tesco arco se hallaban más de un millón de soldados alemanes, que perecerían al producirse un hundimiento repentino.

—Tenemos informes secretos —continuó Hitler—, de que el regente del reino húngaro, almirante von Horthy, intenta establecer comunicación con el enemigo, para lograr una rápida paz por separado para Hungría. Pero esto significaría la pérdida de nuestros ejércitos. Intenta tratar no sólo con las potencias occidentales, sino también con Rusia, y también se someterá a ésta.

"Usted, Skorzeny, preparará para el caso de que el regente incumpla los tratados de alianza, la ocupación militar de la montaña del castillo de Budapest. El Estado Mayor General piensa en una misión de paracaidistas o de tropas aerotransportadas. El mando para toda la operación en Budapest se encargará al general de cuerpo, el general de artillería N. de reciente nombramiento. Usted le estará subordinado, pero debe empezar en seguida con sus preparativos, puesto que el Estado Mayor del Cuerpo aún está en fase de formación.

Así más o menos explicó Adolfo Hitler a los presentes la inminente misión.

—Para que supere con mayor facilidad las dificultades que se producen en la formación, usted recibirá ahora de mí una orden por escrito con amplios poderes.

El teniente general Jodl leyó a continuación de un pliego de órdenes las unidades que tenía bajo mis órdenes: un batallón de paracaidistas de la Luftwaffe, el batallón de paracaidistas 600 de las Waffen-SS y un batallón de infantería motorizada, formada de alumnos de la Academia Militar de Wiener-Neustadt. Además, ya se mandó el desplazamiento y la puesta a mis órdenes de dos grupos de planeadores de carga.

También recibirá un aparato del grupo de enlaces del Cuartel General del Führer para usar durante la misión —terminó el teniente general Jodl.

Adolfo Hitler habló aún durante unos momentos con Ribbentrop de las noticias provenientes de la embajada alemana en Budapest. También en éstas se dijo que la situación era suma-

mente tensa, y que el actual gobierno húngaro de ninguna manera podía considerarse ya como adicto al Eje. Después de que la orden por escrito estuvo firmada por Adolfo Hitler, se me entregó. Los generales se despidieron.

—Confío en usted y sus hombres. Y suerte.

Con estas palabras Hitler terminó la entrevista.

Cuando, después de haber quedado solo, releí el escrito, me sorprendí de las posibilidades de amplio alcance que aquel papel ponía en mis manos. Estaba escrito en el llamado papel de Estado: arriba a la izquierda, en oro, el águila con la svástica, debajo de ello en sencillos caracteres *Antigua* "El Führer y el Canciller del Reich".

El texto del escrito, que desgraciadamente en el torbellino de los acontecimientos del año 1945 se perdió, o mejor dicho, fue robado junto con todo mi equipaje, decía más o menos lo siguiente: "El comandante de la reserva, Otto Skorzeny, actúa en la realización de una orden personal y estrictamente secreta de suma importancia. Ordeno a todas las oficinas militares y estatales a apoyar de cualquier manera a Otto Skorzeny y a cumplir sus deseos". Debajo de ello la firma del jefe del Estado alemán, que estaba escrita con mano temblorosa. Durante algún tiempo creí que con estos poderes podía revolver toda Alemania. pero en realidad, estaba decidido a usar lo menos posible este documento. No confiaba demasiado en la obediencia ciega de un oficial de servicio frente a una orden "máxima". Preferiría encontrar plena comprensión para obtener mis peticiones.

Para poner en seguida las cosas en claro diré que tan sólo he sacado este documento una vez del bolsillo, y esto sucedió unos días más tarde en Viena. Tuve por espacio de varias horas una conversación con un teniente coronel del mando de la región militar sobre la inmediata motorización de la Academia Militar de Wiener Neustadt, subordinada a mí y de otras unidades. Había que examinar listas, comparar cifras de cargamento, etc. Tenía un hambre terrible, y le pedí a mi interlocutor:

—¿No podrían hacer traer algunas salchichas o un bocadillo? Hoy ya no tendré tiempo para comer.

—Con mucho gusto, pero deme por favor sus vales de carne —fue la contestación.

Cuando le expliqué que había olvidado las piezas de guerra más importantes de mi equipo, los vales de alimentos, pero que a pesar de ello debía saciar mi apetito, el oficial no tuvo ninguna comprensión frente a mi ruego por un par de salchichas de Viena.

—No, desgraciadamente esto es imposible. Esto no lo puede servir nuestra cantina —fue la severa contestación.

Entonces quise experimentar como broma el efecto milagroso de mi documento y su firma. Sin más palabras cogí mi cartera y puse el documento sobre el escritorio ante el asombrado camarada. Una breve mirada suya bastó, y en seguida llegó su respuesta:

—Sí, naturalmente, se le dará al instante.

Gritó dirigiéndose hacia la antesala:

—Suboficial L., traiga en seguida de la cantina dos pares de salchichas.

Entonces consumí el tentempié, servido por "orden suprema", por medio de un teniente coronel tan consciente de su deber.

Después de haber recibido la orden de acción —ya eran las dos de la madrugada— aún tenía que arreglar algunas cosas. Como medida de precaución ya había puesto dos días antes en estado de alerta mi batallón de caza "centro", el antiguo batallón de cazadores 502. Sabía que el capitán von Fölkersam esperaría mi llamada incluso a tan avanzada hora. En seguida tuve una conversación relámpago con Friedenthal:

—*Allò*, Fölkersam. He recibido hace unos instantes un nuevo encargo importante. Tome nota. La primera compañía reforzada será transportada hoy a las ocho de la mañana al aeropuerto de Gatow. No olviden una triple entrega de explosivos y de municiones para cuatro grupos de zapadores. Entreguen raciones de emergencia para seis días. El teniente Hunke tomará el man-

do. El objetivo ya lo conocen en el mando de la escuadrilla Ju-52. Yo mismo despegaré hoy en cuanto me sea posible y aterrizaré, antes de las diez, en el aeropuerto de la fábrica Heinkel en Oranienburg. Usted irá a buscarme. Dos horas más tarde seguiremos. Usted, Radl y Ostafel volarán conmigo. ¿Alguna pregunta? Entonces hasta mañana. El lema sigue siendo: "Fácil para nosotros".

Sabía que ahora empezaría el jaleo en Friedenthal. Entonces se me ocurrió también el nombre de camuflaje para la nueva empresa: "Panzerfaust".

Da gusto disponer de un avión, pensaba un par de horas más tarde cuando el piloto de la He-111 se presentó ante mí en el aeropuerto del Cuartel General. Yo estaba sentado a su lado ante el timón doble y observaba el paisaje que se deslizaba bajo nosotros, pero no podía evitar que mis pensamientos girasen de forma concreta alrededor de la nueva acción. Otra vez había en juego algo importante: todas las tropas alemanas a lo largo de la frontera húngara. En caso de una repentina defección de las tropas húngaras, situadas junto a los Cárpatos, estarían en una situación comprometida. Y si se perdía Budapest, el centro principal de avituallamiento, ocurriría una gran catástrofe. Ojalá todos los preparativos llegasen a tiempo.

Entonces se me ocurrió otra cosa. ¿No me habían dado el mando de las escuadrillas de planeadores de carga y de los batallones de paracaidistas? ¿Cómo se imagina el Estado Mayor General una acción de paracaidistas y de tropas aerotransportadas sobre la Montaña del Castillo? Yo conocía con exactitud Budapest y su centro. La única posibilidad de aterrizaje en la ciudad era la gran plaza de instrucción, el Campo de la Sangre. Pero allí, en caso de enemiga por parte de los húngaros, nos dispararían desde la cercana Montaña del Castillo y desde los otros tres lados antes de que pudiésemos reunirnos. De todas formas, podía hacer aterrizar algunos grupos especiales, pensé. Pero esto sólo se podía decidir según se presentase la situación.

Durante el viaje en coche hacia Friedenthal informé brevemente a mi IA.

—Otra vez tenemos elementos imponderables más que suficientes en nuestra misión —opinó von Fölkersam—. Pero es lucida, y lo conseguiremos. El transporte de Gatow fue bien —me informó a continuación—. Y como lugar de reunión tenemos Viena. Esto le dará quizás unas cuantas horas libres para estar con su familia, pues hace tiempo que no la ha visto. ¿No?

Ambos sabíamos, sin hablar de ello, que apenas tendríamos tiempo para decir adiós. Nuestras familias ya lo comprenderían; trabajábamos y luchábamos también para ellos. En nuestro vuelo a Viena habíamos llevado también una caja del más moderno explosivo. Se estaba muy cómodo sentado sobre ella; lo único en que no podía pensarse era que dicho chisme podía estallar. Teniendo en cuenta la actividad de la aviación enemiga sobre Alemania, teníamos toda clase de probabilidades. Pero no hablamos de este problema; sólo teníamos presente lo inmediato, las tropas nuevas subordinadas a nosotros y nuestra misión. Propuse motorizar inmediatamente y, en todo caso, a los tres batallones. Esto significaría un buen trabajo en los parques móviles militares. Sabíamos cuán escasos eran en aquella época los camiones. El frente del Este y también ahora el del Oeste habían gastado demasiados vehículos. Eso no podía superarlo ni la mejor industria.

Fölkersam, Ostafel y yo seguimos desde Aspern viaje hacia Wiener-Neustadt. Radl debía tomar contacto en Viena con las oficinas del servicio de información. Quizás disponían ya de nuevos informes.

En Wiener-Neustadt nos presentamos inmediatamente en la antigua academia militar, cuya tradición se remontaba a los tiempos de la emperatriz María Teresa. En los pasillos de altos techos nos miraban desde arriba las antiguas cabezas de todos los anteriores comandantes de la escuela. El actual jefe, el teniente coronel H., ya había sido informado de nuestra llegada. Cuando le expliqué todo con pocas palabras, dijo que a él le habría

gustado mandar el batallón. Pero pude convencerle de que esto, por su alta graduación, no convenía; no obstante no quiso desistir de acompañarnos como "trotabatallas".

Entonces hicimos entrar al jefe del batallón previsto, un comandante, y a los jefes de compañía. Todos eran viejos osos del frente, que actuaban ahora como instructores en la academia militar. Mientras tanto, habían formado en el patio todos los aspirantes a oficiales capaces de ser útiles en el frente, que sumaban casi mil hombres. Cuando me coloqué frente a ellos para saludar al batallón que mandaba, mi corazón dio un salto de alegría. Una *élite* de hombres, como la que formaba en aquel batallón, era poco corriente: estaba seguro de que no había otra en Alemania. Me sentí orgulloso de tomar aquel mando. Quizás este orgullo se adivinara en la breve arenga que les dirigí:

—Por sus oficiales ya habrán oído mi nombre, y más de uno recordará mi misión en Italia. Sin embargo, no esperen de mí que les lleve a una aventura. Será una lucha seria y quizás sangrienta, en la que jugamos altas apuestas ustedes y yo. Todos cumpliremos con nuestro deber de soldados. Si tenemos la fe en nuestra causa lograremos nuestro objetivo, y con ello serviremos a nuestra patria y a nuestro pueblo.

También el batallón de paracaidistas había llegado ya a la región de Viena. Sus oficiales causaban buena impresión. Sólo tenía que intentar imponerme a ellos. Tenía la impresión de que acaso preferirían actuar por propia cuenta, y esto podía malograr toda la empresa. Pero no tenía ni la más ligera idea de cómo se desarrollaría ésta. Aún no me podía imaginar cómo se efectuaría la acción en Hungría.

El segundo batallón de paracaidistas, el de las Waffen-SS, llegó del frente del Este. Estaba bastante mermado por las bajas, y por lo tanto no podía ser tan batallador como las demás unidades.

Hasta que pudimos arreglar los problemas de equipaje y motorización habían pasado tres días más. Ya era hora de que echase un vistazo a Budapest. Pronto estuvieron arreglados los papeles

para un cierto "Dr. Wolff", un hombre de mi estatura. Entonces me puse un cómodo traje de paisano. Por un conocido me hice recomendar a un amigo suyo de Budapest y me pude poner en camino.

En Budapest fuimos acogidos, Karl Radl y yo, por el comerciante N. con una hospitalidad como sólo practican los magiares. Llegó hasta tal punto, que él mismo se marchó de su casa para poner a nuestra disposición toda su vivienda con criado y cocinera. Apenas me atrevo a decirlo, pero en toda mi existencia no he vivido tan bien como aquellas tres semanas, y esto en el quinto año de guerra. Habría ofendido gravemente a nuestro anfitrión si hubiese comido con parquedad.

Mientras tanto, había llegado a Budapest también nuestro general. Tenía sus preocupaciones para constituir un Estado Mayor útil y para obtener de las tropas a él subordinadas rápidamente un buen estado de preparación. Al principio hice trabajar a Fölkersam y Ostafel en el Cuerpo del Estado Mayor. A toda prisa debía confeccionarse un plan de alarma para todas las tropas sitas en Budapest y sus alrededores. Prepararlas para todas las eventualidades. Ante todo debían permanecer en nuestras manos las líneas de ferrocarriles, las estaciones y las centrales de comunicaciones.

Mientras tanto, el servicio de información había comprobado que el hijo del regente, Niklas von Horthy, ya había llevado a término una conversación secreta con los comisionados de Tito. De este modo, debían establecerse las relaciones con el Mando Supremo ruso para concluir una paz por separado. O sea, que en este caso, eran ciertas las informaciones del FHQ. Me parecía incomprensible el camino que seguía el almirante von Horthy, a través de Tito. ¿Cómo era posible que este mantenedor de la corona húngara se dirigiese hacia los eternos enemigos de Hungría, los yugoslavos? ¿Qué ventajas pensaba sacar de ello para sí y para su pueblo? Discutí con los oficiales de nuestros servicios de información sobre la conveniencia de intentar introducir en las conversaciones a un agente nuestro. Un croata consiguió

introducirse tanto entre los comisionados yugoslavos como junto a Niklas von Horthy, y ganarse la confianza de ambos bandos. De esta forma, nos enteramos de que se había planeado en un corto período de tiempo una conversación nocturna secreta con el mismo regente. Esto era para nosotros una noticia desagradable, ya que no teníamos ningún interés en que el jefe del Estado se comprometiese personalmente en el asunto. Pero esto era competencia exclusiva del servicio de información o de la policía de seguridad; yo tenía otras preocupaciones.

Muchas veces fui hacia la Montaña del Castillo, para hablar con el agregado de aviación, o con el embajador alemán o con el general de la plaza, y siempre aumentaron mis preocupaciones, ya que aún no tenía plan determinado para operar, si el caso se presentaba, sobre la Montaña del Castillo, que era una fortaleza natural. Aunque no se expresó con claridad en mis órdenes, yo no veía otro medio de evitar la defección del gobierno húngaro, que mediante una acción contra el barrio gubernamental y el castillo. Esto sólo podía ponerse en práctica bajo una acción previa contra Alemania, que debía ser replicada tajantemente.

Se encargó a Fölkersam la misión de estudiar con toda exactitud todos los planos posibles de la ciudad y aumentar sus experiencias mediante frecuentos reconomientos de las calles y construcciones. En este estudio, recibimos toda clase de sorpresas. La Montaña del Castillo estaba minada por un laberinto de pasillos; esto podía ser, en un caso comprometido, un grave obstáculo para nosotros. El plan de alarma alemán realizado para Budapest ordenaba que yo ocupase militarmente, con las tropas que me estaban subordinadas directamente, la Montaña del Castillo. Ya había renunciado por completo a una acción desde el aire con planeadores o paracaidistas. Iba siendo hora de que mis tropas fuesen a Budapest; también el mando del cuerpo lo creía conveniente. A principios de octubre, salieron de Viena y se acuartelaron en los arrabales de Budapest.

En los primeros días de octubre llegó a Budapest el general de la policía von dem Bach-Zelewski. Le había sido encomendado

por el FHQ el Mando Supremo en Budapest. Venia de Varsovia, donde bajo sus órdenes se acababa de sofocar el intento de rebelión del ejército clandestino polaco. Durante las conversaciones se presentó a sí mismo como "hombre fuerte". Según dijo, estaba decidido a actuar, en caso de necesidad, con la misma dureza que en Varsovia. Incluso había llevado consigo un mortero de 65 cm. Esta pieza sólo se había empleado dos veces, durante el sitio de la fortaleza Sebastopol y en Varsovia. Yo creía que el método propuesto era innecesariamente rudo y opinaba que en caso difícil se podría llegar al objetivo más de prisa y mejor, con medios más sutiles; la acción "Panzerfaust" también podría realizarse sin el apoyo de esta pieza de artillería. Muchos oficiales parecían impresionados por la actitud de Bach-Zelewski; posiblemente también le tenían algo de miedo. Yo nunca me preocupé por su tono rudo, permanecí firme en mi opinión y la llevé a la práctica.

Tampoco comprendía el por qué los planes de alarma frecuentemente se estudiaban en sesiones a las que asistían de quince a veinte oficiales. Podía pensarse lógicamente que el gobierno húngaro se enteraba de algo de estas sesiones y, por ello, se veía obligado a adoptar decisiones con mayor rapidez. De todas formas, eran alarmantes las noticias de nuestro servicio de información, referentes a que el teniente general M., comandante en jefe del ejército húngaro en los Cárpatos, había establecido relaciones directas con los rusos. Todas estas noticias naturalmente pasaban también al FHQ, pero éste aún no daba órdenes concretas acerca de qué medidas podían tomarse en contra.

En Budapest el ambiente era muy distinto al de Italia por aquel entonces. Allí sólo había tenido que conversar con el general Student y, por lo demás, había preparado mi acción con entera independencia. Aquí todo eran conversaciones y más conversaciones. El general del Cuerpo tenía una opinión distinta a la de la embajada, que a su vez pensaba de manera diferente que el general de la policía Winkelmann. El servicio de información y algunas personalidades húngaras germanófilas tenían otro criterio. Yo estaba satisfecho de no tener que intervenir en

la coordinación de aquella diversidad de opiniones. A causa de mi cometido, muy amplio, debia estar presente en muchas sesiones. Sólo podía esperar que, por algunos hechos repentinos, fuera necesario un cambio, una rápida unión de todas las oficinas y sus criterios.

Alrededor del 10 de octubre de 1944 tuvo lugar en una villa una conversación nocturna entre el hijo de Niklas von Horthy y los delegados yugoslavos. La policía alemana estaba enterada pero no intervino. La siguiente sesión debía tener lugar el domingo, 15 de octubre, en las cercanías del muelle del Danubio, en una casa comercial. Ahora iba en serio. El FHQ mandó antes del 15 de octubre a Budapest al general Wenck, quien en caso de necesidad debía tomar el mando supremo y adoptar decisiones "hic et nunc". La policía de seguridad estaba decidida a intervenir en aquella ocasión y a detener al hijo del regente junto con sus colaboradores. A esta acción se le dio el nombre de camuflaje "Ratón", pues a causa de un error el nombre de Niklas, es decir, Nicky, se había convertido en Micky. Entonces resultó adecuada la combinación Micky Mouse.

En el planeamiento de esta acción policíaca estaba implícita la idea de que el regente, para evitar que su hijo quedase expuesto públicamente, desistiría de sus planes de una paz por separado. El general Winkelmann me rogó que preparase para aquella mañana una compañía de mis soldados. Sabía ya que las otras conversaciones de Niklas von Horthy habían estado protegidas por tropas del Honved. Si esto iba a suceder de nuevo se pensó que mis soldados servirían como contrapeso. Yo prometí mi apoyo con la condición de que yo mismo podría decidir acerca de la intervención de mi compañía. El sábado recibí un telegrama urgente de Berlín, y, muy a pesar mío, tuve que mandar a Karl Radl en seguida a la capital del Reich. El cumplió esta orden de mal talante.

El 15 de octubre de 1944 fue un luminoso domingo de otoño. A las diez de la mañana, la hora del encuentro, las calles aún estaban en silencio. Mi compañía, dispuesta en una calle lateral.

El capitán von Fölkersam se mantenía en contacto conmigo. Es natural que yo mismo no pudiese comparecer aquel día de uniforme. Si quería estar presente en el escenario de los acontecimientos, debía llevar un traje civil discreto. Mi chófer y un segundo acompañante, ambos soldados de la Luftwaffe, estaban sentados en el pequeño jardín que encerraba la plaza. Yo había llegado en un coche particular poco después del comienzo de la conversación. Al entrar en la casa, vi que delante del comercio había un coche de los Honved y otro coche particular, en el que al parecer había venido Horthy hijo. Aparqué con mi radiador frente al suyo para evitar que los coches pudiesen salir disparados repentinamente.

El piso superior a los locales comerciales, en los que tenía lugar la conversación, ya había sido ocupado el día anterior por algunos agentes de la policía criminal, que estaban hospedados en una pensión. Otros tenían que introducirse en la casa desde la calle alrededor de las diez y diez para proceder entonces a las detenciones. En el vehículo cerrado estaban sentados, procurando no ser vistos desde el exterior, tres oficiales del Honved; otros dos se hallaban en el parque. Yo estaba precisamente junto a mi coche simulando una avería del motor, cuando empezó la acción.

Apenas el primer funcionario alemán desapareció en la entrada de la casa, cuando alcanzaron al segundo los tiros de las pistolas automáticas procedentes del vehículo cerrado. Con una bala en el vientre cayó junto al coche. Los dos oficiales del parque llegaron corriendo y disparando. Tuve el tiempo justo para buscar protección detrás de mi coche cuando una serie de tiros convirtió la puerta aún abierta de mi coche en un colador. De pronto se animaron los alrededores. En varias ventanas y sobre los balcones de las casas aparecieron soldados del Honved. Mi chófer y su acompañante, al oír los primeros tiros, corrieron hacia mí, suponiendo que había sido herido. Mi chófer recibió una bala en el músculo, pero se mantuvo en pie. Entonces di a mi compañía la señal para entrar en acción y nosotros tres nos defendimos con

nuestras pistolas contra el fuego casi ininterrumpido de las pistolas automáticas. Era una situación poco agradable y una lucha desigual, que por suerte duró sólo breves minutos. Mi coche estaba lleno de agujeros. Las balas que rebotaban sobre el adoquín silbaban siniestramente cerca de nosotros. Sólo por pocos segundos podíamos levantar nuestras cabezas por encima de la protección, para mantener con nuestros disparos al contrario a distancia, que no era más de diez o quince metros.

Pero yo oí desde la calle próxima las pisadas de la compañía, que había entrado en acción. Fölkersam había comprendido y situó en seguida al primer grupo, en la esquina de la plaza. Los otros ocuparon con la rapidez del rayo el jardín y dirigieron sus armas hacia las fachadas de las casas.

Después de los primeros tiros se retiraron mis contrincantes hacia el portal de la casa vecina, en la que se encontraba al parecer una unidad húngara más potente aún. Al terminarse el tiroteo entramos rápidamente nuestros dos heridos en el portal de la casa. Pero observamos entretanto que el enemigo en la casa vecina aparentemente se preparaba para una salida. Después de una rápida decisión encendimos en la entrada del portal la mecha de una carga explosiva, que al estallar, amontonó algunas planchas de mármol y la puerta, transversalmente, de modo que quedaba bloqueada la entrada de la casa. Así terminó la acción militar; debió durar unos cinco minutos.

Bajaron también los agentes de la policía de los pisos superiores, e hicimos cuatro prisioneros. Los dos húngaros, Niklas von Horthy —el "Micky Mouse"— y su amigo Bornemizza, fueron colocados en un camión. Para no llamar la atención, la policía quería transportar a los dos detenidos enrollado cada uno en una alfombra. Pero según lo que vi, esta idea no había podido realizarse por completo. Los dos detenidos, que se resistían, tenían que colocarse en el camión de manera bastante incómoda. Partió el camión y mi compañía. Me decidí a evitar más choques, que eran muy posibles si el enemigo sorprendido

volvía a reanimarse. La retirada de las tropas se logró sin más accidentes.

Una duda interior me obligó a seguir al camión. Me estaba esperando otro vehículo con chófer. A una distancia de menos de cien metros de la plaza, debajo del puente Isabel, vi acercarse en marcha acelerada tropas del Honved, integradas aproximadamente por tres compañías. Si continuaban hacia la plaza podría producirse una nueva lucha con mis hombres, lo cual yo quería evitar. Allí sólo podía ayudar la astucia; debían ganarse unos minutos. Hice parar el coche y fui al encuentro del oficial que mandaba la tropa, diciendo:

—¡Haga parar! Allá arriba hay un jaleo tremendo. Nadie sabe lo que pasa.

Tuve éxito. La tropa se paró; el comandante pareció indeciso. Fue una suerte que entendiese un poco el alemán. O tal vez no había comprendido nada. Pero para mí sólo la breve parada tenía importancia. Mis soldados ya debían estar en los camiones y éstos a punto de arrancar. Grité aún al indeciso oficial:

—Tengo que continuar.

Entré en el coche de un salto y apresuradamente nos dirigimos al aeropuerto. Cuando llegué allí los dos húngaros ya estaban en el avión que, pocos minutos después, despegó en dirección a Viena.

Luego me dirigí hacia el puesto de mando del Cuerpo, que se había establecido en un hotel sobre una colina de Budapest, donde encontré también al general Wenck. Todos esperábamos con el ánimo tenso lo que ocurriría después. Conocíamos la existencia de ciertas maniobras militares en la Montaña del Castillo, que estaban efectuándose desde hacía varios días. La guarnición había sido reformada, y en varias calles de acceso habían colocado minas subterráneas. Alrededor del mediodía, recibimos una llamada telefónica desde la embajada alemana, alojada en un pequeño palacio sobre la Montaña del Castillo. El agregado militar nos informó de que tropas del Honved ponían la Montaña del Castillo oficialmente en estado de defensa y que todas las

calles y puertas de acceso estaban cerradas para cualquier clase de tránsito. El agregado militar acababa de intentar abandonar con su coche la Montaña del Castillo, pero en ninguna de las calles de salida le habían dejado pasar. Poco después fueron bloqueadas las líneas telefónicas, pues ya no se obtuvo ninguna comunicación. Con ello se aisló prácticamente del mundo exterior a todas las oficinas alemanas, que radicaban en la Montaña del Castillo. Este fue un primer "acto poco amistoso", según la suave frase del lenguaje diplomático. Nerviosos, esperábamos los acontecimientos que debían producirse seguidamente. Las próximas horas debían traer consigo una decisión. La mayoría de los compañeros padecían de cierto nerviosismo, pues por nuestra parte aún no podía tomarse ninguna contramedida. La iniciativa correspondía aún a los del otro lado. A las 14 horas la radio húngara anunció una noticia extraordinaria. Se emitió un mensaje del regente almirante von Horthy: "Hungría ha firmado un armisticio con Rusia". Ya todo estaba aclarado, las contramedidas preparadas debían iniciarse en seguida. Se puso en ejecución el gran plan de alarma para Budapest.

También se dio la orden para la acción "Panzerfaust", la acción contra la Montaña del Castillo. Sin embargo, yo consideraba el momento poco favorable y aconsejé esperar aún algunas horas, quizás hasta la mañana siguiente. Como contramedida contra las maniobras húngaras de la Montaña del Castillo, propuse formar con tropas alemanas un cinturón exterior alrededor de la Montaña. La División 22 de las Waffen-SS se encargó de esta orden. Según el plan de alarma, durante las horas de la tarde se efectuó sin incidentes la ocupación de las estaciones y otros edificios importantes de la ciudad.

Se envió un general alemán al Mando Supremo del Ejército Húngaro en el frente, pero llegó demasiado tarde con sus hombres. El general húngaro ya se había marchado a los rusos acompañado de algunos oficiales y secretarias. Era para nosotros sorprendente, que este hecho y el mensaje por la radio no causasen entre las tropas húngaras consecuencias más graves. En

términos generales, se quedaron en sus posiciones. La mayoría de los oficiales no siguió a su Jefe Supremo. Se quedaron con sus tropas y continuaron la lucha contra los rusos. Sin embargo, de manera rápida se debía evitar que el ministerio del Honved, situado junto al castillo, diese órdenes para la capitulación.

Durante una reunión, a la última hora de la tarde, se determinó que la acción "Panzerfaust" empezaría a lo más tardar el 16 de octubre por la madrugada. Este aplazamiento me venía muy bien, ya que esperaba que en las horas siguientes surgieran algunas facilidades para nuestra posición de salida. Por mi parte, di la orden de que debía fijarse como hora-X el crepúsculo matutino, o sea, las seis de la mañana. En todo caso quería atacar por sorpresa, para lo cual me parecía esta hora especialmente favorable. Junto con Fölkersam, pasé las horas siguientes inclinado sobre el gran plano, dibujado por nosotros, de la Montaña del Castillo. Poco a poco tomaba la acción formas definitivas. Quería empezar el ataque de manera concéntrica y al mismo tiempo intentar yo mismo formar en el centro, a lo largo de la calle de Viena, un punto de gravedad. Allí también debía jugar su papel el factor sorpresa. Tenía la intención de pasar la puerta de Viena a ser posible sin lucha y sin gran ruido para surgir después, de manera sorprendente, con mis tropas en la plaza, ante el Castillo. Allí debía adoptar entonces una rápida decisión. Si se lograba penetrar pronto en el castillo, el probable centro de la resistencia, terminaría pronto también la lucha, evitando esto el derramamiento de sangre, en ambos lados.

Señalamos a nuestras unidades sus objetivos. Nos mandaron como refuerzo una compañía de tanques Pantera y una compañía de tanques Goliath. Los pequeños tanques Goliath eran todavía en aquel entonces un nuevo artefacto poco conocido: vehículos de oruga, teledirigidos, bajos y de fácil manejo, con una fuerte carga explosiva en su parte delantera. Podíamos usarlos para romper una barricada o una puerta, que nos bloquease el camino. El batallón de la academia militar de Wiener-Neustadt atacaría a través de los jardines, en la falda meridional de la

Montaña del Castillo. Era una tarea difícil, pues sabíamos que en los jardines empinados se habían construido varias posiciones y nidos de ametralladoras. Queríamos quebrantar así la resistencia y lograr la ocupación del castillo.

Un grupo del batallón de caza "Centro", reforzado por un grupo de tanques, debería atacar a lo largo de la entrada occidental del castillo con el objetivo de tomar una entrada posterior de aquél. Un grupo del batallón de paracaidistas de las SS número 600 tenía la orden de forzar, a través del túnel del puente de cadenas que pasaba por debajo de la Montaña, la entrada a los pasillos subterráneos y penetrar desde abajo en el Ministerio de la Guerra y en el de Asuntos Interiores. Los restos de la compañía de la unidad de caza "Centro", la mayor parte del batallón de paracaidistas de las SS, dos grupos de tanques y la compañía de tanques "Goliath" debían quedar disponibles para el golpe de mano. El batallón de paracaidistas de la Luftwaffe lo mantenía en reserva para casos imprevistos.

Se dieron con exactitud las órdenes para cada acción distinta. Alrededor de medianoche ocuparon mis tropas sus posiciones de salida, detrás del cinturón de bloqueo, que ya había formado por la tarde la División 22 de las SS.

Las calles de Budapest apenas habían cambiado su aspecto durante el día. Tanto las acciones de las tropas húngaras como las de las alemanas apenas habían sido advertidas por la población. Los cafés estaban llenos como siempre, y quedaban vacíos sólo a avanzadas horas de la noche. También los informes desde las estaciones eran favorables. El tránsito de avituallamiento seguía rodando desde el Reich hacia los frentes sin interrupción.

Ya era más de la medianoche cuando llegó al puesto de mando del Cuerpo un oficial de elevada graduación del Ministerio del Honved. Venía de la Montaña del Castillo por unas rutas desconocidas por nosotros, y su ministro le había encargado iniciar las negociaciones con nosotros. Por nuestra parte se le dijo que sin la anulación de la declaración del armisticio del regente no había base alguna para las negociaciones. Además era una situa-

ción muy desagradable que los miembros de la embajada y otros servicios alemanes estuviesen prácticamente prisioneros en la Montaña del Castillo. Por consejo mío se dio un ultimátum para que la situación cambiase antes de las seis de la mañana. A aquellas horas debían haberse retirado las minas y barreras de la calle de Viena, que conducía a la embajada alemana. Esto era al mismo tiempo el supuesto para un ataque por sorpresa, con pocas bajas, contra la fortaleza.

El oficial húngaro del Honved causó en nosotros la impresión de que ni él ni su ministerio aceptaban positivamente el repentino vuelco contra Alemania. Se notaba en sus palabras que no todos los húngaros de la Montaña del Castillo estaban conformes con la rápida decisión y el discurso radiofónico del regente.

La conversación había transcurrido en un tono amistoso. El oficial se despidió hacia las dos de la madrugada. Alrededor de las tres, ocupé mis posiciones de combate al pie de la Montaña del Castillo, en el campo de la sangre. Allí coloqué mi coche e hice llamar una vez más a todos los oficiales. La noche estaba muy oscura y sólo la débil luz de nuestras linternas recorría nuestros croquis y mapas. Aún debían ser aclarados algunos detalles. Los oficiales había trabajado bien y se había estudiado cada detalle del terreno. Mi ayudante preparó un café bien cargado que bebíamos de nuestras cantimploras. Era un buen auxiliar para aguantar una noche en vela y en tensión.

Mientras tanto también había preparado yo mí plan de acción. Quería intentar con mi tropa la marcha hacia el castillo, a ser posible dando impresión de completa normalidad. O sea, que los hombres debían permanecer en sus camiones; debía parecer una marcha corriente. Sabía que con ello corría un grave riesgo; pues mis soldados —sentados en sus camiones— estaban casi indefensos en caso de un ataque enemigo. Pero este riesgo debíamos correrlo, si queríamos acabar rápidamente con la lucha. Di a conocer mi intención a los demás comandantes. Si conseguía mi propósito podían contar mis otras unidades con un pronto apoyo en la Montaña del Castillo.

Reuní mi columna. Después de haber pasado la puerta de Viena debía dividirse y lanzarse a toda velocidad a través de dos calles paralelas hacia la plaza del castillo. Ordené que se reuniesen todos los jefes de compañía y de grupo, y les expliqué que debían guardar con sus hombres la más severa disciplina. No debían contestar disparos aislados, sino intentar por todos los medios llegar con sus vehículos hasta sus puntos de acción, sin disparar un solo tiro. Se debía actuar según este lema: "Los soldados húngaros no son nuestros enemigos".

Mi coche se puso a la cabeza de la columna enfilando la calle de Viena. Debía ser hacia las cinco y treinta minutos, y empezaba a clarear. Detrás de mí estaban colocados cuatro tanques, siguiendo un grupo de la compañía Goliath, y, en último término, estaban situados los demás, grupo tras grupo, sentados en sus camiones. Las armas estaban dispuestas. La mayor parte de los soldados se habían reclinado y dormían unos minutos. Todos adoptaban la actitud del soldado veterano, que aún antes de la acción más peligrosa encuentra la ocasión para dar unas cabezadas. Para mayor seguridad, mandé a mi ayudante una vez más al comando del Cuerpo para informarse de si se había introducido algún cambio en los planes. Volvió con la noticia de que no había ninguna novedad. La hora del ataque siguió siendo las seis.

Aún faltaban unos minutos. Fui una vez más a mi gran coche. Al lado de Fölkersam y Ostafel se encontraban cinco "viejos camaradas" del Gran Sasso, suboficiales y brigadas. Debían constituir mí propio grupo de choque. Cada uno tenía además de la pistola automática unas cuantas bombas de mano en el cinturón y una "Panzerfaust", la nueva arma antitanque, en la mano. Estábamos intrigados por saber cómo se comportarían las tropas acorazadas húngaras reunidas en la Montaña del Castillo. En caso de necesidad trabarían conocimiento con las granadas de nuestros tanques o la "Panzerfaust".

Otra mirada al reloj: las seis menos un minuto Con el brazo derecho hice un movimiento de rotación: "Poner en marcha el motor". De pie en el coche levanté varias veces seguidas el bra-

zo: "En marcha". Lentamente, pues el camino subía. Y nos pusimos en movimiento. Sólo confiaba en que ninguno de mis coches se topase con una mina, pues con ello se habría detenido la columna y todo el magnífico plan podía fallar. Involuntariamente me volvía hacia atrás temiendo que se produjese una explosión. Ya aparecía la puerta de Viena. Se había abierto paso. Unos soldados húngaros nos miraron con curiosidad.

Habíamos alcanzado la meseta.

—Acelere suavemente —le grité a mi chófer.

A la derecha de la calle había un cuartel de la Honved.

—Sería desagradable que ahora nos disparasen desde el flanco —murmuró Fölkersam a mi lado.

Delante del cuartel, estaban situadas dos ametralladoras: además, vimos barricadas de sacos terreros. No se movía nada; sólo se oía el ruido de los tanques. Yo tomé la calle de la derecha, en la que estaba la embajada alemana. Ahora podíamos correr a una velocidad respetable, sin perder los vehículos que nos seguían. Los tanques corrían detrás de mí a una velocidad de treinta y cinco a cuarenta kilómetros. Apenas nos faltaban mil metros para llegar al castillo. Ya se había realizado buena parte de nuestra misión.

Llegamos a la explanada del castillo sin un solo disparo. Entonces apareció ante nosotros el sólido edificio independiente del ministerio del Honved. De muy lejos nos llegó el ruido de dos fuertes explosiones. Debían ser nuestros hombres, que luchaban por penetrar en el túnel. Estábamos viviendo los instantes decisivos. Ya habíamos pasado delante del ministerio y, ante nosotros, apareció la plaza del castillo. Tres tanques húngaros estaban en la plaza. Ya habíamos pasado delante del primero. Levantó su cañón hacia el cielo, en señal de que no quería disparar sobre nosotros.

Ante la puerta del castillo se había levantado una barricada de varios metros. Me aparté un poco con mi coche e hice señal al primer tanque de que se lanzase a plena potencia contra ella. Nosotros saltamos del coche y le seguimos corriendo. La barri-

cada no pudo resistir el peso y la furia de las treinta toneladas. Se derrumbó y el tanque pasó sobre los escombros e introdujo su largo cañón en el patio del castillo. Seis cañones antitanque le miraron de frente.

Al lado del tanque, y por encima de la destrozada barrera, penetramos en el patio. Un coronel de la guardia del castillo nos quiso parar con su pistola. Mi ayudante le quitó el arma de un golpe. A nuestra derecha estaba, al parecer, la entrada principal del castillo. Nos acercamos a ella. A un oficial del Honved, que venía a nuestro encuentro, le grité:

—Lléveme en seguida ante el comandante del castillo.

Como un buen chico subió a mi lado por la escalinata recubierta de alfombras rojas. En el primer piso, escogimos el pasillo de la derecha. Yo indiqué a uno de mis hombres que se quedase allí para cubrirnos. El oficial señaló una puerta. Entramos en una pequeña antesala. Se había colocado una mesa junto a la ventana; sobre ella estaba estirado un hombre detrás de una ametralladora, que en aquel momento empezaba a disparar sobre el patio. El suboficial Holzer, un tipo pequeño y rechoncho, cogió la ametralladora con las dos manos, y la tiró por la ventana, estrellándola contra el asfalto. El tirador se asombró tanto que se cayó de la mesa.

A la derecha vi una puerta. Llamé suavemente y entré. Un general del Honved vino a mi encuentro.

—¿Es usted el comandante del castillo? —le pregunté—. Le exijo que entregue en seguida el castillo. Usted es responsable de la sangre que pueda derramarse en vano. Le pido una decisión inmediata.

Efectivamente se oían disparos en el exterior y, de vez en cuando, una ráfaga de ametralladora.

—Ya ve que toda resistencia es inútil —le dije—. Ya he ocupado el castillo.

Sabía que la compañía del batallón de caza "Centro", bajo el mando del frío teniente Hunke, había llegado detrás de mí y

ya había ocupado los puntos más importantes. En aquel momento entrada Hunke e informaba:

—Patio y entradas principales ocupadas sin lucha. Espero órdenes.

El general húngaro tomó una decisión probablemente difícil para él:

—Le entrego el castillo y ordenaré un inmediato alto el fuego...

Nos dimos la mano. Rápidamente acordamos que a la vez un oficial húngaro y otro alemán llevarían la orden de alto el fuego a las tropas que luchaban en el jardín del castillo.

Mientras tanto, salí al pasillo para dar un vistazo. A instancia mía, me acompañaron dos comandantes húngaros. Después se quedaron conmigo como oficiales de enlace. Llegamos a las contiguas estancias del regente, que éste había abandonado poco antes de las seis. Como me enteré más tarde, el almirante von Horthy se había puesto bajo la protección del general de las Waffen-SS Pfeffer-Wildenbruch en la casa de éste. Su familia ya había encontrado antes un alojamiento en casa del nuncio papal. La presencia de Horthy tampoco habría cambiado en nada nuestros planes, que no tenían que ver directamente con su persona, sino con la toma de posesión y aseguramiento de la sede del gobierno húngaro.

Cuando quisimos mirar por una de las ventanas que daban a la Plaza de la Sangre nos silbaron algunas balas muy cerca. Más tarde, Hunke me informó que la orden de alto el fuego no podía darse a determinadas posiciones húngaras por la parte del jardín del castillo que daba al Danubio. Dos "Panzerfaust" disparados desde el castillo les advirtieron que era mejor deponer toda resistencia.

La acción no había durado ni media hora. Había vuelto la calma a la Montaña del Castillo. Los habitantes de Budapest que vivían en el distrito más cercano podían seguir durmiendo, si querían. Notifiqué el éxito por teléfono a través de una comunicación especial al mando del Cuerpo y oí un suspiro de alivio

en el otro extremo del hilo. Al parecer, no se confiaba demasiado en mi plan de sorpresa. Recibí entonces los informes del ministerio del Honved y del Interior. Sólo en el primero había tenido lugar un breve combate.

Poco a poco se presentaron los comandantes de los grupos de combate; habíamos tenido cuatro muertos y unos doce heridos. El único lugar donde hubo graves luchas fue en la parte del jardín. Informé al comandante del castillo de las pérdidas húngaras: los "enemigos" tenían tres muertos y quince heridos. Nos alegramos de que se hubieran evitado mayores sacrificios para ambos bandos. Los soldados de los batallones del Honved en la Montaña del Castillo, del batallón de la Guardia y de la Guardia de la Corona debían deponer sus armas en el patio del castillo. Por indicación mía, todos los oficiales siguieron en posesión de sus armas, y rogué que se reuniesen en una de las salas del castillo.

Allí pronuncié este discurso:

—Les recuerdo que desde hace siglos nunca han combatido húngaros contra alemanes; siempre hemos sido fieles compañeros de armas. Ahora tampoco hay razones para que las cosas cambien, pues nosotros debemos tratar de conseguir una nueva Europa. Pero ésta sólo puede surgir si se salva Alemania.

Mi acento austríaco seguramente aumentaría el impacto de mis palabras, según advertí en el apretón de manos que di a cada uno de los oficiales húngaros. Por la tarde, estos oficiales marcharon a la cabeza de sus tropas desde el castillo hasta sus cuarteles. Al día siguiente juraron el nuevo gobierno delante del ministerio del Honved.

El mando del Cuerpo había ordenado que yo ocupase el castillo hasta nueva orden con mis tropas. Por tanto tuve que pensar en la instalación de mis hombres y en la mía propia. El ayuda de cámara del regente puso tal cara de mal humor que impulsó aún más a Fölkersam a pedirle un desayuno. Todos teníamos un hambre terrible. De mala gana se nos sirvió finalmente lo pedido, en el despacho, pero a pesar de esto lo consumimos muy a

gusto. Por la noche, saludé a todos mis oficiales en una comida celebrada en uno de los comedores del castillo. También estaba presente el comandante de la Academia Militar Wiener-Neustadt, completamente feliz de que sus "águilas", como le gustaba llamar a sus alumnos, se hubiesen batido tan bien. Un banquete en la corte de la bella emperatriz Isabel de Austria-Hungría seguramente habría durado más. Como es natural estábamos muy animados, ya que también las noticias del frente de los Cárpatos eran tranquilizadoras. Se había evitado por los pelos un grave revés para el ejército alemán de Hungría. Sólo después de la guerra me enteré, por un antiguo oficial húngaro, de que el aparato de radio secreto que estaba en comunicación directa con Moscú se hallaba en el mismo castillo El oficial de transmisiones se suicidó cuando ocupamos el castillo.

Recuperé la noche que pasé en vela en una cama grande y blanda. Por la mañana tomé un baño caliente, y después pude volver a empezar mi trabajo. ¡Cuántas cosas hay que arreglar en una ocupación así! Deben colocarse los centinelas en todos los puntos importantes. Y destinar una guardia al cuidado de las comunicaciones telefónicas, además de establecer la guardia general y la de la entrada. Por otra parte, había que continuar el trabajo diario en las cuadras, jardines y otras dependencias. Todos los funcionarios húngaros debían continuar en sus puestos. Hice reunir las armas pesadas abandonadas, los cañones antitanques y antiaéreos. Nunca en mi vida me hubiese imaginado que algún día actuaría de comandante en el castillo de Budapest.

El nuevo ministro húngaro del Honved se hizo anunciar y dio las gracias en nombre del nuevo gobierno húngaro. Expresé mi alegría por el hecho de que la lucha hubiese sido tan breve, pues se había evitado dañar los magníficos edificios históricos. Pensaba horrorizado en las destrucciones que el mortero de 65 cm. del rudo von dem Bach-Zalewski hubiese podido ocasionar a las potentes construcciones. Convenimos en que organizasen unas pompas fúnebres en común para los caídos húngaros y alemanes. El gobierno húngaro quería encargarse del protocolo. Agradecí

que de este modo se eliminasen los rencores que eventualmente hubiesen podido quedar entre los húngaros y nosotros.

La siguiente visita me recordó los tiempos de la antigua Austria. Un militar maduro se presentó con el uniforme imperial de capitán general de artillería, y dijo al saludarme:

—"Servus, servus". Ya me enteré, usted es vienés. Me alegro mucho. Usted realizó aquella hazaña con Mussolini. Magnífico, magnífico. —Fölkersam me murmuró que era el archiduque Federico de Habsburgo, Ofrecí a mi visitante un asiento y le pregunté qué deseaba.

—Quiero pedirle algo —dijo—. ¿Verdad que pueden quedarse aquí los caballos que tengo en las cuadras del castillo?

—Desde luego, excelencia —aseguré—. Todo queda como antes. ¿Puedo dar un vistazo a los caballos?

Poco más tarde pude ver que los caballos eran magníficos. Y las cuadras se hallaban completamente llenas. Sin la visita del amable caballero de tiempos pasados, no me hubiese pasado por la imaginación dirigirme a las cuadras y me hubiese perdido algo digno de ver en Budapest.

Por la noche, me llegó una orden del FHQ. Debía llevar al día siguiente, el 18 de octubre, al regente del reino como "huésped del Führer" en su propio tren especial hasta el castillo de Hirschberg, cerca de Weilheim, en la alta Baviera. Era responsable de la seguridad del tren. Los hermosos días en Budapest habían terminado. Una compañía del batallón de caza "Centro" fue destinada al tren, para protegerlo. Mandé que mi avión de correo, que esperaba en un aeródromo de Budapest, fuera trasladado al aeropuerto Riem, cerca de Munich. Quería volver lo más aprisa posible para presenciar las ceremonias de los entierros.

Al dia siguiente, me dirigí a la oficina del general Pfeffer-Wildenbruch, el cual me presentó, según protocolo, al regente de Hungría, almirante von Horthy, como comandante del tren y me enteré de que aparte de su familia, le acompañarían los generales húngaros Brunswik y Vattay. Fuimos en un coche a la estación.

Resultó para él una despedida triste de su capital, pues había sido durante muchos años regente de Hungría. Los pocos transeúntes de la calle apenas le vieron. Aunque delante de la estación habia un grupo de hombres, ni uno levantó la mano para saludarle.

En el tren también viajaba un alto funcionario del Ministerio Húngaro de Asuntos Exteriores. Durante el trayecto me rogó que fuese al coche salón del regente donde me presentó a la esposa del almirante Horthy y a la nuera de éste, que llevaba el uniforme de la Cruz Roja. El viaje transcurrió con tranquilidad. En el coche restaurante conversábamos los dos generales húngaros y yo. Era un coloquio objetivo y amable sobre los recientes acontecimientos.

—Estaba escrito así —opinó uno de ellos con resignación.

En Viena, cuando ya se habia hecho de noche, me llamó el regente y me hizo sabedor de que, según las promesas del Ministerio de Asuntos Exteriores, debía sucederle su hijo Niklas. Exigía el cumplimiento de la promesa. En verdad sólo pude asegurarle que no sabía nada de esto. El almirante se retiró enfadado. No creo que se ajustara demasiado a las antiguas costumbres diplomáticas una promesa hecha de manera tan ligera, y sin posibilidades de ser cumplida. Cerca de Weilheim, descendimos del tren. El almirante von Horthy fue alojado, junto con su familia y su voluminoso equipaje, que llenaba un camión entero, en el castillo de Hirschberg, que estaba rodeado de un bello paisaje.

En cuanto pude, emprendí el vuelo de regreso desde Munich. Mi compañía, que, con sus heridos, había viajado con nosotros en el tren, se dirigió hacia Friedenthal. Llegué momentos antes de la celebración de los solemnes funerales, el 20 de octubre. El patio del castillo ofrecía un fondo adecuado para los actos fúnebres. Una compañía alemana y otra húngara formaban el grupo de honor. Cintas con los colores nacionales de Alemania y Hungría colgaban de los siete ataúdes. Nuestros caídos fueron trasladados después a la patria.

Al volver, unos ocho días más tarde, a Wiener-Neustadt, llevaba una valiosa orden del FHQ en el bolsillo. Había solicitado el traslado de 20 aspirantes a oficiales a mis unidades de caza de las Waffen-SS y recibido la correspondiente autorización. El comandante había hecho formar a la escuela entera en el patio de la Academia. Me puse delante de ellos y solicité voluntarios. Casi el noventa por ciento quería entrar en las unidades de caza.

Con la ayuda del comandante, seleccioné veinte hombres, con experiencia en el frente, y de las clases de armas que me hacían falta. Había muchas caras desilusionadas entre los no seleccionados. Pero todos los compañeros compartían la alegría de los veinte. Cuando pude informar a éstos de su ascenso a alféreces, que había solicitado al mismo tiempo que su traslado, y ver el entusiasmo de estos jóvenes oficiales de la Academia Militar y su disposición al sacrificio en aquella situación de la guerra, aumentó mi fe, y creí que nuestra buena causa no podía darse por perdida mientras existiese entre la juventud tanto idealismo.

Después de la guerra, volví a ver al almirante von Horthy. Esta vez los dos éramos prisioneros de los americanos en el palacio de justicia de Nuremberg. El almirante von Horthy había sido alojado en la primera celda de la planta baja de la llamada "ala libre de los testigos". Un capitán de fragata alemán ayudaba en la limpieza de la celda a aquel que entre las numerosas personas de edad del palacio de justica era uno de los más vigorosos. Cuando a finales de noviembre de 1945 quisieron trasladarme desde mi prisión celular al ala libre, por ser mucho más agradable, el almirante von Horthy manifestó algunos inconvenientes. A pesar de ello, me trasladaron algunos dias después por orden de Col. Andrus. El mariscal de campo Kesselring, que era el "más antiguo de la prisión", recomendaba una reunión entre von Horthy y yo. Esta se convirtió entonces en una conversación de más de dos horas, durante la que me enteré de muchas cosas nuevas. Con toda sinceridad, pude asegurar que en la acción "Panzerfaust" su persona no había jugado ningún papel. Sin embargo, él por su parte me dijo que siempre había seguido una

política de amistad con Alemania, y nos habló de las dificultades que, hacía finales de la guerra, se habían vuelto realmente insuperables. Aquella conversación confirmó este sabio proverbio: Para comprender bien una cosa hay que oír por lo menos a las dos partes.

En la postguerra se podía leer en varios libros de memorias que nuestra acción en Budapest había sido superflua, y que el regente de Hungría nunca había pensado seriamente en una paz por separado con la Unión Soviética, y que por lo tanto, en este aspecto, tampoco había existido ningún peligro para los ejércitos alemanes. Por casualidad tuve después de la guerra contacto con un antiguo oficial húngaro, quien me escribió literalmente esta carta:

"Querido camarada:

Muchas gracias por su carta del 21 del mes pasado. Con mucho gusto correspondo a su deseo informándole de los detalles de nuestra excursión de aquel entonces tal como yo los recuerdo.

En mi calidad de ayudante tenía que acompañar con frecuencia a mi jefe en viajes de inspección a través de campos de prisioneros e internados, de modo que no me extrañé cuando el coronel Roland von Utassy me llamó por teléfono, el 12 de octubre de 1944 a las 21 horas, a mi casa particular, dándome la orden de prepararme para un viaje de inspección de dos o tres días, y diciendo que, pasada media hora, iría a buscarme.

Durante el viaje nocturno hablamos de toda clase de cosas, menos del objetivo y destino del viaje. Me llamó la atención que pasásemos de largo todos los campos de prisioneros e internados, situados junto a la carretera, y nos acercásemos cada vez más al frente; pero no hice ninguna pregunta. Al romper el día, alcanzamos el puesto de mando del batallón en el sector de Szegedin, donde Utassy, al abandonar el coche, se desciñó la pistola (que casi nunca llevaba cargada), obligándome a mí a hacer lo mismo. Utassy informó al comandante del batallón que había-

mos recibido del regente von Horthy la orden personal de entablar negociaciones con los rusos, como parlamentarios, respecto a un trato más humano de la población civil en los territorios ocupados. Estas palabras me sorprendieron. El comandante obtuvo la orden de hacer observar en su sector, a partir de las ocho, un severísimo alto el fuego hasta que los dos parlamentarios hubiesen vuelto. En el lado contrario había sido dada desde Moscú la misma orden al correspondiente sector, pues, como me enteré más tarde, lo preparó todo el general Miklóssy. Entretanto nos fuimos a la primera línea donde esperamos la hora X. A las ocho en punto abandonamos la trinchera y nos dirigimos hacía las líneas enemigas, a unos centenares de metros de distancia. Estaba impresionado por la tensa espera y por estar expuesto sin defensa alguna.

Una servilleta fijada en un bastón nos servía de bandera de paz. Por el flanco, probablemente desde el sector vecino, que no tenía conocimiento de la tregua, recibimos de repente fuego de artillería. Los obuses caían al lado de la carretera repleta de cadáveres humanos y animales; aparte algunas salpicaduras de barro y trozos de tierra, que caían encima de nosotros, no sufrimos ningún daño. Entre las trincheras, me informó U. del verdadero objetivo de nuestra "excursión". Cuando alcanzamos las líneas enemigas saltaron dos rusos armados con pistolas automáticas, "Ruki do hore", detrás de un árbol. Enarbolamos nuestra "bandera" delante de sus narices y manifesté mi deseo de ser llevado ante su comandante (hablo ucraniano y un poco el ruso). El comandante del regimiento, ante quien nos llevaron, nos recibió con gran amabilidad. Es el único cuyo nombre recuerdo de todos los que hemos conocido; se llamaba Burik, (en español: ombligo). Este y un segundo teniente coronel nos acompañaron en un Buick hacia la ciudad y, una vez allí, nos llevaron al antiguo edificio de la Dirección de los Ferrocarriles Estatales que alojaba al Estado Mayor de la división rusa, donde nos recibieron varios generales. El comandante nos hizo llevar en seguida a un cuarto de baño donde nos pudimos lavar y arreglar. Debido

a las explosiones de granada con salpicaduras debíamos causar una impresión deplorable. Dos soldados rusos nos limpiaron las botas y los uniformes, y no quisieron aceptar ninguna propina. Después de nuestro aseo, se nos sirvió un desayuno exquisito, compuesto de toda clase de especialidades rusas y exquisiteces húngaras, profusión de bebidas e incluso champaña francés. Con gran sorpresa de todo el Estado Mayor, que nos hacia compañía, hacíamos un consumo sumamente moderado de las bebidas, para mantener la cabeza clara frente a los acontecimientos. Después de haber comido nos informaron que, según un radiograma recibido, el mariscal Malinovski, con quien teníamos que tratar, nos visitaría a avanzada hora de la noche. Las conversaciones tendrían lugar alrededor de las veintidós horas, en un pueblo situado en la otra orilla del Theiss.

La ciudad ofrecía un aspecto muy movido. Casi sin interrupción, pasaban diferentes unidades de tropas, algunas incluso con acompañamiento de música, de modo que causaba la impresión de un desfile militar organizado en nuestro honor. El tránsito en las calles lo regulaban mujeres uniformadas, que hacían gestos teatrales con banderitas coloradas. En el camino hacia el pueblo, que empezamos alrededor de las catorce horas, nos acompañaba una nutrida columna de coches, una especie de pequeño Estado Mayor. Teníamos que pasar el Theiss sobre un transbordador, ya que todos los puentes estaban destruidos. En el camino, tuvimos la ocasión de observar grandes concentraciones de cañones motorizados y un gran número de "órganos de Stalin", etc.

En cinco coches llegamos al pueblo, cuyo nombre he olvidado, y nos alojaron en la casa de los maestros. Era a primera hora de la tarde y teníamos delante de nosotros una larga espera. Se decia que Malinovski llegaría a tomar parte en las conversaciones en un avión especial directamente desde Moscú. Como compañía nos designaron la señorita "teniente", que hablaba, aparte de su lengua materna, alemán, inglés, francés, italiano e incluso húngaro perfectamente, y que hacia un amplio uso de sus conocimientos obsequiándonos continuamente con el relato de grandes

hazañas de sus compatriotas. Por tanto, no pudimos disfrutar del descanso que tanta falta nos hacía. Por cierto, una merienda servida mientras tanto, le cerró la boca transitoriamente. Al fin, poco antes de las veintidós horas, nos dijeron que M. había llegado, y, poco tiempo después, entró en nuestra habitación acompañado de un pequeño Estado Mayor, un hombre de buen aspecto, de unos cuarenta y cinco años, de constitución hercúlea, rubio, de grandes manos, y un gesto algo rudo, pero correcto; tenía unos ojos azules e inteligentes, que miraban con aire cansino. Causaba la impresión de ser un comerciante bien situado, más que un militar. Vino a nuestro encuentro con las manos extendidas y nos saludó cordialmente. Un capitán de su Estado Mayor, un judío de origen húngaro, actuaba de intérprete, puesto que M. no habla ningún idioma, aparte del ruso. Primero exigió la indicación exacta de las posiciones de nuestras tropas y de las alemanas. Sobre un mapa, dio el coronel von Utassy indicaciones inexactas, y, en parte, incluso falsas, a lo que M. replicó de manera bastante descortés:

—Me extraña mucho que su regente, para una misión tan importante no encontrase hombres mejor informados. Miren aquí.

Y nos enseñó un informe muy detallado de las posiciones, que nos sorprendió. Luego fijó las condiciones principales para una eventual paz por separado: retirada de las tropas del sector de Debreczen, supresión de las hostilidades en todos los sectores del frente, atacar a las tropas alemanas por la espalda y obligarlas, con la ayuda de las fuerzas rusas que se acercaban, a la rendición. (Desgraciadamente he olvidado detalles más concretos). A nuestra pregunta de cuál sería el destino de Hungría sólo hizo un gesto negligente con la mano:

—No queremos absolutamente nada de Hungría, pero a los alemanes —un gesto de odio fanático deformó su cara—, a los alemanes los aniquilaremos.

En caso de ser aceptadas las condiciones deberíamos volver pasadas cuarenta y ocho horas, para comunicar la ejecución de las mismas.

—Espero poder saludarles entonces como amigos y compañeros de armas —dijo al despedirse—. Y otra cosa quiero aconsejarles: grábense los datos bien en la mente y destruyan todas sus anotaciones. Sabemos que la Gestapo ya tiene conocimiento de su presencia aquí.

Eran las dos de la madrugada cuando llegamos otra vez a Szegedin, al edificio en el que nos habían recibido. Nos señalaron dos habitaciones; pero por razones de seguridad preferimos quedarnos juntos en la misma habitación. Con gran dificultad nos quitamos mutuamente las botas de los hinchados pies, nos echamos vestidos encima de las camas y estudiamos nuestra lección. Después de destruir los papeles ya no tuvimos que esperar mucho tiempo hasta que nuestro fiel acompañante, el teniente coronel Burik, vino a buscarnos. En un *jeep*, y esta vez sin Estado Mayor de escolta, nos llevó hasta la línea más avanzada y allí nos abandonó a nuestra suerte. Con la "bandera de la paz" en alto nos acercamos a nuestras líneas, pero con gran sorpresa por nuestra parte las encontramos abandonadas. No se veía ni un alma.

Después de una marcha a pie de cerca de diez kilómetros alcanzamos el mando del batallón y nuestro coche, que mientras tanto había sufrido un choque, y tenía un aspecto deplorable; pero por fortuna era capaz de funcionar. Por la mañana llegamos a Budapest, donde Utassy, después de asearse un poco, se presentó en seguida en el castillo al regente Horthy para informar. Las botas eran inadecuadas para una marcha a pie y sus pies se habían hinchado de tal manera, que no podía ponerse los zapatos, viéndose obligdo a presentarse ante Horthy en zapatillas. Quizá recuerde que, cuando ocupó el castillo, detuvo a un teniente coronel en zapatillas. Lo que ocurrió después lo sabe mejor que yo. Afortunadamente ya no se realizó nuestra prevista segunda visita al amigo Malinovsky. Poco antes de su ataque al castillo, al que había acompañado a Utassy, pude escapar de allí. Puesto que todos los caminos de acceso estaban minados, tuvo que atravesar en la oscuridad el parque y los huertos situados debajo de éste. Por la mañana, me presenté al mando del Estado Mayor General en-

tregando al protocolo todo el asunto. Después hice lo mismo en la Gestapo, donde me interrogó el señor Neugebauer (que tenía categoría de capitán). Dice que cayó en las posteriores luchas alrededor de Budapest...

... le saluda en cordial camaradería su affmo. von G. teniente coronel retirado."

(La editorial conoce el nombre y la dirección)

Las afirmaciones de algunos amigos del almirante von Horthy de que estas conocidas conversaciones de paz jamás se efectuaron a espaldas de su aliado, quedan desmentidas en este relato.

El 20 de octubre de 1944, Fölkersam, Ostafel y yo montábamos de nuevo en nuestro avión. Esta vez fuimos sin escalas hasta Berlín donde nos esperaba mucho trabajo que no se había podido realizar en las últimas cinco semanas. Cuando aterrizamos me esperaba la orden de ir al día siguiente al FHQ para entregar mis informes. La tripulación del avión estaba dispuesta amablemente a esperar hasta el día siguiente. Esta vez me llevé a Fölkersam. cumpliendo de este modo uno de sus más fervientes deseos.

Volamos otra vez hasta Rastenburg. Casi sobrevolamos todo el frente, pues los rusos ya habían penetrado profundamente en Prusia occidental. Un coche nos llevó a "Birkenwald", el Cuartel General de Himmler. Estaba al noroeste del FHQ a unos treinta kilómetros de distancia. Allí estaban todos preparando las maletas, ya que el frente distaba apenas veinte kilómetros. Himmler nos recibió en su tren de mando y nos invitó a cenar. Mientras estábamos comiendo, el tren inició la marcha en dirección a Rastenburg. Pronto terminamos nuestro informe acerca de los sucesos de Budapest y en Rastenburg abandonamos el tren para volver durante la noche a "Birkenwald", ya que en el FHQ no nos esperaban hasta el día siguiente. Aquella noche tuvimos a nuestra disposición todo el cuartel general de Himmler.

Pero por todo personal habia únicamente dos ordenanzas.

Fölkersam y yo "habitamos" en aquella pequeña ciudad de barracas. Cuando me acosté tuve tiempo para pensar acerca de algunas cosas. De vez en cuando se oía el tronar apagado de la artillería, en el frente. La guerra se había trasladado al suelo alemán. El coloso ruso había sido el primero en conseguir atravesar las fronteras alemanas. ¿Este hecho, no debía impulsar al pueblo alemán y sus soldados hasta el último esfuerzo, no debía hacerse realidad en aquellos momentos la tan "cacareada guerra total"? ¿No debían callar todas las ideas y opiniones opuestas para reunir todas las fuerzas frente a un objetivo: hacer retroceder al enemigo en el Este y detener por todos los medios a los enemigos en el Oeste? Este Cuartel General vacío y abandonado en el Este me hacía sentir, por primera vez, un ligero pesimismo.

¿Teníamos aún la suficiente fuerza y reservas para poder resistir la continua presión para todos los lados? ¿Podían aún influir en el transcurso de los grandes acontecimientos los éxitos tan singulares como el que acabábamos de alcanzar en Hungría?

Capítulo XXII

Los rusos se acercan a la "Wolfsschanze". — Con Hitler a solas. — A pesar de todo, planes ofensivos. — "Barrera de protección contra Asia". — Plan para la ofensiva de las Ardenas. — Mi misión. — Riguroso secreto. — Instrucción por el general Jodl. — Máximas dificultades. — "Lapsus" en las esferas más altas. — El "Werwolf", ficción o realidad. — ¿V-1 contra New York? Los proyectos de Himmler. — Decisión precipitada. — Me atrevo a contradecir. — El problema de la exactitud en la puntería. — El futuro de las armas V.

Al día siguiente abandonamos pronto nuestro amplio asilo nocturno en el que nosotros éramos los dos últimos hombres de las SS. Pasadas pocas horas la región podía ser frente. Llegamos demasiado pronto a la "Wolfsschanze". En la sauna, completamente vacía aún a esta hora temprana, olvidé los pensamientos tristes de la noche pasada. Por la tarde me mandaron al *bunker* del Führer. Fölkersam tenía que esperar en el vestíbulo; debía entrevistarme solo con Hitler. El pasillo, que conducía al interior del *bunker*, tenía el aspecto de una casamata; la luz eléctrica iluminaba una mole de hormigón carente de ventanas.

A la derecha del pasillo central había una puerta de entrada a la estancia particular de Hitler que era sala de estar y dormitorio a la vez; la separación estaba marcada sólo por unas vigas.

Hitler me recibió amable como siempre. Tenía la impresión de que estaba un poco más animado que la última vez que le vi. Me alargó ambas manos y me felicitó, diciéndome:

—Esto lo ha hecho usted bien, querido Skorzeny. Por sus servicios del 16 de octubre le he ascendido a teniente coronel y le he concedido la Cruz Alemana de oro. Seguro que también querrá solicitar condecoraciones para sus soldados. Hable de esto a mi ayudante Günsche; concedidas de antemano. Pero ahora debe relatarme su acción.

Diciendo esto, me llevó hasta un asiento situado en el rincón; había sitio tan sólo para dos sillones, una pequeña mesa redonda y una lámpara de pie.

Empecé a informar por orden cronológico: la empresa "Ratón", ultimátum y comienzo de la acción "Panzerfaust" y, finalmente, el golpe de mano en el castillo. Hitler quería saber con exactitud cómo me había concebida la acción de la compañía Goliath.

—Sí —dijo—, para hacer saltar pequeñas barricadas y puertas son excelentes los pequeños Goliath.

Tuvo una alegría especial, cuando le informé del discurso pronunciado ante los oficiales húngaros. Pero se rió cordialmente cuando le conté la visita del archiduque. De repente, se puso serio. Creí que mi tiempo había pasado y me levanté.

—No, quédese, Skorzeny. Hoy he de darle el encargo quizás más importante de su vida. Hasta ahora sólo pocas personas conocen los preparativos de un plan secreto, en el que usted debe tener un papel importante. Alemania lanza en diciembre una gran ofensiva, decisiva para la ulterior suerte del país.

Durante cerca de una hora Hitler me explicó hasta los menores detalles del proyecto y las ideas fundamentales de esta última ofensiva en el Oeste, que figura como ofensiva de las Ardenas o "the battle of the bulge" en la historia de la guerra. Durante los últimos meses, el mando alemán había sido obligado a considerar únicamente planes para rechazar y bloquear al contrincante. Habia sido una época de ininterrumpidos contratiem-

pos, de continuas pérdidas de terreno en el frente del Este y del Oeste. La propaganda contraria, sobre todo la de los aliados occidentales, era unánime al presentar a Alemania como un "cadáver pestilente", cuya eliminación era sólo cuestión de semanas, hallándose exclusivamente en manos de los aliados la posibilidad de elegir el momento de la liquidación definitiva.

—No aciertan a ver que Alemania lucha por Europa para bloquear a Asia el camino hacia el Occidente —exclamó Hitler sumamente excitado—. La población de Inglaterra y de América está cansada de la guerra —continuó—. Si algún día Alemania, considerada como muerta, vuelve a levantarse; si el aparente cadáver vuelve a batallar en el Oeste, se puede suponer que los aliados occidentales bajo la presión de la opinión pública y en vista de su propaganda, reconocida como falsa, estarán dispuestos a una paz por separado con Alemania. Pero entonces, ¿se podrían trasladar todas las divisiones y ejércitos para la lucha al frente del Este e imposibilitar para siempre la amenaza de Europa desde el Este? Esta es la tarea histórica de Alemania: formar la barrera de protección contra Asia, que desde más de mil años cumplen fielmente los alemanes.

Algunos miembros del Estado Mayor General estaban ocupados últimamente en los trabajos preparatorios para una ofensiva envolvente en el Oeste. Se proyectaba a largo plazo y se debía camuflar con especial prudencia. La iniciativa, desde hacía meses en manos de los aliados occidentales, debía volver otra vez al lado alemán.

Durante los grandes movimientos de avance de los aliados desde Normandía hasta la frontera alemana del Reich, Hitler siempre había pensado en retrasar dicho avance mediante fuertes contraataques hasta llegar a bloquearlo por completo. Incluso en los días de las máximas crisis no había abandonado tales pensamientos. Sin embargo, los continuos contraataques planeados habían sido imposibles de efectuar por la desfavorable situación en todos los frentes.

El hecho de que desde tres semanas atrás el enemigo estuviese detenido en sus posiciones, podría atribuirse, entre otras cosas, a las dificultades de su largo camino de avituallamiento; pero también a síntomas de desgaste, que, después de los cuatro meses de luchas y movimientos de avance, debían acusarse, especialmente sobre el material, en los ejércitos aliados. Por ello fue posible la consolidación del frente propio, después de tenerlo casi hundido.

—Ha sido la superioridad aérea de los aliados la que les ha hecho ganar la batalla del desembarco —opinó Hitler; y continuó su monólogo, hablando de una manera tan insistente y convincente, como nunca había conocido—. El Mando Alemán podría contar con que la situación atmosférica del otoño y temprano invierno disminuiría, al menos transitoriamente, la actividad de la aviación enemiga. Pero precisamente por ello había de planearse el proyecto para dicha época con un tiempo poco estable. Las propias desventajas debían tomarse como tales.

"Pero también podemos usar dos mil nuevos cazas a reacción, que se mantienen en reserva sólo para esta ofensiva —dijo Hitler terminando esta parte de sus explicaciones.

En estas palabras se hallaba quizás cierta contradicción que, en aquel entonces, sin embargo, no me llamó la atención. El hecho de que la nueva y superior arma alemana de caza estuviese a punto, significaba para todos nosotros una gran esperanza, y era objeto de muchas conversaciones.

El comienzo de una insospechada ofensiva alemana evitaría también la formación de fuertes unidades francesas. Las setenta divisiones y grupos de combate con que contaban los angloamericanos no bastaban para un frente de 700 kilómetros de largo. Habría que crear en algún sitio favorable un punto de gravedad lo bastante fuerte para romper el frente antes de que se produjese un refuerzo esencial del mismo, mediante nuevas unidades francesas.

Podría contarse con el hecho de que se cumplirían durante los próximos meses otras condiciones para la operación planeada.

Las posiciones en el Oeste, en los Países Bajos, deberían también mantenerse. La situación en el Este debía mantenerse de forma que, durante aquel tiempo, no necesitase fuerzas del ejército de reserva; y así sería posible una continua reposición personal y material de las fuerzas occidentales alemanas. Además, debían aniquilarse las fuerzas enemigas en dicho frente en el plazo más breve desde el comienzo del ataque, para obtener la profundidad en el campo de operaciones de que careceríamos.

—La decisión para determinar dónde se debía asestar el golpe estuvo en el aire durante varias semanas —siguió diciendo Hitler.

Parece que al principio se había hablado de cinco posibles operaciones: una operación "Holanda", con un avance desde la región de Venlo en dirección Oeste, contra Amberes; una ofensiva desde la región "Luxemburgo Norte" en dirección Noroeste, que después se prolongaría en dirección Norte; y una ofensiva paralela desde la región al norte de Aquisgrán, entonces la acción "Luxemburgo" con dos direcciones principales de ataque: desde el centro de Luxemburgo y desde Metz, teniendo como objetivo el encuentro en la región de Longwy; o una ofensiva parecida con dos ataques principales desde Metz y Baccarat, que se encontrarían cerca de Nancy; y, finalmente, la operación "Alsacia" con dos direcciones de choque desde las regiones al este de Epinal y Mômpelgard, que se deberían encontrar cerca de Vessoul.

Se sopesaron detenidamente el pro y el contra de los diversos planes. Las tres últimas operaciones se rechazaron ya que prevalecían las desventajas. La operación "Holanda" parecía que valía la pena, pero entrañaba un grave riesgo. La ofensiva desde la región "Luxemburgo-Norte" y la operación auxiliar desde Aquisgrán deberían ampliarse con toda clase de material.

—Se lo cuento todo con esta exactitud, para que esté realmente al tanto y sepa que hemos calculado todo hasta el más nimio detalle —siguió diciendo Adolfo Hitler.

Me costaba mucho imaginarme situado a la cabeza de los mencionados planes, sobre el mapa, para poder seguir bien las

explicaciones. Esta forma de planificación operativa en el Estado Mayor General era algo con lo que yo no estaba familiarizado. Durante las semanas últimas y siguientes debían concluirse todos los preparativos para la ofensiva con las fuerzas puestas a disposición de las luchas de defensa. Se necesitaba un frente estable para poder poner en marcha la ofensiva. Durante la campaña de Francia, en el año 1940, se había conseguido un avance en esta misma región. Las experiencias de esta campaña proporcionaban un buen material para los demás trabajos de preparación del Estado Mayor General.

—A usted y a las unidades a su mando se les otorgará una de las misiones más importantes de la ofensiva. Como destacamento frontal, deberá ocupar uno o varios puentes del Mosa entre Lieja y Namur. Efectuarán esta misión camuflados, con uniformes ingleses o americanos. El enemigo nos ha podido infligir graves daños en varias misiones especiales de este tipo. Hace pocos días tan sólo, recibí el informe de que una acción camuflada de los americanos desempeñó un gran papel en la conquista de la primera ciudad alemana caída en el Oeste, es decir, en Aquisgrán. Además —siguió diciendo—, se resorientará a los aliados mandado a pequeños comandos con uniformes camuflados que den órdenes falsas, interrumpan las comunicaciones y conduzcan mal las tropas enemigas. Los preparativos deben estar listos antes del 1 de diciembre. Detalles más concretos los tratará con el teniente general Jodl.

"Sé que hará todo lo que pueda —añadió Adolfo Hitler—. Pero ahora viene lo más importante: el más estricto secreto. Hasta ahora sólo pocas personas conocen el proyecto de la ofensiva. Para ocultar completamente los preparativos a la tropa debe usted mantenerse fiel a este lema que fijamos como camuflaje: "el Mando Alemán espera este año un fuerte ataque enemigo en la región de Colonia-Bonn. Todos los preparativos están encaminados a defendernos de este ataque".

Después de esta introducción mis pensamientos eran bastante confusos. Cuando pude coordinarlos, los expresé diciendo:

—Mi Führer, el breve tiempo que aún tengo a mi disposición exigirá mucha dedicación. ¿Cómo deben efectuarse durante este tiempos las misiones especiales de las unidades de caza? No puedo hacer ambas cosas a la vez.

Hitler no me contestó en seguida y seguí desarrollando este pensamiento. Señalé entre otras cosas los preparativos para la acción contra el fuerte Eben-Emayl en el año 1940, que duraron más de medio año. Hitler me atajó, contestándome:

—Sé que el tiempo es muy corto; pero debe usted dar de sí todo lo que pueda. Durante la época de los preparativos se pondrá a sus órdenes para esta nueva misión a un comandante suplente. Sólo durante la acción debe estar usted en el frente. Pero no quiero que usted personalmente atraviese la línea del frente, pues ahora no debe caer prisionero.

Al decir estas palabras se levantó Adolfo Hitler y me acompañó hacia la pequeña sala "de la situación", en el *bunker*, donde Fölkersam me esperaba. Allí me presentaron al teniente general Guderian, que por aquel entonces era jefe del Estado Mayor General alemán. Yo, por mi parte, presenté a Fölkersam. Ambos quedamos igualmente sorprendidos cuando Adolfo Hitler interrogó de memoria a Fölkersam acerca de la acción en Rusia, en la que éste había ganado la Cruz de Caballero. Fölkersam me confesó después que en esté primer encuentro le había pasado lo mismo que a mí. Adolfo Hitler no sólo había causado en él una honda impresión por su personalidad, sino que en seguida se había sentido cautivado por aquel hombre.

Unas horas más tarde, nos recibió el teniente general Jodl. Este nos mostró, sobre el mapa, varios detalles del plan de operaciones. El choque de la ofensiva debía efectuarse desde la región entre Aquisgrán y Luxemburgo hacia Amberes. Con ello debían quedar cortados el segundo grupo del ejército británico y las fuerzas americanas que luchaban alrededor de Aquisgrán. Debía pensarse en una protección hacia el sur por la línea de Luxemburgo-Namur-Lovaina-Mechelen y hacia el norte por la línea Eupen, al norte de Lieja, Tongeren, Hasselt, canal de Alberto.

En circunstancias adversas debía alcanzarse el objetivo del ataque, Amberes, unos siete días después del comienzo de la ofensiva. El objeto de toda la operación debía ser el aniquilamiento del enemigo al norte de la línea Bastogne-Bruselas-Amberes.

Todas las unidades de ataque se habían reunido bajo el mando del mariscal de campo Model en el grupo de ejércitos B. Este grupo de ejércitos abarcaba: el 6.º Ejército Acorazado SS, bajo el mando del general de las Waffen-SS, Sepp Dietrich, a la derecha; el 5.º Ejército y el 7.º Ejército, a la izquierda, o sea, en el ala meridional. Después de un breve pero intensivo fuego de preparación (me imaginaba efectivamente los seis mil cañones de los que Adolfo Hitler había hablado pocas horas antes), los ejércitos debían romper el frente en varios sitio tácticamente favorables.

A continuación, nos explicó Jodl para mejor comprensión las tareas asignadas a los ejércitos especiales: el 6.º Ejército Acorazado SS debía tomar los puentes sobre el Mosa a ambos lados de Lieja, para construir después junto al Ysere un sólido frente defensivo. Después debía ganar el ejército el Canal de Alberto entre Maastricht y Amberes, para alcanzar finalmente el espacio al norte de Amberes.

El 5.º Ejército Acorazado debía pasar el Mosa a ambos lados de Namur y detener en la línea Bruselas-Namur-Dinant eventuales ataques enemigos desde el Oeste cubriendo así la espalda del 6.º Ejército Acorazado.

El 7.º Ejército tenía que asegurar los flancos desde el sur y el suroeste, después de haber alcanzado el Mosa, desde el sur de Dinant.

Más tarde el ataque del grupo de Ejércitos B. sería reforzado efectivamente desde el Norte mediante un ataque del grupo de Ejércitos H, estacionado en Holanda y mandado por el teniente general Student.

—Usted, Skorzeny, será utilizado por orden del Führer en el sector de combate del 6.º Ejército Acorazado SS y conforme a sus órdenes especiales. Para usted por lo tanto este estudio tie-

ne un especial interés, porque en él se observa cómo la situación podría haberse desarrollado 24 horas después del comienzo del ataque.

Diciendo estas palabras, el teniente general Jodl desplegó ante nosotros un nuevo mapa con inscripciones. Correspondía a la hipótesis de que el ataque a Eupen-Verviers-Lieja ya había comenzado, habiéndose logrado la formación de dos cabezas de puente en el punto de gravedad. El flanco norte de la operación sería atacado, según este estudio, por fuertes reservas del enemigo.

El teniente general Jodl nos despidió y nos recomendó presentarle en corto plazo una relación de material y personal necesarios, según nuestra opinión. Las otras cuestiones debería comentarlas luego con el jefe de personal del ejército y el mariscal de Campo así como con los oficiales del Estado Mayor General. Estas conversaciones tenían, por mi parte, el carácter de una presentación de mi IA y de mí mismo, puesto que no conocía todavía a los correspondientes señores. Así llegué a conocer al general Burgdorf, al general Schmund, al general Warlimont y a su sucesor el general Winter. Quiero hacer constar que estos oficiales más tarde me ayudaron mucho dentro del marco de sus posibilidades.

Tuve una conversación interesante con un coronel de Estado Mayor General del general Winter. Con él comenté el aspecto de la acción visto según el derecho internacional. También él mencionó la noticia de Aquisgrán, y dio como muy probable que Adolfo Hitler sólo basándose en esta noticia hubiese pensado en la acción que acababa de serme encomendada empleando los uniformes enemigos como camuflaje. Los comandos pequeños, en caso de ser cogidos por el enemigo, corrían el peligro de ser considerados como espías y juzgados por un consejo de guerra. En lo que se refiere al grueso de mis tropas, el derecho internacional sólo prohibía el uso de las armas mientras se llevaba el uniforme enemigo. Por ello me aconsejó el coronel que mis hombres llevasen debajo de los uniformes enemigos el uniforme alemán, y que se quitasen el uniforme de camuflaje en el momento del

ataque. Desde luego, me decidí a seguir estos consejos de un entendido en la materia.

Al final me enteré de que el Alto Estado Mayor de la Wehrmacht quería ordenar a todas las unidades que fuesen enviados todos los soldados y oficiales que hablasen inglés para una acción especial. Tal orden debía convertirse más tarde en un ejemplo de "lapsus" militar con relación al mantenimiento de un secreto, y esto sucedió en la más alta oficina del Mando Militar Alemán.

Al cabo de pocos días recibí por mi teletipo en Friedenthal una copia de la orden con el cuadro de distribución. Tuve que hacer un esfuerzo, para no caerme de la silla. La orden estaba firmada por uno de los más altos oficiales del Alto Estado Mayor de la Wehrmacht; arriba llevaba el sello "asunto comando secreto". Los pasajes más importantes decían aproximadamente así: "Todas las unidades de la Wehrmacht deben notificar hasta el... de octubre de 1944 a todos los miembros que hablen inglés, que se pongan en marcha voluntariamente para una misión especial... hacia la unidad del teniente coronel Skorzeny, en Friedenthal, junto a Berlín". Según el cuadro de distribución, tal orden estaba dirigida a todas las oficinas de servicio de la Wehrmacht en Alemania, en los frentes, y hasta en las divisiones. Podía suponerse que más de una división cursaría multicopiada la orden con el sello "asunto comando secreto" a los regimientos y los batallones.

Esto casi me provocó un ataque de cólera. Estaba seguro de que esta orden sería conocida por el servicio de información enemigo. Terminada la guerra me enteré de que el servicio secreto americano conocía esta orden ocho días después. Siempre ha resultado para mí un misterio que aquél no obrase en consecuencia, tomando ciertas medidas de seguridad.

Con ello pensamos que se había frustrado nuestra acción, antes de haberse iniciado. Por esto dirigí inmediatamente una "ardiente protesta" contra el FHQ y expuse mi "disciplinada" opinión de que todo el plan de acción debía desecharse. Pero entre mí y el responsable, acaso Jodl, o Adolfo Hitler mismo, existía

un obstáculo invencible, que se llamaba sencillamente "el conducto regular". Este era complicado y debia seguirse. Me dirigí al teniente general Fegelein, oficial de enlace de las Waffen-SS en el Cuartel General del Führer y posteriormente cuñado de Adolfo Hitler. A vuelta de correo recibí su respuesta: El hecho era naturalmente increíble e inexplicable, pero por eso mismo no podía ser presentado al Führer. Se mantenia en pie el plan de la acción y debian continuarse los preparativos, impulsándolos con toda energía. Dias más tarde, tuve ocasión de comunicar el asunto a Himmler; pero tampoco éste tuvo otra respuesta para mí:

—La tontería ya se ha hecho; pero la misión debe realizarse.

Me arrancaron durante medio día del trabajo diurno y nocturno en la época de la planificación de esta misión nueva para nosotros. Una tarde me llamaron al Cuartel General del Jefe Supremo de las SS, en las cercanías de Hohenlychen. Era un modesto grupo de barracas en un bosque de abedules. Después de una breve espera, el ayudante de Himler me conduo a su despacho.

Al entrar vi, junto a Himmler, al doctor Kaltenbrunner, a Schellenberg y al teniente general Prützmann, al que me presentaron. La estancia estaba decorada de modo sencillo pero lleno de buen gusto: muebles fabricados en los talleres alemanes, como se podían ver en cualquier casino de la Wehrmacht; y completando la decoración, unas sencillas cortinas. En cuanto todos estuvieron sentados alrededor de la mesa redonda, Himmler explicó el motivo de la reunión: debía organizarse formalmente el movimiento popular "Werwolf", que ya desde hacía semanas se anunciaba en la propaganda escrita y radiofónica. Hasta aquel momento sólo habían trabajado en tal sentido algunos "Altos Mandos de la Policía y de las SS" especiales, según propia iniciativa o temperamento, en las "Gauen" (distritos administrativos). Himmler nos dio esta acertada visión de la situación, y después opinó, dirigiéndose a mí:

—Esto caería en su jurisdicción, Skorzeny, pero creo que ya tiene bastantes quehaceres.

Yo sólo podía asentir a esta objeción.

En la primavera de 1944, habíamos montado en Francia y Bélgica las llamadas redes de invasión: agentes oriundos de dichos países y que, por idealismo o por dinero, se mantenían fieles a los alemanes, habían sido abandonados detrás de las líneas enemigas para que efectuasen actos de sabotaje, después de que se produjera un desembarco aliado esperado por aquel entonces. Hasta aquellos momentos no habíamos tenido buenas experiencias ni conseguido los correspondientes éxitos. Igualmente me había encomendado la misión de conectar con los movimientos de resistencia que iban dirigidos contra los aliados, apoyarlos, y, si prometían éxito, ampliarlos. Pero también este aspecto de mi trabajo estaba en su fase inicial y se podía, con toda propiedad, alinear junto a los proyectos calificados como tardíos.

Por tanto, pude contestar a Himmler, con sincero convencimiento:

—Ciertamente, Reichsführer, tengo trabajo más que suficiente y sólo pido una exacta delimitación de mi campo de trabajo. Si me permite una sugestión pediría que mi campo de acción empezase más allá de las fronteras del Reich.

Himmler estaba conforme con mi propuesta y dijo haber nombrado al teniente general Prützmann, jefe y organizador del "Werwolf", movimiento de resistencia alemán que debía extenderse. Himmler indicó, además, que Prützmann debería ser apoyado también por mi oficina. Este apoyo debía limitarse en el futuro a que los miembros de las unidades de caza aconsejasen y ayudasen en las cuestiones de equipo y entrenamiento. Principalmente mi IB (oficial del servicio de Intendencia) debía hacer propuestas con relación a los equipos de armas y material.

El tan discutido y, al principio, también temido "Werwolf" alemán no fue más que una ficción. Prácticamente no llegó a ser realidad; sólo era posible, y había sido planeado para el caso de que realmente se llegase a la última resistencia, por ejemplo, en la "fortaleza de los Alpes". Toda guerra detrás de los frentes tiene un efecto más bien moral que práctico. Si se lleva a cabo

una guerra así, refuerza la moral de combate del ejército propio y de la población. También impide que se paralice el espíritu de resistencia en los territorios ocupados por el enemigo. La soberanía propia tiene efecto incluso a espaldas del enemigo. Si se da tal situación, todo país intentará crear un movimiento similar de resistencia. Por lo tanto, lo único que el "Werwolf" tiene de original es el nombre. Este plan nunca fue una creación nazi, ni un crimen. Es interesante que la única emisora "Werwolf" que funcionó estuvo situada en la parte de Alemania ocupada por los soviets y sólo trabajó unos días. Entre otras cosas, criticaba a los hombres que durante el tercer Reich desempeñaron cargos importantes y se comportaban de manera poco honrosa después de la ocupación de los rusos. Este fenómeno también pudimos observarlo en la parte occidental, sin manifestarlo por radio.

Como sucedía siempre, también esta vez Himmler preguntó por el desarrollo de las armas especiales en la Luftwaffe y en la Marina de Guerra. Cuando informé que justamente se estaba estudiando la posibilidad de disparar la V-1 desde submarinos, Himmler saltó de su silla, se dirigió a un gran globo terráqueo junto a su escritorio y me preguntó:

—Entonces, ¿se puede bombardear Nueva York con la V-1?

Yo afirmé categóricamente. Si los técnicos conseguían crear una rampa de lanzamiento rápidamente montable sobre un gran submarino nodriza, debía ser posible. Himmler, que era un hombre de decisiones rápidas, volvió a interrumpirme:

—Hablaré inmediatamente con el Führer y el almirante Dönitz; Nueva York debe ser bombardeada en un futuro próximo con la V-1. Usted, Skorzeny, se pondrá manos a la obra para que el asunto funcione lo antes posible.

Yo no estaba preparado para esta inmediata reacción de Himmler. Por diversas razones, no estaba del todo convencido de que Himmler hubiese tomado una decisión conveniente. Estaba intrigado ante las reacciones de los demás presentes. Estos tenían una graduación superior a la mía y, según costumbre militar,

tenían que hablar antes que yo. Prützmann me parecía bastante desinteresado. Acababa de serle encomendada una misión nada fácil en la jefatura del "Werwolf", y podía comprender que sus pensamientos girasen ahora exclusivamente alrededor de su misión.

El doctor Kaltenbrunner dominaba muy bien la expresión de su rostro; no pude reconocer en él ni conformidad ni disconformidad. Las contracciones nerviosas de la mitad izquierda de su cara, típicas en él, no tenían nada que ver con un nerviosismo transitorio. Miraba a su subordinado Schellenberg quien tenía que exponer su opinión como Jefe del Servicio de Información alemán, pues se trataba de una decisión de la máxima amplitud política. Pero Schellenberg estaba muy ocupado en asentir con la cabeza a Himmler. Había hecho esto mientras el "Reichsführer SS" hablaba y le miraba, y continuaba haciéndolo innecesariamente aún cuando Himmler le hubiese vuelto la espalda. Ya no necesitaba molestarse en pronunciar el "Jawohl, Reichsführer" usual; se le podía leer en la cara. Seguramente tenía la inteligencia necesaria para juzgar el problema, pero temía expresar su opinión antes de lograr una clara visión de las intenciones de su superior máximo. El llamaba a esto sus "facultades diplomáticas", que evitaban que se le escapase jamás un gazapo.

Pues bien, volvía a ser yo quien tenía que coger al toro por los cuernos. Mientras tanto había preparado mis observaciones. Cuando Himmler, que paseaba arriba y abajo, volvió a mirarme, pedí la palabra:

—Reichsführer, le ruego que me permita decir algo referente al tema. Puedo indicarle que la exactitud en la puntería actual de la V-1 es aún insuficiente; el objetivo debe fijarse antes del disparo, y durante el vuelo no puede alterarse la dirección de la V-1. Se están fabricando aparatos para este fin, y hasta hoy sólo se consigue un radio de aproximación de ocho kilómetros. La inexactitud en la puntería aumenta considerablemente en el sistema actual de disparar la V-1 desde un He-111, respecto a los anteriores lanzamientos desde las bases aéreas holandesas con-

tra Inglaterra. La inexactitud aún se acrecentaría en un disparo desde un submarino. A la poco precisa localización de la posición en el mar, por la noche y con este tiempo, se añadiría el vaivén del barco en el más ligero oleaje, que en la relativamente lenta aceleración de la V-1 sobre su rampa de lanzamiento podría tener un papel importante. Incluso en la imponente extensión de Nueva York sería muy inseguro que llegase a alcanzar el objetivo.

Después de una breve pausa, seguí:

—A ello debe añadirse otro punto. La aviación alemana no tiene ninguna posibilidad de conseguir una protección en el espacio aéreo por encima de la zona de lanzamiento en esté proyecto. La vigilancia de la costa oriental de América y de un amplio espacio en el Atlántico está muy bien organizada y presenta muy pocos huecos, según nuestras noticias, gracias a la aviación y los aparatos de radar.

Durante esta exposición, me fijé en las reacciones de los presentes. Himmler seguía marchando arriba y abajo, y no parecía escuchar con demasiado interés. Cada vez se paraba junto al globo de su escritorio; cuando estaba cerca de nuestra mesa nos miraba brevemente a través de sus impertinentes. Yo no le conocía lo suficiente para poder leer una reacción en su rostro. El doctor Kaltenbrunner me animaba a continuar mediante gestos. No me extrañó que Schellenberg negase con la cabeza. Prützmann se ocupaba, imperturbable, de sus documentos.

De repente, Himmler se paró delante de nosotros y tomó la palabra:

—Aquí veo una nueva posibilidad muy importante de dar un nuevo giro a esta guerra. América también debe experimentar las consecuencias de la guerra. El país se cree seguro, y Roosevelt está convencido de que solamente con oro e industria se puede llevar una guerra. Los americanos consideran a su país apartado de todo peligro. El efecto de un ataque así sería incalculable. El pueblo no resistiría la guerra en su propio país. Yo juzgo inferior la capacidad de resistencia de los americanos: se derrumbarán ante estos golpes inesperados.

Así, más o menos, intentaba Himmler explicar su repentina decisión. Yo no podía seguir muy bien el curso de sus ideas. No vacilaba lo más mínimo frente a una guerra aérea contra ciudades americanas; era motivo suficiente el constante bombardeo de las ciudades alemanas. El número, cada día más elevado, de las ruinas, hablaba por sí mismo. Pero creía que el efecto de la V-1 sobre el pueblo americano se estaba juzgando erróneamente.

Por lo tanto, esperé la ocasión para volver a hablar y esta ocasión me la brindó en seguida Himmler.

—Reichsführer —dije—, yo creo muy posible que se consiga el efecto contrario. El gobierno de los Estados Unidos lleva desde hace tiempo la propaganda de la guerra bajo el lema: "La USA está amenazada por Alemania". Después de la acción da la V-1 sobre Nueva York podría producirse fácilmente la sensación de una auténtica amenaza. Considero que la herencia de sangre anglosajona es muy elevada en la población americana. Y justamente los ingleses nos han demostrado que su capacidad de resistencia moral en tiempos de una auténtica amenaza es considerablemente fuerte.

Ahora Himmler escuchaba con más atención. Aproveché la oportunidad y seguí diciendo:

—Ciertamente, también yo podría imaginar el efecto del "shock" en el pueblo americano, pero sólo en el caso de que los pocos lanzamientos que podremos efectuar se pudiesen dirigir hasta un objetivo claramente delimitado. Por ejemplo, después del anuncio a través de la radio alemana, una V-1 debería atacar en un día determinado, a una hora determinada, un objeto determinado en Nueva York. Esto haría "impacto" en el doble sentido de la palabra.

Seguí explicando aún que estaban en marcha los trabajos para mejorar la exactitud de la puntería de la V-1. Científicos alemanes trabajaban en dos soluciones distintas: por un lado en el establecimiento de una conducción que, colocada en la cabeza de la V-1, haría posible una regulación durante el vuelo. La estación de radio estaría en este caso cerca de la base de lanzamiento.

El otro proyecto iba un poco más lejos: una pequeña emisora, que debía situarse en las inmediaciones del objetivo, debía tomar a su cargo la dirección de la V-1. La dificultad en esta solución radicaba en las pequeñas cantidades de energía que estaban a su disposición en este caso. Además debía superarse otra dificultad: la pequeña emisora debía ser colocada en un lugar previsto y en el momento indicado, por algún agente. Las experiencias que se habían hecho con acciones de agentes en América del Norte, habían demostrado que aún teníamos que aprender mucho. (Unos agentes, que habían sido desembarcados por medio de un submarino en la costa oriental de los Estados Unidos, habían sido detenidos inmediatamente después).

También el doctor Kaltenbrunner dijo que veía los mismos inconvenientes que yo en una acción inmediata. Se propuso esperar el perfeccionamiento de los aparatos accesorios apropiados. Himmler parecía impresionado por las objeciones. Aunque no retiró expresamente su anterior orden, me mandó que le mantuviese al corriente de todas las mejoras y de otras investigaciones. Pero los sucesos de la guerra fueron finalmente más rápidos que los estudios e investigaciones realizados en Alemania. Como todo el mundo sabrá, nunca se llegó a emplear la V-1 contra el territorio de la USA.

En los años siguientes a la derrota de Alemania, se oía con frecuencia la pregunta: "¿Qué habría pasado, si...?" Es inútil discutir acerca de ello, ya que "a posteriori" nunca se pueden abarcar de un modo matemático todos los componentes que influyen en el juicio exacto de un posible éxito en sus consecuencias recíprocas. En este particular, se puede afirmar con seguridad que no habría sido decisivo para el curso de la guerra. Para ello, los medios disponibles no eran suficientes ni en cantidad, ni en eficacia.

Pero la cuestión presenta otro aspecto: ¿se puede esperar en el futuro el éxito de las acciones en que intervengan estas armas teledirigidas? Seguramente los componentes de los Estados Mayores aliados y también los científicos le habrán dado vueltas a

esto en la cabeza. América y Rusia, por ejemplo, han hecho trabajar en esta clase de investigaciones, junto a sus propios científicos, a hombres de ciencia alemanes. Es seguro, y los periódicos americanos hablan de ello con sorprendente franqueza, que en los años últimos se han hecho grandes progresos. Para hablar sólo de los llamados proyectiles alemanes, V (Vergeltungswaffe= arma de venganza; Ferngelenkt = teledirigidos) se fabricó durante la guerra la conocida V-2, y se mejoraron considerablemente respecto a su alcance. También respecto a su puntería y al control a distancia se habrán hecho progresos, aunque de esto no se hable con franqueza.

No en vano explota la ciencia rusa, desde hace decenios, todo el océano Artico y la región polar. Hoy o mañana, con el actual desarrollo de la aviación (aquí sólo me refiero a las alturas de vuelo hoy normales, que llegan a la estratosfera), la región polar será una base estratégica par vuelos por encima del Polo hacia Canadá y América, pero también una magnífica pista de lanzamiento para todos los proyectiles V, designados con el nombre genérico alemán.

También los más modernos submarinos alemanes, hacia el fin de la guerra, estaban casi seguros frente al radar; dichos submarinos se han convertido en botín de guerra de los aliados. Naturalmente no me es posible abarcar de una ojeada todos los progresos que se han hecho en los últimos años. Fotografías de revistas americanas mostraban que desde los buques se disparaban proyectiles parecidos a la V-2. La prensa rusa no acostumbra publicar tales fotografías.

Una cosa es segura: la técnica posibilita progresivamente a los estrategas de guerras futuras incluir en sus planes territorios mucho más amplios. No se exagera cuando se habla de una futura estrategia global.

Posiblemente, en el transcurso del tiempo, se halla un sistema de defensa efectivo contra todo ataque. Esto lo demuestra hasta ahora la historia de todas las guerras. Sin embargo, en casi todos los casos se utilizaba el empleo de tales medios defensivos

sólo después de haber sido usado el medio de ataque. Pero, ante el avanzado estado actual del desarrollo técnico, la diferencia de tiempo entre la aplicación del arma ofensiva y la defensiva puede tener la mayor trascendencia (1).

(1) Nota del editor: Los párrafos acerca del posible desarrollo de las armas V los escribió el autor en 1948 y se mantuvieron en su forma original también en la presente reedición.

Capítulo XXIII

Movimientos de resistencia. — Partisanos ucranianos contra el ejército rojo. — Operación "Greif". — Tres grupos de combate. — Compañía de comandos. — Falta de hombres y de material. — Rumores salvajes. — Yes, no y O. K. — Improvisaciones. — Los tres puentes del Mosa. — "¿Ataque contra el Cuartel General aliado?" — ¿Eisenhower en peligro? — Café de la Paix. — ¿Dónde están las fotografías aéreas? — Hitler ayuda. — No se nota el avance del enemigo. — Transporte relámpago al Oeste. — Ordenes del mariscal Model. — Puesta a punto.

En los meses siguientes apenas tuve tiempo de preocuparme de armas especiales o movimientos de resistencia. Eran franceses, belgas, holandeses y noruegos, los que se ofrecían para formar grupos de resistencia en sus países, ahora ocupados por los aliados. Resultaba casi imposible iniciar algo en este sentido. El gobierno de Pétain, por ejemplo, tenía en Francia muy pocos adeptos, y un movimiento de resistencia sin la ayuda de una gran parte de la población es como un niño que nace muerto. En este caso, tampoco ayudaban los almacenes secretos de armas y medios de sabotaje, que se habían instalado bajo el mando del almirante Canaris, y estaban distribuidos por la Europa Occidental.

Algo distinta era la situación en Europa del Este y del Sureste. Especialmente en Ucrania, o sea, en la zona fronteriza ruso-polaca había hallado eco entre la población la UPA, un movimiento de indepedencia ucraniano. Sus jefes, el Sr. Bandera y demás elementos habían sido detenidos por los alemanes y puestos en libertad en 1944. La UPA se había levantado contra los excesos de la administración civil alemana y, más tarde, había entrado en combate con el mismo valor contra los rusos que regresaban. Los rumores decían que buen número de soldados alemanes, que en las grandes retiradas de 1944 habían quedado separados de su tropa, luchaban más o menos voluntariamente en las filas ucranianas.

En otoño de 1944 al capitán K. le encargué la misión de comprobar, por medio de una acción en Ucrania, la veracidad de estos rumores. Con ocho soldados alemanes —el grupo estaba provisto de radio— el capitán K. pasó por el frente de los Cárpatos hacia el interior de Ucrania, desviándose un poco más hacia el este. La acción duró tres semanas. Se recorrieron considerables distancias detrás de las líneas rusas. El informe del grupo después de un feliz retorno proporcionó una buena idea de la situación. La UPA había formado realmente grandes grupos de destacamentos de hasta mil hombres y dominaba con ellos algunos territorios. Su forma de combate contra unidades de tropas soviéticas de la retaguardia debía ser necesariamente de una gran movilidad. Hasta entonces los miembros de la UPA se proveían de sus equipos, armas y municiones en los mismos ataques. El capitán K. había tenido conversaciones directas con algunos jefes de la UPA, que le habían confirmado que soldados alemanes actuaban concretamente como jefes subalternos en el llamado "movimiento de liberación ucraniano". La UPA estaba dispuesta a canjear paulatinamente soldados alemanes por entregas de material. Incluso ya se habían fijado los lugares de aterrizaje donde, en primer lugar, debían ser alojados los soldados alemanes heridos y enfermos. Pero, mientras tanto, se había vuelto tan crítica la situación del aprovisionamiento de

gasolina en el frente, que ya no se nos entregó carburante para tales acciones.

Por mucho cariño que sintiese por las acciones pequeñas, como las descritas, sólo podía entretenerme con ellas de paso. Los preparativos para la futura ofensiva de invierno eran más importantes e iban delante de todo lo demás. Aunque no tuviese nada que hacer en la organización propiamente tal de mi grupo de combate, para la cual se nos había entregado el campo de entrenamiento de "Grafenwöhr", debían elaborarse en Friedenthal todas las órdenes fundamentales y el plan total.

Para esta operación habíamos elegido el nombre de "Grifo" según el lengendario pájaro que aparecía en las fábulas alemanas. Nuestra tropa debía organizarse en forma de una brigada acorazada (se llamó entonces "Brigada Acorazada 150"). La base para nuestro plan lo formaba el plano cronológico que se había construido en el FHQ para la gran ofensiva. Según éste, debía conseguirse en el primer día de la ofensiva el paso completo a través del frente enemigo. Ya en el segundo día debía alcanzarse y pasar el Mosa. Por lo tanto, estaba muy justificado pensar que las tropas enemigas ya estaban en plena retirada y completamente desorganizadas al primer día.

Mis colaboradores y yo estábamos de acuerdo en que debíamos tomar el medio auxiliar de la improvisación. En cinco semanas justas —el comienzo de la ofensiva aún estaba fijado por aquel entonces para primeros de diciembre de 1944— una tropa de campaña normal no podía estar formada y entrenada; mucho menos todavía una tropa a la que se le había encomendado una misión especial. Esto era casi imposible, y lo sabíamos. Ante Hitler ya había señalado esta objeción cuando me encomendó la misión, por lo que nuestra conciencia en este aspecto estaba tranquila. Al fin y al cabo, ya habíamos dado a conocer nuestra opinión en este asunto.

Queriendo contar con toda clase de posibles eventualidades, nos fijamos tres objetivos: los puentes sobre el Mosa, cerca de Engis, Amay y Huy. De esta manera dividimos el sector de ba-

talla del Sexto Ejército Acorazado SS, que ya conocíamos, en tres partes; los sectores de avance que poco a poco se estrechaban tenían cada uno de los puentes como punto final. Para el logro de estos objetivos, dividimos también nuestra Brigada Acorazada 150 en tres grupos de combate: X, Y y Z. Ya la denominación Brigada Acorazada 150 era una fanfarronada. A nuestra primera solicitud, nos contestaron inmediatamente que era imposible la entrega de tanques de botín para un regimiento totalmente acorazado, incluso para sólo una sección. Al principio, ya se nos recordaba la antigua sentencia: "La necesidad aguza el ingenio". De todas maneras no era agradable tener que empezar aquella misión con semejante déficit.

En nuestra primera propuesta previmos la siguiente formación de la Brigada Acorazada 150:

2 compañías acorazadas, con diez tanques cada una.
3 compañías de reconocimiento acorazadas, con diez vehículos de reconocimiento acorazados cada una.
3 batallones de infantería motorizada, con 2 compañías de tiradores y una pesada cada uno.
1 compañía antiaérea ligera.
2 compañías de cazadores de tanques.
1 sección de morteros.
1 compañía de transmisiones.
1 Estado Mayor, lo más reducido posible, de la brigada acorazada.
3 Estados Mayores de batallón lo más reducidos posible.
1 compañía de comandos (para la realización de la segunda parte de la misión de la brigada acorazada).

Para ahorrar personal tenían que eliminarse casi por completo los servicios auxiliares, usuales en otros casos, puesto que la misión sólo sería de brevísima duración. Como fuerza total, se habían previsto unos tres mil trescientos hombres. A ello debían añadirse sustanciosas listas sobre las necesarias armas, municiones, vehículos, equipajes y uniformes de botín. Nosotros mismos nos asustamos, pensando cómo deberían satisfacerse en pocas

semanas nuestras necesidades; pues los almacenes de nuestros botines no podían ser tan grandes. Durante los últimos meses, los ejércitos alemanes se habían retirado continuamente, y no se habían practicado mayores operaciones de ataque en las que podrían haber caído en nuestras manos, como botín, las cantidades correspondientes.

Cuando presenté, el 26 de octubre de 1944, al general Jodl la organización de la Brigada Acorazada 150, así como las listas de equipo para su autorización, llamé otra vez la atención sobre el breve tiempo disponible y sobre las improvisaciones en todos los terrenos necesarios para ello. Además expliqué que la acción "Grifo", según mi entender, sólo podía tener éxito si comenzaba en la primera noche después del comienzo de la ofensiva aprovechando de este modo por completo la sorpresa en el enemigo. Para ello sería necesario que las divisiones del frente alcanzasen al primer día sus objetivos de ataque. Esto era, en nuestro sector, el paso del Hohen Venn en un ancho frente. Debía poner esta condición para empezar con nuestra acción. Además solicité del Estado Mayor de la Wehrmacht las fotografías aéreas de los tres puentes como fundamentos absolutamente imprescindibles.

El Estado Mayor de la Wehrmacht autorizó la formación de la Brigada Acorazada 150 que nosotros habíamos propuesto, y nos prometió todo el apoyo necesario. Entonces volví a plantear con cuidado la posibilidad de que se hubiese podido traicionar todo el planeamiento de la operación al ser mencionada la orden del Estado Mayor de la Wehrmacht. Debo confesar que, frente al general Jodl, no aduje las mismas conclusiones que en mi acta. En ésta había escrito aproximadamente: "Todo soldado sin graduación que efectuase una falta de negligencia contra una obligación de mantenimiento en secreto debería ser castigado de la forma más severa". También Jodl me explicó que sería imposible renunciar a la operación después de este error, pero que en seguida confeccionaría una orden que impediría en el futuro tales cosas. Yo debería emplear en documentos futuros dos nombres de camuflaje, uno en los días pares, otro en los impares. Aún recuerdo uno

de ellos, el "Solar". Pero la idea de esta orden de emplearse en la correspondencia otros nombres provenía de una propuesta del general de División de las SS, Fegelein, oficial de enlace permanente de las Waffen-SS en el Cuartel General del Führer.

Bien es verdad que de esta forma no se habían cambiado mucho las cosas, pero yo tenía que contentarme con eso. En el futuro, se produjeron bastantes veces confusiones entre los días pares e impares. Al final adopté exclusivamente el nombre de "Solar"; era mucho más sencillo y no menospreciaba en nada la gloriosa idea de Fegelein.

Al general Burgdorf le había pedido tres comandantes de batallón experimentados en el frente. Uno de ellos debía suplirme, durante la etapa de formación, como comandante de la Brigada. El teniente coronel Hardieck, que me enviaron para este cometido, era un excelente oficial, pero nunca había mandado una acción especial. Lo mismo ocurría con los otros dos comandantes, teniente coronel W. y capitán Sch. Pero los tres estaban entusiasmados con su nuevo mando, y, de esta forma, era factible arreglarse. Yo tampoco había mandado hasta entonces ninguna acción camuflada de tal envergadura.

Tenía que hacer otro ruego al general Burgdorf. Era imposible, así le dije, que en cuatro semanas pudiese formarse, con los voluntarios de los cuatro grupos de la Wehrmacht, una unidad capaz de combatir con la suficiente compenetración. Debía rogarle que, aparte de los voluntarios, pusiese a mi disposición unidades de la Wehrmacht ya formadas, que pudiese emplear al menos como armazón de mis unidades. En los días siguientes recibí, entre otros, dos batallons de paracaidistas de la Luftwaffe, dos compañías acorazadas del ejército y una compañía de transmisiones. A esto uní dos compañías reforzadas del batallón de cazadores "Centro", y mi propio Batallón de Paracaidistas-SS 600.

Cuando después de ocho días se habían presentado en Friedenthal los primeros cien voluntarios, vi muy impreciso el porvenir de la operación "Grifo". ¿Cómo debía seguir? En Friedenthal se habían presentado examinadores de idiomas que dividían

a los voluntarios según el idioma que hablasen y según sus conocimientos. La categoría I, para soldados con perfecto conocimiento del inglés, no quería multiplicarse. El máximo crecimiento por día era de uno a dos hombres.

Para que me comprendan bien, debo mencionar aquí que, por aquel entonces, yo mismo apenas hablaba inglés. ¿Dónde habían quedado los años del colegio? Hacía dieciocho años que el profesor Muhr se había esforzado en enseñarnos la lengua inglesa a nosotros, niños en la escuela secundaria del distrito de Währing de Viena. Como en realidad en sus clases sólo pensábamos en hacer tonterías, los conocimientos habían sido bastante flojos, y después apenas había tenido ocasión de practicarlo. A pesar de ello me esforzaba en seguir aprendiendo e intentaba, aquí y allá, componer una frase inglesa aceptable.

Un día tuve una curiosa experiencia con un joven oficial de la Luftwaffe, en Friedenthal. El también se había ofrecido como conocedor del inglés. Casualmente, le hablé junto a una de nuestras barracas de alojamiento.

—*Give me your story about your last duty, please!*

A ello me respondió en un incorrecto inglés:

—*Yes, Herr Oberstleutnant, I became my last order before five months...* —aquí titubeó un poco, pero siguió rápidamente—: el resto prefiero contárselo en alemán.

Yo estaba contento con ello; el muchacho parecía tener el corazón donde Dios manda, como lo demostraba su presentación voluntaria. Pero con estos conocimientos del inglés no podía engañar ni a un americano sordo.

Después de dos semanas la "operación voluntario" estaba más o menos concluida. El resultado final era alarmante: la categoría I —o sea hombres con conocimientos perfectos del inglés y alguna familiaridad con el "slang" americano— abarcaba unos diez hombres, casi todos antiguos marinos, que también estaban ampliamente representados en la categoría II. En ésta había unos treinta o cuarenta hombres con perfectos conocimientos del inglés. La categoría III, con soldados que tenían conocimientos media-

nos del inglés, ya contaba de ciento veinte a ciento cincuenta hombres. La cuarta categoría, con hombres con conocimiento muy relativo del inglés, procedente del colegio, contaba con doscientos hombres. Los demás eran poco apropiados por motivos puramente físicos o porque, aparte del "yes", sólo hablaban perfectamente alemán. O sea, que prácticamente debia montar una "Brigada "Silenciosa"; pues de retirar unos ciento veinte de los mejores para la compañía comando, apenas quedaban hombres con conocimintos del idioma. De forma que nos juntaríamos, callados y silenciosos, a las columnas americanas en huida.

En mis informes de cada tres días, que debía entregar al Estado Mayor de la Wehrmacht sobre el estado de personal y equipos, se consignaban unas cifras estremecedoras y veraces.

A los soldados que hablaban inglés y a los que, en general, lo hablaban con cierto sentido se les envió, por breve tiempo, a escuelas de intérpretes. Otros fueron trasladados por algunos días a un campo de prisioneros de guerra norteamericanos. Allí debían oír el verdadero "slang" americano y familiarizarse con el tono y el comportamiento más libre de los soldados americanos, sobre todo frente a sus superiores. Puesto que estos "cursos" se limitaban a unos ocho días, no podíamos esperar ningún milagro respecto a los conocimientos lingüísticos.

Para la masa de la tropa en Grafenwöhr, que no entendía nada del inglés, consistía esta enseñanza del idioma en que los soldados debían aprender algunas palabrotas fuertes de los G.I., así como el significado de "yes", "no" y "O.K." Además, aprendían algunas de las órdenes americanas más usuales. Con ello se agotaron las posibilidades de camuflaje lingüístico de la brigada. Casi aún peor aspecto tenían los equipos que poco a poco iban llegando. Primero quiero describir las dificultades que surgieron en la entrega de vehículos. Ya pronto reconocimos que no se podía obtener, de ninguna manera, el número necesario de tanques americanos. Para decirlo exactamente: en el día del comienzo de la ofensiva éramos los orgullosos propietarios de dos tanques Sherman. Uno de los dos se quedó en el camino por un defecto en el

cambio de velocidades, durante la marcha hacia la región de la Eifel.

Al leer más adelante, en periódicos y revistas, que la Brigada Acorazada 150 estaba equipada con 50 tanques Sherman, se apoderaba de mí, aún después de la guerra, la envidia de la floreciente fantasía de los periodistas. En general, cierta parte de la prensa hizo a la acción "Grifo" objeto de su encono, y sus despachos ya no tenían nada que ver con una información objetiva. Por decirlo así, años después de la guerra aún se veían fantasmas. Y la caza de fantasmas es, a largo plazo, poco lucrativa.

El inspector de las tropas acorazadas en Berlín concedió a la brigada, en sustitución de los tanques de botín no recibidos, doce tanques "Pantera" alemanes. Estos se camuflaron en Grafenwöhr mediante engaños de hojalata alrededor del cañón y de la torre. Con ello queríamos lograr la silueta del tanque Sherman. Yo me daba cuenta de que este camuflaje sólo podía tener éxito durante la noche, a gran distancia, y aún entonces sólo ante jóvenes reclutas americanos.

Además, recibimos de los distintos lugares de recolección de botín del frente unos diez vehículos acorazados de reconocimiento americanos o ingleses. La preocupación de utilizar los tipos ingleses desapareció por el hecho de que ya en el campo de entrenamiento quedaron fuera de uso por varios desperfectos en los motores. Los cuatro vehículos americanos fueron completados con coches de reconocimiento alemanes. Dos coches blindados de infantería formaban, junto con doce alemanes, los vehículos de una compañía acorazada de infantería.

Poco a poco, llegaban por ferrocarril a Grafenwöhr unos treinta *jeeps*. Debía haber aún más de estos vehículos en uso entre la tropa alemana del frente occidental. Pero precisamente de estos vehículos, aptos para cualquier clase de terrenos, se separaban sus correspondientes propietarios, al parecer, con muy pocas ganas. Como nosotros mismos más tarde pudimos compro-

bar, la orden de entrega de estos vehículos fue muchas veces desobedecida.

Una pequeña esperanza nos quedaba aún y era ésta: hacer nosotros mismos algún botín durante las veinticuatro horas anteriores a nuestra acción en el frente. A la misma esperanza vaga y engañadora se entregaba también la más alta autoridad directiva alemana en el planeamiento total de esta ofensiva; o sea, al hallazgo de grandes depósitos de gasolina del enemigo durante los avances.

Tampoco con los camiones mejoraba la cuestión. Al final, disponíamos quizás de quince auténticos vehículos americanos. El número necesario se completó con camiones Ford alemanes. Lo único uniforme en todos los vehículos era la pintura verde de los camiones del ejército americano.

La cuestión del armamento era quizás más grave. Disponíamos sólo del 80 % de fusiles del ejército americano. Para los cañones antitanques y los morteros, faltaban las municiones. Pero cuando llegaron unos cuantos vagones de municiones de botín, estallaron a causa de almacenaje inadecuado. Así estábamos obligados a repartir prácticamente sólo armas alemanas. La compañía de comando era la única que recibía armas de botín.

Sin embargo, lo peor ocurría con la ropa, a la que, por motivos comprensibles, habíamos atribuido un valor especial. Una vez recibimos un montón de piezas de vestir sin clasificar, que resultaron, al ser examinadas con más exactitud, piezas de uniforme inglesas. Otra vez recibimos abrigos que, en la práctica, no tenían utilidad alguna, puesto que sabíamos que los soldados norteamericanos del frente durante sus acciones sólo llevaban los llamados "field jackets" (blusones de batalla). Cuando nos mandaron entonces, por mediación del jefe del servicio de prisioneros de guerra un cargamento entero de "jackets", todos estaban marcados con el triángulo de los prisioneros. El envío fue devuelto inmediatamente. Característico para la situación en este aspecto era el hecho de que para mí, comandante de la brigada, de regular estatura, sólo había un jersey del ejército americano.

Teníamos bastante trabajo para equipar, sólo a medias, la compañía de comando. Pero también ésta dependía aún de la esperanza de que el enemigo, en su prevista huida, abandonaría gran cantidad de equipaje. Por cierto, esta ilusión se realizó más tarde, sólo que faltaban demasiadas cosas para completar el camuflaje de la masa de nuestros soldados.

Regularmente, comunicaba todas estas condiciones desfavorables al Estado Mayor de la Wehrmacht. Sabía que no me haría muy simpático si exponía continuamente tales quejas. Por otra parte, hubiese logrado menos aún sin tal insistencia. Pero llegué a hacerme especialmente antipático cuando, a principios de diciembre, después de haber sido aplazada la ofensiva hasta una fecha posterior, mencionaba estas cifras también en las "reuniones con el Führer", a las que me hacían asistir. Entonces, siempre había bronca por parte de Hitler contra varios ayudantes del mariscal de campo, que eran responsables de los equipos. Tampoco esta más alta intervención tuvo demasiada eficacia. En el campamento de entrenamiento se afanaba, mientras tanto, el teniente coronel Hardieck en la formación de la brigada. Para mantener los secretos, la parte de terreno reservada para nosotros estaba cerrada, y la comunicación postal, prohibida. Era muy lógico que se originaran los bulos más atrevidos sobre la finalidad de los preparativos y el objetivo de la acción. Se había llegado a saber que yo más adelante mandaría la brigada, y los soldados esperaban de mí probablemente otra acción semejante a la de Italia. El teniente coronel Hardieck ya no podía dominar los bulos. Lo había intentado con medidas cada vez más severas; pero todo era inútil. La abundancia de bulos ya ponía en peligro todo mantenimiento del secreto. Cuando me comunicó esto, le mandé llamar a Friedenthal para hablar del asunto.

Hardeick, en mi habitación, nos contó tantos bulos a mí y a von Fölkersam que hizo que se nos pusieran los cabellos de punta. La fantasía de nuestros soldados seguía trabajando bien. Algunos contaban que la brigada acorazada entera marcharía a

través de toda Francia para liberar a las tropas alemanas que luchaban valerosamente en la ciudad cercada de Brest. Otros, decían lo mismo de Lorient e incluso conocían ya los planos exactos de cómo queríamos penetrar en el fuerte. Así había docenas de bulos, como se dice en el argot militar, y cada versión tenía sus adictos que creían firmemente en ella. Por esto estábamos seguros de que también el servicio de información del enemigo se había enterado de algunos detalles, tanto más cuanto que seguramente, por la desafortunada orden del Estado Mayor de la Wehrmacht, había fijado su atención en nosotros.

Nos encontrábamos, por lo tanto, ante la cuestión de cómo debíamos comportarnos en adelante. Con castigos sólo no se arreglan tales cosas. Debía encontrarse otra salida. Después de algunas reflexiones, descubrimos el camino más sencillo y más indicado: Hasta entonces sólo nosotros tres sabíamos de la verdadera meta y objetivo de nuestra acción. Convinimos que a partir de aquel momento dejaríamos curso libre a toda clase de bulos, aunque deberíamos actuar como si tratásemos de suprimirlos. Incluso queríamos dar un paso más y fomentar los bulos, naturalmente sólo si su contenido era completamente distinto a la verdad. Nuestro cálculo era sencillo: los oficiales de información enemigos tampoco sabrían a qué atenerse en el laberinto de noticias provocadas por estos bulos.

Con gran celo se practicaba, en Grafenwörth, el entrenamiento. De las buenas unidades que nos habían sido mandadas, sólo habían sido destinados los mejores hombres a la Brigada Acorazada 150. Los demás servirían de reserva para un objetivo especial. Si contra todo lo que podía esperarse, el frente enemigo debía abrirse violentamente para el paso de uno de nuestros grupos de combate, podíamos disponer de esta reserva de intervención.

Las unidades singulares ya estaban compenetradas por sus luchas en el frente. Sin embargo, debían familiarizarse con el material extraño. Frecuentes ejercicios de marchas nocturnas servían muy bien para tal fin. Como ejercicios tácticos se prac-

ticaba sobre todo el mantenimiento de pequeñas cabezas de puente en todas sus variaciones. Una dificultad especial significaba el suavizar el "comportamiento resuelto" del soldado alemán, que durante su época de recluta le había sido inculcado con innecesaria dureza y persistencia. El trato con el chiclé y el paquete de cigarrillos americanos pertenecía también, como importante cosa secundaria, al programa de instrucción.

Los dos comandantes de grupos de combate, el teniente coronel W. y el capitán Sch., sólo sabían entonces que se había planeado una acción camuflada para el caso de una gran ofensiva del enemigo. No tenían ni idea de una ofensiva por nuestra parte. Esto representaba cierta desventaja, ya que no se podía contar con su colaboración intensiva en el planeamiento; pero teníamos que aceptarlo para mantener el secreto.

Puesto que ya a mediados de noviembre sabíamos que nuestros equipos de camuflaje eran muy defectuosos, temíamos que introducir ciertos cambios en nuestro plan de acción. Ya no se podía pensar en una auténtica acción camuflada en el verdadero sentido de la palabra; debíamos servirnos como medios auxiliares de la astucia y del engaño, pero, ante todo, debíamos distraer al enemigo.

Sin embargo, esta clase de engaño sólo podía tener éxito si la ofensiva hubiese sido para el enemigo una sorpresa completa y sus tropas retrocediesen en huida desordenada. Por esto, debíamos insistir en nuestra exigencia, ya manifestada, de que efectivamente se alcanzase el objetivo del ataque del primer día. La masa de nuestras tropas, vestidas sólo con uniformes alemanes y equipadas con armas alemanas, debían transportarse en camiones cerrados. Sólo los chóferes y sus ayudantes se vestirían, lo mejor posible, con piezas de uniforme americanas. Como ayudantes se escogerían hombres de la categoría III, es decir, con medianos conocimientos lingüísticos, para que por lo menos éstos, en caso de una conversación necesaria con soldados enemigos, pudiesen intervenir pronunciando algunas palabras. Los tres grupos de combate pasarían alrededor de medianoche del primer

día de ataque por delante de las puntas de ataque alemanas, dentro de sus sectores indicados. Como objetivos provisionales se habían previsto puntos de reunión en la cercanía de los puentes. Desde allí, grupos de reconocimiento bien camuflados debían espiar las condiciones de los puentes. Así quedaba siempre la posibilidad de concentrar el ataque en uno o dos de los puentes. Por tal motivo, tampoco se había equipado con tanques el grupo de combate septentrional X, bajo el teniente coronel X. Había sido elegido para pasar por el Mosa, en caso de necesidad, a través de uno de los puentes, en marcha camuflada, para instalarse después en un sector al oeste del Mosa. Los ataques deberían efectuarse entonces desde estos sectores, donde se habían puesto en posición con uniformes alemanes. Si reinaba entre el enemigo bastante confusión, podría lograrse un éxito por sorpresa.

Un bebé de cuidado especial de mi Estado Mayor era la compañía de comando y, con ella, la segunda parte de nuestro cometido: sembrar intranquilidad y confusión en las filas del enemigo. Ninguno de los voluntarios de esta compañía había realizado jamás una orden semejante. Ninguno de ellos era un espía instruido o un saboteador; y en pocas semanas debían ser instruidos como tales. Una tarea prácticamente imposible.

En esta unidad, habíamos reunido naturalmente los hombres que hablaban mejor el inglés; pero ésta era también la única ventaja que tenían para su cometido. Sabían de la peligrosidad de su misión. Si a un soldado le cogían prisionero, durante su acción, llevando uniforme del enemigo, le podían formar un consejo de guerra, cuyo final no sería muy dudoso. El amor a la patria y el entusiasmo eran efectivamente los únicos móviles de estos hombres. En estas circunstancias nos habíamos decidido a hacer de esta tropa un uso lo más limitado posible. Los cometidos previstos para ellos no podían fijarse con exactitud. Deberían dejar mucho espacio libre para ser llenado por la fantasía de cada soldado en particular. Como ojeadores avanzados del frente podrían efectuar para la tropa un valiosísimo trabajo de reconocimiento. También se intentaría, mediante la difusión

de bulos, aumentar la confusión entre las tropas aliadas. Se difundirían bulos sobre enormes éxitos iniciales de las divisiones alemanas. Cambiando las placas de las carreteras y los indicadores de rutas, había que guiar a las columnas enemigas en direcciones falsas y, mediante la transmisión de órdenes ficticias, aumentar su inseguridad. Debían ser cortadas las comunicaciones telefónicas y los depósitos de municiones dañados o destruidos, mediante voladura.

La compañía de comando estaba ocupada en numerosos simulacros y ejercicios. Era muy natural, que precisamente esta unidad fuese una fuente especial para dar pábulo a nuevos bulos referentes a la Brigada Acorazada 150. Desgraciadamente tenía que contar con el hecho de que con seguridad uno o varios de estos "Jeep-Teams" caerían prisioneros en seguida, al principio de la ofensiva. Ni tiempo teníamos para darles amplias instrucciones respecto a los interrogatorios hechos por los servicios de información enemigos. Pero puesto que estos "Teams" podían difundir bulos, pero ninguna noticia referente al objetivo de la acción, que ellos no conocían, no veía en ello ningún peligro especial para la tarea principal. Al contrario; la abundancia de bulos debería dar precisamente pistas falsas al servicio de información enemigo.

Alrededor del 20 de noviembre de 1944, tuve ocasión, por primera y última vez, de visitar mis tropas en Grafenwöhr. Por la mañana, presencié algunos ejercicios e inspeccioné el equipo de los tres grupos de combate. Este último era aún más incompleto de lo que había temido. El librito de notas de Fölkersam contenía cada vez más solicitudes urgentísimas. El Cuartel General no se alegraría al leer mi próximo informe.

Por la tarde conversé prolongadamente con los tres comandantes de los grupos de combate. Les informé de la verdadera tarea de la brigada, que era ocupar y mantener uno o varios puentes detrás de las líneas del enemigo; pero todo, sin embargo, en el supuesto de una ofensiva aliada que ganase extensos terrenos en territorio alemán. En las batallas de cerco que iban

a tener lugar, los puentes en el interior de la zona cercada serían de una importancia decisiva.

Por lo menos, podría hacer con los comandantes algunas reflexiones tácticas sobre nuestra tarea en condiciones medianamente exactas. Las maniobras de las unidades podrían prepararse y realizarse entonces con más método. Durante las conversaciones, oímos algunas explosiones fuertes. Cuando informaron de que unos vagones de municiones habían estallado durante la descarga, terminó la conversación rápidamente. Pero tampoco nos era factible ayudar, pues acercarse a los vagones incendiados era imposible.

Mi moral estaba bastante baja, a consecuencia del accidente. Se me anunció al teniente N., un oficial de la compañía de comando, que solicitaba una entrevista a solas. Con una expresión muy seria en la cara, empezó a decirme lo siguiente:

—Mi teniente coronel, creo conocer el verdadero objetivo de ataque de la brigada.

Yo estaba realmente intrigado por lo que sucedería a continuación ¿Acaso uno de los dos conocedores del secreto había hablado? ¿Existía peligro para toda la acción? Estas ideas pasaban como un rayo por mi mente. Pero el teniente N., visiblemente satisfecho por el efecto de sus primeras palabras, dijo a continuación:

—La brigada marchará a París y hará prisionero al Cuartel General aliado instalado allá.

Aquella "novedad" fue demasiado para mí; tenia que refrenarme y hacer un esfuerzo para no reír. Con la velocidad del rayo, pensé: ¿No es éste un magnífico nuevo bulo? Así tuve por respuesta un "pues, mh" más o menos afirmativo y, de todas maneras, bastante significativo. El diligente oficial se contentó con tal exclamación, y entusiasmado declaró aún:

—Permítame, mi teniente coronel, ofrecerme a usted para la más estrecha colaboración. Estuve mucho tiempo en Francia y conozco muy bien París. También mi francés es pasable. Puede usted fiarse de mí, callaré como una tumba.

—Bueno ¿ha pensado usted cómo podemos realizar la misión? ¿No es demasiado atrevido todo esto? —le pregunté.

—La cosa es realizable —me aseguró el orgulloso inventor del plan—. Seguramente ya habrá hecho sus planes, mi teniente coronel. Yo también he reflexionado sobre la tarea y he llegado a las siguientes soluciones. (Me explicó su plan hasta los menores detalles.) Sólo los soldados que hablaban inglés perfectamente serían vestidos con uniformes enemigos y formarían un personal de vigilancia ficticia para un transporte de prisioneros de guerra. La tropa se dividiría en varias columnas de marcha que se encontrarían en un punto de reunión apropiado en París. Incluso podrían llevarse tanques alemanes como piezas de botín, para ser exhibidas en el Cuartel General aliado.

Muy difícilmente podía interrumpir, de vez en cuando, la peroración de mi visitante. A pesar de su aparente irresponsabilidad, era interesante escucharle. Su fantasía, con la que barría todos mis inconvenientes, casi me alegraba.

—Yo mismo conozco París bastante bien y muchas veces he estado sentado en el Café de la Paix, y conozco los Campos Elíseos, y la ciudad con sus alrededores —le contesté a una de sus preguntas.

Para terminar le dije:

—Bueno, piénselo usted una vez más con exactitud y trace usted todos los detalles. Volveremos a hablar de ello. Pero ante los demás deberá callar como una tumba.

El futuro mostraría que esta "tumba" no resultó demasiado silenciosa, pues sobre todo el Café de la Paix se popularizó como misterioso punto de reunión. Incluso el servicio de protección aliado concentró más adelante, durante varias semanas, fuertes medidas protectoras a su alrededor. Sin embargo, no podía sospechar en aquel entonces el enorme alcance de las consecuencias de tal conversación. Que aquel bulo penetrarse efectivamnte hasta dentro del Cuartel General de Eisenhower, ni pude suponerlo nunca. Y menos aún, que el enemigo lo tomaría tan en serio como para establecer en seguida contramedidas generales. Era, hablando

metafóricamente, como si una pequeña piedra hubiese sido tirada a un lago tranquilo y los conocidos círculos concéntricos de ondas se extendieran de manera cada vez más incontenible. La propaganda, justificada durante la guerra pero mal intencionada después, que se ha practicado con este bulo, seguramente ha contribuido a que debiese comparecer por dicha razón, tres años más tarde, ante un tribunal militar norteamericano.

Para obtener un mayor apoyo en la importante cuestión de los equipos y para aclarar algunas cuestiones tácticas de la acción, hice, en noviembre de 1944, un viaje al frente del Oeste. En el Cuartel General del comandante supremo del Oeste, el Mariscal de Campo von Rundstedt, en Ziegenhain, me presenté al jefe del Estado Mayor, al IC y al IA. No podía esperar encontrar allí gran entusiasmo para la misión que me había sido encomendada; pues la acción "Grifo" tenía lugar dentro del marco de una ofensiva, que no había sido nunca bien vista por el comandante supremo del Oeste. El Mariscal de Campo se había pronunciado, como yo sabía, siempre en pro de una ofensiva más reducida en el sector de Aquisgrán. A pesar de ello, recibí valiosos informes sobre la actual situación en el frente y sobre las formaciones que el enemigo tenía en aquel sector del frente. También yo por mi parte expliqué el plan de la acción "Grifo" autorizado por el Estado Mayor de la Wehrmacht. En realidad, esperaba poder llevar a casa algunos valiosos consejos. Sin embargo, no me los dieron; pero, por otra parte, tampoco manifestaron ninguna clase de inconvenientes contra mi plan. Con la promesa de que volverían a darse a las tropas las correspondientes órdenes para una acelerada entrega de las piezas de botín, continué mi viaje.

En dicho viaje me presenté también en el Cuartel General del Mariscal de Campo Model, que estaba encargado del mando de la ofensiva planeada. Allí encontré solo al general Krebs, el jefe del Estado Mayor. Trabajaba febrilmente en los preparativos, y yo tenía la impresión de que estaba efectivamente convencido del pleno éxito de esta batalla de ataque. Mientras, recordaba

unas palabras de Adolfo Hitler, que había pronunciado cuando desarrollaba ante mí sus proyectos:

—Skorzeny, *ésta* será la batalla decisiva de la guerra.

El general Krebs parecía haber oído semejantes palabras y tomarlas también en consideración.

En esta visita recibí asimismo las bien intencionadas promesas de ayuda y apoyo. El general aprobó preparativos que efectuábamos para realizar nuestra orden. Nos dio aún algunas recomendaciones para pequeñas acciones de comando, que mi batallón "Suroeste" podía lanzar un poco antes de la ofensiva. También habíamos pensado ya en atacar las arterias vitales de los ejércitos americanos motorizados, las "pipelines" Estas "pipelines", una desde Boulogne, otra desde El Havre, corrían a través de todo el país hasta poco detrás del frente. Era una obra maestra del cuerpo de ingenieros US. A toda prisa queríamos organizar algunos grupos pequeños de sabotaje. Unos días antes de la ofensiva deberían saltar en Francia con paracaídas e intentar volar las importantes tuberías de gasolina.

En el breve tiempo que quedaba no teníamos la posibilidad de seleccionar con especial cuidado los hombres para esta misión. Los franceses que querían luchar aún con los alemanes eran ya muy raros en esta época.

Semejantes órdenes las había dado también al Mando del Servicio II Oeste de la Defensa, que desde hacía algunos meses me estaba subordinado. En estas acciones no me entregaba a ilusiones engañosas respecto a un gran éxito. Mi opinión sobre el dudoso valor de aquellas acciones de agentes no había cambiado todavía. Sin embargo, esperaba por lo menos mantener ocupado e intranquilo al servicio de contraespionaje del enemigo.

El Estado Mayor del 6.° Ejército Acorazado-SS se hallaba en aquel entonces, aún, al este del Rhin. Aquí convine con el IC, un antiguo conocido mío, que añadiría a cada una de las puntas acorazadas de ataque un "jeep-team", que se encargaría exclusivamente de las tareas de reconocimiento para las divisiones. Para ello podía recibir también inmediatamente algunos *jeeps* re-

tenidos. Sin embargo, sabía con seguridad que había más vehículos de botín aún en las divisiones. Como antiguo ingeniero-oficial lo comprendía tanto más cuanto que la situación respecto a los vehículos se hacía realmente desesperada incluso en las tropas del frente.

El comienzo de la ofensiva se aplazó a mediados de noviembre señalándose en lugar del día 1, el 10 de diciembre de 1944, y más tarde el 16 de diciembre. La ocupación de las posiciones de salida no se había terminado a tiempo, los equipos de las divisiones recientemente completadas no habían llegado totalmente a su destino. Era señal de que para esta ofensiva habían sido reunidas, efectivamente, las últimas reservas de la Gran Alemania en soldados y armas.

Estos hechos los podía conocer mejor en las discusiones del Cuartel General del Führer, a las que por tres veces me ordenaron asistir. Una vez me enteraba de que determinada división necesitaba urgentemente tanques; otra, cañones, y una tercera, vehículos. Era una cadena perpetua de peticiones que nunca terminaba. El pobre mariscal de Campo debía escuchar todos los reproches de los comandantes supremos de los ejércitos que asistían a las sesiones. Veía con claridad que el capitán general Guderian iba a echar a faltar mucho cada tanque, cada batallón, llevados al Oeste, desde su frente Este, que se debatía en dura lucha. Nuestras posibilidades eran como una manta demasiado corta. Si llegaba para los pies o sea para el Oeste, sería demasiado corta para la cabeza, o sea para el Este.

No me resultaba fácil exponer mis continuas protestas sobre falta de equipo, materiales o armas, cuando me llamaron para informar. Pero si quería dar una idea exacta de la situación de mi brigada acorazada, debía decir la verdad sin rodeos, y la expuse así:

—Deberemos improvisar desde la A hasta la Z; pero a pesar de ello haremos todo lo posible.

Adolfo Hitler escuchaba mi informe siempre tranquilo. Después dirigía sus preguntas a los correspondientes oficiales:

—¿Por qué no está completo todavía el equipo de camuflaje? ¿Por qué no se han entregado los suficientes vehículos? ¿Por qué no ha ido bien esto y por qué no ha funcionado aquello?

Eran unas preguntas interminables a las que siempre seguían las mismas contestaciones:

—Hemos hecho todo lo posible, y daremos otra vez la correspondiente orden...

Una tarde, a principios de diciembre, tuvieron lugar las conversaciones, como sucedía normalmente, en la sala de trabajo de Adolfo Hitler, en el primer piso de la cancillería del Reich. El "cuarto de la situación" era bastante más paqueño que el de "Wolfsschanze" en la Prusia Oriental. Todos los presentes estaban apretados, de pie, y aparte de los mandos militares más altos se permitía estar dentro de la estancia al que correspondía informar. El capitán von Fölkersam estaba presente como siempre, y habíamos convenido que sin falta reclamaríamos las fotografías de los tres puentes, que aún seguían faltando. En esta discusión de la situación participaba también el mariscal del Reich Hermann Göring.

La Luftwaffe acababa de informar sobre la situación aérea. La superioridad numérica del enemigo tampoco podía contrarrestarse ni con el máximo valor. Adolfo Hitler parecía saberlo ya perfectamente, pues apenas escuchaba. Entonces oí una cifra: "250 cazas a reacción estarán dispuestos para la ofensiva de las Ardenas". No me atrevía a dar crédito a mis oídos. ¿Esto era todo lo que había quedado de las cifras originales? La voz de Hitler aún me sonaba en el oído, cuando el 22 de octubre me dijo:

—2.000 cazas a reacción también nos asegurarán en el momento de la ofensiva la superioridad aérea.

Pero ahora la mención de esta cifra tan reducida no despertaba la atención de Adolfo Hitler. Al parecer se había resignado y ya no contaba con la Luftwaffe. En aquel entonces yo no podía comprender todo lo sucedido. Durante las explicaciones sobre la ofensiva, Hitler parecía estar más animado que en septiembre y

octubre de 1944. Los rasgos de su cara eran algo más frescos, pero daba la impresión de un hombre viejo y enfermo. Pensando en esta última posibilidad, en esta ofensiva, se reanimaba aparentemente aquel hombre gastado. Más adelante me enteré de que respecto de las pocas posibilidades de la Luftwaffe se había resignado por completo. Los gestos del Führer de Alemania eran los de un hombre vencido. Cuando entonces me acerqué a la mesa para mi informe recordé las fotografías aéreas prometidas desde hacia varias semanas. Entonces Adolfo Hitler se encolerizó y dirigió al Mariscal del Reich los más violentos reproches. Este, durante largo rato, no pudo decir nada. Para mí resultaba una situación sumamente penosa. Un teniente coronel normalmente no presencia la reprimenda hecha a un Mariscal del Reich. Finalmente prometió a Hermann Göring, que se utilizaría para el reconocimiento un caza a reacción provisto de una cámara. Nuestros aviones de reconocimiento normales no tenían ya desde hacía varias semanas ninguna posibilidad de sobrevolar territorio enemigo; tan aplastante era la superioridad aérea del adversario.

El resultado del reconocimiento ahora ordenado lo tuve unos días más tarde en mis manos: las fotos aéreas de los puentes de Huy y Amay; la tercera foto aérea no la recibí nunca. Las fotos mostraban claramente las posiciones antiaéreas enemigas cerca de los puentes.

Con un suspiro de alivio comprobé también que junto a los puentes no se veían fortificaciones especiales de nueva construcción. Allí por lo menos no teníamos que contar con sorpresas desagradables.

En esta discusión de la situación, Adolfo Hitler me dio una sorpresa. Cuando había terminado mi usual informe sobre la situación de los equipos de la Brigada Acorazada 150 y después de haberse comentado aún algunas cuestiones menos importantes de la maniobra táctica, se dirigió de repente otra vez a mí y dijo:

—Skorzeny, debo ordenarle algo que se refiere personalmente a usted. Le prohíbo una vez más, que usted mismo vaya a si-

tuarse detrás de las líneas del enemigo y participe personalmente en estas acciones. Dirigirá la empresa "Grifo" tan sólo por radio. Además he hecho responsable de la realización de esta orden al comandante supremo del 6.º Ejército Acorazado SS. Se quedará usted en su puesto de mando. De ninguna manera puede usted caer prisionero; le necesito a usted aún para muchas otras tareas.

Esta orden me sorprendió tanto que olvidé el conveniente "Sí, mi Führer". Había supuesto que Adolfo Hitler ya habría olvidado este asunto. Tampoco su apretón de manos al despedirse me causó tanta alegría como las demás veces. No sé cómo salí entonces de la sala "de la situación". Creo que tenía la cara congestionada. ¿Cómo iba a mirar a los ojos de mis compañeros, si tenía que comunicarles que yo mismo no iba a participar en la acción detrás de las líneas? ¿Debería quedarme sentado junto al aparato de radio sin tener la posibilidad de intervenir personalmente en una situación crítica? ¿Debía permanecer junto al Mando Supremo del Ejército, mientras mis camaradas libraban delante una batalla desesperada? Era la primera vez que sucedía así.

El capitán von Fölkersam comprendió mi consternación por la orden que acababa de recibir del Führer. Era para mí una obligación irreversible. Pero él, consolador, con su seco carácter báltico, me dijo:

—No es tan fiero el león como lo pintan. Sólo hay que esperar un poco.

Decidí informar a mis comandantes de grupos de combate acerca de la orden recibida, aunque no me resultaba fácil. Sin embargo, al mismo tiempo quería decirles que, en todo caso, en una situación crítica, me verían con los grupos de combate. De ninguna manera me podía quedar junto al Mando Supremo del Ejército; estaba decidido a buscar mi puesto de mando más adelante. El comandante supremo ya comprendería esto.

Mi ayudante Karl Radl había protestado amargamente, porque sólo llevaba conmigo a Fölkersam a las "discusiones de la situación" y nunca a él. También él quiso presenciar una vez tal

discusión y ante todo ver y oír hablar a Adolfo Hitler. Prometí llevarle la próxima vez.

"Karli" ya empezó a tener suerte en el vestíbulo de la planta baja del ala bombardeada de la cancillería del Reich. Pude presentarle al Mariscal del Reich, que permanecía en aquella sala. Significaba cierto alivio para mí, el ver que no me guardaba rencor desde la anterior reunión, pues yo había motivado los desagradables reproches para él de Hitler. En esta ocasión me enteré de la planeada acción de paracaidistas al comienzo de la ofensiva. Un batallón de paracaidistas saltaría al alba del primer día de la ofensiva sobre una cadena de montañas al oeste de Monschau junto al Monte Rigi. Se tomaría un importante cruce de carreteras por adelantado, para evitar que el enemigo trajese reservas desde el norte. Sería necesario que me pusiese de acuerdo con el comandante, pues era muy posible que uno de mis comandos en *jeep* se perdiese en aquella región. Debía evitarse que cayeran bajo balas alemanas.

En el momento en que Adolfo Hitler me saludó en la sala "de la situación" del primer piso, oí detrás de mí a Radl respirando agitadamente. Con suma habilidad había logrado colocarse a mi lado empujando y desplazando a los demás oficiales. Hitler le miró imperceptiblemente y yo aproveché la ocasión para decir:

—Mi Führer, me permito presentarle al capitán Karl Radl, mi antiguo ayudante y colaborador, que ya en Italia estuvo conmigo.

Al decir estas palabras empujé al sorprendido Radl hacia adelante. Este "construyó con energía su hombrecito", como dicen en el argot militar alemán. Adolfo Hitler le dio la mano y se dirigió otra vez hacia la mesa de los mapas, diciendo:

—Por favor, el informe de la situación en el Oeste.

Entonces todo apuntaba a la inminente ofensiva en el Oeste, todo se miraba sólo desde este punto de vista. Otra vez pude darme cuenta de que las cifras que se daban referentes a los medios de combate eran cada vez más reducidas. Un ataque aé-

reo aliado a una estación de maniobras de una ciudad habia destruido un tren con tanques nuevos. En otra ciudad un tren de municiones estaba bloqueado ya desde hacía varios días por los mismos motivos. Los informes dieron muy pocas noticias buenas.

De todas maneras, lo más favorable era que el enemigo hasta entonces aparentemente no se había dado cuenta de la entrada en posición de los ejércitos, o por lo menos no lo interpretaba bien. El frente enemigo permanecía tranquilo. Parece que los americanos estaban preparándose para invernar en este sector del frente. El pronóstico atmosférico para el dia del ataque, definitivamente fijado para el 16 de diciembre de 1944, también era favorable: cielo cubierto y nubes bajas. Esto significaba para nosotros que no habria superioridad aérea enemiga. En mi interior estaba contento por el hecho de que no predecian mucho frío. Mi brigada estaba equipada sólo por una corta acción y por esto no disponía tampoco de ropas y equipos de invierno especiales. Debíamos ahorrar cada metro cúbico de posible espacio de carga.

El 8 de diciembre mis hombres abandonaron, con los últimos trenes, el campo militar de instrucción de Grafenwöhr. Con la rapidez del rayo fue trasladada la brigada hacia el campo militar de instrucción Wahn, al sur de Colonia. Había sido muy avaro respecto a los días de instrucción. El dia 12 de diciembre llegué yo allí acompañado de Fölkersam.

Mi sustituto, el teniente coronel Hardieck, me recibió con alegría. Estaba contento porque se le eliminaban preocupaciones como comandante de la brigada y podía tomar el mando de su grupo de combate, el grupo Z. Era un tipo arrojado, sin miedo alguno y muy optimista referente a la acción. Me di cuenta de que tendría que refrenarle. Quiso hacerme una broma y me entregó para añadir a mi elegante "equipo de camuflaje", un jersey, un abrigo americano de color aceituna y un gorro cuartelero de teniente. Desgraciadamente el abrigo no me iba bien.

En Wahn incluso recibimos unos *jeeps* de las tropas del frente. Hasta última hora nuestros mecánicos tuvieron trabajo en los talleres, y después permanecieron en el campo de instrucción. En realidad sólo hubiesen sido un lastre para la breve acción. Los insignificantes cien kilómetros que habia hasta el Mosa queríamos cubrirlos también sin recurrir a ellos.

Me sorprendí a mí mismo con tales optimistas pensamientos. A pesar de las preocupaciones, mantenía un alto estado de ánimo.

La tropa no tenía el más mínimo conocimiento de cuán cerca se hallaba ya la acción, aunque debían sospechar que el rápido traslado sólo había sido efectuado ante inminentes acontecimientos. También mi llegada, como es natural, había sido advertida. Durante una jira de inspección un soldado me paró para preguntarme:

—¿Es seguro que pronto empezará el jaleo, mi teniente coronel?

Desde luego no le pude decir toda la verdad.

—Esto tienes que preguntárselo al otro lado, al americano, para saber cuándo quiere empezar —le contesté.

El capitán von Fölkersam confeccionó entonces las órdenes para el traslado al bosque de Blankenheim en la noche del 13 al 14 de diciembre. Durante la marcha ya se notaban en nuestra tropa varios defectos de instrucción. Perdimos unos cuantos vehículos, pero más tarde se incorporaron de nuevo. Durante la noche entera todas las carreteras estaban llenas de columnas en marcha. El 6.º Ejército Acorazado SS ocupó sus posiciones. En los extensos bosques al Suroeste de Blankenheim hicimos el primer vivac al aire libre. El clima era húmedo, frío, y el suelo estaba mojado. Pasar la noche en esta época del año en aquellas tiendas no era nada a propósito para los hijitos de mamá; pero nuestros soldados habían pasado casi todo el invierno en Rusia y las actuales condiciones atmosféricas por tal razón les parecían suaves.

Conocía los alrededores del bosque en que nos alojamos. El día anterior se celebró allí, en el Cuartel General del Mariscal

de Campo Model, la última entrega de órdenes para todos los comandantes de cuerpos y divisiones. Los distintos problemas del avituallamiento eran el tema principal. Ante las malas condiciones de las carreteras hasta el Mosa, el avituallamiento, sobre todo para las divisiones acorazadas, sería uno de los problemas principales. ¿Funcionaría bien?

Fölkersam y yo éramos los únicos en esta reunión que no llevábamos charreteras de oro o cinta roja del Estado Mayor General en el pantalón. Al final de la entrega de órdenes el Mariscal de Campo Model me invitó a explicar brevemente la acción "Grifo" a los generales presentes. Los comandantes debían estar informados para evitar que al regresar los "teams" de mi compañía de comando fuesen considerados como enemigos, y recibidos con el correspondiente fuego. Por esto convinimos signos de reconocimiento para el día y para la noche. De día los soldados debían quitarse el casco y mantenerlo elevado encima de la cabeza. De noche mis hombres se darían a conocer mediante señales de luz. Desgraciadamente algunas divisiones repartieron estas instrucciones en forma de orden por escrito a las unidades subordinadas. El primer día de la ofensiva llegó esta orden a manos del enemigo, pues un comandante del batallón cayó prisionero y la llevaba encima. Suerte que en esta orden por escrito no se citase nuestro objetivo de ataque, pues sólo se mencionaban acciones camufladas, de unidades bajo mi mando. El hecho de que el servicio de información enemiga llegase a conocer nuestras intenciones sólo aumentaba su confusión, puesto que sospechaba la existencia de muchos comandos detrás del frente propio.

El jueves 14 de diciembre de 1944 tomé oficialmente el mando de la Brigada Acorazada 150. Estuve sentado con los tres comandantes de los grupos de combate en una caseta de guardabosque. Dos de ellos se enteraron entonces de que actuaríamos dentro del cuadro de una ofensiva. Los dos eran antiguos soldados del frente y seguramente sabrían dominar también situaciones difíciles. Debíamos hacer todo lo posible para mantener buenas

comunicaciones. Sólo así podríamos tomar también decisiones precisas y tener éxito.

Durante largo rato comentamos todas las posibilidades de nuestra acción. Lo más importante era que ninguno de los soldados perdiese el dominio de los nervios. Un tiro disparado demasiado pronto, y todo estaba perdido. La tarea más difícil de los oficiales y suboficiales seria dominar a sus soldados en este aspecto. Los grupos de combate debían rodar, rodar y no desconcertarse por nada. Cómo debia conquistarse cada uno de los puentes se resolvería sobre el propio terreno. Vista nuestra reducida fuerza combativa no podíamos meternos en prolongadas luchas. Nuestras intenciones sólo podían lograrse, si no existía ningún frente cerrado del enemigo, y si el ataque penetraba el primer día profundamente en el territorio enemigo. Nuestra acción se efectuaría en el sector de ataque del I Cuerpo Acorazado-SS. El grupo de combate septentrional del cuerpo tenía como objetivo cercano el paso del Mosa entre Lieja y Huy. Había sido añadido al I Regimiento Acorazado-SS bajo las órdenes del joven coronel de las SS Peiper. También Peiper había dado ya la orden de ataque para su grupo de combate. La marcha de la operación era breve y clara:

El grupo acorazado Peiper ataca el 16-12-44 a la hora X en el sector Losheim-Losheim Graben y atraviesa el eventual frente enemigo. Primer objetivo: ocupar y mantener abiertos los puentes sobre el Mosa al sur de Lieja. La lucha ha de llevarse sin tener en consideración la abertura de los flancos ni el desarrollo del frente en ambos lados del sector de ataque y aprovechando plenamente la velocidad de los tanques, hasta el Mosa.

Las reservas de gasolina fueron tan reducidas en las divisiones acorazadas que sólo alcanzaban para el avance hasta el Mosa, si es que podía efectuarse la marcha sin lucha. También nosotros habíamos tenido que calcular al máximo para repartir la gasolina entre todos los vehículos, de forma que pudieran alcanzar sus primeros objetivos. No disponíamos de más reservas. Puesto que mis unidades no debían intervenir en ningún caso

en una lucha, podía tener la esperanza de que las provisiones alcanzarían hasta el objetivo.

El frente enemigo seguía tranquilo aún. Al parecer el enemigo no sabía nada todavía de nuestros movimientos nocturnos. Durante el día no podía efectuarse ningún movimiento en las carreteras que pudiese delatar que en un estrecho espacio dos ejércitos acorazados se habían situado en posición. Durante la noche del 15 al 16 de diciembre las columnas acorazadas avanzaron más aún hasta muy cerca del frente. Gracias al tiempo nebuloso los aviones nocturnos del enemigo no nos descubrieron. Debían volar por lo accidentado del terreno a bastante altura y las nieblas del suelo les quitaban visibilidad. Esta circunstancia feliz la tomamos como un signo favorable para toda la ofensiva.

Había convenido con el Mando Supremo del Ejército que instalaría mi puesto de combate junto al I Cuerpo, en Schmidtheim. Hice acudir allí también a mi grupo de radio y a mi Estado Mayor, que se componía sólo de cuatro oficiales: el IA, el oficial ordenanza, el oficial de radio y el oficial de avituallamiento.

Antes del alba habían terminado todos los movimientos de tropas y los vehículos se habían sumergido en los bosques.

El sueño lo habíamos suprimido del programa en aquella noche. Nos instalamos por breve tiempo en dos habitaciones de una vivienda en el cinturón urbano de Schmidtheim, pues contábamos con que pocas horas después del comienzo de la ofensiva deberíamos continuar la marcha.

Mis cinco puestos de radio estaban instalados en el borde del cercano bosque. Llegaron los informes de los tres grupos de combate: Se habían puesto en posición detrás de las puntas de ataque acorazadas. Sólo al recibir de mí una orden especial se pondrían su pobrísimo camuflaje e iniciarían su misión. Pero las comunicaciones no funcionaban tan bien como era de desear. Precisamente para las tropas de transmisiones había sido demasiado

escaso el tiempo de instrucción y de maniobras de conjunto. Nos deseábamos mucha suerte respecto a las transmisiones durante la acción.

Sólo tres "teams de radio" estaban junto a las puntas de ataque que tenían mi orden de "camino libre" y debían reconocer la situación junto a los puentes sobre el Mosa para nuestra acción y para las tropas de ataque. Todos esperábamos impacientes la hora X para la ofensiva. La tensión ante todo ataque, conocida de cualquier soldado, se había apoderado de todo el frente, desde el general hasta el último granadero.

Capítulo XXIV

16 de diciembre de 1944. — Fuego de sorpresa de unos miles de cañones. — El objetivo del día, no alcanzado. — Avance dificultoso. — Los primeros comandos detrás de las líneas enemigas. — Intervienen los tanques. — Falta de gasolina. — Se abandona el plan principal. — Los primeros informes de los teams. *— ¿Malmedy libre de enemigos? — Efecto de los bulos. — Falsa noticia de la emisora de Calais. — La MP americana detiene a unos oficiales U.S.A. — El enemigo confirma el efecto de nuestra acción.*

Las cinco de la mañana del sábado, 16 de diciembre de 1944.

De las bocas de un millar de cañones surgió, de repente, un fuego de sorpresa sobre las posiciones del enemigo. No transcurrió mucho tiempo sin que fuera nutridísimo. La infantería alemana inició su ataque. En el sector en el que más tarde el grupo Peiper perforaría el frente, había empezado a actuar la tercera división de cazadores paracaidistas. La espera de las primeras noticias resultaba un poco fatigosa. Dependían demasiadas cosas de ellas, y para recibirlas de primera mano me dirigí al Estado Mayor del primer Cuerpo Acorazado SS.

Alrededor de las siete llegaron las primeras noticias. No eran precisamente favorables, pero la situación aún podía cambiar.

Aparentemente, el fuego de artillería no había afectado demasiado a las posiciones enemigas situadas junto al Losheimer Graben. El enemigo se defendía tenazmente, y la ofensiva parecía estancada. Al mediodía se conoció la existencia de duros combates, sin que se hubieran producido apreciables ganancias de terreno ni, lo que era más importante, la anhelada ruptura del frente.

Yo no comprendía el motivo de que no se utilizaran los grupos acorazados. Habían avanzado muy pocos kilómetros, y se hallaban en la línea principal de combate de la mañana. Mis grupos continuaban detrás de ellos.

Había enviado mi IA a nuestros tres comandantes de grupo. Tenía que conseguir una mejor utilización de la comunicación radiofónica. Los grupos X e Y transmitieron la noticia de su visita. De repente, el oficial de radio vino a mi encuentro con un mensaje que acababa de recibir: "El teniente coronel Hardieck ha muerto."

Era un duro golpe para la brigada, pues mi sustituto —que conocía a la unidad desde su formación— había muerto. La Brigada Acorazada 150 había pagado su primer tributo. Habíamos perdido a un buen camarada y a un oficial ejemplar.

Como me informaron más tarde, su coche había chocado con una mina durante un viaje de reconocimiento. Puesto que mi IA se encontraba precisamente en camino hacia el grupo de combate, debía ocupar el sitio del comandante. Para mí, eso significaba renunciar a mi mejor oficial de Estado Mayor; sin embargo, sabía que al concederle aquel mando le daría una gran alegría y, además, que lo desempeñaría dignamente. Poco después recibí el informe radiofónico de Fölkersam:

—He asumido el mando del grupo de combate Z.

Transcurrió el 16 de diciembre sin que se alcanzara un éxito decisivo en el frente del 6.º Ejército Acorazado de las SS. Por la tarde se llegó a la conclusión de que debían utilizarse las unidades de tanques para conseguir una ruptura decisiva del frente. A fin de tener una idea "de visu" de la situación, me dirigí a Los-

heim en automóvil. Las carreteras estaban bloqueadas por vehículos de todas clases. Los oficiales tenían que apearse continuamente para poner un poco de orden en el tráfico. Cuando llegué a Losheim había andado por lo menos 10 kilómetros del breve trecho. El fragor del combate se oía con toda claridad. Los paracaidistas seguían luchando en el bosque de Losheim y delante de Ronsfeld. Más al sur, las cosas parecían tener mejor aspecto; por lo menos, se había conseguido ganar más terreno.

En Losheim encontré las secciones de la compañía de comandos que no dependían de los grupos de combate pero que me estaban directamente subordinadas. Tenía que tomar una decisión, y pronto. Era evidente que no iba a alcanzarse el objetivo de ataque del primer día. En consecuencia, debía renunciar a la operación "Grifo". Pero la idea me resultaba difícil de aceptar, después de tantos y tan laboriosos preparativos: nunca había abandonado un plan sin apurar todas las posibilidades. Si las tropas acorazadas entraban en acción aquella noche, aún era posible un éxito. Decidí, por lo tanto, esperar otras veinticuatro horas. Si por entonces se había rebasado la Hohe Venn, la ofensiva alcanzaría probablemente también el Mosa, y la ocupación previa de los puentes por mis fuerzas podía ser decisiva.

El estado de ánimo entre los hombres de la compañía de comandos era desigual. Algunos parecían preocupados ante el lento progreso de la ofensiva; no mostraban la acostumbrada alegría ante la proximidad de la acción. Pero la mayor parte estaba aún llena de optimismo. Lo singular de su tarea atraía a los hombres; querían entrar en acción a toda costa. Seleccioné tres "teams" que me parecieron especialmente aptos para la difusión de bulos. En su mayoría eran soldados de la marina, poseían buenos conocimientos lingüísticos y merecían toda la confianza. Les di la orden de deslizarse a través del frente hacia la retaguardia enemiga y realizar allí su cometido, con la debida prudencia. Les recomendé de un modo especial el reconocimiento de las tres rutas que habíamos previsto para nuestros grupos de combate. A mi regreso a Schmidtheim informé al mando del cuerpo de

ejército que quería esperar otras veinticuatro horas. Envié también un mensaje a mis grupos de combate. Entretanto, habían llegado a Schmidtheim los primeros cien prisioneros, los cuales se encontraban en excelentes condiciones físicas. Aquellos soldados americanos habían sido capturados en el curso del primer ataque y completamente por sorpresa. Algunos de ellos ni siquiera habían tenido tiempo de salir de sus alojamientos. Ahora estaban sentados, apoyados contra una pared, al parecer absolutamente despreocupados, fumando cigarrillos o masticando chiclé.

A través de un intérprete intenté conversar con un teniente. No sabía nada importante. Sin embargo, pude comprobar que el ataque había sido una sorpresa total para el enemigo. Los informes acerca de las unidades enemigas existentes en el frente y en reserva facilitados por las secciones IC (Servicio de Información) resultaron exactos.

En aquel primer encuentro con soldados americanos me pregunté si todos los combatientes de ultramar sabían lo que se estaba fraguando en Europa. ¿Sabían que la verdadera solución de la guerra, decisiva para el futuro, se encontraba en el Este? ¿Se daban cuenta de las consecuencias que tendría para Europa el debilitamiento de Alemania? Por desgracia, comprobé que todo esto no significaba nada para el joven oficial. La propaganda americana le había presentado los hechos de un modo muy simplista: "Los alemanes son los eternos bárbaros, y además están dominados por un diablo con forma humana, que quiere dominar al mundo entero, y su pueblo le ayuda a ello. Por eso es un acto cristiano, una exigencia de la civilización, aniquilar a Alemania y evitar para siempre jamás su recuperación". Esta era, en resumen, la opinión que el teniente me dio a conocer con toda franqueza.

Alrededor de la medianoche del 16 de diciembre, el grupo acorazado Peiper y otro grupo acorazado más al sur, iniciaron el ataque. En las primeras horas de la mañana del dia siguiente tendríamos las primeras noticias. Decidí acostarme, vestido y sobre un colchón, en el suelo de mi habitación. Mis últimos pen-

samientos antes de dormirme giraron alrededor del tiempo, preguntándome si continuaría siendo tan favorable para nosotros. El día anterior apenas nos había molestado la actividad de los aviones enemigos. Era de importancia decisiva que las cosas siguieran igual.

Poco después me despertaron. Uno de los "teams" que había cruzado las líneas por la mañana estaba de regreso. Las noticias que traían tenían una importancia especial para el frente y fueron transmitidas inmediatamente al mando del cuerpo de ejército. Ordené que los soldados se presentaran a mí otra vez a la mañana siguiente: necesitaban un buen descanso.

A las cinco de la mañana me encontraba ya en el puesto de mando del cuerpo de ejército. No tardaron en llegar las primeras noticias de la cuña acorazada. El 17 de diciembre, a las cinco de la mañana, a pesar de la fuerte resistencia enemiga, fue tomada la localidad de Ronsfeld. La ofensiva parecía progresar. También llegaron buenas noticias del grupo acorazado que operaba más al sur: había avanzado hacia el oeste, en dirección a Recht.

Para aquel mismo día se había previsto el traslado a una posición más avanzada del puesto de combate del cuerpo de la región de Manderfeld. Hice avisar al "team" que estaba en camino hacia Losheim, para que se reincorporase a la compañía de comandos, y me puse en marcha. En la carretera, la situación era mucho peor que el día anterior. Las interminables hileras de vehículos avanzaban —cuando conseguían avanzar— con una lentitud desesperante. Decidí regresar a Schmidtheim y desde allí, por caminos apenas transitables, me dirigí a Dahlem, donde me encontré con una situación parecida: un vehículo pegado al otro, avanzando a paso de tortuga. Me apeé del coche y eché a andar hacia Stadtkyl, con la esperanza de poder desenredar en alguna parte aquel desesperante atasco. A todos los oficiales que veía sentados cómodamente en su coche les ordenaba que se apearan y contribuyeran, en la medida de lo posible, a poner un poco de orden en aquel caos.

En las cerradas curvas del valle que se extiende delante de Stadtkyl el embotellamiento era completo, hasta el punto de que apenas pude pasar a pie. Había que arreglar aquello, fuese como fuese, para que no se entorpeciera del todo el importante tránsito en dirección contraria, hacia los depósitos de municiones y gasolina de la tropa combatiente. En la última curva, que descendía muy cerrada hacia un pequeño lago, descubrí la causa del embotellamiento: un poderoso remolque, de unos 10 metros de longitud, de la Luftwaffe, se había encallado en plena curva. Una treintena de hombres se esforzaban inútilmente, tratando de sacarlo del bache.

Lleno de curiosidad, me informé de la carga que llevaba el vehículo. Quedé asombrado al enterarme de que eran piezas de V-1. Al parecer, se había dado la orden de transportarlas hacia adelante, suponiendo que la linea del frente se adentraría sensiblemente en territorio enemigo desde el primer día; y luego se habían olvidado le revocar la orden.

Sólo cabía pensar en una solución, y me dispuse a ponerla en práctica. Hice salir a todos los hombres de los vehículos parados alrededor del remolque, y al cabo de unos instantes centenares de brazos se ocupaban de vaciar la carga... en el lago. Finalmente empujamos el remolque ladera abajo, y al cabo de un cuarto de hora la estrecha carretera volvía a estar libre.

Había desistido de continuar avanzando por la carretera principal, ya que debía resultar más fácil el paso por una carretera secundaria, a través del Kerschenbach-Ormont. Pasamos junto a muchos campos de minas. Recordando el triste destino del teniente coronel Hardieck, avanzábamos con grandes precauciones. En la carretera Prüm-Losheim pudimos observar los efectos del primer bombardeo sobre los abandonados acuartelamientos de los americanos; caídos junto a la cuneta había tres tanques Sherman que humeaban levemente.

Por la noche hubo "gran consejo" en el Puesto de Mando. Entre los presentes figuraba el general Sepp Dietrich. El grupo acorazado que operaba al norte sólo había podido avanzar des-

pués de duros combates. A las ocho de la mañana había tomado Bulligen, pero después tuvo que abrirse camino metro a metro hasta Engelsdorf, localidad que no cayó hasta el anochecer. A continuación, el grupo se dirigió hacia Stavelot, donde encontró una tenaz resistencia. Las noticias de los otros sectores del frente no eran más alentadoras. El ataque había sido una sorpresa para el enemigo, pero no cabía esperar que se alcanzara el Mosa de un tirón. El adversario no se retiraría sin contraatacar; por lo tanto, estaba descartada una huida a la desbandada, que hubiera concedido posibilidades de éxito a la operación "Grifo". El enemigo contaba con reservas y las lanzaba a la batalla. En tales condiciones, hubiera sido descabellado continuar acariciando la idea de nuestra misión; y, por otra parte, improvisar sobre la marcha hubiese sido de una imperdonable ligereza. A un soldado no le resulta fácil desistir de un proyecto. Pero, después de haberlo meditado bien, informé al mando de mi decisión de renunciar a la planeada operación de la Brigada Acorazada 150 y recibí la conformidad de mis superiores. Se envió también la correspondiente orden a mis fuerzas: debían acampar en el lugar donde se encontraban y esperar órdenes.

Dado que mi brigada estaba en el sector de ataque, la subordiné al primer Cuerpo Acorazado SS para que fuese utilizada como infantería, y pedí que nos encomendaran una misión digna de nuestra capacidad combativa.

El 18 de diciembre se interrumpió el avance del grupo de combate Peiper. Cerca de Troisponts, que se tomó a las once de la mañana, el enemigo había volado todos los puentes. Por la tarde se tomaron La Gleize y Staumont. Todos los mensajes radiados informaban de la angustiosa falta de carburante y municiones: sin ellos, resultaba imposible continuar avanzando.

Se formaron diversos comandos de oficiales encargados de conducir hacia adelante todos los camiones cisternas detenidos en las carreteras, que continuaban embotelladas. Durante la noche, varios de aquellos camiones consiguieron llegar hasta el grupo de

Peiper. Pero fue como una gota de agua sobre una piedra recalentada: ya no se podía pensar en un avance ininterrumpido.

Al dia siguiente se presentó un nuevo problema. Casi todo el flanco norte de la ofensiva estaba sin cubrir. El cruce de carreteras de Malmedy era un lugar muy a propósito para que el enemigo contraatacara en dirección sur con tropas de refresco. Me preguntaron si podía garantizar la conquista de aquella ciudad mediante un audaz golpe de mano. A causa de la situación de mis fuerzas, el ataque sólo sería posible el 21 de diciembre. A primeras horas del dia 19 de diciembre envié por radio la siguiente orden a mis tres grupos de combate: "Concentración en el curso del día 20 de diciembre en las afueras de Engelsdorf". En Engelsdorf me presenté en el Puesto de Mando de la 1.ª División Acorazada SS y estudié con el IA las posibilidades de un ataque.

Debido a la absoluta falta de apoyo artillero, decidimos atacar por sorpresa Malmedy al amanecer del 21 de diciembre, por dos lados. Como primer objetivo debíamos conquistar la loma situada al norte de la ciudad, para atrincherarnos allí y rechazar posibles contraataques. Los accesos a Engelsdorf estaban defendidos por dos grupos, de nueve hombres cada uno: una situación incómoda e insostenible.

El 19 de diciembre, cuando uno de mis "teams" de exploración me informó de que el día anterior Malmedy estaba ocupada, al parecer, por unas débiles fuerzas enemigas, alenté la esperanza de que el ataque se vería coronado por el éxito, a pesar de no poder contar con la artillería. Deberían bastarme los diez tanques —los otros se encontraban provisionalmente fuera de combate— que me quedaban.

El jefe del "team" en cuestión, un antiguo oficial de la marina de guerra, dio un notable ejemplo de información veraz. Dijo que había cruzado la línea del frente sin darse cuenta: se había perdido, sencillamente.

—En el mar no me hubiera ocurrido una cosa así —murmuró.

Llevaba su abrigo de cuero de oficial alemán. De repente se encontró delante de las primeras casas de la ciudad. Los escasos

habitantes que estaban en la calle le habían saludado con la siguiente pregunta:

"¿Ya llegan los alemanes?"

Cuando se dio cuenta de que estaba en Malmedy y que la población continuaba ocupada por los americanos dio rápidamente la vuelta y consiguió llegar a Engelsdorf.

—Me llevé un susto de muerte. Tuvimos más suerte que inteligencia —opinaba él mismo de su aventura—. Pero, al fin y al cabo, lo importante es saber que la ciudad no está muy vigilada.

A partir del segundo día de la ofensiva no se habían enviado más "teams" a territorio enemigo. De los nueve "teams" que habían salido en misión de servicio, lo más probable era que únicamente seis o siete hubieran estado realmente en la retaguardia adversaria. Confieso que no puedo dar una cifra exacta, por extraño que pueda parecer. Pero yo tenía el suficiente sentido crítico para dudar de algunos de los informes que me habían entregado. Resultaba comprensible que algunos de aquellos jóvenes soldados se avergonzaran de reconocer que les había abandonado el valor en el momento de cruzar la línea del frente, dado lo confuso de la situación.

De todos modos, es seguro el hecho de que sólo dos "teams" cayeron prisioneros. Otros cuatro "teams" me facilitaron informes tan claros, según fueron comprobados posteriormente, que no se puede dudar de su actuación. Los informes de dos de los otros "teams" me parecieron algo exagerados.

Quisiera ofrecer algunos ejemplos de las acciones realmente llevadas a cabo:

Uno de los "teams" había informado que consiguió llegar hasta las proximidades de Huy, cerca del Mosa. Una vez allí los hombres se habían sentado tranquilamente junto a un cruce de carreteras, observando, tal como les había sido ordenado, los movimientos del enemigo. El jefe del "team", que hablaba correctamente el inglés, se había plantado en el mismo cruce, "para ver la cosa más de cerca".

Al cabo de unas horas pasó un regimiento acorazado, cuyo

comandante pidió inesperadamente algunos informes al jefe del comando. Con la mayor sangre fría, el oficial alemán le dio unos datos completamente falsos, diciéndole que varias de las carreteras habían sido ocupadas ya por los "damned Germans". En consecuencia, le habían encargado que aguardara allí a la columna acorazada, para guiarla hacia su punto de destino, dando un amplio rodeo. El comandante aceptó la explicación, considerando oportuno tal rodeo. En el camino de regreso, el mismo "team" había cortado una línea telefónica recién instalada y destruido varios postes indicadores de unidades de aprovisionamiento americanas. Los soldados describieron verazmente el desorden y la confusión que reinaban en la retaguardia americana el primer día de la ofensiva. El grupo alcanzó las líneas alemanas —veinticuatro horas después de su salida— en el sector del V Ejército Acorazado, haciendo allí el primer relato de sus aventuras. Doce horas después volvía a presentarse en la compañía de comandos, en Losheim.

Unos días más tarde, el servicio de escucha de teléfonos alemán confirmó aquel informe, en apariencia inverosímil. Desde hacía un par de días, el mando americano, a través de numerosas llamadas radio-telefónicas, buscaba desesperadamente un regimiento acorazado que al parecer se había extraviado.

Otro comando especial consiguió también cruzar sin novedad las líneas enemigas, llegando hasta el Mosa en las cercanías de Amay. Este comando pudo informar de que los aliados no habían adoptado hasta entonces medidas especiales de seguridad en los puentes del Mosa. Durante su viaje de ida y vuelta, habían bloqueado por medio de señales de peligro y barreras de troncos tres carreteras que conducían al frente.

Se pudo comprobar que aquellas carreteras, por lo menos durante algún tiempo, no fueron utilizadas por los americanos para aprovisionar el frente. Esto significó también cierto alivio para el frente alemán.

Otro "team" corrió una aventura que demuestra la capacidad de asimilación de rumores que poseían los americanos durante

aquellos días. El 16 de diciembre, el "team" en cuestión se aproximó a un pueblo situado al suroeste de Engelsdorf (probablemente Poteaux). Dos compañías americanas se habían instalado allí, construyendo barricadas y nidos de ametralladoras para la defensa del pueblo. Nuestros hombres recibieron un susto morrocotudo al ser abordados por un oficial americano, el cual deseaba informarse de la situación del frente, ya que estaba incomunicado con el Estado Mayor de su división.

En cuanto el oficial de mi compañía de comandos —que llevaba un uniforme de sargento U.S.A.— se hubo repuesto de la primera impresión, le contó un cuento chino al sorprendido jefe de compañía, diciéndole que los "Krauts" (mote que los americanos daban a los alemanes) avanzaban en tenaza hacia el pueblo y que lo tenían prácticamente rodeado.

El jefe de compañía americano debió creerle, ya que inmediatamente dio la orden de retirada, después de reforzar el "team" alemán con un destacamento de exploración. Afortunadamente, este último sólo tenía la misión de reconocer el terreno en dirección oeste.

Otro grupo de la compañía de comandos localizó un almacén de municiones en la retaguardia enemiga. Se ocultó cerca de allí hasta que se hizo de noche. Dos cargas explosivas hábilmente colocadas destruyeron la mayor parte del polvorín. El mismo "team" tropezó por casualidad con una gran red de hilos telefónicos, cortándola por tres puntos distintos.

El regreso de este "team" fue menos afortunado. Se había entretenido dos días detrás de las líneas enemigas, y antes de llegar a terreno alemán tropezó con las fuerzas americanas que estaban atacando Chevron.

Hasta allí habían llegado las avanzadillas del grupo acorazado Peiper. Los miembros del "team" cruzaron valientemente las líneas enemigas con su *jeep*. Un oficial fue alcanzado mortalmente por los disparos de los americanos. Los otros tres componentes del grupo se unieron a las fuerzas de Peiper y alcanzaron

con ellas el frente alemán al este del Salm, cerca de Wanne, el 25 de diciembre.

El éxito de esas acciones, cuya extensión sólo pude conocer al terminar la guerra, en el curso de los interrogatorios a que fui sometido, sobrepasó en mucho mis esperanzas. En la retaguarria enemiga había brotado una especie de psicosis de espionaje. Al cabo de unos días nos enteramos de que la emisora de propaganda americana de Calais anunciaba que se había desarticulado una amplia operación de espionaje y sabotaje alemana bajo el mando del "coronel" Skorzeny, el "raptor" de Mussolini. Hasta el momento habían sido hechos prisioneros más de 250 miembros de la Brigada Acorazada 150.

La cifra señalada por la emisora no podía intranquilizarme, ya que recibía diariamente los estadillos de mis fuerzas. Pensé en lo absurdo de aquella falsa información, que significaba un error psicológico por parte de los americanos. En efecto, la noticia podía contribuir a aumentar la psicosis en el seno del propio ejército U.S.A., cuyos soldados imaginarían que estaban rodeados por centenares de espías. Si, por el contrario, la cifra era verdadera, entre los prisioneros debían encontrarse muchos más americanos que espías alemanes. En toda la brigada, después de dos semanas de actuación, no había más que veinticinco desaparecidos, entre ellos ocho de la compañía de comandos. La idea de que de cada diez prisioneros "de la Brigada Acorazada 150" sólo uno era alemán habría resultado casi divertida para nosotros, si no hubiésemos pensado que aquel alemán probablemente comparecería ante un consejo de guerra y sería fusilado.

Más tarde, terminada la guerra, me enteré de que en realidad se había producido el segundo caso: el servicio de contraespionaje americano había actuado con un exceso de celo, deteniendo a un gran número de sus propios soldados y oficiales.

En agosto de 1945, encontrándome en el campo de prisioneros de Oberursel, hablé con un capitán americano que me contó lo siguiente: él mismo había sido detenido a finales de 1944 por la MP (policía militar) americana. Tardó bastante en poder li-

brarse de la sospecha de que era un espía alemán. Me confesó que la culpa de aquel error era suya, en gran parte. Durante el avance americano por tierras francesas había encontrado el equipo de un oficial alemán, que incluia un par de excelentes botas; como eran de su medida, decidió ponérselas. Aquellas botas convencieron al MP enviado a la caza de espías de que tenía ante él a un espía alemán. Le detuvieron, y admitió que le trataron con bastante brutalidad. Aquel capitán, muy buena persona, me aseguró que nunca olvidaría los ocho días que pasó como prisionero de guerra de los americanos, sospechoso de espionaje. Cuando yo, por mi parte, me quejé del trato que estaba recibiendo, hallé en él una pronta comprensión. De todos modos, no me dio muchas esperanzas de que la situación se modificara, ya que las cosas "eran así", desgraciadamente.

En el año 1946 conocí en Dachau a dos tenientes coroneles U.S.A. En diciembre de 1944, recién llegados a Francia y de camino hacia el frente, fueron huéspedes de una unidad americana. Al mediodía, y por pura cortesía, alabaron la comida preparada a base de conservas. Este hecho, unido a lo nuevo de sus uniformes, les hizo aparecer como sospechosos. Les detuvieron en la misma mesa y les trasladaron a la cárcel. Los soldados veteranos del frente estaban hartos del rancho en lata y maldecían continuamente por tal motivo.

Un sargento americano me contó también en otoño de 1945, en la cárcel de Nuremberg, que había sido detenido con otros dos camaradas en las cercanías del Mosa. Desgraciadamente, llevaban en su *jeep* una guerrera alemana de camuflaje que se habían encontrado y que fue descubierta por un celoso MP. La mala suerte quiso que uno de sus compañeros fuera un americano de origen alemán y que en su voz se notara un fuerte acento extranjero. Les tuvieron detenidos más de diez días, e incluso les sometieron a un careo con auténticos miembros de la Brigada Acorazada 150. Según aquel sargento, la caza de espías alemanes duró hasta febrero de 1945.

La tarea del servicio de contraespionaje americano se vio di-

ficultada todavía más por el hecho de que muchos soldados de otras unidades llevaban una "field jacket", una especie de anorak, olvidada por algún soldado americano. Esto se debía a que la guerrera americana era una protección estupenda contra los rigores invernales. En el quinto año de guerra, el equipo alemán no podía compararse en calidad al americano. Pero el llevar una de aquellas chaquetas bastaba para incurrir en la sospecha de pertenecer a la Brigada Acorazada 150. Durante las últimas sesiones del juicio contra nueve de mis oficiales y contra mí mismo descubrimos que había sido una suerte que ningún miembro de los tres grupos de combate (no de la compañía de comandos) hubiese caído prisionero con tal vestimenta. Esto habría significado para nosotros la condena y la prisión.

Capítulo XXV

El rumor como arma de guerra. — Eisenhower prisionero de sí mismo. — Encuentro tardío con el coronel Rosenfeld. — 21 de diciembre de 1944. — Ataque y retirada. — Fallos en las V-1. — Destacamento de lanzadores sin municiones. — ¿Dónde está el avituallamiento? — Navidades en pleno fuego. — Absoluto dominio aéreo aliado.

Durante los diversos interrogatorios de prisioneros americanos efectuados en los primeros días de la ofensiva, debíamos haber reconocido un error pequeño, pero básico, que habíamos cometido al preparar la actuación de la compañía de comandos. Aquel pequeño detalle había contribuido, probablemente, a la detención y pérdida de nuestros dos "teams". A nosotros, alemanes, con nuestra acostumbrada tacañería, no se nos habia ocurrido la posibilidad de que el ejército U.S.A. no cargase por completo sus *jeeps*. Habíamos dado por sentado que el vehículo iba ocupado por cuatro hombres, y habíamos formado nuestros "jeepteams" a base de grupos de cuatro hombres. Luego, supimos que esto producía un efecto sorprendente y sospechoso. El ejército U.S.A. disponía de tal cantidad de vehículos, que los *jeeps* sólo cargaban a dos hombres, tres a lo sumo.

El mayor éxito —inesperado incluso para nosotros— lo obtuvo nuestra "cocina de bulos" en la retaguardia enemiga. En enero de 1945, a través de los informes de unos agentes que operaban en Francia, me enteré de que me estaban buscando allí. Aparentemente, continuaba moviéndome detrás de las lineas adversarias, a pesar de que la "battle of the bulge" había terminado hacia tiempo.

Sin embargo, no pude conocer el verdadero alcance de todos aquellos absurdos bulos hasta después de la guerra. A través de artículos de prensa, libros y conversaciones con oficiales aliados, me enteré de muchos detalles que me autorizan a considerar el bulo como una eficaz arma de guerra.

Después de haberme entregado voluntariamente como prisionero el 16 de mayo de 1945, conocí en Augsburgo al coronel americano Sheen, jefe del CIC del VII Grupo de Ejército U.S.A. Era uno de los oficiales interrogadores más nobles y más honrados que he encontrado. Por espacio de seis horas se esforzó en desposeerme de todos mis "secretos", de un modo especial los relacionados con la operación "Grifo". Cuando comprendió que ya no había más secretos que revelar, se inició entre nosotros una conversación seria y franca, de oficial a oficial.

El coronel Sheen admitió los excelentes efectos de la circulación de bulos y la gran confusión que habían provocado entre sus tropas. Admitió sencillamente que esta derrota del servicio de información americano había significado un gran contratiempo. Por él me enteré también de que me habían estado buscando en Francia hasta el mes de febrero de 1945, y que habían repartido mi fotografía por decenas de miles de ejemplares en todo el país.

Llegó a mostrarme varios informes de personas que manifestaban haberme reconocido. Un farmacéutico de la ciudad francesa de T. afirmaba que había comprado aspirinas en su farmacia. Otra detective aficionada, una campesina de la Francia central, informaba de que había estado comprando víveres en su granja. Todo aquello ratificó al servicio de información america-

no en su creencia de que me encontraba detrás de sus líneas y que de un modo u otro intentaría acercarme al Cuartel General aliado.

La comprobación de mis escasos conocimientos de francés y de inglés convenció al coronel Sheen de la falta de veracidad de aquellos rumores, como él mismo los calificó.

Unos días más tarde, a finales de mayo de 1945, el coronel Shen celebró en París una rueda de prensa acerca de ese tema, sobre la cual informó también el periódico *Stars and Stripes,* destinado a los soldados americanos. El coronel expresó a los periodistas su convencimiento de que los alemanes no habían planeado en ningún momento un ataque al Cuartel General de Eisenhower. Dijo también que la facilidad con que fueron creídos muchos de los bulos puestos en circulación durante la "battle of the bulge" podia atribuirse a un fallo de la defensa americana contra el espionaje. Sin embargo, aquella rueda de prensa, celebrada por un caballeroso soldado, no consiguió acallar todos los rumores. El afán sensacionalista se reveló durante otros dos años mucho más fuerte que la verdad, la cual era mucho menos interesante.

Posteriormente, se publicó también la respuesta que yo había dado durante mi primer interrogatorio en Salzburgo, el 15 de mayo de 1945, a una pregunta acerca del *plan Eisenhower.* Tal vez hoy suene un poco arrogante, pero en aquellos momentos era la única respuesta que podía dar. Mis palabras fueron más o menos las siguientes:

"Si el Estado Mayor de la Wehrmacht me hubiese dado la orden de atacar el Cuartel General aliado, hubiera concebido un plan muy distinto al sospechado por el servicio de información americano. Y, caso de haber existido semejante plan, hubiera intentado ponerlo en práctica con los mejores voluntarios alemanes. Y, de haberlo intentado, seguramente que el ataque habría obtenido éxito, ya que ningún Cuartel General es invulnerable e inatacable durante la guerra. Con un poco de suerte, una

acción de esa naturaleza podría tener éxito y conducir a la captura de las personas y de los documentos más importantes."

La última vez que tuve noticias de que era buscado en Francia fue en el mes de febrero de 1945, cuando en calidad de comandante de división defendía la cabeza de puente de Schwedt, en el Oder, en el frente del Este. Los servicios de información rusos, que funcionaban de un modo eficiente, conocían con toda seguridad mi destino.

Cuando le mencioné este hecho a un alto oficial americano, en Nuremberg, me contestó en tono confidencial:

"Sí, lo sé, el intercambio de informaciones con los rusos no ha funcionado siempre bien. Los rusos hubiesen podido ahorrarnos mucho trabajo.

Después de la guerra he leído en libros americanos sobre la contienda algunas descripciones auténticas y bastante humorísticas de las dificultades que ocasionaron los bulos en la retaguardia aliada.

El mismo general Eisenhower fue víctima de ellos. En efecto, durante algún tiempo estuvo prisionero en su Cuartel General. Se alojaba en una sencilla vivienda, rodeada de varios cinturones de centinelas. Como el propio general escribe en sus memorias, aquellas medidas de seguridad no tardaron en molestarle y en parecerle superfluas. Trató de eludirlas, valiéndose de mil astucias. El servicio de contraespionaje había buscado incluso un "doble" para el general, y lo había encontrado: era un oficial de Estado Mayor, cuyo parecido con Eisenhower era extraordinario. El falso general montaba cada día en el automóvil de su jefe supremo y se trasladaba a París, para atraer así la atención de los "espías alemanes".

En realidad, los servicios de información germanos eran tan imperfectos en este punto, que ningún oficial alemán podía señalar con seguridad el lugar en que se hallaba establecido el Cuartel General aliado.

Un día del verano de 1946 me sacaron de mi celda de incomunicado en el "bunker" de Dachau para ser interrogado.

Un coronel del ejército U.S.A. se me presentó con estas palabras:

—Soy el coronel Rosenfeld; tenia muchos deseos de conocerle, Skorzeny; hacía mucho tiempo que esperaba este encuentro. ¿Quiere usted acompañarme a dar un paseo? Quiero que nos hagan una fotografía.

Sorprendido por aquel curioso deseo, y al mismo tiempo con cierta desconfianza, le pregunté para qué quería la fotografía. El coronel Rosenfeld me explicó entonces que en el invierno de 1944 era el oficial responsable de las medidas de seguridad en el Cuartel General aliado. En aquella época estaba convencido de que yo lo intentaría todo para llegar a París y atacar el Cuartel General. Tras aquella explicación, le dije:

—Coronel Rosenfeld, ¿no le parece que es un poco tarde para hacer esa fotografía? Si hubiera podido hacerse en 1944, y usted hubiese podido calificarme como prisionero "suyo" comprendo que sería un agradable recuerdo para usted. Pero ahora, terminada la guerra, ¿qué objetivo puede tener?

Sin embargo, como prisionero de guerra cortés, le acompañé hasta el barracón del tribunal, donde se nos unió una dama a la cual no conocía. Hicieron varias fotografías. Hoy, una de aquellas fotos sería también para mí un recuerdo de índole especial, ya que podría recordar de nuevo al coronel Rosenfeld. Desgraciadamente, no poseo ninguna reproducción de aquellas fotografías.

Los parisienses tuvieron que soportar seguramente más de un rato desagradable a causa del miedo a los espías y a mi esperada aparición. Durante la época crítica de la ofensiva de las Ardenas se prohibió a los alegres parisienses las salidas nocturnas. Se cuadruplicaron los puestos de vigilancia y los controles americanos, y se levantaron barricadas en las calles, entorpeciendo con ello el tránsito de la gran ciudad. El Café de la Paix, que yo había mencionado con tanta ligereza, fue objeto de medidas de seguridad especiales. Espero que los parisienses no me guarden rencor y hayan olvidado las molestias que, sin querer, les causé.

En el verano de 1946 no pensaba que más tarde volvería a

ver al coronel Rosenfeld. Le habían nombrado fiscal principal de la causa seguida contra mí. Me he preguntado frecuentemente si el hecho fue una de tantas ironías del destino. Pero aquel nombramiento tenía una indudable ventaja: acusador y acusado podían hablar por propia experiencia y aportar a la polémica unos puntos de vista muy personales. Esto convirtió nuestro segundo encuentro en un movido duelo verbal, que debió resultar muy interesante para el público.

Durante la "battle of the bulges" no estuvo seguro ni el propio jefe supremo de las tropas inglesas, el mariscal Montgomery, el cual fue retenido en más de una ocasión por los MP y se vio sometido a varios molestos interrogatorios, según revelaron después de la guerra algunos periódicos. Corría el rumor de que un miembro del "gang Skorzeny" (un desagradable nombre que huele a bajos fondos de Chicago) realizaba espionaje disfrazado de general inglés. En consecuencia, todos los generales ingleses que viajaban por Bélgica eran objeto de una minuciosa investigación.

Pero lo más gracioso fue lo que le sucedió a un coronel americano. Lo leí acabada la guerra. El oficial en cuestión abandonó una noche el puesto de mando para satisfacer una imperiosa necesidad. Mientras andaba en medio de la oscuridad fue detenido tantas veces por sus propios centinelas, que estuvo a punto de producirse una catástrofe. Después de tan desagradable aventura, el coronel se juró a sí mismo no abandonar nunca más de noche su puesto de mando, ya que un paseo nocturno de tal naturaleza era demasiado arriesgado.

Poco más tengo que contar acerca de mis aventuras durante la ofensiva de las Ardenas. La tarde del 20 de diciembre de 1944 llegó a Engelsdorf el destacamento Y, del capitán Sch., y ocupó un acuartelamiento situado junto a la carretera principal, que conducía a Malmedy. También se había presentado el capitán von Folkersam, pero su destacamento Z no llegaría hasta la noche. No podíamos contar con el destacamento X, del teniente co-

ronel W. Se encontraba demasiado lejos y, como ya he dicho, la situación en las carreteras era catastrófica. Como máximo, podía considerársele como una lejana e insegura reserva. Esto significaba un serio debilitamiento de nuestras fuerzas, pero no podía hacerse nada para modificar la situación.

Sobre Engelsdorf se concentraba un fuerte fuego artillero. Había establecido mi puesto de mando en una casa situada bastante lejos de la población, en la carretera de Belleveaux; se encontraba al otro lado de la loma y, según nuestros cálculos, fuera del ángulo de tiro de la artillería enemiga. Las explosiones de los obuses apenas nos molestaban en nuestras conversaciones.

Había planeado el ataque contra Malmedy para el amanecer, en cuanto hubiera la suficiente claridad para no disparar a ciegas. El capitán Sch. debía atacar desde el sureste, el capitán von Folkersam desde el suroeste. El plan preveía que las fuerzas americanas debían retroceder atropelladamente, a ser posible hacia el interior de la ciudad. En todo caso, sólo una pequeña parte de nuestras fuerzas debía permanecer trabada por los combates; el núcleo más importante tenía que avanzar y ocupar las carreteras situadas al norte de la ciudad, más allá de la loma.

El grupo de combate de Fölkersam llegó a altas horas de la noche, ya que una cortina de fuego lanzada delante de Engelsdorf les había cerrado el paso. Algunos obuses bien dirigidos habían causado las primeras bajas. Poco antes de las cinco de la mañana los dos grupos informaron que estaban preparados para el ataque. Despedí a los dos comandantes con un "¡Buena suerte!".

En cuanto se inició el ataque me pareció oír un intenso fuego de artillería en el sector norte. No me había engañado. El ala derecha de nuestras fuerzas se había visto detenida por una barrera de obuses. En vista de la situación, el capitán Sch. decidió interrumpir el avance y regresar a las posiciones de partida. Al recibir este informe ordené que ocuparan posiciones defensivas a unos cuatro kilómetros al norte de Engelsdorf, ya que lo más probable era que se produjera un contraataque enemigo. Además,

el grupo debía estar preparado por si el ala izquierda conseguía avanzar.

El capitán Fölkersam me tuvo sin noticias durante mucho tiempo. Pero el fragor del combate y los coches que regresaban con los heridos eran prueba evidente de que su grupo seguía luchando. Cuando se hizo completamente de día decidí revisar personalmente la situación. Desde la cima de la colina no podía verse Malmedy, pero sí el amplio trazado de las carreteras que discurrían al oeste de la ciudad. En aquel momento, seis de nuestros "Panthers" estaban enzarzados en una lucha desesperada con un número muy superior de tanques enemigos, protegiendo el flanco izquierdo de nuestras fuerzas.

Consideraba al capitán von Fölkersam como un combatiente tenaz. Efectivamente, se negaba a dar por perdida la batalla. Poco después regresaron los primeros infantes. Habian topado con unas posiciones enemigas más fuertes de lo previsto, imposibles de conquistar sin el apoyo de la artillería. Nuestros tanques libraban una lucha desesperada para cubrir la retirada. Ordené que los hombres se atrincheraran en un terreno a propósito, para replicar a un posible contraataque.

Mi preocupación por Fölkersam iba en aumento. El capitán se había convertido en un amigo y colaborador tan bueno para mí que no quería perderle. Finalmente se presentó acompañado por el médico del Estado Mayor, con aspecto de agotamiento y visiblemente afectado por el fracaso. Ordené una reunión de oficiales sobre el mismo terreno, para fijar la línea defensiva principal junto a la cima que debíamos ocupar. Fölkersam se tendió cuidadosamente sobre el húmedo suelo del bosque: la parte de su cuerpo destinada a sentarse había recibido un trozo de metralla.

Sólo un pequeño grupo armado con *panzerfäusten* "protegía" nuestras discusiones. Al cabo de unos instantes recibimos una agradable sorpresa. El jefe de la compañia de tanques, un oficial bajito, pero muy valiente, a quien habíamos dado por muerto, se presentó, cojeando. Aquel día había sido herido por lo menos siete veces. Llevaba el uniforme completamente manchado de

sangre. Informó que había penetrado a primeras horas de la mañana con sus tanques hasta las posiciones de artillería del enemigo, destruyendo una batería. Una columna de tanques americanos, con su aplastante superioridad numérica, le había obligado a retirarse hasta las curvas de la carretera. Al intentar mantenerse allí para dar a la infantería la posibilidad de despegarse del enemigo, todos los tanques habían resultado destruidos.

En el transcurso de la tarde habíamos ocupado con muy poco personal una línea defensiva de casi 10 kilómetros de longitud. Nuestras armas más pesadas eran morteros de calibre mediano. A fin de engañar al enemigo acerca de nuestras fuerzas, ordené que se concentrara el fuego sucesivamente en diversos sectores de la línea. El martilleo de la artillería enemiga había aumentado en intensidad, concentrándose sobre el fondo del valle, sobre la localidad de Engelsdorf y sobre las carreteras de salida.

Al atardecer me dirigí al Puesto de Mando de la división para informar acerca de la situación. El IA tenía aparcado su remolque en el jardín del hotel y estaba trabajando en su interior. Después de haber hablado largamente con él, decidí entrar en el edificio y tomar un pequeño refrigerio. Hasta el 17 de diciembre se había alojado en el hotel el Estado Mayor de una brigada americana, dejando allí abundantes víveres. Antes de llegar a la puerta del hotel, que se encontraba a unos treinta pasos de distancia, un silbido familiar me hizo dar un enorme salto para guarecerme en el vestíbulo. El remolque recibió el impacto de lleno; de entre sus destrozados restos sacamos al IA, herido.

Tuvo una suerte bárbara, ya que un trozo de metralla del tamaño de un lápiz le había penetrado por la espalda sin herir ningún órgano interno.

Mi antiguo chófer, el sargento de primera B., me estaba esperando en el pasillo de la casa. Llamé rápidamente a mi Puesto de Mando para informarme de las novedades. Luego montamos en nuestro coche, que se hallaba basante protegido junto a la pared. La noche era muy oscura y los destellos de los faros de ciudad a través de sus aberturas de camuflaje casi no se veían. Apenas habíamos cruzado el puente cuando estallaron tres gra-

nadas muy cerca de nosotros. Noté un golpe en la frente y me apeé del coche de un salto, lanzándome a la cuneta, más adivinada que vista. Un camión colisionó con mi coche, cuyas luces se habían apagado. Noté que me corría algo caliente por la cara.

Palpé prudentemente el lugar donde había recibido el golpe —encima del ojo derecho—, y al tocar un colgajo de carne sanguinolenta me asusté. "¿Habré perdido el ojo?", pensé. Hubiera sido casi lo peor que podía sucederme. Los ciegos me han inspirado siempre una gran compasión, e imagino lo terrible de su suerte. Sin preocuparme por las explosiones que continuaban resonando cerca del lugar donde me encontraba palpé otra vez con los dedos debajo del colgajo de carne. Afortunadamente, palpé el globo ocular, intacto.

Inmediatamente recuperé el buen ánimo. Llamé al chófer y le pregunté si el coche estaba en condiciones. Tenía que dar la vuelta. Todo iba bien. Para tan corto trecho, el radiador averiado no era problema. Poco después estábamos de nuevo en el Puesto de Mando de la división. Los oficiales se asustaron al verme.

Me miré a un espejo. Mi aspecto no era precisamente atractivo. Pero cuando mi chófer descubrió en la pernera derecha de mi pantalón cuatro agujeros contiguos y vi los rasguños de la metralla que había rozado mi pierna sin herirla, me congratulé de mi buena suerte. Mientras esperaba la llegada del médico me tomé una copa de excelente coñac y comí un plato de carne estofada, picante, que me sentó muy bien. Lo único que me disgustaba era el no poder fumar un cigarrillo entero, ya que inmediatamente quedaba empapado de sangre. La situación me recordaba mucho los duelos de mis hermosos tiempos de estudiante. Cuando llegó el médico me reprendió severamente por lo que llamó mi "despreocupación"; tenía que acostarme inmediatamente. Tras hacerme una cura provisional me envió al hospital de campo de la división.

También allí tuve suerte. Una de las cuatro mesas de operaciones acababa de quedar libre. Los médicos habían estado trabajando ininterrumpidamente desde hacia varios días. Las pérdidas en nuestro sector debían ser muy elevadas. Me informé del

estado de los heridos de mi brigada. Por lo que los médicos podían recordar, no había en ella ningún caso demasiado grave, a excepción del ayudante de von Fölkersam, el teniente Eitel Lochner, que había recibido un balazo en el vientre. No podían operarle aún. Decidí visitarle más tarde, ya que entonces tenía que obedecer y tenderme encima de la mesa.

No quise que me aplicaran la anestesia total, y no por dármelas de héroe, sino porque aquella noche quería conservar la cabeza lo más despejada posible, por si ocurría algo en nuestro sector del frente, cosa que en realidad esperaba. En las otras tres mesas, los heridos gemían de un modo horrible. Tenía que dominar mis nervios. La intervención fue dolorosa, pero rápida. Poco después un fuerte vendaje envolvía mi cráneo.

Los médicos querían evacuarme a un hospital de la retaguardia, pero me opuse a ello de un modo terminante. La situación era demasiado seria. Conocía mi naturaleza, y ésta podía aguantar aún. Declaré que regresaba a mi puesto bajo mi entera responsabilidad.

En otra habitación encontré al teniente Eitel Lochner echado y encogido sobre una camilla. Cuando me incliné sobre él y pronuncié su nombre ocurrió lo inesperado: despertó de su inconsciencia y me reconoció en seguida.

—¿Qué le ha pasado a usted, mi teniente coronel? ¿Está también herido? —fue lo primero que dijo aquel excelente muchacho, sin pensar en sí mismo.

Le aseguré que lo mío no era nada grave y le pregunté cómo se sentía él.

—No muy bien —respondió—. Pero todo se arreglará cuando me saquen esta "judía" de la barriga.

Las explosiones de las granadas de artillería se acercaban ahora al hospital. Todo el edificio temblaba: un mal sitio para los pobres heridos. Aquella misma noche tuvieron que evacuarlos a todos. El traslado fue excesivo para las fuerzas de nuestro camarada Lochner: cuando llegó al nuevo hospital, estaba muerto.

Al llegar de nuevo al hotel experimentaba la necesidad de una

cama confortable. Me dieron una habitación en el primer piso, aunque esto, en un edificio de dos plantas, no resultaba demasiado tranquilizador: conocía la fuerza perforadora de las granadas americanas. El grupo de transmisiones instaló rápidamente un teléfono de campaña en mi habitación. Mi primera llamada fue para que acudiera mi oficial de ordenanza. Apenas pegué un ojo en toda la noche. Las continuas explosiones y una fiebre traumática, cada vez más alta, no me dejaron descansar.

Al hacerse de día, me dirigí a Born, al mando superior, donde volví a solicitar armas pesadas. Al regresar me llevé para más seguridad al teniente coronel W., el cual debería sustituirme en caso de que mi herida empeorase. Volví a mi antiguo Puesto de Mando.

En esta casa particular, con el continuo martilleo de la artillería, el ambiente no era demasiado agradable. Tendimos todos los colchones en el suelo y bloqueamos las ventanas con gruesos tacos de madera. El silbido de la metralla dentro de la habitación no resultaba precisamente simpático.

En el transcurso del día los artilleros americanos se pusieron cada vez más pesados. Primero nos destruyeron a cañonazos un lugar muy concurrido, cuya puerta tenia un agujero en forma de corazón. Luego le tocó el turno a la cuadra y a nuestra vieja vaca, que resultó herida en la pata trasera. Esto último, sin embargo, fue una circunstancia afortunada, ya que hasta entonces no nos habíamos atrevido a matar al animal, y se nos presentaba la ocasión de hacerlo sin que nos remordiera la conciencia. En la puerta de la cuadra colocamos el correspondiente vale de requisa para el propietario de la casa y dueño de la vaca, que había huido.

Es curioso observar las molestias que se experimentan si se dispone de un ojo menos. La dirección y la distancia no pueden precisarse con tanta exactitud como en circunstancias normales, y en general se actúa torpemente. Debido a ello no salía mucho de "casa". A fin de ganar tiempo, preparamos los detalles de tiro para el batallón de artillería que nos habían prometido. Nuestros

grupos de reconocimiento habían localizado el emplazamiento de varias baterías americanas, y nos alegraba saber que pronto podríamos replicar adecuadamente a su machacona insistencia.

Por la noche nos despertaron unos extraños ruidos. Nos asomamos a la puerta y reconocimos los proyectiles V-1 que con su cola de fuego volaban en dirección a Lieja. El espectáculo resultaba estimulante. Pero cuando, una noche, uno de aquellos peligrosos pájaros chocó contra la colina, a menos de cien metros de nuestro Puesto de Mando —sin estallar, afortunadamente—, nuestro optimismo se enfrió notablemente. El rumor de que en el montaje de las cabezas de dirección de las V-1 se producían continuos actos de sabotaje —a cargo de los trabajadores extranjeros— parecía confirmarse.

Nuestro teniente coronel W. era inmune a las balas, al parecer, pero al mismo tiempo atraía como un imán los proyectiles enemigos. El día anterior se encontraba delante de su refugio con dos centinelas, cuando estalló una granada. Uno de los centinelas murió en el acto, el otro sufrió heridas muy graves: el teniente coronel W. resultó ileso. Veinticuatro horas después estaba en su coche delante de mi puesto de combate. De nuevo estalló otra granada, que produjo tres heridos, y de nuevo W. resultó ileso.

El 23 de diciembre decidí ir con el coche a Meyrode, donde se encontraba el Puesto de Mando del VI Ejército Acorazado SS. Quería protestar por lo deficiente de nuestros equipos, que se estropeaban rápidamente. Además, carecíamos de cocinas de campaña y teníamos que recurrir a mil improvisaciones para dar a la tropa comida caliente. La falta de recipientes adecuados se notaba ahora, en pleno invierno, de forma desagradable. Tampoco disponíamos de ropa de camuflaje de invierno... Quería explicar todo esto personalmente y recordar al mismo tiempo lo necesaria que nos era la artillería.

El tiempo había aclarado y la aviación enemiga rondaba de nuevo por los aires. En más de una ocasión tuvimos que detener el coche y saltar a la cuneta, o adentrarnos en el campo por-

que la carretera estaba intransitable. Más allá de Nieder-Emmels, y una de las veces en que nos habíamos apeado del coche ante la presencia de unos aviones enemigos, noté de repente un intenso escalofrío. Durante los últimos días, la herida había supurado ligeramente: esto explicaba el ataque de fiebre. El teniente C. me acompañó hasta una casa de campo solitaria.

Varios soldados, ocupantes de un coche que había sufrido una avería, estaban sentados alrededor de una mesa, al calor de la fogata que ardía en el hogar. Al pedirlo me dieron té caliente. Mis escalofríos continuaban. Envié al oficial de ordenanza con el coche al Puesto de Mando del ejército y rogué a la campesina que me cediese su cama por unas horas. Llevaba conmigo unas aspirinas y, lo que era mejor todavía, una botella de ron. Mi chófer me preparó un grog muy cargado, y me lo tomé con cinco tabletas de aspirina. Al acostarme temblaba tanto en la cama que temía caerme de ella. Los soldados se encargaron de prepararme periódicamente otro grog. Cuando mis hombres regresaron, al cabo de unas horas, mi fiebre había remitido y pude marcharme "a casa", a mi Puesto de Mando.

En la mañana del 24 de diciembre se presentó finalmente el tan esperado comandante de un batallón de lanzacohetes. Por paradójico que resulte, la fiesta del amor y de la reconciliación iba unida a la idea de la guerra, la muerte y la destrucción. Las piezas de artillería que acababan de llegar me parecieron un regalo de Navidad.

Apenas le dejé tiempo al comandante para que se presentara: inmediatamente nos inclinamos sobre los mapas. Le mostré las posiciones que había previsto para las baterías, y los objetivos señalados ya en el mapa. Al principio no advertí sus vacilaciones, ya que tenía que comunicarme algo importante. Cuando le rogué, al despedirme de él, que ocupase cuanto antes las posiciones y que informase cuando estuviera listo para iniciar el fuego, me dijo, con acento compungido:

—Mi teniente coronel, tengo que informarle de que sólo

dispongo de dieciséis cohetes para todo el batallón, y que de momento no podremos recibir más munición.

La sorpresa me dejó sin habla. No sabía si echarme a reír o ponerme a llorar. ¿Qué podía hacer con unos lanzacohetes espléndidos sin municiones? El regalo navideño me pareció entonces una burla sarcástica. No podía descargar mi ira sobre el inocente comandante; sin embargo, desahogué mi mal humor en el curso de la conversación telefónica que sostuve con el mando del Cuerpo de Ejército. Luego envié el batallón a una posición de reserva, hasta que llegaran las municipiones. Allí quedó hasta que nos relevaron.

Este ejemplo es característico de la situación que reinaba en muchos sectores del frente de las Ardenas: en todas partes faltaba el imprescindible avituallamiento. No estoy en condiciones de juzgar los motivos por los cuales no funcionaba el servicio de aprovisionamiento. ¿Mal estado de las carreteras? ¿Falta de gasolina para los camiones? ¿Superioridad aérea del enemigo? ¿Escasez de material en nuestra patria?

Recordé de nuevo la fecha del 22 de octubre de 1944, cuando Hitler me dio la orden para la proyectada —y no realizada— operación "Grifo". Hitler me aseguró que la Organización Todt había tomado las medidas necesarias para solucionar el problema del aprovisionamiento.

Se había previsto la entrada en funcionamiento de un gran número de camiones movidos a gas de madera para atender al aprovisionamiento del frente. En todas las carreteras de la región del Eifel se habían establecido ya enormes depósitos de leña para abastecer a aquellos vehículos. Sin embargo, en ninguno de mis recorridos por la zona del frente vi un solo camión de la O.T. movido por gas de madera.

En el mismo orden de cosas recuerdo otra experiencia. Cerca de Born, donde estaba alojada la compañía de comandos, encontré un día al teniente coronel de la Luftwaffe C., condecorado con la Cruz de Caballero de brillantes con Hojas de Roble y Espadas, la más alta distinción militar. Estaba al mando de unas compli-

cadas instalaciones de radio. Su tarea consistía en dirigir desde tierra los combates aéreos de los nuevos cazas a reacción Me 262. El cielo estaba despejado, la aviación americana hacía acto de presencia dia y noche, pero sólo en contadísimas ocasiones veíase un caza alemán o un combate aéreo.

El teniente coronel me explicó que hasta entonces no había tenido ocasión de dirigir un solo combate. Parece ser que durante la "battle of the bulge" entraron en acción un total de 42 nuevos cazas a reacción.

Esto no debe ser interpretado como un reproche a la Luftwaffe en su conjunto. Sé que durante los dos primeros días de la ofensiva los campos de aviación aliados fueron atacados valerosamente, casi siempre con modelos tan antiguos como los He-111. Un gran número de aviadores no regresó de aquellas misiones. Los valientes pilotos alemanes no fallaron: faltaban modernos cazas a reacción, fabricados en serie demasiado tarde o destruidos por el enemigo en los campos.

La Nochebuena no se presentaba demasiado alegre para nosotros. La artillería americana seguía disparando sin cesar; cada hora podía traernos un ataque, que probablemente sería un éxito para el enemigo. Además, teníamos otras precauciones: el aprovisionamiento de víveres de nuestra brigada continuaba siendo defectuoso, y no habíamos recibido aún suficiente ropa de invierno.

Mi joven oficial de ordenanza se había marchado a buscar un árbol de Navidad. Regresó con la copa de un abeto de diez metros de altura, en la cual colocó una solitaria vela de cocina. Por su parte, el hamburgués Smutje, un ex marino de la compañía de comandos, trabajaba diligentemente en la cocina. Con sebo del mismo animal, convirtió el duro solomillo de la vaca en un aceptable asado. Luego, con gran sorpresa nuestra, colocó sobre la mesa una botella de vino. Se la había regalado el párroco de Engelsdorf. A juzgar por su calidad, se trataba seguramente del vino de misa del sacerdote. Por un instante olvidamos la dura realidad; pero el ruido de las explosiones y el impacto de los

trozos de metralla contra los maderos que protegían nuestras ventanas no tardaron en recordárnosla.

El día de Navidad visité a Fölkersam en su Puesto de Mando. Como siempre, lo tenía muy avanzado, apenas 300 metros detrás de la línea defensiva principal, en una casa de campo. De camino hacia allí tuvimos que "besar" frecuentemente el suelo. Para la artillería enemiga no había días de fiesta.

Al romper el día, un destacamento de choque que regresaba de su misión nocturna había sorprendido a una patrulla de reconocimiento enemiga, haciendo prisioneros a sus cuatro miembros. Los americanos llevaban unas emisoras portátiles —Walky-talky"—, y uno de nuestros hombres, que hablaba perfectamente el inglés, estableció contacto con el enemigo y lo mantuvo durante varias horas. Finalmente, la patrulla recibió la orden de regresar. El supuesto subficial americano se despidió de sus camaradas U.S.A. diciendo:

"I go now to Germany."

Von Fölkersam nos ofreció una agradable sorpresa: junto con el café nos sirvieron un trozo de excelente tarta. El famoso jefe retirado de la compañía de tanques, comandante de un grupo de combate, que ahora se encontraba sin tanques y, en consecuencia, sin ocupación, se reveló como un estupendo pastelero.

El 28 de diciembre de 1944 fuimos relevados por una división de infantería que se encargó de la protección de los flancos del primer Cuerpo Acorazado SS. El temido ataque enemigo no se había producido; tal vez habíamos conseguido engañar al enemigo acerca de la importancia de nuestras fuerzas. La brigada pasó a ocupar unas posiciones de descanso en Schlierbach, al este de St. Vith. No tardaron en disolverla.

Por aquellos días nos llegó una orden circular muy curiosa: debía investigarse inmediatamente en todas las unidades en relación con un supuesto fusilamiento de prisioneros de guerra americanos. El resultado de las investigaciones debía comunicarse en determinada fecha. La orden se basaba en una noticia difundida por la emisora de propaganda de Calais, afirmando que el 17 de

diciembre habían sido fusilados varios soldados americanos junto al cruce de carreteras existente al sureste de Malmedy. La Brigada Acorazada 150 informó negativamente, sin preocuparse demasiado por la noticia, ya que conocíamos sobradamente los métodos de la propaganda americana. Considerábamos imposible que las tropas alemanas cometieran un acto de tal naturaleza. Un oficial alemán no lo hubiese permitido nunca, y a un soldado alemán no se le hubiese ocurrido pensar ni en sueños en un crimen semejante.

Capítulo XXVI

Budapest cercada. — Avituallamiento a través de las líneas enemigas. — Acciones arriesgadas. — Informe al Führer. — El Broche de la hoja de honor. — A pesar de todo, voluntarios. — Fölkersam en un puesto perdido. — ¿Desaparecido? — Detrás del frente del Este.

La comunicación con Friedenthal no había sido interrumpida un solo momento. Me transmitían los asuntos importantes por telex o por radio, y por el mismo sistema podía comunicar mis decisiones. Sin embargo, Karl Radl, que se quedó en Berlín sustituyéndome, no me importunaba nunca con las pequeñeces que todo servicio a la patria llena anexas. Sabia que podía confiar en él de un modo absoluto. Hacía meses se había convenido con las unidades especiales de la marina de guerra KdK (Kleinkampfverbände der Kriegsmarine) que todas las acciones especiales, si se realizaban en el mar, corresponderían al almirante Heye; y si estaban previstas para el interior, es decir, para ríos o lagos, corresponderían a mis unidades de caza. Estas últimas habían constituido ya en el otoño de 1944 la unidad fluvial "Danubio". Antiguos y expertos navegantes del Danubio del servicio de defensa extranjera habían sido incluidos en la nueva forma-

ciación, la cual había llevado a cabo varias acciones en el Danubio, conocidas por el nombre genérico de "Operación Trucha". Utilizando hombres rana, minas flotantes y barcazas cargadas de explosivos, saboteaban la navegación por aquel río cuando quedó bajo control soviético. Si no recuerdo mal, durante aquellos meses hundieron barcos mercantes por un total de 30.000 toneladas, especialmente barcos petroleros.

En las primeras semanas de diciembre, poco antes de mi marcha hacia el frente del Oeste, el Estado Mayor de la Wehrmacht había preguntado a las unidades de caza si sería posible abastecer por vía fluvial a la cercana ciudad de Budapest. La sitiada guarnición libraba una lucha desesperada desde hacía semanas. El avituallamiento que podía hacerse llegar por vía aérea resultaba insuficiente. Lo más urgente era el envío de medicamentos y municiones.

Existía otro motivo para que le tomara cariño a semejante acción. El comandante de la 8.ª División de Caballería SS "Florian Geyer", de guarnición en Budapest, era mi viejo amigo y antiguo jefe en el frente del Este, Jochen Rumohr, ahora general de brigada. La empresa significaba cruzar por dos veces el frente ruso, y fue confiada a uno de los cargueros más modernos y más rápidos del Danubio. La tripulación del barco, que ascendía a ocho hombres, se componía de antiguos y expertos pilotos y capitanes de navío; querían burlar a los rusos en "su" río. En el último minuto se presentó otra dificultad, con la que nadie había contado. La fundamental vía de navegación del Danubio había sido minada también más arriba de Budapest. Por dicho motivo, el barco tendría que navegar por un peligroso camino a través de las barreras de minas alemanas o por brazos laterales del río.

La carga fue preparada minuciosamente y depositada en la bodega. Quinientas toneladas en total. Se escogió como fecha para la misión la noche de San Silvestre del año 1944. Entretanto, el frente había avanzado hasta Komorn. Allí tenía que cruzarse por primera vez.

Contra toda esperanza, la operación se desarrolló con éxito.

Un breve mensaje por radio comunicó la noticia a la unidad de caza "Sureste". Al cabo de dos días llegó otro mensaje por radio que decía:

"Hemos embarrancado sobre un banco de arena a 17 kilómetros de Budapest. Intentamos la descarga con ayuda de una barcaza."

Efectivamente, un miembro de la tripulación había conseguido cruzar las líneas enemigas con una pequeña barca y llegar a la ciudad, donde se procuró una barcaza a motor, regresando con ella por el mismo camino. Durante la noche, la barcaza efectuó varios viajes de ida y vuelta a la ciudad cercada, con la parte más importante de la carga. Finalmente llegó un último mensaje:

"Tenemos que abandonar el barco. Intentamos llegar a la ciudad y unirnos a nuestros camaradas."

Una semana más tarde, aproximadamente, la unidad de caza "Sureste" envió a una patrulla de diez hombres para que comprobaran la suerte corrida por el barco. Lo encontraron en el sitio señalado y, cosa curiosa, no ocupado por los rusos. Los habitantes de los pueblos vecinos habían sacado los víveres de a bordo. Al parecer, la tripulación había abandonado el barco voluntariamente y en orden.

Ninguno de los miembros de la tripulación regresó de la fortaleza de Budapest, de modo que nadie puede informar con exactitud acerca de los acontecimientos de aquellos días. Ocho soldados dieron la vida por ayudar a sus camaradas. Durante un último y desesperado intento de evasión, tras el fracaso de la tentativa de ruptura del frente, mi amigo el general de las Waffen SS Jochen Rumohr resultó herido, suicidándose para no caer prisionero de los rusos. De las decenas de miles de soldados alemanes encerrados en Budapest, sólo 170 consiguieron llegar, completamente agotados, a las líneas germanas.

En aquel 31 de diciembre de 1944 me ordenaron presentarme en el Cuartel General del Führer, que se hallaba entonces en el Oeste, en Ziegenhain, para informar. Era un pequeño grupo de

barracones en medio del bosque, en la falda de una montaña. Quedé sorprendido al comprobar que el estado de ánimo de los oficiales con los cuales me entrevisté no era tan pesimista como cabía esperar después del fracaso de la última ofensiva.

Poco antes de mediodía me llevaron a presencia de Adolfo Hitler, el cual me recibió en una pequeña salita. Al ver el vendaje que cubría mi cabeza se interesó inmediatamente por mi herida, y envió a buscar a su médico de cabecera, el Dr. Stumpfecker. Hitler quería conocer sin dilación lo que opinaba el médico de mi herida. Cuando el Dr. Stumpfecker quitó el vendaje y vio la herida con mucho pus y el ojo inflamado, me reconvino severamente por haberme marchado del hospital. Ahora, la herida presentaba un feo aspecto y el ojo estaba en peligro. Pero al final logré convencerle de que mi constitución era muy robusta, y decidió intentar una cura de caballo. Durante varias horas estuve echado sobre la mesa de operaciones. La herida fue abierta y expuesta a los rayos de una lámpara roja. Me dieron una gran cantidad de inyecciones para atacar la infección y evitar la formación de nuevo pus. Aquella cura radical no tuvo nada de agradable, pero sirvió para salvarme el ojo. El Dr. Stumpfecker, con su característica sinceridad, no me aseguró nada:

"No sé si las inyecciones producirán el efecto deseado —me dijo—. Los próximos dos meses serán decisivos. Si en ese tiempo nota un debilitamiento de la visión del ojo derecho, será señal de que el nervio visual ya ha sido atacado y no puede salvarse el ojo."

Fue una suerte que en aquellos dos meses no me quedara tiempo para preocuparme por mi herida.

Por la tarde tenía que presentarme de nuevo a Hitler. No podía comunicarle muchas cosas agradables: la misión que me había encargado no se había llevado a cabo, y era demasiado pronto para conocer los resultados de la divulgación de rumores en la retaguardia enemiga. A pesar de todo, Adolfo Hitler parecía estar satisfecho de nuestra actuación, y lo demostró concediéndonos a

los tres comandantes el Broche de la hoja de honor del Ejército alemán.

Durante una conversación de media hora, aproximadamente, tuve ocasión de observar minuciosamente a Hitler. Aquel hombre debía poseer un enorme dominio de sí mismo, ya que no apreció en él ninguna huella de depresión por el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, en la cual se habían depositado tantas esperanzas.

"Vamos a lanzar una ofensiva de gran estilo en el Sureste". —me dijo al despedirme.

Su pensamiento estaba ya de nuevo en el frente del Este. Confieso que no comprendí su actitud. "¿Se engañaba a sí mismo, o estaba bajo la influencia de las inyecciones del profesor Morell?" El doctor Mohell había sabido ganarse la confianza de Adolfo Hitler. Otros médicos, tales como el Dr. Rudolf Brandt y el Dr. Hasselbach, estaban preocupados desde hacía mucho tiempo por el estado de salud del Führer. El doctor Brandt me contó que Morell le había tratado siempre a base de estimulantes, los cuales, a la larga, debían tener un efecto nocivo. Por casualidad, el doctor Brandt descubrió un día que Adolfo Hitler tomaba desde hacia algún tiempo mayores cantidades de un preparado contra las dolencias gástricas, de por sí inofensivo. Brandt mandó analizar aquellas píldoras, aparentemente innocuas, y resultó que contenían cierta cantidad de arsénico. Por mínima que fuera la cantidad, con el tiempo sus efectos sobre el organismo de Hitler serían desastrosos. Brandt dio la voz de alarma; pero Morell quedó vencedor.

Aquélla fue la última conversación prolongada que sostuve con Adolfo Hitler. También él y sus colaboradores más íntimos debían saber por entonces que habían jugado su última baza militar en el Oeste. ¿Fue la amenaza del plan Morgenthau y de la "unconditional surrender" lo que les hacía continuar desesperadamente la lucha y rechazar tajantemente toda posibilidad de un entendimiento político? ¿O podían esperarse realmente nuevas armas decisivas? ¿Se disponía en el Cuartel General de una adecuada y veraz información? Sólo Adolfo Hitler hubiese podido

contestar a todas estas preguntas. A pesar de mi preocupación, salí de la estancia con un renovado optimismo. La personalidad de Hitler me influía siempre poderosamente. ¿Se debía acaso a su fuerza de sugestión, a la cual no podía sustraerme? No lo sé. Lo único que sabía con seguridad era que continuaría cumpliendo con mi deber de alemán y de soldado, y que lo haría con gusto y de todo corazón.

El mariscal de Campo Keitel, que me saludó como anfitrión en el casino, estaba muy serio. Rechacé una invitación para pasar lo Noche vieja en el Cuartel General del Führer. Me marché de allí al atardecer y oí las campanas de medianoche en Colonia. Por la mañana estaba de nuevo junto a mi brigada.

En los primeros días de enero, cuando la Brigada Acorazada 150 quedó disuelta, la mayor parte de los voluntarios se quedaron en las unidades de caza. Era característico del estado de ánimo que en aquellos días imperaba en el ejército alemán el hecho de que se presentaran más voluntarios para acciones especiales de los que las unidades de caza eran capaces de acoger. En noviembre de 1944 había recibido de la oficina de mando de las Waffen SS la autorización para reclutar voluntarios en todas las unidades de reserva y Estados Mayores de Waffen SS de toda la nación. Enviamos una simple circular a dichos servicios. El resultado fue sorprendente: del 70 al 90 por ciento de los hombres útiles se alistó voluntariamente a mis unidades especiales. Cuando incluso el 95 por ciento del Estado Mayor de la oficina principal de las Waffen SS quiso ponerse a mi disposición, Himmler prohibió el reclutamiento de voluntarios. Me enteré de que el jefe de la oficina principal había dicho:

"Si esto continúa así, ya puedo disolver a todas las Waffen SS", a favor de las unidades de Skorzeny."

Me concedieron los voluntarios precisos para volver a completar el batallón de caza "Centro" y el Batallón de Paracaldistas 600. Era lo único que deseaba.

A principios del año 1945, mis oficiales de Estado Mayor y yo comprendíamos perfectamente que había empezado la última

fase de la guerra. El éxito de la gran ofensiva rusa de principios de enero a lo largo del Vístula permitia ver con toda claridad que la decisión se acercaba con más rapidez desde el Este que desde el Oeste. Asimismo, las decisiones del alto mando alemán demostraban que quería utilizar el resto de las fuerzas alemanas principalmente en el Este.

Desde hacia varios meses, Fölkersam me suplicaba que le encargase del mando del batallón de caza "Este". Yo estaba convencido de que no encontraría mejor comandante para la lucha en el Este. Sin embargo, siempre me había negado a aquel ruego, porque no quería desprenderme de tan valioso colaborador. Pero después de hacer trasladar a nuestra unidad a un comandante de regimiento de la división "Brandenburg", supe que disponía de un buen sustituto para Fölkersam como jefe de Estado Mayor y accedía finalmente a lo que me pedia. Fölkersam asumió el mando del batallón de caza "Este" el 18 de enero de 1945 en Hohensalza, en la región del Warte. Las divisiones rusas se encontraban ya muy cerca de aquella ciudad. Fölkersam recibió la orden de defender con su batallón la ciudad hasta el último momento. Poco después, Hohensalza estaba sitiada por los rusos.

A través de los mensajes radiados podía seguir con exactitud las vicisitudes de la lucha de aquel puñado de soldados contra unas fuerzas infinitamente superiores en número. Sabia que no tenían ninguna esperanza. Y Fölkersam, por su parte, era un hombre demasiado consciente para hacerse vanas ilusiones. No pude atender a ninguna de sus peticiones de refuerzos. Lo único que conseguí enviarle fueron unos camiones cargados de municiones, que llegaron a su destino por verdadero milagro.

Dado que Fölkersam no tenía comunicación con ningún puesto de mando excepto el mío, el 21 de enero (recuerdo que era domingo) recibí el siguiente mensaje por radio:

"Situación insostenible. ¿Preparo evasión?"

Naturalmente, asumí la responsabilidad de aquelia orden, ya que el Cuerpo de Ejército a quien correspondía darla había de-

jado de existir. Señalé la noche siguiente para la tentativa de evasión.

Muy pocas veces me ha afectado tanto una noticia como el mensaje recibido por radio aquella misma tarde. Estaba firmado por el comandante Heinz y decía:

"Von Fölkersam gravemente herido en el curso de una operación de reconocimiento bajo su propio mando. Disparo en la cabeza. He asumido el mando del batallón e intentaré la evasión esta noche."

A todos mis oficiales les sucedió lo mismo que a mí: no podían comprender la terrible noticia. El nombre de von Fölkersam estaba demasiado ligado a las unidades de caza. De todo el batallón, sólo regresaron a Friedenthal dos oficiales y trece soldados. Las dificultades de una marcha de varias semanas a través de territorio enemigo, el paso a nado de ríos helados y la falta de alimentos les habían convertido en verdaderas ruinas humanas. Sin embargo, gracias a los cuidados de nuestro médico de Estado Mayor, consiguieron reponerse.

Ellos nos trajeron las últimas noticias acerca del desarrollo de los acontecimientos en Hohensalza. La tentativa nocturna de evasión se llevó a cabo en dos cuñas de choque. Fölkersam, semiinconsciente y desesperado por su herida, fue colocado encima de un tractor, pero éste se perdió en el curso de la huida y no volvió a aparecer. El grueso de las tropas fue atacado por fuerzas rusas durante la noche siguiente. Ignoramos la suerte que corrieron. Los hombres de casi todos los miembros del batallón tuvieron que ser incluidos en la larga lista encabezada por la palabra "desaparecidos". Desde entonces, en nuestras conversaciones surgía con frecuencia el nombre de von Fölkersam. ¿Había salvado la vida? ¿Estaba prisionero en Rusia? Nunca pudimos contestar a esas preguntas.

El rápido empeoramiento de la situación en el frente del Este trajo como consecuencia un aumento de la oportunidad de las acciones de comando detrás del frente enemigo. Ahora podían efectuarse también con más probabilidades de éxito, dado que a

los rusos les resultaba imposible ocupar y "pacificar" rigurosamente los enormes territorios ganados. Llegaban muchas noticias que confirmaban esta opinión. Los rusos sólo pensaban en avanzar, sin preocuparse de lo que dejaban atrás. Las líneas telefónicas alemanas quedaron intactas durante varias semanas, y desde territorio alemán podían celebrarse conferencias telefónicas con localidades situadas en la retaguardia del frente enemigo. Según me contaron personas dignas de crédito, una empresa alemana de Litzmannstadt, la antigua Lodz polaca, llamó a su oficina de Berlín para preguntar si podían reanudar el trabajo. Al parecer, los rusos habían pasado de largo por la ciudad sin instalar ninguna administración civil.

Era evidente que debían atacarse con preferencia las vías de abastecimiento rusas, es decir, ferrocarriles, puentes y carreteras. Al mismo tiempo podían reunirse importantes informaciones acerca de los movimientos del enemigo y de las condiciones existentes en su retaguardia. Dado que la sección "Ejércitos Extranjeros Este" del OKH planeaba también una serie de acciones de la misma naturaleza, establecimos contacto. Volví a encontrar al general Krebs como jefe del Estado Mayor del capitán general Guderian. Krebs me presentó al general Gehlen, el verdadero encargado del asunto.

El teniente Girg, que había desarrollado varias operaciones del mismo tipo en Rumania, debía introducirse ahora en territorio enemigo con un destacamento que partiría de la Prusia Oriental, en la región del antiguo Gobierno General. Se llevó doce soldados alemanes y veinticinco rusos. Sin embargo, la situación evolucionó con más rapidez de la que nosotros podíamos desplegar. La Prusia Oriental se perdió. Girg completó el equipo de su destacamento al sur de Danzig y cruzó el frente enemigo con la ayuda del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército que operaba allí.

Durante varios días, Girg se mantuvo en comunicación con nosotros por radio, pero de repente cesaron sus llamadas y por espacio de unas semanas estuvimos sin noticias, hasta el punto de que dimos por perdido al grupo. Pero a mediados de febrero

nos enteramos de que se encontraba en la sitiada fortaleza de Kolberg, en Pomerania. Girg había regresado sin haber sufrido más que tres bajas. De momento, el comandante de la fortaleza le habia tomado por un espía ruso, hasta que al comunicar conmigo comprobó la identidad y la misión del teniente Girg.

En aquel sector del frente se produjo un hecho simbólico: durante varios días quedó abierto un angosto pasillo en la fortaleza de Kolberg, defendido por la División SS francesa "Charlemagne". Los *franceses* mantenían abierto aquel camino para los fugitivos *alemanes,* mujeres y niños, al mismo tiempo que los soldados *alemanes* de Seydlitz, codo a codo con los rusos, trataban de *impedir* aquella evacuación.

El relato de las aventuras de Girg durante su marcha de 700 kilómetros por la retaguardia del frente ruso nos llevaría demasiado lejos. En cierta ocasión consiguió salvarse haciendo figurar a su pequeña tropa como una unidad especial rumana. El radiotelegrafista se ahogó en un camión que cayó bajo el hielo del Vístula y fue enterrado en el cementerio más cercano con honores militares de supuesto teniente rumano. En otra ocasión fueron reconocidos y tuvieron que luchar por su vida. Los rusos que se había llevado se portaron de un modo magnífico. En las situaciones más peligrosas permanecieron lealmente al lado de Girg, y su astucia y su presencia de ánimo contribuyeron a resolver muchos momentos críticos. Me resultó casi increíble la alegría que proporcioné a dos de aquellos rusos con el regalo de un reloj de pulsera. Las condiciones en que vivían los alemanes en las zonas ocupadas por los rusos eran terribles. Sin embargo, Girg informó de la ayuda que muchos de ellos le habían proporcionado, a pesar del riesgo que corrían al hacerlo.

Para resumir la despreocupación juvenil con la que Girg había llevado a cabo aquella misión, basta con decir que durante todo aquel tiempo no se separó un solo instante de su Cruz de Caballero, la cual llevaba siempre, oculta debajo de un pañuelo, alrededor del cuello.

Capítulo XXVII

30 de enero de 1945. — Orden del Grupo de Ejércitos del Vístula. — Junto al puente sobre el Oder. — Nueva línea de defensa. — Activa dirección del combate. — El Ejército del Este, derrotado. — Evacuación del personal civil. — Trabajos de fortificación en la cabeza de puente. — La división Schwedt está lista. — Con los rusos en el balneario Schönfliess. — Luchas nocturnas. — El jefe político de la región, desertor. — Ataque y contraataque. — Informe a Himmler. — Penetración en la cabeza de puente. — Himmler optimista. — Con Goering en la línea de fuego. — Defensa desesperada. — Noticia falsa de la radio inglesa. — La cabeza de puente se defiende con todos sus medios. — Orden de regreso a Berlín.

Una tarde, el 30 de enero de 1945, estaba sentado nuevamente detrás de mi escritorio, en Friedenthal. Habia un montón de documentos por despachar, una tarea cuyo sentido ya no podía comprender del todo. Mi secretaria —a la cual echo mucho de menos ahora en la redacción de este libro— apenas podía seguir el ritmo de trabajo, pasando los dictandos en limpio. Lo que más me molestaba era tener que hacer de nuevo un informe, que en opinión de Schellenberg, había redactado con demasiada claridad. Aún

hoy me niego a creer que fuera un error decir la verdad pura en los informes, si bien es cierto que existían ciertos mandos superiores a los cuales no les gustaba oír la verdad. Luego recibí al IA y al IB para que el material concedido para el mes de febrero —equipos, armas, municiones y gasolina— se repartiese entre mis unidades de caza con la máxima equidad. Pero no siempre podíamos atender las justificadas peticiones de los comandantes. La manta con la cual teníamos que cubrirnos era cada vez más corta.

A continuación me transmitieron una llamada telefónica procedente del Cuartel General de Himmler, que acababa de ser nombrado jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula. En ella se me daba la siguiente orden:

"Las unidades de caza debían ponerse en camino aquel mismo día hacia Schwedt, junto al Oder, y formar una cabeza de puente al este del río. La cabeza de puente debía ser lo bastante amplia como para poder lanzar más adelante una fuerte ofensiva desde aquel sector. Durante su avance, las unidades de caza debían liberar la ciudad de Freienwalde, ocupada por los rusos."

Por lo extravagante de la orden me la aprendí de memoria, y puedo garantizar que está transcrita al pie de la letra, incluso la última frase. Sigo sin concebir que el Grupo de Ejércitos del Vístula (léase Himmler) pudiera imaginar como un paseo militar la liberación de una ciudad. Mis oficiales y yo nos miramos, extrañados. Aquello significaba una precipitada entrada en acción. Las órdenes de alerta al Batallón de caza "Centro", al Batallón de Paracaidistas 600, que se encontraba en Neutrelitz, y al Batallón de caza "Noroeste", que comprendía solamente una compañía, salieron en seguida. Cité a todos los comandantes para las nueve de la noche; en aquel momento eran las cinco de la tarde.

A continuación hice llamar a mi IC. A base de los mapas de situación, intentamos hacernos una idea del trazado del frente. Resultaba imposible. Sólo disponíamos de noticias concretas acerca de algunos puntos aislados, lo cual no nos servía de nada, ni

siquiera como punto de referencia. Tratamos, mediante varias llamadas al Cuartel General del Führer de la calle Guillermo, de comprobar cuál era la situación en el sector del Oder. Ni siquiera conseguimos poner en claro si la ciudad de Freienwalde estaba efectivamente ocupada por el enemigo. Por lo tanto, decidimos atender con preferencia a la tarea más importante: formar la cabeza de puente... si es que era posible aún, ya que no teníamos ninguna noticia acerca de Schwedt. De modo que durante nuestra marcha debíamos realizar incluso una labor de reconocimiento.

Se nos presentó otro grave problema. ¿Cómo íbamos a marcharnos? Quedaban por reparar muchos de nuestros vehículos, averiados en el curso de las últimas operaciones. Lo primero que teníamos que hacer era poner en rápido movimiento a los oficiales del servicio de transportes. El parque móvil más próximo se declaró dispuesto a trabajar en turno de noche durante aquel día y el siguiente, y a prestarnos algunos vehículos.

En el Estado Mayor reinaba una actividad febril. Sin necesidad de muchas órdenes, todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. En compañía de mi nuevo IA, el capitán Hunke, revisé las disposiciones tomadas para la marcha y para el reconocimiento. Suponíamos que podríamos marcharnos, si todo iba bien, a las cinco de la mañana. No podíamos hacer milagros.

Debía resolver también algunos asuntos relativos al trabajo de la sección D. Era posible que en el frente tuviese los días tan ocupados que no me quedara tiempo para ninguna otra actividad. El comandante L., mi representante en Mil.D, se presentó algo cariacontecido: al parecer no acababa de gustarle la idea de que su jefe hubiese de emprender otra acción. Estaba acostumbrado a comentar personalmente conmigo todas las cuestiones importantes, y nuestra colaboración no había sufrido nunca el menor roce. En la medida de lo posible, planeábamos por adelantado. Sin embargo, el frente no estaba ya muy lejos y le bastarían un par de horas de coche para encontrarse conmigo. La idea de que el frente se hallaba a unos 60 kilómetros de distancia, en línea

recta, de la capital del Reich, resultaba difícilmente asimilable. No obstante, tendríamos que acostumbrarnos a ella.

Después de haber realizado las tareas más importantes, salí a dar un corto paseo. El aire libre aclara siempre las ideas, y yo necesitaba tener una mente despejada. Silbé a mi perro lobo *Lux*, que había permanecido echado a mis pies durante todo el jaleo, y salimos a la explanada del cuartel. El Batallón de caza "Centro" se estaba preparando para la marcha. Las compañías acababan de recibir municiones y víveres para seis días. Los soldados se reían cuando veían buenos bocados. El oficial de armas estaba inspeccionando las armas pesadas. Sabía que estaban limpísimas, pero todas las precauciones son pocas cuando se va a entrar en acción... El destacamento nombrado para la misión de reconocimiento se había instalado ya en los vehículos. Afortunadamente, disponíamos de varios coches blindados de reconocimiento. *Lux*, sin moverse de mi lado, lo observaba todo con una mirada llena de inteligencia.

La moral era excelente. Los soldados se contaban chistes, y esto es siempre un buen síntoma. Al pasar por delante de sus alojamientos, pensé involuntariamente en los muchos que no volverían a pisarlos... Pero, desde luego, no dejaba traslucir ninguno de tales pensamientos.

Experimentaba una alegría especial cuando veía a alguno de los "viejos" del Gran Sasso. Ahora todos eran suboficiales o brigadas y me saludaban de un modo especial, que recordaba nuestro antiguo compañerismo. La noticia de que íbamos al frente del Este había corrido como un reguero de pólvora a través de todos los alojamientos. Nuestro viejo grito de batalla, "Fácil para nosotros", estaba en boca de todos. Debía llevar a aquellos hombres a la más dura lucha, pero sabía que podía confiar en ellos.

Cuando regresaba al puesto de mando me llamaron al teléfono. Obtuve la comunicación en la oficina de una compañía. La llamada procedía del Grupo de Ejércitos del Vístula. Pareció sorprenderle mucho que no hubiésemos emprendido aún la marcha.

—Hemos informado ya de su marcha al Cuartel General del Führer —dijo la voz a través del auricular.

—Entonces, han dado ustedes un informe falso —repliqué, enfurecido.

La voz dijo:

—Le repito la orden del Grupo de Ejércitos: debe usted ponerse en marcha *inmediatamente.*

Al otro lado del hilo resonó el seco chasquido del auricular: habían colgado. El juego se repitió varias veces durante la noche. Mis motivos (por ejemplo, que no disponía aún de todos los vehículos necesarios) no eran tenidos en cuenta. Finalmente, informé al Grupo de Ejércitos de que tenía prevista la salida a las cinco de la mañana. Prudentemente, no hablé de mi intención de no preocuparme de nada que no fuera encaminarme directamente hacia Schwedt.

Los comandantes habían acudido puntualmente a mi cita para recibir órdenes. Las unidades estarían preparadas para emprender la marcha a la hora prevista. Los hombres tendrían que sentarse un poco más juntos, y los coches de intendencia nos seguirían más tarde. Cada hora me informaban acerca de la marcha de los preparativos. Aquella noche no había tiempo para dormir. A las doce, nuestra cocina nos sorprendió con una comida, a pesar de que estaban empaquetando y cargando todos los enseres. Nuestras secretarias se habían quedado levantadas y las invitamos a cenar con nosotros: una cena sencilla y cordial, desprovista de todo empaque castrense.

Los dos destacamentos de reconocimiento se habían marchado a las tres de la madrugada desde Neustrelitz y Friedenthal. Dado que podían rodar de prisa, de no producirse ningún accidente a las cinco estarían ya en Schwedt. A medio camino, a lo sumo, recibiríamos los primeros informes acerca de la situación en aquella zona. De acuerdo con las órdenes recibidas, a las cuatro saldría de Eberswalde un mensajero motorizado.

A las 4,30, el Batallón de caza "Centro" estaba listo para la marcha. Neustrelitz informó en el mismo sentido. Ahora iban

con nosotros todos aquellos que de un modo u otro eran útiles para la guerra. Unicamente se quedaron algunas unidades de guardia, viejos rumanos de sangre alemana, y el personal indispensable del Estado Mayor. Incluso las secretarias y los ayudantes de Estado Mayor hubieran preferido acompañarnos.

Tras una breve orden la columna se puso en marcha.

El avance de la unidad resultaba demasiado lento para mí. Con el *jeep* que me había traído del Oeste empecé a ganar terreno. Al cabo de media hora escasa encontré al mensajero que regresaba de Schwedt sobre su motocicleta: la carretera estaba libre Las noticias de que los rusos habían cruzado el Oder eran simples rumores, al parecer. La cosa no resultaba sorprendente, ya que el rumor florece de un modo especial en las situaciones críticas. Lo incomprensible era que el Grupo de Ejércitos del Vístula no pudiese comprobar la veracidad de aquellas noticias.

Llegué a Schwedt un poco antes de las siete; los grupos de reconocimiento me estaban esperando en las proximidades del puente sobre el Oder. Recibieron la orden de reconocer el otro lado del río hasta Koenigsberg, en la Marca Nueva. Así conocería también la situación imperante en la zona neutra que se extendía delante de mi cabeza de puente. Después visité al comandante de la plaza de Schwedt, el cual sufría mucho a causa de una mutilación de guerra. Me dijo en confianza que para poder soportar los terribles dolores que sentía en su pierna amputada se veía obligado a inyectarse morfina de cuando en cuando.

Una llamada al Grupo de Ejércitos aclaró rápidamente todo lo relativo a mis atribuciones. El teniente coronel y un pequeño Estado Mayor recibieron otras órdenes y se marcharon el 1 de febrero. En Schwedt tenía ahora a mi disposición tres batallones de reservistas y un batallón de zapadores. Pero cuando pedí informes sobre su estado de preparación me di cuenta de que con ellos no se podía ganar ninguna guerra. Casi todos eran viejos y enfermos: los buenos soldados habían sido enviados al frente hacía mucho tiempo.

Antes de que llegaran los dos batallones quise dar otro rápido

vistazo a la cabeza de puente. Paralelo al río discurría el canal del Oder, y sobre ambos se extendía un puente de casi un kilómetro de longitud. Entre el río y el canal había una franja de terreno que formaba un dique contra las inundaciones. El río estaba helado y tenía una resistente capa de hielo. Esto podía resultar muy desfavorable si se acercaban los rusos. La voladura de la capa de hielo fue la primera tarea que asigné mentalmente al batallón de pioneros, el cual estaba al mando de un comandante de la reserva, de edad algo avanzada pero sumamente dinámico, que me había producido una excelente impresión. Después podrían solicitarse rompehielos a Stettin, para dejar libre el río hasta mucho más allá de Schwedt. También se me ocurrió otra idea: abriendo algunas esclusas, seguramente podría inundarse la zona de terreno que se extendía entre el río y el canal. Esto nos protegería de una posible tentativa enemiga de cruzar el río por sorpresa. Después recorrí lentamente en mi coche la carretera que conducía a Koenigsberg. Me encontré con incontables fugitivos, a pie o montados en carros cargados de enseres domésticos. No quise preguntar de dónde venían; era un espectáculo lastimoso.

Pero también había soldados entre ellos. Iban en pequeños grupos, agotados, a veces sin armas: soldados de un ejército derrotado. De un modo u otro habían perdido el contacto con sus unidades y ahora buscaban su camino hacia el Oeste. En Koenigsberg contemplé el mismo cuadro. Las calles estaban llenas de fugitivos y de soldados dispersos. Los dos grupos de reconocimiento ocuparon posiciones en las calles de salida hacia el Este. Les ordené que dirigieran a todos los fugitivos, paisanos y militares, hacia Schwedt por el camino más corto. Luego inspeccioné más detalladamente la pequeña localidad de Nieder Kröing, situada en la orilla oriental del Oder. Allí instalaríamos nuestro Puesto de Mando. Cuando volví a cruzar el puente sucedió algo más agradable. Un grupo de soldados de caballería, montando unos caballos relativamente bien cuidados y al mando de un ofi-

cial, se acercaban al trote. Al verme, el teniente se separó de sus hombres, y se detuvo junto a mi coche, diciendo:

—Se presenta el teniente W., del 8.º Regimiento de Caballería, con los restos de su sección. —Y, en tono menos protocolario, añadió—: Mi teniente coronel, ¿tiene usted empleo para mi?

Ya lo creo que lo tenía. Necesitaría todos los hombres de que pudiera disponer. En consecuencia, le contesté:

—Preséntese con sus hombres en el cuartel; duerman lo suficiente. Mañana por la mañana vuelva a presentarse a mí.

Al regresar al cuartel, mi primer plan estaba ya trazado. Tenía que establecer un servicio de recuperación de personal que se encargara de reunir a todos los soldados dispersos. Con ellos completaría los batallones de reservistas, convirtiéndolos en unidades aptas para la lucha... si las divisiones rusas nos dejaban tiempo.

Encargué el servicio de patrulla a un grupo de aspirantes a alférez que en número de 180 seguían un cursillo de capacitación en el propio cuartel. Tenían dos órdenes: ayudar en todo lo que estuviera a su alcance a la evacuación de la población civil más hacia el Oeste, y reunir a todos los soldados dispersos y dirigirlos hacia el cuartel. Durante los días y las noches siguientes se mantuvieron siempre en la brecha, cumpliendo su misión con el máximo celo. El resultado fue asombroso. Al cabo de unos días, el espacioso cuartel se había convertido en una colmena y los cuatro batallones disponían de todos sus efectivos de combate.

Por la tarde sostuve una larga conversación con el comandante de los zapadores. Con gruesos trazos fijamos en el mapa los límites de la prevista cabeza de puente. Como línea defensiva queríamos formar un semicírculo de unos seis kilómetros de radio, aprovechando las ondulaciones del terreno, muy apto para la defensa. Sin embargo, habia que construir fortificaciones a toda prisa; primero el círculo exterior y, una vez terminado éste, otro interior para más seguridad. Para las tareas de excavación solicitamos un regimiento del servicio de trabajo que llegó al dia siguiente. La población masculina de la ciudad y de los alrededo-

res fue requerida también para que colaborara en los trabajos de fortificación. Encontramos carromatos en número suficiente; el batallón de zapadores proporcionó expertos capataces.

Envié al Batallón de Paracaidistas 600 a Koenigsberg, con la orden de ocupar posiciones al este de la ciudad y formar una primera línea de contención ante el avance enemigo. El batallón de la *Volkssturm* (1) "Koenigsberg", al mando del jefe político de la NSDAP de la ciudad, pasó a engrosar el batallón de paracaidistas. El Batallón de caza "Centro" tuvo que tomar posiciones en la línea del círculo de defensa interior. Si se producía una repentina ruptura del frente por los rusos, había que mantener la pequeña cabeza de puente a toda costa.

Durante los días siguientes se trabajó febrilmente en las fortificaciones. Los elementos civiles no regatearon su esfuerzo. Sabían que estaban defendiendo su patria chica. El maestro de escuela manejaba la pala al lado del zapatero, el peón ayudaba al funcionario a levantar el tronco de un árbol. Allí podía estudiarse lo que nosotros, idealistas, habíamos imaginado bajo el concepto de comunidad popular. En pocos días quedó terminada la parte principal del trabajo. Se habían construido nidos de ametralladora cubiertos y refugios en todos los puntos apropiados del terreno. Una vez excavadas las trincheras, podían empezarse las obras del cinturón de defensa interior. El acabado de las posiciones correría a cargo de la tropa que las ocupase. El comandante del batallón de zapadores se mostraba incansable. Con frecuencia visitábamos juntos todas las posiciones.

A través de su alcalde, había recomendado a la población civil de Koenigsberg que evacuara la ciudad. Las localidades situadas alrededor de la cabeza de puente debían ser también evacuadas. Había convenido con el alcalde de Schwedt, un dinámico oficial de la reserva, que los elementos civiles de aquellos pueblos podrían alojarse, si así lo deseaban, en Schwedt. Sabía que a todos les disgustaría abandonar su hogar, pero era una medida

(1) *Volkssturm*: última defensa, a base de muchachos de 15 a 17 años y ancianos armados.

necesaria. Permitirles quedarse en el futuro campo de batalla hubiese sido irresponsable.

Inesperadamente llegó a Koenigsberg un batallón del *Volkssturm* de Hamburgo, compuesto casi exclusivamente por portuarios, una gente estupenda. A pesar de encontrarse lejos de su patria chica, demostraban un gran entusiasmo. Sabía que no podía esperar grandes cosas de la escasa fuerza combativa de los dos batallones de la *Volkssturm*. Pero en aquellos momentos toda persona capaz de disparar un fusil o una *panzerfaust* resultaba necesaria. El armamento y el equipo del batallón hamburgués eran excelentes; en comparación, el batallón de Koenigsberg estaba bastante mal equipado.

A fin de averiguar la situación del enemigo y sus posibles intenciones, se enviaron desde el primer día numerosas patrullas de reconocimiento. Los dos batallones de las unidades de caza habían formado pequeñas secciones que se encargaban exclusivamente de aquella misión. El 1 de febrero se estableció el primer contacto con el enemigo en la región de Bad Schoenfliess. Las patrullas actuaban con gran eficacia sin sufrir apenas bajas. La excelente instrucción de nuestros soldados ponía ahora de manifiesto sus ventajas en todos los aspectos.

El 3 de febrero, dos batallones con sus efectivos completos ocuparon las posiciones fortificadas. Uno de ellos se instaló en el sector septentrional de la cabeza de puente, que llegaba hasta el río, y el otro en el sector meridional, que se extendía también hasta el Oder. Así quedaban cubiertos los flancos. Los dos sectores centrales debían ocuparlos mis dos batallones, ya que serían los más expuestos si, como esperaba, se producía un ataque frontal del enemigo procedente de Koenigsberg.

Se me presentó un teniente coronel de la Luftwaffe. Tenía órdenes de formar unidades de combate con todos los soldados de aviación de los cuales se pudiera prescindir. En el curso de una semana me trajo tres compañías. También podía cederme las armas sobrantes de los campos de aviación situados en los alrededores.

El Cuartel General del Führer en Berlín había enviado a Schwedt un destacamento de radio propio, para establecer comunicación directa. Al parecer se atribuía una especial importancia a aquel sector del frente. En todo caso, podíamos proporcionar al Cuartel General del Führer noticias fidedignas acerca de los movimientos del enemigo en nuestro sector.

Al cabo de unos días, mientras me dirigía a Koenigsberg, pasé por delante de un pequeño campo de aviación. Allí presencié el triste espectáculo de la desordenada huida del personal alemán. En uno de los extremos del campo había algunos aviones ligeramente dañados por la voladura, y alrededor de los hangares veíanse numerosas armas esparcidas por el suelo. Pero lo más incomprensible era el hecho de que todos los aparatos de radio estuvieran intactos. Al parecer, el campo había sido abandonado precipitadamente antes del 30 de enero. Si la retirada alemana se había efectuado de aquel modo en todas partes, no era de extrañar que los rusos avanzaran con tanta rapidez y que la industria alemana no pudiera dar abasto con nuevos equipos.

Por la noche, al regresar a Schwedt, se me presentó otro teniente coronel de la Luftwaffe. Era el antiguo comandante del campo de aviación de Koenigsberg. Probablemente se había arrepentido de su actitud, tan poco gallarda. Le expliqué que mis soldados habían puesto las armas y los aparatos de radio en lugar seguro. A mi pregunta acerca de los motivos que le habían impulsado a huir con tanta precipitación, a pesar de que no existía ningún peligro inminente, me contestó que no había recibido órdenes en ningún sentido ni había podido establecer comunicación con el mando. Su inmediato superior, un general de aviación, se había marchado unos días antes, sin dejar instrucciones.

Era evidente que aquel oficial debía comparecer ante un consejo de guerra, por haber faltado gravemente a su deber o quizás incluso por deserción. Pero, si en su calidad de miembro de la Luftwaffe era condenado por un tribunal de las Waffen-SS, podían producirse tensiones entre los dos cuerpos de la Wehrmacht. En consecuencia, telefoneé inmediatamente al jefe del sector aéreo,

capitán general von Greim, y le rogué que me enviase a un oficial de su Estado Mayor para informarle del asunto.

Al día siguiente, se presentó el capitán general von Greim en persona. Su Fieseler Storch aterrizó en la explanada del cuartel. Enterado del caso, decidió que el teniente coronel debía comparecer ante un consejo de guerra de la Luftwaffe. Celebrado éste, se puso en claro que el responsable principal era el general comandante del campo. Parece ser que más tarde el general en cuestión compareció ante un consejo de guerra del Reich. El teniente coronel fue condenado a un arresto que debía cumplir en primera línea. Lo inició inmediatamente en el grupo de combate de Schwedt, donde actuó como un oficial capacitado y valeroso. La huida de su superior le había hecho perder la cabeza.

El caso que acabo de citar y la situación casi caótica de aquel sector del frente me autorizaban a creer que los verdaderos culpables de aquella especie de anarquía eran algunos mandos superiores que con frecuencia actuaban de un modo irresponsable. Desde hacía meses había defendido en mi Estado Mayor la opinión de que a la guerra total correspondía también una responsabilidad total. La masa de los soldados y de la población civil tenía derecho a que se juzgara públicamente a los verdaderos culpables de las grandes y pequeñas catástrofes, aunque por ello tuviera que verse mermado el prestigio de algún jefe político de una región o de algún general.

En vez de la artillería solicitada, el Grupo de Ejércitos nos mandó tres grupos de cañones antiaéreos de la Luftwaffe, del calibre 8,8 y 10,5. Al principio se plantearon serias dificultades de tipo burocrático. Los tres grupos antiaéreos procedían de distintos regimientos, y éstos, a su vez, pertenecían a dos divisiones distintas. Cada uno se atenía a sus propias órdenes. Sólo después de haber sostenido una prolongada conversación con el general en jefe del Cuerpo de Ejército de la Luftwaffe se aclararon las cosas. Dividí las tres baterías móviles en destacamentos de defensa antiaérea y les asigné sus posiciones dentro de la cabeza de puen-

te. Para las demás baterías se construyeron posiciones en la orilla occidental del Oder, para utilizarlas como artillería terrestre.

Esto requería una previa instrucción. Afortunadamente, me habían mandado también un oficial de artillería procedente de la reserva de oficiales del Grupo de Ejércitos. Aquel hombre —capitán de la reserva y escritor de profesión— realizó en pocos días una excelente labor. Instruía incansablemente a los observadores y enseñaba a los oficiales y soldados los secretos de la artillería terrestre. Se prepararon las escalas de tiro, y cuando los rusos, ocho días más tarde, habían cerrado sus tenazas alrededor de la cabeza de puente, las baterías antiaéreas prestaron un eficacísimo apoyo a nuestros soldados en su heroica defensa.

Cierto día se nombró a un comandante general para nuestro sector. Al sur de nuestras posiciones, una división de la Marina había establecido una línea de defensa en la orilla occidental del Oder. El grupo de combate Schwedt se había convertido en "División Schwedt", y las dos divisiones debían ahora integrarse en un solo cuerpo. El general, cuyo nombre he olvidado, desgraciadamente, me agradó muchísimo por su sinceridad. Me explicó que el mando general (Estado Mayor del cuerpo) era sólo aparente, ya que se componía únicamente de unos cuantos oficiales. No podía ocuparse de las comunicaciones ni de los avituallamientos. En esos aspectos dependíamos de nosotros mismos. Se mostró de acuerdo con las disposiciones que había adoptado yo hasta el momento. Como única orden, quiso delimitar claramente los sectores que correspondían a cada una de las dos divisiones.

Al comandante general le gustaron de un modo especial las medidas de bloqueo que habíamos adoptado en nuestro sector. Poco después de despedirse de mi tuve que acudir en su ayuda, ya que los centinelas no le permitían salir de la zona de Schwedt, desconocedores de su identidad. Los centinelas cumplían a raja tabla las órdenes recibidas: para salir de la zona se necesitaba una autorización del comandante de la plaza. La medida afectaba por igual a los oficiales y a los soldados.

Mi nueva posición como comandante de división cargaba so-

bre mis hombros una gran responsabilidad. Tenia que ocuparme no sólo del frente, sino también de la población civil que vivía en el ámbito de la división. En este último aspecto, el alcalde de Schwedt fue una gran ayuda para mí. Cada noche se reunía conmigo. Gracias a su apoyo se solucionaron la mayoría de los problemas presentados por la existencia de una numerosa población en un sector que a efectos prácticos podía considerarse como primera línea. Por precaución, ordené la evacuación de las mujeres y niños de la ciudad, que de un momento a otro podía convertirse en campo de batalla.

De más difícil solución era el problema del avituallamiento de la tropa. Las provisiones y el material procedían de Friedenthal. Noche tras noche llegaban columnas de camiones de mi Estado Mayor de Intendencia con armas, municiones, equipos y víveres para la división. La munición antiaérea teníamos que ir a buscarla a Berlín, ya que los trenes de municiones no llegaban hasta nosotros. Había solicitado repetida y vanamente cañones antitanques. El Grupo de Ejércitos no disponía de ninguno. Mi oficial de Intendencia se enteró por casualidad de que a unos 50 kilómetros al sur de Schwedt había una fábrica que producía aquellos cañones. El gerente de la fábrica se mostraba quejoso porque desde hacía varias semanas el negociado de armas del ejército no pedía cañones. Tal vez el negociado había dado por perdida la fábrica, que se encontraba al alcance de los rusos... Cuando nos llevamos doce cañones antitanques del 7,5 el gerente nos dio las gracias y nosotros salimos del paso.

Algo parecido nos sucedió con una petición de ametralladoras del modelo "42". No había modo de encontrarlas. Nuestro hábil IB había localizado un enorme depósito de aquellas armas cerca de Francfort sobre el Oder. Al parecer, había acumulados allí varios millares de aquellas excelentes ametralladoras. La división Schwedt no volvió a carecer de ellas. El hecho fue puesto en conocimiento del Grupo de Ejércitos. No he llegado a saber si las armas restantes fueron recogidas, o si semanas más tarde cayeron como preciado botín en manos de los rusos.

Por aquellos días me enviaron a través del Grupo de Ejércitos una curiosa orden, muy urgente y particularmente secreta: en un bosque situado al este de Bad Schönfliess había dos camiones llenos de documentos de gran importancia para el Reich. Habían sido abandonados allí a causa del error de un funcionario. Aquellos documentos no debían caer en manos de los rusos. Los aviones enviados con la misión de destruir los camiones, no habían podido localizarlos. La división Schwedt debía realizar inmediatamente una descubierta hasta dicho bosque y recoger los documentos, o destruirlos.

A fin de aclarar varios detalles, formulé algunas preguntas. Me enteré entonces de que no se trataba de documentos del Reich, sino de documentos del Partido procedentes de la cancillería de Bormann. Exigí que participara en la empresa el funcionario que podía indicar con exactitud el lugar donde se encontraban los camiones. Además, quería comprobar previamente los riesgos que podía entrañar aquella operación, ya que no estaba dispuesto a exponer a mis hombres a un grave peligro por el fallo de una oficina del Partido. Necesitaba a mis soldados para luchas más importantes.

Nuestras patrullas de reconocimiento no podían penetrar ya como antes 60 y 70 kilómetros en territorio enemigo. Los rusos se acercaban a la cabeza de puente y habían tomado Bad Schönfliess. Un pequeño grupo de exploración de nuestra división trató de acercarse a aquella localidad al amanecer y fue recibido por un intenso fuego, sufriendo una baja.

Por la tarde quise tomar parte en una acción de reconocimiento. Llevaba en mi coche blindado un grupo de tiradores que ya habían estado conmigo en Italia. También mi perro *Lux* participaba en la expedición. Mi IA, el capitán Hunke, iba en un *jeep* con otros cuatro soldados. Sin ser molestados, llegamos hasta el lugar donde nuestra patrulla había sido atacada aquella misma mañana. Comprobamos que el soldado muerto había sido cuidadosamente registrado por los rusos.

Nos acercamos más a la ciudad, extremando las precaucio-

nes; nos habíamos apeado de los vehículos, los cuales debían seguirnos más tarde. Las primeras casas se alzaban ante nosotros, silenciosas y como vacías. No tardamos en llegar a la puerta de la amurallada ciudad medieval. A la derecha, una calle conducía hacia la estación. Tendidos en ella veíanse los cadáveres de dos paisanos que habían sido fusilados.

De pronto vimos a un hombre que nos espiaba desde una ventana; poco después salía a la calle, con aire receloso, sin atreverse a creer lo que estaba viendo: ¡soldados alemanes! Muy excitado, nos contó que los rusos llevaban dos días en la ciudad. Habían instalado su Cuartel General junto a la estación, en cuya explanada había también una agrupación de tanques. Los rusos utilizaban el ferrocarril, y con frecuencia llegaban trenes cargados de material y de tropas de refresco.

Quisimos comprobar por nosotros mismos aquellas noticias. Tres hombres se acercarían prudentemente a la estación dando un rodeo a través de la ciudad; otro grupo avanzaría por la calle que conducía directamente a la estación; el resto se quedaría junto a la puerta con los dos vehículos, para cubrirles.

La espera se me hizo muy larga. Eché una mirada a mi alrededor y descubrí horrorizado el cadáver casi desnudo y terriblemente mutilado de una mujer en medio de la calle. Algunos habitantes de la ciudad se atrevieron a salir de sus casas y acercarse a nosotros; la mayoría eran mujeres y niños, aunque había también algunos hombres de edad avanzada. Nos rogaron que les llevásemos con nosotros. No podíamos acceder a su petición, disponiendo de dos únicos vehículos. Pero les sugerí que recorrieran a pie los pocos kilómetros que había hasta Koenigsberg; nosotros mantendríamos abierta la calle durante media hora. Pero aquellos hombres estaban tan desconcertados, que lo más probable es que ni siquiera comprendieran mi propuesta. Era evidente que habían vivido unos días terribles. La mayoría de ellos se escurrieron de nuevo hacia sus casas.

Por fin regresaron los dos grupos de reconocimiento. En efecto, junto a la estación había una treintena de tanques. Las tropas

rusas acampaban probablemente al sur y al este de la ciudad. Habían visto también varios cadáveres de paisanos en las aceras y en algunos portales, pero ni a un solo transeúnte.

Sabíamos ya lo suficiente. No podíamos abrirnos paso a través de las tropas rusas hasta el bosque, para rescatar los importantes "documentos del Reich". Además, era casi seguro que los rusos habían encontrado ya los camiones.

Dos mujeres muy jóvenes, con sus hijos lactantes en brazos, nos suplicaban silenciosamente con los ojos que las sacáramos de allí. Dejamos que se sentaran en el suelo del coche blindado y nos pusimos en marcha. Mientras avanzábamos hacia Koenigsberg, a todos nos remordía la conciencia. Pero, ¿qué podíamos hacer para ayudar a los habitantes de la ciudad ocupada? Cuando pasamos junto al cadáver de nuestro camarada muerto aquella mañana lo recogimos y lo instalamos en el *jeep*: por lo menos, su entierro sería digno de un soldado. Cuando oímos detrás nuestro el rugido de los motores de los tanques estábamos ya a salvo en la espesura del bosque.

Cada noche se celebraba una reunión en la cual participaban todos los comandantes. Era preciso que nos conociéramos mutuamente y que los oficiales me tomaran confianza. Sólo así, nuestra división, formada un poco al azar, podría convertirse en una unidad compacta y eficaz. Durante el día recorría las posiciones para que también los soldados llegaran a conocerme.

Ahora, lo importante era ganar tiempo antes de que empezara la lucha por la cabeza de puente. Unos días de espera podían ser decisivos para nosotros. A este fin decidí ocupar también algunas localidades situadas más allá de la cabeza de puente, desde las cuales se podría contribuir a retrasar el avance de los rusos. Envié a Koenigsberg, donde esperaba el primer choque, una compañía del Batallón de Paracaidistas SS 600 y el primer Batallón de Reservistas, que acababa de ser completado, y dejé también en la ciudad los dos batallones de la *Folksturm*. Las fuerzas estaban al mando del comandante del batallón, que procedía del ejército.

Aquella misma noche los rusos atacaron Koenigsberg con unos cuarenta tanques y varios batallones de infantería. La compañía de paracaidistas rechazó aquel primer ataque a costa de grandes pérdidas. Sin embargo, alrededor de las doce el enemigo consiguió penetrar en la ciudad por el norte y por el sur. Se libró una desesperada batalla casa por casa. Las *panzerfaust* destruyeron una docena de tanques enemigos. Nuestras tropas se retiraron ordenadamente. Al amanecer consiguieron despegarse del enemigo y refugiarse en el interior de la cabeza de puente. Aquella primera batalla me demostró la capacidad combativa de las unidades de reciente formación.

A mi regreso a Schwedt, en las primeras horas de la mañana, me extrañó encontrar en mi puesto de mando al comandante del batallón del *Volkssturm* "Koenigsberg" que me estaba esperando. Creo haber dicho ya que el comandante en cuestión era el jefe político regional de la NSDAP. Al verme, se acercó a mí y me dijo en tono excitado:

—En Koenigsberg está todo perdido.

Me enteré que llevaba allí varias horas. Sencillamente, había abandonado su puesto, dejando solos a sus hombres. En lenguaje castrense aquello recibía el nombre de cobardía ante el enemigo y deserción. Ordené que detuvieran al hombre y que compareciera ante el consejo de guerra de la división. El caso era tan claro que no podía dudarse del resultado de la vista. El tribunal dictó la merecida condena a muerte.

El ponente del tribunal me explicó que existía una disposición según la cual los altos jefes del partido sólo podían ser juzgadas por un tribunal del partido. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que la persona que comparecía ante el tribunal era el comandante del batallón del *Volkssturm* y no el funcionario del partido. Por lo tanto, el fallo fue confirmado y dos días más tarde se cumplió la sentencia. El comandante fue ejecutado públicamente.

Anteriormente recibí un aviso de Berlín: Bormann estaba furioso por aquella "intrusión" en los derechos del partido. Proba-

blemente, el saber que había perdido definitivamente sus documentos influía también en su estado de ánimo. De todos modos, estaba convencido de que tarde o temprano me vería afectado por una de aquellas "maniobras" que por desgracia se habían hecho habituales en el Tercer Reich. Al día siguiente se me presentó el jefe político provincial Stürz. Empezó colmándome de reproches por lo sucedido con el jefe político de la región, hasta que me vi obligado a recordarle mis derechos como dueño de la casa. Al preguntarle si la deserción podía quedar impune para los funcionarios del partido, se rindió. Debió comprender que mi actitud en aquel caso se basaba en consideraciones estrictamente militares y jurídicas. No creo que Adolfo Hitler llegase a enterarse de aquel asunto, pero estoy convencido de que también él me habría dado la razón.

Recibí un valioso refuerzo de tropas procedentes de Friedenthal. Con los soldados que volvían de los cursillos o de permiso había formado una compañía de asalto al mando de mi viejo amigo el teniente Schwerdt, en el cual sabía que podía confiar ciegamente. La compañía, equipada con coches blindados para tiradores, tenía una considerable capacidad combativa. Durante las semanas siguientes, aquella compañía consituyó mi mejor y última reserva de intervención.

Con gran sentimiento por mi parte, el comandante general del cuerpo fue relevado. Le sustituyó el teniente general de las SS y general de la policía von Bach-Zelewski, al cual ya había conocido en Budapest. Una catarata de nuevas órdenes cayó sobre las dos divisiones; sin embargo, el Estado Mayor se mostró incapaz de organizar el aprovisionamiento. Mis puntos de vista diferían con frecuencia del Estado Mayor de Bach-Zelewski, y nuestras relaciones no tardaron en agriarse. Lo que más me enfurecía era el hecho de que ninguno de los oficiales del Estado Mayor se tomara la molestia de estudiar la situación sobre el terreno, es decir, en la cabeza de puente. El propio Bach-Zelewski acudía de cuando en cuando a mi puesto de mando del castillo de Schwedt, pero casi nunca me encontraba allí: en tales

casos, escuchaba el informe de uno de mis oficiales, bebía su coñac y se marchaba. Por lo demás, mientras la división Schwedt estuvo en pie no recibí del mando ni visitas ni avituallamientos, pero tampoco órdenes ridículas.

Alrededor del 7 de febrero habíamos abandonado todas las posiciones avanzadas, a excepción de las del pueblo de Nipperwiese. Los rusos atacaban diariamente la cabeza de puente, embistiendo con tenacidad contra tres puntos determinados, siempre los mismos, a fin de perforar el frente. Por nuestra parte, saliamos a contraataque diario. Los tanques rusos llegaban casi siempre hasta la línea defensiva principal, donde debíamos rechazarlos con las *panzerfaust* y en luchas cuerpo a cuerpo. Por los interrogatorios efectuados a los prisioneros sabíamos que teníamos enfrente un cuerpo de ejército acorazado de élite, compuesto a partes iguales por tanques T-34 mejorados y tanques americanos entregados a Rusia en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo.

Así transcurrieron varios días. Al ataque seguía el contraataque. En cierta ocasión, dos tanques rusos penetraron por el norte y llegaron a un centenar de metros del puente, donde fueron destruidos por una de las baterías antiaéreas. La infantería que iba a su zaga se dispersó rápidamente. En otra ocasión, dos tanques rompieron el frente en el sector sur y dispararon sus cañones contra el castillo de Schwedt. Los dos fueron destruidos personalmente por el nuevo comandante del batallón que cubría aquel sector. Tales ejemplos obraban milagros sobre la tropa. Mis temores iniciales se desvanecieron: la tropa se batia y comportaba maravillosamente.

Finalmente, ante la aplastante superioridad enemiga, la compañía de la Luftwaffe, que mantenía un último puesto avanzado en el pueblo de Nipperwiese, se vio obligada a retirarse. En mi parte al mando de las dos divisiones de aquella noche comuniqué la novedad. A la mañana siguiente, en el preciso instante en que acababan de comunicarme que los rusos habían iniciado un fuerte

ataque contra Grabow, recibí un mensaje radiado del mando de cuerpo de Bach-Zelewski.

"El jefe de compañía responsable del puesto de Nipperwiese, ¿ha comparecido ante un consejo de guerra? ¿O ha sido ya fusilado?"

Furioso por el contenido de aquel mensaje, redacté apresuradamente la siguiente respuesta:

"El jefe de compañía no ha sido fusilado ni comparecerá ante ningún consejo de guerra."

Y me marché a las posiciones ocupadas por el batallón de paracaidistas en el interior de la cabeza de puente.

En aquel sector, la situación era sumamente grave. Hubo que evacuar varias veces la línea defensiva principal y reconquistarla a costa de un gran número de bajas. En dos ocasiones tuve que hacer intervenir desde el flanco a la compañía de asalto, para restablecer la situación. Pero los rusos volvían a la carga con nuevos tanques, con nuevos batallones.

De pronto, me transmitieron una llamada telefónica desde mi puesto de mando: debía presentarme a las cuatro de la tarde en el Grupo de Ejércitos, para informar. Inmediatamente supuse que el Estado Mayor, mal predispuesto hacia mí, había trasladado mi respuesta, no del todo cortés, al Grupo de Ejércitos, tal como estaba redactada. Una vez más, había caído en desgracia. Pero en aquel momento tenía cosas más importantes en que pensar. A la izquierda de la carretera, los rusos habían roto de nuevo el frente y amenazaban con penetrar en Grabow. Tras el ataque de los tanques, la infantería se atrincheró en un terreno lleno de arbustos. Nuestras tropas tuvieron que reconquistar palmo a palmo el terreno situado a la izquierda de la carretera. Los rusos luchaban con una tenacidad sorprendente; pero muy pocos de ellos regresaron a sus líneas.

Cuando hubimos restablecido nuestra línea defensiva principal, oscurecía ya. Consulté mi reloj: eran las seis. En el Grupo de Ejércitos me esperaban desde hacía dos horas. Regresé rápidamente a Schwedt. Allí me quité mis ropas de camuflaje de

invierno, mientras mi chófer me cepillaba a toda prisa el uniforme.

Llegué a Prenzlau alrededor de las ocho y media y me hice anunciar a Himmler, comandante supremo del Grupo de Ejércitos. La mayoría de los oficiales me recibieron fríamente. El ayudante de Himmler me informó de que la llamada estaba relacionada, efectivamente, con mi respuesta al mensaje del mando del cuerpo, y que el "Reichsführer", además, estaba furioso por mi falta de puntualidad.

—Tendrá que esperar un rato —me dijo el ayudante.

Decidí marcharme al casino. Allí, por lo menos, los ordenanzas se mostraron amables conmigo y me sirvieron un buen café, coñac y cigarrillos.

Poco después vinieron a buscarme y me llevaron a la misma estancia donde en otra ocasión habíamos discutido la posibilidad de utilizar las V-1 desde los sumergibles. Me presenté reglamentariamente. Himmler apenas se dio por enterado de mi saludo e inició en seguida en voz alta su sarta de reproches: "Insolencia, desobediencia, degradación, consejo de guerra..." Yo me mantenía en posición de firmes, esperando. El contraataque es siempre la mejor defensa, pensaba.

Mientras hablaba, Himmler andaba de un lado para otro. Súbitamente se detuvo delante de mí. Tomé aliento y expliqué en breves palabras lo ocurrido en Nipperwiese.

—El oficial se retiró del pueblo por orden mía —fueron las palabras con que terminé mi informe.

A continuación expresé mi opinión sobre el Estado Mayor del mando del cuerpo. Entre otras cosas, recuerdo que dije:

—"La división Schwedt ha recibido hasta ahora una enorme cantidad de órdenes absurdas, pero ni un solo kilogramo de material o de víveres."

Himmler me había escuchado en silencio, con cierta sorpresa por mi parte. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Pero me ha tenido esperándole cuatro horas.

Me disculpé, diciendo que no había podido abandonar mi

puesto hasta que quedó restablecida la situación de nuestras líneas de defensa.

El enojo de Himmler se desvaneció como por ensalmo. Me pidió que le informara de la situación exacta en la cabeza de puente. Escuchó atentamente mis explicaciones, y cuando observé que nuestros contraataques carecían de la necesaria eficacia debido a la falta de tanques, me prometió enviarme un grupo de cañones de asalto. Pensé que aquella promesa significaba más de lo que me hubiera atrevido a esperar, pero me reservé prudentemente tal opinión.

Himmler me invitó incluso a cenar, y cuando abandonamos la estancia puso una mano sobre mi hombro. Aún me parece estar viendo los rostros asombrados de los oficiales del Estado Mayor, que como mínimo habían esperado ver a un "Skorzeny degradado". Durante la cena, nuestra conversación versó sobre el fallo de muchos de nuestros servicios, que en ocasiones podía atribuirse a traición. Sobre aquel tema podía contar algo por propia experiencia. Nuestros radiotelegrafistas de Schwedt habían captado varias comunicaciones radiofónicas entre tanques enemigos. Algunas de aquellas conversaciones habían tenido lugar *en alemán*. Al parecer, los rumores que corrían acerca del "ejército Seydlitz" no carecían de fundamento. No cabía duda de que había unos alemanes que luchaban al lado de los rusos. Dos miembros del Batallón de Paracaidistas SS 600, que habían caído prisioneros y que más tarde consiguieron huir, afirmaron que habían sido interrogados por dos oficiales alemanes, en uniforme ruso.

La cena había terminado. Himmler se levantó para despedirme. Antes de marcharme, le pregunté:

—Reichsführer, hasta ahora sólo hemos hablado de cosas negativas. Usted conoce mucho más a fondo que yo la verdadera situación. ¿Cree que las armas nuevas nos permitirán ganar la guerra, a pesar de las actuales circunstancias?

Su respuesta quedó grabada en mi memoria palabra por palabra:

—Puede confiar en mi palabra, Skorzeny; al final, ganaremos la guerra.

No me explicó los motivos en que se basaba su optimismo. Desde luego, los cálculos que se hacian en el Cuartel General de Himmler no se ajustaban siempre a la realidad. Himmler manifestaba su creencia de que el depósito ruso terminaría por agotarse, y mes tras mes fijaba una fecha para ese agotamiento. Ese error de cálculo determinó la prematura ofensiva de Pomerania en febrero de 1945. La estocada en el flanco, que debía herir mortalmente al enemigo, se encontró con unas fuertes reservas rusas, las cuales, de acuerdo con las previsiones de Himmler, no debían ya existir.

En el mes de febrero fui llamado de nuevo al Cuartel General de Himmler. Esta vez me citaron para las 22 horas. En la discusión participaron también el Ministro de Armamentos Speer y el coronel Baumbach, comodoro de la escuadrilla 200. Conocía a aquellos dos hombres desde hacía tiempo. El ministro Speer había mostrado siempre la mayor comprensión para mis deseos, y como hombre le apreciaba mucho. En cuanto a Baumbach, había colaborado con él en más de una ocasión.

La discusión versó sobre una posible intensificación de la guerra aérea contra Rusia. El ministro Speer creía disponer de los aviones necesarios. Los trabajos preparatorios estaban casi completados. Se habian construido maquetas, a escala exacta, de todos los objetivos, y se había calculado el número de bombas especiales que serían necesarias. Como posible fecha del comienzo de la operación se habló de la primera semana de abril. Himmler parecía estar muy convencido del éxito. Más tarde hablé unos instantes a solas con el ministro Speer; su aspecto era de agotamiento. Cuando le pregunté si oiríamos hablar pronto de alguna nueva arma secreta, me contestó de un modo evasivo.

"La decisión está al caer", me dijo, al despedirse de mí.

La proyectada operación de la Luftwaffe contra Rusia quedó en agua de borrajas.

En cuanto dispusimos del grupo de cañones de asalto efectuamos varias salidas de la cabeza de puente, con mucho éxito. En una de aquellas salidas, nuestros hombres entablaron combate con un batallón ruso de lanzallamas y lo aniquilaron. El jefe del batallón, un capitán, cayó prisionero. El interrogatorio, al cual asisti, nos demostró el profundo viraje que había dado la propaganda rusa, con resultados positivos. Delante de nosotros no teníamos a un marxista, fiel a la linea del partido, de ideas internacionalistas, sino a un ruso patriota, casi chauvinista. Confieso que me impresionó la actitud de aquel oficial durante el interrogatorio.

En otra ocasión tomamos la localidad de Hanseberg, situada fuera de la cabeza de puente. El botín —morteros, cañones antitanques y ametralladoras— fue tan enorme, que el mando de las divisiones apenas daba crédito a las cifras, y sólo quedó convencido cuando unos oficiales del Estado Mayor efectuaron personalmente el recuento, en Schwedt.

Un tercer ataque tuvo como objetivo un cruce de carreteras próximo a Koenigsberg. Por la noche, varios cañones de asalto y una compañía del Batallón de caza "Noroeste" quedaron cercados en una colina. Habían avanzado demasíado. Al amanecer, sin embargo, consiguieron romper el cerco y regresar a nuestras líneas.

Desgraciadamente, el grupo de cañones de asalto nos fue retirado al cabo de diez días. A pesar de ello, conservamos en lo posible nuestra capacidad ofensiva, que había de proporcionarnos otros éxitos.

El mariscal del Reich, Hermann Goering, estaba muy interesado en los acontecimientos de la cabeza de puente de Schwedt (su finca "Karinhall" se hallaba situada al oeste de aquella población). Diariamente, alrededor de las dos de la madrugada, solía llegar la última llamada procedente de Karinhall, preguntando por la situación. Cierto día, el mariscal ordenó que me pregunta-

ran si tenía algún deseo. Contesté que lo único que deseaba eran tropas de refuerzo.

Al día siguiente se presentó en Schwedt un batallón de reciente formación perteneciente a la división "Hermann Goering" Su comandante, distinguido con la Cruz de Caballero con hojas de roble, solicitó inmediatamente un sector del frente. Al preguntarle por sus experiencias como soldado de infantería me dijo que hasta hacía muy poco tiempo había sido aviador de caza. Lo mismo sucedía con la mayoría de sus hombres.

En tales condiciones, no podía confiarles aquella responsabilidad. A pesar de las protestas del comandante, dividí el batallón en pequeños grupos y los añadí como refuerzo a mis mejores unidades. Al cabo de unas semanas, cuando el batallón fue retirado, el oficial de aviación me agradeció aquella decisión. Sus soldados apenas habían sufrido bajas, y las experiencias vividas les habían convertido en poco tiempo en una excelente tropa.

La lucha se hacía más dura de día en dia. Los rusos insistían en sus ataques. El tiempo, frío y húmedo, minaba la resistencia de nuestros soldados. Teniendo en cuenta el hecho de que muchos de mis soldados habían estado vagando durante semanas enteras por la región antes de ser controlados por mis servicios de recuperación, resultaba sorprendente que en todo el tiempo que duraron los combates en la cabeza de puente no se produjeran más que seis o siete casos de deserción. Los culpables, naturalmente, fueron juzgados por un tribunal de la división. Cuatro de los casos merecieron la condena a muerte. Tras la confirmación del fallo por el mando de las divisiones, se cumplieron las sentencias. Sin embargo, la disciplina de la unidad no se relajó en ningún momento, y la moral fue siempre elevada. Creo que el siguiente hecho puede demostrarlo:

La ciudad de Schwedt había transformado uno de sus parques en cementerio de honor. Las hileras de tumbas eran cada vez más numerosas. Desde luego, en comparación con las que experimentaban otras unidades, nuestras bajas eran mínimas, pero a pesar de ello me angustiaba su creciente número. Nuestros caí-

dos no quedaban nunca en terreno enemigo o en tierra de nadie: las patrullas de choque salían de noche para recoger a los camaradas muertos y traerlos a nuestro lado. Creo que ahora las hileras de tumbas del parque de Schwedt han sido allanadas...

En la división Schwedt tuve también a mis órdenes a una compañía de cosacos mandada por el cononel ruso S. Se portaron de un modo muy valeroso. Más tarde me enviaron un regimiento rumano.

En las filas de los batallones de caza luchaban noruegos, daneses, holandeses, belgas y franceses. No es exagerado decir que en la cabeza de puente de Schwedt combatió valientemente una división europea. Aquellos hombres luchaban por una Europa Unida. Este parece ser también el objetivo de nuestra época, pero quizás a los europeos de la hora actual les falte la experiencia de la lucha hombro con hombro. Nosotros tuvimos aquella experiencia, y su recuerdo no nos abandonará nunca.

Cierto día se produjo una gran alarma. Al amanecer, los rusos habían atacado con fuerzas considerables nuestra linea de defensa principal a lo largo de la carretera de Koenigsberg, arrollándola. Pocas horas después tomaban también el pueblo de Grabow, y se situaban a 3 kilómetros del Oder. El cinturón de fortificaciones interior estaba preparado para la defensa. Con la compañía de asalto y parte del batallón de zapadores, nuestras últimas reservas, iniciamos el contraataque. Nos rechazaron. Insistimos, hasta que conseguimos acercarnos al pueblo. Tuvimos que reconquistarlo casa por casa. Los tanques y los edificios en llamas iluminaban el nublado día. Avanzamos lentamente, luchando por cada calle, por cada trozo de pared. Cuando alcanzamos la antigua línea principal de defensa era casi de noche.

Los camilleros estaban agobiados de trabajo. Delante de la pequeña iglesia del pueblo, medio derrumbada por los cañonazos, yacían nuestros muertos. Entre ellos se encontraban cuatro de mis antiguos compañeros del Gran Sasso. Estreché en silencio la mano del teniente Schwerdt, que había tenido una íntima amistad con ellos. Cuando entré en el reconquistado sótano, antiguo puesto

de mando del batallón de paracaidistas, quedé asombrado al comprobar que el teléfono seguía funcionando. Llamé al puesto de mando de la división para comunicar el final de la lucha y me enteré que el mariscal Goering me estaba esperando en Schwedt desde hacía varias horas. Contesté que me dirigía inmediatamente hacia allí.

Al llegar al cuartel encontré a Hermann Goering en su coche descubierto y rodeado de soldados. Me llamó la atención el hecho de que Goering no llevara ninguna condecoración encima de su uniforme gris. Cuando le hube informado brevemente de la situación, quiso visitar nuestra cabeza de puente. Me mostré de acuerdo. Pero a su séquito no pareció gustarle la idea. Un general gruñó, dirigiéndose a mí:

—Le hago a usted responsable de lo que pueda suceder.

Me encogí de hombros. No puedo negar que aquella primera visita de categoría a nuestra cabeza de puente me llenaba de satisfacción.

Poco más allá de Nieder-Krönig hice detener los dos coches. A partir de aquel momento la carretera quedaba bajo la observación directa del enemigo, y no quise que el cebo de los dos vehículos pudiera atraer sobre el mariscal del Reich el fuego de la artillería. Echamos a andar por la cuneta, acercándonos al pueblo en llamas. De cuando en cuando teníamos que dejarnos caer al suelo, uno al lado del otro, alertados por el silbido de una granada rusa.

A lo lejos vimos un tanque ruso en llamas sobre la carretera. En aquel momento pasábamos por delante del emplazamiento de un cañón antiaéreo del 8,8 de la Luftwaffe.

—¡Hola, chicos! Lo habéis hecho muy bien —dijo Goering, señalando hacia el tanque.

A continuación estrechó la mano de todos los artilleros y les obsequió con ginebra y cigarrillos.

Un centenar de metros más allá encontramos a la dotación de un cañón antitanque alrededor de su pieza. Pertenecía al Batacón de caza "Centro".

—¿No os apena no haber sido vosotros los que han acabado con aquel tanque? —preguntó Goering en tono jovial.

El alférez enrojeció y se apresuró a decir:

—Tengo el honor de informarle, señor mariscal del Reich, de que el tanque ha recibido dos impactos nuestros.

Goering se echó a reír y regaló también ginebra y cigarrillos a aquellos hombres.

Finalmente llegamos al pueblo. Goering lo observaba todo con mucha atención. Los tanques le interesaban de un modo especial. Por verdadera casualidad no los habíamos volado aún, cosa que siempre hacíamos inmediatamente después para inutilizar por completo un tanque enemigo. El mariscal entró en el puesto de mando del batallón y repartió regalos. Mi IA, que era fumador de puros, recibió una caja de excelentes vegueros.

Había oscurecido por completo y ordené que vinieran los coches. Me despedí de Hermann Goering a la salida del puente de Schwedt. Mientras el automóvil del mariscal del Reich se alejaba, oí que un centinela del puente decía:

—A pesar de todo, el gordo Hermann es un tío valiente.

Los rusos habían puesto de nuevo en funcionamiento el aeródromo de Koenigsberg. Con nuestras baterías antiaéreas del 10,5 procurábamos obstaculizar el tránsito aéreo. Teníamos un observador en la torre del campanario de Hohen-Krönig, el cual nos avisaba por teléfono cuando un avión se disponía a aterrizar. Algunos disparos bien dirigidos sobre la pista de aterrizaje provocaron más de un accidente.

Un día relativamente tranquilo decidí aprovechar la calma reinante para dormir unas cuantas horas de un tirón. Tenía la cama instalada en mi oficina. De repente, me despertó el tintineo de los cristales de la ventana. Un aviador ruso había acribillado a balazos de su ametralladora toda la fachada del edificio. Dos de los proyectiles penetraron en mi habitación. Incluso a mi perro *Lux* le pareció descortés aquella forma de despertar a la gente, y expresó su opinión con una serie de furiosos ladridos.

Una noticia difundida por la BBC inglesa nos divirtió mucho.

Más o menos, decía lo siguiente: "El conocido teniente coronel de las SS Skorzeny, que llevó a cabo la "operación Mussolini", ha sido nombrado general de brigada. Al mismo tiempo le ha sido confiada la defensa de Berlín. Esto le convierte en el "hombre fuerte" de la capital del Reich". Y, para condimentar debidamente la noticia, terminaba así: "Skorzeny ha empezado ya a "liquidar" a los elementos poco seguros de la población del norte de Berlín."

De momento, como ya he dicho, la noticia me hizo reír. Pero luego recordé que, efectivamente, en la Cancillería del Reich se había hablado de la posibilidad de utilizarme de algún modo para la defensa de Berlín. Este hecho podía haber dado origen a la "fantasía" de la BBC. Pero, ¿cómo había llegado tan rápidamente la noticia a Inglaterra, burlando las medidas de seguridad de la Cancillería?

Habíamos convertido el antiguo casino de oficiales del regimiento de caballería de Schwedt en hogar de recuperación para soldados, los cuales pasaban allí unos días de descanso en turnos de a 20. Quien sepa por experiencia lo que significa una cama con sábanas blancas, un cuarto de baño y una mesa bien puesta para un hombre que se ha pasado meses enteros en una trinchera, comprenderá el entusiasmo con que fue acogida la inauguración de aquel Hogar del Soldado. Como dato anecdótico citaré el hecho de que hubo que vencer muchas dificultades para que se permitiera el uso de los cubiertos de plata en el hogar.

Al cabo de unas semanas no me preocupaba ya la idea de que nuestro frente podía dejar de resistir. En algunos momentos, tenía la impresión de que iba a envejecer y a echar canas en Schwedt. Durante el día efectuaba continuos recorridos por las posiciones de la cabeza de puente, inspeccionándolo todo. Por la noche me ocupaba de los asuntos de Estado Mayor. Casi diariamente recibía alguna visita procedente de Berlín que aportaba un poco de novedad a la monotonía de las jornadas. Por regla general, los visitantes me estaban esperando a mi regreso de la cabeza de puente. Vivía tan dedicado a los problemas del

sector ocupado por mi división que no pensaba demasiado en los términos generales de la situación. Creo, sinceramente, que era preferible que ocurriera asi.

Inesperadamente, el 28 de febrero de 1945 me llegó la orden de traslado a Berlín. Todos los esfuerzos que realicé para poder llevar conmigo algunas de mis tropas resultaron inútiles. Intuía que los dos batallones y las unidades especiales estaban prácticamente perdidos para mí. Disponía de un plazo de 48 horas para hacer entrega de la división al nuevo comandante.

Capítulo XXVIII

La catástrofe en el Oeste. — El puente de Remagen. — Actuación de los hombres-rana. — En las aguas heladas del Rin. — Traslado a la fortaleza alpina. — Por última vez con Hitler. — La Cruz de Caballero con hojas de roble. — Unica esperanza. — Junto al mariscal de Campo Schoerner. — Ultimo encuentro con Viena. — Rusos en mi suelo patrio. — Despedida. — Acción en la Austria septentrional. — ¿Ultimo reducto? — 20 de abril de 1945. — El Führer ha muerto: ¡viva Alemania! — Armisticio. — Ultimos días en libertad.

Al principio no me encontraba a gusto en Berlín. Las tareas del Estado Mayor, atado a una mesa de despacho, no eran de mi agrado. Además, ahora me resultaban mucho más difíciles, porque la mayoría de mis oficiales habían sido trasladados a Hof, en Baviera. El problema del abastecimiento era cada vez más grave. La más eficiente de las organizaciones hubiera sido incapaz de atender al arreglo de los desperfectos que los continuos ataques aéreos aliados causaban en las instalaciones ferroviarias.

Cierto día, Oranienburg fue objeto de un terrible ataque aéreo. Una alfombra de bombas cayó a menos de un kilómetro de

distancia de Friedenthal. Era evidente que aquel "saludo" iba destinado a nosotros. Por la noche se desvanecieron nuestras posibles dudas. Una emisora inglesa dio la noticia de que el Cuartel General del "tristemente célebre raptor de Mussolini, Skorzeny", había sido objeto de un ataque aéreo aliado y había quedado completamente destruido. A pesar de que no desmentimos aquella falsa noticia, se produjeron otros dos ataques. El último de ellos, en abril de 1945, obtuvo un éxito parcial: los rusos ocuparon únicamente las cuatro paredes del edificio.

El día 7 de marzo de 1945 se produjo una catástrofe en el frente del Oeste. Un puente sobre el Rin, a la altura de Remagen, cayó intacto en manos de los americanos. Durante varios días la aviación alemana bombardeó el puente, tratando de destruirlo, pero los bombardeos resultaron inútiles. Una noche me ordenaron que me presentara en la Cancillería del Reich. El capitán general Jold me encargó la misión de volar aquel puente con un grupo de mis hombres-rana. Unos aviones especiales se ocuparían de nuestro traslado.

Fue la primera vez que acepté una misión poniendo ciertas condiciones. La temperatura del agua del Rin era en aquellas fechas de unos 6 a 8 grados centígrados, y la cabeza de puente americana tenía ya, corriente arriba, una anchura de casi diez kilómetros. En consecuencia, tuve que admitir que las posibilidades de éxito eran muy remotas. Llevaría mis mejores hombres al lugar previsto, pero, una vez allí, ellos mismos decidirían si debían intentar la difícil empresa.

El alférez Schreiber era el jefe de la compañía de caza "Danubio". Se comprometió a llevar a cabo con sus hombres aquella acción casi desesperada. Transcurrieron varios días antes de que consiguiéramos llevar desde el Mar del Norte hasta el Rin las necesarias minas-torpedo. Algunos de los transportes fueron atacados por los bombarderos enemigos y se quedaron en el camino. Cuando todo estuvo dispuesto, la cabeza de puente, río arriba, tenía una anchura de 16 kilómetros.

En medio de la fría noche, los hombres-rana empezaron a ale-

jarse de la orilla. Los faros de los americanos recorrían incansablemente la superficie del agua. El grupo continuó avanzando, a pesar del intenso fuego que brotó repentinamente desde la orilla opuesta y que causó varias bajas. Su desilusión debió de ser terrible cuando, poco antes de llegar a la meta, tropezaron con varios puentes de pontones que el ejército americano había construido. A pesar de todo, colocaron las cargas explosivas. Cuando alcanzaron la orilla, medio muertos, fueron hechos prisioneros.

Por este y por otros asuntos del servicio tuve que ir con cierta frecuencia a la Cancillería del Reich. En cierta ocasión me hicieron esperar en la secretaría de Hitler, donde el doctor Stumpfecker examinó mi ojo. Mientras estábamos allí se presentó una dama: era Eva Braun, de cuya existencia oí hablar por primera vez en aquel momento. Iba elegantemente vestida y me pareció una persona simpática y modesta. No llegué a conocerla más a fondo, a pesar de que al serle presentado me invitó a visitarlas a ella y a su hermana, diciéndome que había oído hablar mucho de mí. Olvidé aquella invitación. Por el doctor Stumpfecker me enteré de que Fegelein solía asistir a aquellas veladas, y que a medida que avanzaba la noche empezaba a ponerse pesado y la emprendía contra los subordinados que estaban presentes. No quise exponerme a una de aquellas escenas.

A finales de marzo de 1945 acudí una vez más a la Cancillería, para entrevistarme con un oficial del Estado Mayor de la Wehrmacht. Mientras aguardaba en una antesala, salió Adolfo Hitler de uno de los salones contiguos. Quedé horrorizado al ver a aquel hombre encorvado, envejecido y agotado. Al verme, se acercó a mi y me tendió las dos manos.

—Skorzeny, quiero darle las gracias por sus servicios en el frente del Oder —me dijo—. Su cabeza de puente fue durante varias semanas nuestra única esperanza. Le he concedido la Cruz de Caballero con Hojas de Roble, y dentro de unos días se la entregaré personalmente. Entonces podrá informarme también de sus experiencias.

Murmuré unas frases de gratitud. Hitler descendió con su séquito al "bunker" subterráneo.

Una noche, al sonar la alarma aérea, bajé al refugio del parque zoológico, donde había sido establecido el hospital de la Luftwaffe. Aproveché la ocasión para visitar a mi IA, Werner Hunke, hospitalizado allí. Le encontré muy animado y con grandes deseos de que le dieran el alta para volver con nosotros. Allí conocí también al coronel Rudel, jefe de una famosa escuadrilla de *stukas* que había destruido centenares de tanques rusos. Hacía muy pocos días que le habían amputado un pie, pero a pesar de ello el joven oficial confiaba en poder volver a volar muy pronto. Luego vi a Hanna Reitsch, un soldado pequeño de cuerpo pero con un espíritu gigante. Yo sabía cuánta falta le hacía como piloto al capitán general von Greim. Cuando se lo dije, su rostro se iluminó. Era un idealista como hay pocos.

—Si puedo volar, puedo sustituir a un soldado. Pronto estaré de nuevo en el frente, donde está mi lugar como soldado alemán.

Estas fueron sus palabras de despedida.

Las baterías antiaéreas habían enmudecido y sali del refugio.

Pocos dias después, el 31 de marzo de 1945, recibí la orden de trasladar mi Estado Mayor a la llamada "fortaleza alpina". Dada la inminencia del inevitable final, supuse que el Cuartel General del Führer sería trasladado también allí para hacer frente a los amargos acontecimientos.

Intenté de nuevo rescatar del frente del Este por lo menos a aquellos de mis hombres que poseían cierta experiencia de la lucha en las montañas. Tras laboriosas gestiones obtuve la autorización de traslado del comandante del Batallón de caza "Centro" con 250 hombres. En consecuencia, íbamos a empezar de nuevo con dos compañías.

En Hof, donde me detuve para terminar los preparativos del traslado, me llegó una nueva orden. Debía dirigirme inmediatamente al puesto de mando del capitán general Schoerner, situado en la Marca del Este, para hablar con él del uso que podía hacer

del recién creado Batallón de caza "Este II". La nueva formación susituía al antiguo Batallón de caza "Este", aniquilado en Hohensalza.

Emprendimos la marcha en un coche "Volkswagen", mi oficial ayudante, un radiotelegrafista, el sargento B., mi chófer y yo. El 10 de abril llegué al Cuartel General del Grupo de Ejércitos Centro, a tiempo para felicitar a Schberner por el bastón de mariscal que acababa de serle concedido. A pesar de que mi contacto con él fue muy breve, me di cuenta de que Schoerner era un hombre al que unos odiaban por su intransigencia y muchos admiraban por su valentía. Las dos misiones especiales planeadas para mis batallones de caza afectaban a dos puentes de carretera situados detrás de las lineas enemigas. Una semana más tarde, los dos puentes habian sido volados.

El público de todo el mundo debería saber que todos los que en aquellos momentos se encontraban en primera línea permanecieron fieles a Alemania hasta el último instante. No había que buscar los desertores en el frente, sino en la retaguardia. En Alemania, los saboteadores no se encontraban junto a los bancos de trabajo, sino en los puestos más elevados. Si no, ¿cómo se explica que en el otoño de 1944 los trabajadores del Ruhr trataran de impedir a bastonazos la huida de unidades desmoralizadas de la retaguardia del frente del Oeste? ¿Cómo se explica que en los meses posteriores los mineros de las regiones inmediatas a los campos de batalla bajaran a sus pozos? Incluso de debajo de aquellos campos de batalla extrajeron carbón para la defensa de la patria. Personalmente, me consta que cuando los rusos estaban ya junto al Oder una fábrica de Litzmannstadt llamó a Berlín para preguntar si podía reanudar el trabajo. ¿Cómo se explica que las fábricas de Silesia continuaran trabajando cuando estaban al alcance del fuego de la artillería rusa? Los trabajadores seguían en las fábricas incluso cuando se abandonaban las posiciones avanzadas. Estaban convencidos de que los soldados alemanes volverían.

Por el informe de un oficial del Estado Mayor me enteré de

lo crítico de la situación en Viena. Al parecer, las tropas enemigas habían penetrado ya en la ciudad. Mi preocupación por la unidad de caza "Sureste" me empujó hacia allí. Deseaba también ver a mi madre y, a ser posible, trasladarla a un lugar más seguro. A estos motivos se añadía un impulso secreto, que no quería confesarme a mí mismo: deseaba ver por última vez Viena, mi ciudad natal.

Después de un viaje de apenas seis horas llegué, procedente de Korneuburg, a la carretera Viena-Floridsdorf. El espectáculo que ofrecía aquella carretera, llena de fugitivos, me conmovió profundamente. Entre los que huían había muchos soldados que marchaban por su cuenta.

Junto a una barricada antitanque se produjo una pequeña e involuntaria interrupción. Tendidos en la cuneta, varios heridos esperaban... Un brigada muy gordo, que a juzgar por sus "condecoraciones" se había pasado la guerra apoltronado en el sillón de una oficina, pasaba en aquel momento montado en un carro en el cual viajaban otros cinco militares de parecida catadura. Le grité que detuviera el carro, pero no me hizo caso. Mi radiotelegrafista cogió las riendas del caballo y le obligó a pararse.

—¿No va usted a llevarse a esos heridos? —le pregunté al brigada, conteniendo a duras penas mi indignación.

Señalando hacia atrás, me dijo:

—Está todo lleno.

Me acerqué a mirar la carga y quedé asombrado. Consistía en muebles tapizados, divanes, mesillas de noche y otros enseres "militares". Y una muchacha, muy guapa, por cierto.

—¡Descarguen inmediatamente todo eso! —ordené en tono furioso.

Desarmé al brigada y a los otros "héroes" y entregué las armas a los heridos menos graves. Con su ayuda, el carro quedó descargado rápidamente. Acomodamos lo mejor que pudimos a los heridos de más gravedad y un soldado con la cabeza vendada empuñó las riendas.

—Diríjase al hospital más próximo —le dije.

El destronado brigada y sus compañeros nos vieron marchar con miradas que no eran precisamente amistosas. En situaciones críticas, el egoísmo lo arrolla todo.

Empezaba a oscurecer cuando entré en la ciudad por el puente de Floridsdorf. Se oía un lejano tronar de cañones. Las columnas de humo señalaban los incendios. ¿Dónde estaba el frente? Me dirigí rápidamente a la Comandancia Militar, instalada en el antiguo Ministerio de la Guerra, en el Stubenring. El enorme edificio estaba a oscuras. Un centinela me informó de que el puesto de mando se encontraba en el Hofburg. Las calles de la ciudad aparecían solitarias, todos los faroles estaban apagados. De cuando en cuando, una sombra se movía cautelosamente pegada a la pared. Numerosas casas derrumbadas atestiguaban que también Viena había sufrido las consecuencias de los ataques aéreos. Al llegar a la plaza de los Suecos no pude continuar a lo largo del muelle: la casa donde habitaba mi hermano estaba semiderruida y sus escombros bloqueaban la calle.

En la oficina vienesa del batallón de caza "Sureste" me enteré de que el comandante había trasladado aquella misma tarde su puesto de mando a Krems; la compañía de caza "Danubio" había abandonado también su cuartel de entrenamiento de los Baños Diana. Decidí visitar a ambas unidades en mi viaje de regreso.

En los amplios patios y soportales del Hofburg había muchos coches. En uno de los sótanos encontré a varios oficiales trabajando. Allí me enteré de que las tropas enemigas habían alcanzado los suburbios de la ciudad por diversos puntos, pero que se luchaba contra ellas. En realidad, nadie pudo darme una noticia concreta. Era casi medianoche. Una de las cosas que quería hacer era visitar mi antigua empresa. Las calles oscuras estaban completamente vacías y las barricadas me obligaron a dar muchos rodeos. Al llegar al cinturón de Matzleinsdorf oí un intenso rumor de lucha a mi izquierda. La ancha calle estaba bloqueada por las barricadas.

Me apeé del coche en el instante en que delante de mí sur-

gían dos figuras en la oscuridad: eran dos policías vieneses, armados con pistolas automáticas y con cascos de acero.

—Estamos encargados de la defensa de estas barricadas —me explicaron, con evidente ironía.

Hasta entonces no había visto tropas ni posiciones de defensa ocupadas. En tales condiciones, ¿cómo podía continuar la lucha? ¿Cómo podía defenderse Viena con éxito?

Dando muchos rodeos llegué finalmente a Meidling, donde estaba situada mi empresa. Desde el patio divisé mis antiguas oficinas. Mis hombres se quedaron sentados en el coche. El ruido de la lucha resonaba tan cerca que toda precaución era poca. En la oficina principal encontré a mi socio y a su secretaria. Al verme quedaron asombrados. Lo que me contaron no era muy alentador. Aquel mismo día habían quedado cortados el gas, la luz y el teléfono. Se habian producido algunos saqueos de edificios públicos. Incomprensiblemente, las autoridades habían prohibido a los particulares abandonar la ciudad con sus coches, aunque, por lo que pude ver, no todos los vieneses cumplían aquella orden. Más incomprensible resultaba el hecho de que no se acudiera a los depósitos de víveres existentes en la ciudad para atender a las necesidades de la población.

Estábamos sentados a la luz de una vela. La secretaria preparó un poco de té en un infiernillo de alcohol. Agradecí muchísimo aquella bebida caliente. Nuestra conversación giró casi exclusivamente alrededor del sombrío futuro: no había ya lugar para otros pensamientos. El hecho de que Viena se hubiese convertido en campo de batalla y casi todos los frentes estuviesen dentro del territorio del Reich resultaba muy difícil de digerir. ¿Habrían sido inútiles los sacrificios que el pueblo alemán había realizado durante más de cinco años? En mi calidad de soldado no podía permitirme pensar demasiado en esas cosas. Debía limitarme a cumplir con mi deber hasta el final.

Bajamos al patio. En el garaje, mi coche particular reposaba sobre unos bloques de madera desde el comienzo de la guerra. En el patio se habían reunido unas cuarenta o cincuenta perso-

nas, hombres y mujeres de la vecindad. Aquella noche, Viena no dormía. Muchos de los allí reunidos me conocían; algunos eran trabajadores de mi empresa. Sus saludos me emocionaron. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que ejercía mi profesión allí? Más de cinco largos años de guerra me separaban de la vida normal.

Súbitamente se acercó mi chófer y me murmuró al oído:

—He visto varios tanques que se dirigían hacia el centro de la ciudad, y no creo que sean de los nuestros.

Había llegado el momento de marcharnos. No tenía el menor deseo de caer prisionero. Muchas manos querían estrechar las mías. Un obrero murmuró:

—Le deseamos mucha suerte, señor ingeniero. Todos le recordamos con afecto.

Afortunadamente, conocía Viena como la palma de mi mano. Avanzando por calles secundarias, llegamos de nuevo al cinturón de barricadas sin defensores. Ahora se oían claramente los disparos de los cañones antitanques. La noche estaba iluminada por varios incendios. La ciudad, aparentemente muerta, aguardaba su destino con resignado fatalismo.

En el Hofburg encontré al ayudante de Baldur von Schirach, jefe político de la provincia. Le conté en breves palabras lo que acababa de presenciar. Se negaba a creerlo.

—Según todas las noticias, tenemos un frente sólido —me dijo.

Luego me llevó ante su jefe.

"Una estancia demasiado elegante para puesto de mando", pensé al entrar. Además, el jefe político provincial, Baldur von Schirach era "Comisario de Defensa del Reich". Le conté lo mismo que acababa de contarle a su ayudante, añadiendo:

—Durante mi recorrido a través de Viena no he visto a un solo soldado alemán. Las barricadas están abandonadas. Los rusos pueden meterse por donde les dé la gana.

—Imposible —me respondió.

Me explicó que el frente estaba cubierto por dos divisiones SS, entre otras. Al parecer, no tenía la menor idea de los kiló-

metros que podían ocupar unas divisiones diezmadas y agotadas. Lucharían desesperadamente, desde luego. Pero a veces no basta la voluntad de lucha. Recomendé a von Schirach que efectuase por sí mismo un recorrido de reconocimiento, o que enviase a alguien que pudiera informarle verazmente.

Baldur von Schirach me llevó junto a un mapa y allí desarrolló la operación que, según él, debía liberar Viena. Varias divisiones atacarían desde el Norte y desde el Oeste, formando una tenaza. El plan era muy parecido al que sirvió para liberar a Viena durante la guerra con los turcos, en 1693. En aquella época, el salvador de Viena fue el príncipe Starhemberg. Aquellas explicaciones sobre el mapa, a la luz de las velas, en el profundo sótano del castillo imperial, me produjeron una extraña impresión. ¿Acaso no era operar con divisiones fantasma? Yo sabía que no existían aquellas tropas. Recuerdo las palabras que pronunció von Schirach al despedirse de mí:

—Aquí lucharé y aquí caeré.

Al salir, pensaba: "¿Hará Baldur von Schirach lo que hizo Hanke en Breslau?"

En la estancia contigua había varios amigos del jefe político, expertos en materias de arte. Acepté un tentempié que me ofrecieron. Mientras lo tomaba entró el subjefe político, Scharitzer. Iba de uniforme y regresaba de una inspección nocturna por la ciudad. Confirmó lo que yo había dicho. Entonces supe que algunos de los oficiales de la comandancia de Viena habían establecido contacto con los rusos. ¿Para qué? ¿Acaso podían evitar lo peor? Hubieran podido evitarlo, caso de contar con la tropa. Pero, ¿de qué servía el batallón de servicio de patrulla, si no quería luchar? En las divisiones del frente no había un solo comandante que estuviese con ellos. La ley de la mayoría y del deber era la que decidía siempre.

Subí al coche y me dirigí rápidamente a la casa que tenía alquilada en Döbling. Junto a la Iglesia de los Escoceses vi dos tanques alemanes parados. La ciudad ofrecía el mismo aspecto de antes: calles solitarias, barricadas abandonadas... En los parques

reinaba un silencio mortal. A lo lejos oíanse algunos disparos de fusil. Busqué en mi casa apresuradamente algunas armas de caza; tal vez en los meses venideros se presentara la ocasión de utilizarlas. Por lo demás, la vivienda estaba intacta. Los oficiales alemanes teníamos rigurosamente prohibido sacar nada, ni siquiera un insignificante mueble, de las zonas en peligro. Me atuve a aquella prohibición. Pensé que las llaves y la vivienda completamente instalada quedaban a merced del enemigo... o del saqueador.

Mi chófer no cesaba de recomendarme que me diera prisa. Los disparos de fusil resonaban ahora más cerca. Probablemente bajaban algunas patrullas especiales rusas desde el Bosque de Viena. Sin embargo, no se oía ruido de lucha. ¿Dónde estaba el frente? Subimos al coche y nos dirigimos de nuevo a la ciudad. Cuando llegamos a la casa en la cual vivía mi madre la encontramos también semiderruida. Un grupo de vecinos, que observaba los incendios desde el portal, se apresuraron a tranquilizarme: mi madre se había marchado de Viena unos días antes.

Me dirigí de nuevo a la Hofburg y le expliqué al ayudante el aspecto que presentaba el oeste de la ciudad.

—Mañana, Viena estará en manos de los rusos —le dije.

El 11 de abril, alrededor de las cinco de la mañana, nos encontrábamos de nuevo junto al puente de Floridsdorf. Miré a mi alrededor: sólo se divisaba el resplandor de los incendios. Los cañones tronaban a lo lejos. Un centinela del puente disparaba hacia alguna parte... Aquélla fue mi despedida de Viena. Durante los días que siguieron me faltó algo de mi habitual empuje.

A través de las carreteras de Waldviertler, en las cuales no había tantos embotellamientos, alcanzamos una localidad de Austria Septentrional. Desde allí mandé un mensaje por radio al Cuartel General del Führer. Decía:

En mi opinión, perderemos Viena hoy mismo. Patrullas reforzadas de la Wehrmacht deberían controlar los movimientos de retirada en las carreteras.

Supuse que con mi radiograma me entrometía en la jurisdicción de otros servicios, pero, dado que tenía la orden de transmitir inmediatamente al Mando las noticias importantes, lo hice así a pesar de todo, informando de la verdad.

A los restos de los batallones de caza "Sureste" y "Suroeste" les había dado la orden de retirarse a la fortaleza de los Alpes. Habían quedado casi "consumidas" en las operaciones en el frente y durante las continuas retiradas. Varias unidades continuaban luchando, subordinadas a algún Cuerpo. Me daba cuenta de que la fortaleza de los Alpes sería el último campo de batalla. En realidad, el final estaba claro, a no ser que el Cuartel General del Führer nos reservase una grata sorpresa.

En la Austria Septentrional se organizó un servicio de patrullas y la interminable corriente de fugitivos fue encauzada a través de las carreteras secundarias a fin de que las principales vías de comunicación quedaran libres para el tránsito de los vehículos de la Wehrmacht. Los soldados dispersos eran incluidos en alguna unidad.

Lo que ahora me interesaba era la legendaria fortaleza de los Alpes. Desde hacía varias semanas se estaban fortificando las estribaciones de los Alpes; pero, ¿habían almacenado suficientes víveres y municiones? ¿Había suficientes depósitos de armas? ¿Dónde se encontraba la oficina que coordinaba todos aquellos esfuerzos? Por lo que había visto hasta entonces, cada jefe político regional y cada comisario de Defensa del Reich pensaba únicamente en su propia región.

Las hojas de roble que me habían sido concedidas me fueron enviadas desde Berlín por un correo especial. Me sentía orgulloso de aquella distinción por mis servicios en la cabeza de puente de Schwedt. El nombramiento de coronel de las Waffen-SS estaría en camino. Sin embargo, ya no me alcanzó.

A mediados de abril, el capitán Radl había recibido también la orden de dirigirse hacia el Sur. Llenos de alegría nos saludamos en Linz. Allí se presentó también el capitán F., con sus 250 soldados del batallón de caza "Centro". De nuevo dispo-

níamos de un pequeño "conjunto". Cierto día —el 1 de mayo, si mal no recuerdo— me llamaron al Estado Mayor de la Wehrmacht, establecido junto al lago König. Al parecer, se disponían a luchar en defensa de la fortaleza de los Alpes. Como último lugar de escape para el Cuartel General se había previsto el llano de Gerlos. Me dieron la orden de formar el núcleo de un cuerpo de dos divisiones, el "Alpenland", con los restos de mis unidades. Pero de momento no se podía hacer gran cosa, ya que disponía de muy poco personal.

No tenía la menor idea de la situación en el Norte. Tal vez en algún rincón de Alemania se había preparado un bastión defensivo. Oí hablar de la fortaleza del Mar del Norte "Schleswig-Holstein", de las fortalezas "Dinamarca" y "Noruega", pero no pasaban de ser simples rumores.

La orden del día del mando supremo de la Werhmacht del 20 de abril de 1945 afirmaba:

Berlín continúa siendo de los alemanes y Viena volverá a ser alemana.

Aquel mismo 20 de abril cayeron las primeras granadas rusas en el casco urbano de Berlín. Para el entendido, sonaba como el gong para el último asalto. Recuerdo unas palabras de la proclama de Goebbels con ocasión del "aniversario del Führer":

La fidelidad es lo que da valor a un destino.

¿Cuál sería nuestro destino, cuál el destino de Europa? La derrota total de Alemania, cada vez más próxima, ¿sería una solución? ¿No era posible encontrar otro camino, un camino más positivo, para la Europa eternamente desunida? Desde luego, la guerra estaba decidida; pero, ¿quién ganaría la paz?

Nos enteramos de una noticia que nos pareció increíble: Hermann Goering había dirigido un ultimátum a Adolfo Hitler, siendo detenido a continuación. Seguramente se trataba de un error,

de un malentendido. Era imposible que la guerra terminase en medio de la disolución y el caos.

El 30 de abril me enteré por la radio de la noticia de la muerte de Adolfo Hitler; había caído en Berlín, la capital del Reich, que estaba cercada por los rusos. Reuní a los oficiales de mi Estado Mayor y les di a conocer la noticia. La recibieron en silencio, como si esperasen algo más de mí. ¿Qué debía decirles? Mi breve discurso terminó con estas palabras:

—El Führer ha muerto: ¡viva Alemania!

Al principio, la muerte de Adolfo Hitler parecía un hecho increíble. Luego, cuando la reflexión serenó mis pensamientos, llegué a la conclusión de que el Führer de la Gran Alemania debía morir en su capital. No podía ser testigo de su inevitable derrota. Los acontecimientos de aquella época son demasiado recientes para poder juzgar la personalidad de Hitler, tarea reservada a los historiadores de los decenios venideros. Para muchos alemanes, honestos y de buena fe, con Adolfo Hitler se perdió toda esperanza de un futuro feliz.

Se nombró un nuevo Gobierno del Reich, bajo la jefatura del almirante Doenitz, bien acogido en general.

Sin embargo, la guerra continuaba. Dado que la Werhmacht no tenía más alternativa que la rendición incondicional, debía seguir combatiendo hasta el amargo fin.

Comprendíamos que había que luchar mientras hubiese un gobierno alemán que lo ordenase y un trozo de tierra alemana sin ocupar. Sin embargo, no nos atrevíamos a interrogarnos acerca del sentido de aquella lucha.

Después de la guerra, muchas personas me preguntaron:

—¿Por qué seguisteis combatiendo? Era una locura, e incluso un crimen.

A esa pregunta sólo puedo contestar con una comparación: un náufrago nada mientras puede. Si a su lado pasa un barco de lujo, los pasajeros de aquel barco tienen derecho a pensar que los esfuerzos del pobre náufrago carecen de sentido y que sería preferible para él ahogarse de una vez.

Por aquellos días capituló el Ejército del Sur en Italia; al parecer, el Estado Mayor de la Wehrmacht no estaba informado de la capitulación. El 1 de mayo recibí la orden de organizar con unos cuantos oficiales la defensa de los puertos del Tirol meridional. Era demasiado tarde. Cuando un ejército capitulaba, no podía establecerse ninguna nueva línea de defensa.

Luego llegó la última orden del almirante Doenitz: Armisticio a partir del 6 de mayo de 1945. Llegada esa fecha, no podrían efectuarse movimientos de tropas. Yo había decidido marcharme a las montañas con mis colaboradores más íntimos. Mis últimos grupos de combate tenían orden de esperar mis posteriores disposiciones.

El día 6 de mayo estábamos sentados en un refugio en la cumbre del Dachstein. Me acompañaban el teniente coronel W., Radl, Hunke y otros tres oficiales. No teníamos nada preparado. Nos proponíamos mantener comunicación con el valle a través de dos chicas del servicio de trabajo femenino alemán. Teníamos que acostumbrarnos a la idea de que todo había terminado, de que todo nuestro idealismo y toda nuestra buena voluntad habían resultado inútiles. Alemania había perdido la guerra. ¿Sanaría Europa con ella?

Aquellos primeros días en la montaña, gozando de la nieve y del sol, hubiesen sido unas vacaciones casi perfectas de no haber perdurado en nosotros las preocupaciones por el futuro. La responsabilidad por mis hombres representaba también una carga para mí; aún estaban esperando mi última orden. Cada uno de nosotros se entregaba a sus propios pensamientos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Habíamos hecho realmente todo lo que era posible hacer? Seguramente se vilipendiará al soldado alemán, pero no podrán reprocharle una falta de sentimiento del deber.

Capítulo XXIX

Valor para responder. — El fin del nacionalismo. — Prisionero de guerra voluntario. — "Tonight you will hang". — ¿Siempre peligroso? — Oficiales esposados. — Interrogatorio poco amable. — Cada día algo nuevo: ¿está muerto Hitler? — Trato indigno. — El dedo sobre el gatillo. — ¿Fusilar? — A través de los molinos del CIC. — Un oficial caballeroso. — En la celda de la cárcel.

Se me ofrecían dos posibles soluciones: la huida al extranjero o el suicidio. Para mí hubiese resultado relativamente fácil encontrar un "Ju 88" que me trasladara a algún lugar seguro en el extranjero. Pero eso habría significado abandonarlo todo: Patria, familia y camaradas. ¿El suicidio? Muchos habían adoptado esa resolución. Sin embargo, yo creía que mi deber me obligaba a continuar con mis camaradas, a seguir viviendo con ellos. No tenía nada de que avergonzarme. Había servido a mi patria lealmente, sin cometer ninguna injusticia. Por lo tanto, pensé que no debía temer nada de nuestros enemigos. Para mis camaradas y para mí tenía que existir un nuevo comienzo.

Desde el valle recibimos la noticia de que los americanos habían entrado en Radstadt y Annaberg, y que establecerían cam-

pos de prisioneros de guerra. De modo que se perfilaba ya nuestro próximo futuro. Dado que sospechaba que el Ejército U.S.A. me estaba buscando, envié un mensaje a las tropas americanas estacionadas en el valle diciendo que no perdieran el tiempo buscándome: dentro de unos días me entregaría voluntariamente.

No nos hacíamos ninguna ilusión acerca de lo que iba a ser nuestra estancia en el campo de prisioneros, de modo que queríamos aprovechar unos cuantos días más la hermosa libertad de las montañas. Al propio tiempo, debíamos ordenar nuestros pensamientos, responder a los "¿por qué?", a los "¿para qué?" y a los "¿cómo?" que nos atormentaban.

Durante aquellos días, nosotros, soldados alemanes, llegamos a comprender muchas cosas. Había pasado la época de los estados nacionales, del rígido nacionalismo. Ahora debíamos apuntar a objetivos más altos. Todos nosotros, antiguos enemigos y amigos de siempre, debíamos encontrar una solución "europea". No debíamos renunciar a nuestros ideales, sino proyectarlos a un plano más elevado. La idea europea debía surgir espontáneamente del caos reinante. Y era evidente que arraigaría mejor en aquellos que habían estado animados de un apasionado amor a la patria, al tiempo que buscaban la unidad de Europa y se habían mostrado dispuestos a sacrificarse por ella: los voluntarios que lucharon en las filas de las Waffen-SS.

Del gobierno Doenitz no partieron más órdenes a las fuerzas armadas del Reich. Ni siquiera sabíamos si continuaba existiendo. Por lo tanto, debíamos actuar por cuenta propia. Puesto que el camino hacia el campo de prisioneros de guerra era para nosotros un camino obligado, decidimos recorrerlo cuanto antes.

La nieve tardía se fundía rápidamente bajo el sol de mayo; así tendríamos una ruta seca hasta el valle. Enviamos otro mensaje a la unidad americana, solicitando un coche para ir a Salzburgo el 15 de mayo, a las 10 de la mañana. Allí queríamos presentarnos al Estado Mayor de una división y pedir que nos dejaran reunir a todos los grupos del cuerpo "Alpenland" para marchar en formación al campo de prisioneros de guerra.

Convinimos en que me acompañarían el capitán Radl, el capitán Hunke y, como intérprete, el alférez P. Los demás se unirían al más próximo de nuestros grupos, que se encontraba en un valle cerca de Radstadt. Correctamente uniformados y con nuestras armas descendimos hacia el valle. Cerca de Annaberg vimos varias unidades de la Wehrmacht acampadas al lado de la carretera. Estaban esperando órdenes, que entonces partían de los americanos.

Nos presentamos en el puesto de mando de la unidad americana. A pesar de que el sargento estaba muy ocupado, pues acababa de recibir una orden de traslado de su tropa, puso inmediatamente a nuestra disposición un coche para el viaje hasta Salzburgo. El chófer, si no recuerdo mal, era un tejano sentimental. Paró delante de un bar y quiso comprar una botella de vino. Entré en el establecimiento con él y pagué. Cuando reemprendimos la marcha bebió un trago y nos entregó la botella, con estas palabras:

—*Drink you, guys! Tonight you will hang!*

El alférez P. tradujo: "Bebed, muchachos. Esta noche moriréis colgados". Era una invitación realmente amable. Brindé con mis compañeros, diciendo:

—¡A nuestra salud!

A pesar de los numerosos postes indicadores, nuestro tejano no encontró en Salzburgo el Estado Mayor de la división. Nos hizo apear delante de un hotel que estaba lleno de militares americanos; dio media vuelta... y desapareció. En los alrededores del hotel habia algunos oficiales alemanes "desmilitarizados" que nos contemplaban con curiosidad a causa de nuestras armas. Era la hora de comer y tuvimos que esperar un poco. Finalmente llegamos a la presencia de un comandante U.S.A. que escuchó nuestros proyectos y pareció aprobarlos. Hizo que nos acompañara un teniente. Debíamos dirigirnos de nuevo a San Juan, en el Pongau, y una vez allí solicitar de la comandancia alemana vehículos y órdenes para reunir nuestros grupos cerca de Radstadt.

Durante el viaje, el teniente me hizo saber que estaba informado de mi personalidad. No me descubrió nada del otro mundo, ya que en Salzburgo me había presentado con bastante claridad. Conversó conmigo —hasta donde lo permitían mis escasos conocimientos de inglés— de un modo muy razonable. Hasta entonces, la cosa marchaba bien. Pero, ¿continuaría igual?

En la comandancia alemana de San Juan conseguimos hablar con el general. Al vernos pareció tan sorprendido como los oficiales alemanes en Salzburgo. Por primera vez vi cómo un general alemán se ponía en posición de firmes ante un teniente americano. Quedé anonadado. La enérgica intervención del teniente U.S.A. pareció allanarnos el camino: nos prometieron vehículos y órdenes. Tras despedirse amablemente, el teniente se marchó. Tenía que regresar a Salzburgo.

Cuando las órdenes estuvieron redactadas el general no quiso firmarlas y nos envió a un batallón U.S.A. acuartelado en Werfen. Aquello no me gustó y le dije a Hunke que se quedara y seleccionara los vehículos prometidos. Radl y yo iríamos a Werfen. Si al cabo de tres horas no habíamos regresado, Hunke avisaría por su cuenta a los grupos del cuerpo "Alpenland", para que cada uno de ellos pudiera decidir por sí mismo si quería ir al campo de prisioneros de guerra o intentar la llegada a sus hogares.

En Werfen, el Estado Mayor del batallón U.S.A. se había instalado en una lujosa villa. Radl y el alférez P. se quedaron en una primera antesala. A mí me llevaron a otra antesala y me presentaron a un capitán, al cual expliqué los motivos de nuestra visita, rogándole que me firmara las órdenes de marcha. Me dijo que aguardara unos instantes. La espera se hizo especialmente larga. Finalmente me condujeron a un amplio comedor. Me hicieron sentar en una mesa. Enfrente de mí habían dos oficiales americanos y un intérprete. Repetí mi explicación y volví a solicitar la firma.

Súbitamente, las puertas de la estancia se abrieron de golpe: por todos lados me apuntaban los amenazadores cañones de las

metralletas. El intérprete me pidió mi revólver. Se lo entregué por encima de la mesa, diciéndole:

—Cuidado, está cargado.

Lo cogió con grandes precauciones.

Me llevaron a una habitación contigua, donde tuve que vaciar todos mis bolsillos. A continuación me registraron concienzudamente. Me devolvieron mis efectos personales, a excepción de mi reloj de pulsera. Empecé a protestar. Sin hacer caso de mis protestas, me sacaron de la villa. Delante de la puerta principal había una columna de vehículos. En cabeza iba un coche blindado de reconocimiento, con el tubo del cañón vuelto hacia atrás, apuntando al primer coche, en el cual debía montar yo, al parecer. Seguían dos *jeeps*, y cerraba la marcha otro coche blindado, éste con el cañón apuntando hacia adelante.

Me negué a subir al coche, diciendo que no lo haría hasta que hubiera hablado con el oficial acerca de mi reloj, un excelente reloj deportivo Omega, que había llevado durante toda la guerra. Tenía mucho valor para mí, y no estaba dispuesto a renunciar a él con tanta facilidad. Finalmente acudió el oficial e investigó cuál de los soldados se había apoderado de mi reloj. Cuando me lo devolvieron, fui tan ingenuo como para colocarlo de nuevo en mi muñeca.

Mis camaradas Rald y el alférez P. estaban algo apartados. Al parecer habían pasado por la misma experiencia que yo acababa de vivir. Todos estábamos afectados por la sorpresa y algo pálidos. Señalé la columna de coches con un gesto, diciendo:

—Demasiados honores para nosotros.

Subí al primer *jeep*. Delante, al lado del chófer, iba sentado un oficial (una posición algo arriesgada, en caso de que el cañón tuviera que disparar contra mí). A mi lado se sentó un GI con cara de pocos amigos; su pistola automática me apuntaba al estómago. Me di cuenta de que no tenía echado el seguro y, además, mantenía el dedo sobre el gatillo. Gustosamente le hubiese explicado lo peligroso que resultaba aquel modo de manejar un

arma. Pero mi vocabulario inglés era insuficiente, y preferí callarme.

Mis camaradas habían subido a los otros dos *jeeps*. Empezó el viaje. Se había hecho bastante tarde y oscurecía ya. Cuando llegamos a Salzburgo era noche cerrada. Me llamó la atención un cuadro al que me había desacostumbrado: las ventanas estaban iluminadas y abiertas. La oscuridad de tantos años pertenecía al pasado. Nos llevaron a un jardín que se extendía delante de un edificio. Encendí un cigarrillo y esperé. De repente, fuimos atacados por la espalda por varios hombres. Antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que había ocurrido teníamos las manos atadas a la espalda. A mí me condujeron al primer piso de la casa.

Me hicieron entrar en una habitación que daba al jardín. Dos oficiales y un intérprete estaban sentados ante una mesa. Delante de la ventana habían colocado una hilera de sillas, tres de las cuales se hallaban ocupadas por militares que no llevaban ningún distintivo. Por los cuadernos de apuntes que tenían preparados reconocí en ellos a unos periodistas; detrás, en pie, había varios fotógrafos. Me flanqueaban dos GI. Sus pistolas automáticas apuntaban directamente a mi ombligo. Todos los presentes me contemplaban con una extraña curiosidad. Me sentí como un animal salvaje acabado de capturar. No había comprendido aún que iba a sufrir mi primer interrogatorio.

Uno de los oficiales, un capitán, se dispuso a iniciar su turno de preguntas. En aquel momento me di cuenta de que mi reloj de pulsera había vuelto a desaparecer de un modo inexplicable. En mi fuero interno admiré la habilidad del individuo que me había despojado de él, pues no había notado absolutamente nada. Protesté enérgicamente: por las esposas, y por el robo —¿o era un hurto?— de mi reloj. Dije que no contestaría a una sola pregunta hasta que me soltaran las esposas y me devolvieran el reloj. Dirigiéndome a los periodistas, les rogué que explicasen la clase de trato que se dispensaba a los prisioneros de guerra alemanes.

Transcurrió más de media hora. Funcionó el teléfono, ya que

el capitán no podía decidir nada por sí mismo. Luego me quitaron las esposas y me devolvieron el reloj. La experiencia no me había servido de lección, y volví a colocármelo en la muñeca.

El capitán se encaró conmigo, pero le rogué un momento más de paciencia. Todos me miraron muy extrañados cuando me acerqué a la ventana. Más tarde, incluso yo me extrañé de no haber recibido algún balazo por la espalda. Sabía que mis compañeros estaban abajo, en el jardín, y les grité:

—¿Estáis esposados aún?

Desde abajo me llegó la voz de Radl:

—Desde luego.

Di media vuelta y declaré:

—Hasta que no les quiten las esposas a mis camaradas no contestaré.

El teléfono no tuvo que entrar en funciones. Al cabo de unos instantes la voz de Radl dijo:

—Todo arreglado. Muchas gracias.

Me acerqué de nuevo a la mesa. Empezaron por comprobar mi filiación. Luego se inició el interrogatorio. Recuerdo la primera pregunta:

—¿Es cierto que quería usted asesinar al general Eisenhower?

Creo que sonreí al contestar que no, ofreciendo una sencilla explicación:

—Si en alguna ocasión hubiese recibido la orden de atacar de algún modo el Cuartel General aliado, hubiera empezado por trazar un plan. Y, de haber trazado un plan, habría intentado llevarlo a la práctica. Y, de haberlo intentado, la operación habría tenido éxito, seguramente.

Los periodistas anotaban todas mis palabras.

Luego, el interrogador empezó a hablar de la "Operación Mussolini". Me disparaba las preguntas con una rapidez asombrosa, de modo que apenas podía dar abasto con mis respuestas. Lo que más les interesaba eran los detalles del aterrizaje y la circunstancia de que los italianos no hubieran disparado. Cuando con-

testé que todo había sido previsto de antemano, los interrogadores y los periodistas sacudieron sus cabezas escépticamente.

—En el año 1940 —expliqué—, los paracaidistas llevaron a cabo una arriesgada operación contra la fortaleza de Eben-Emael. En aquella ocasión, los sorprendidos soldados belgas tardaron más de tres minutos en reaccionar y en hacer los primeros disparos. Creí que en Italia dispondría por lo menos del mismo espacio de tiempo, máxime teniendo en cuenta que lo escabroso del terreno no podia hacer prever un aterrizaje enemigo.

Al parecer, aquella explicación satisfizo a mi auditorio.

A continuación me dirigieron una pregunta que me sorprendió, aunque posteriormente tuve que oírla centenares de veces.

—¿Cree usted que Hitler ha muerto?

—Estoy completamente seguro —contesté.

—¿Tiene usted pruebas? —me preguntaron a continuación—. ¿Dónde se enteró de la noticia de su muerte?

No tenía ninguna prueba, desde luego. Pero estaba convencido de que la noticia facilitada por la radio alemana era cierta, porque Hitler no podía haber querido vivir el final de la guerra. Los periodistas deseaban intervenir, pero el capitán no se lo permitió. Finalmente me sacaron de aquella habitación. Dirigí una última mirada a mi reloj (en aquel momento no sabía que era realmente la última) y comprobé que eran casi las doce de la noche.

Apenas me había reunido con mis compañeros en el jardín cuando se repitió el asalto contra nosotros, al estilo indio. Volvieron a esposarnos. Entonces me di cuenta de que mi reloj había vuelto a desaparecer. Mis protestas no sirvieron de nada. Los cañones de un par de pistolas automáticas apoyadas contra mi espalda me empujaron hacia la calle.

Tuvimos que colocarnos ante los faros encendidos de un vehículo y caminar medio kilómetro, aproximadamente, hasta un local lleno de soldados. Allí nos permitieron sentarnos a horcajadas en unas sillas. Cuando pregunté por nuestros relojes (mis camaradas tampoco tenían los suyos), aprendí una expresión muy

utilizada por los americanos: *Shut up!* O sea: ¡Cierra el pico!

Nos tuvieron allí sentados más de una hora. Hasta entonces siempre había pensado que una de las mejores virtudes del soldado alemán era la de saber esperar. No tardaría en aprender que a los prisioneros de guerra alemanes nos enseñarían a *tener que esperar.*

A continuación nos trasladaron a otro local, una antigua taberna convertida en calabozo. A pesar de la deslumbrante claridad de la lámpara que iluminaba el recinto, un soldado roncaba sonoramente sobre un ancho banco de madera. Un comandante de Estado Mayor estaba tumbado sobre un diván rojo, pero al parecer no podía conciliar el sueño. A nosotros nos obligaron a sentarnos en una tabla de madera sumamente estrecha que discurría a lo largo de la pared. La postura, con las manos atadas a la espalda, era muy incómoda.

El centinela, por lo visto, había abusado de las bebidas alcohólicas y hubiera preferido descabezar un sueñecito. Esto explica, quizás, el mal humor con que recibió nuestra llegada. Se dedicó a apuntar su pistola alternativamente al vientre de Radl, al del alférez P. y al mío. Los camastros que había en la habitación resultaban para nosotros una especie de suplicio de Tántalo.

El permanecer sentados se convirtió en una verdadera tortura. Al movimiento más insignificante el centinela reaccionaba con gestos y ruidos amenazadores. Con el hombro del vecino intentamos separarnos un poco el gorro de la frente, cosa que por lo visto estaba prohibida. Cuando puse una rodilla encima de la otra, tratando de apoyar la cabeza en ella, el centinela se me echó materialmente encima, enfurecido.

La situación se hizo especialmente crítica cuando el alférez P. experimentó una urgente necesidad. A pesar de que se explicó en un inglés perfecto, el centinela se limitó a soltar un *Shut up!* y a mover su pistola de un modo más amenazador que antes. Ante aquello, estuve a punto de perder el dominio de mi mismo y de buena gana me hubiera lanzado contra el centinela. Radl, más tranquilo, evitó tal locura. Menos mal que en todo el

día, aparte de un trocito de chocolate, no habíamos comido ni bebido nada.

A medida que pasaba el tiempo mi nerviosismo iba en aumento. Tenía las manos entumecidas, y supongo que lo mismo les ocurría a mis compañeros. Dado que no podíamos conversar, disponíamos de tiempo para dedicarlo a nuestros propios pensamientos. El primer día había terminado mal. Pero quizás aquella prueba de paciencia sirviera para algo. Era lógico que meditase en el final de la guerra y de todas nuestras esperanzas. No eran unos pensamientos optimistas, precisamente, pero de pronto se me ocurrió una idea de signo positivo: donde había un final debía existir también un comienzo, si se quería seguir viviendo. Y el vivir ese nuevo comienzo podía dar sentido a la existencia. No todos tienen la suerte de poder empezar de nuevo, aplicando al futuro las experiencias del pasado...

Aquella primera noche de cautiverio acabó por pasar. Cuando las primeras luces del amanecer penetraron a través de la ventana todo adquirió un aspecto más amable. Experimenté un sentimiento de lástima por nuestro centinela, el cual, aparentemente olvidado de sus compañeros, había aguantado toda la noche sin ser relevado. Acaso también para él la silla se había vuelto demasiado dura. Alrededor de las nueve de la mañana —tenía que acostumbrarme a medir el tiempo a ojo— me condujeron al primer piso.

Allí me esperaba un comandante americano, esta vez sin periodistas. Empezó a dispararme una serie de preguntas, pero le di a entender que tenía que satisfacer unas necesidades más apremiantes. En primer lugar, le rogué que me quitase las esposas, pues de no ser así no contestaría a ninguna pregunta. Mi demanda fue atendida. Después de haber masajeado a conciencia mis muñecas, para restablecer la circulación de la sangre en ellas, pedí que me permitiesen ir al retrete. Entonces me di cuenta de lo difícil que le resulta a un prisionero quedarse solo.

A continuación, y sin haberlo pedido, colocaron delante de mí una taza de café caliente y un trozo de pan blanco; mientras

desayunaba, el comandante inició su interrogatorio. Las preguntas eran exactamente las mismas que me habían hecho el día anterior. Al final, el comandante quiso saber también si Hitler estaba aún vivo. Cuando le contesté con una rotunda negativa, sacudió la cabeza con aire de incredulidad.

Insinué prudentemente si entre los americanos era habitual el esposar a los oficiales capturados, desposeerlos de sus relojes y, en términos generales, tratarles como nos habían tratado a nosotros. El comandante dijo que lamentaba mucho lo ocurrido y que me trasladarían inmediatamente a una oficina superior, donde me tratarían adecuadamente. Como pude comprobar posteriormente, aquello significaba que me colocarían las esposas menos apretadas y con las manos delante, en vez de a la espalda: una mejora bastante relativa.

Cuando bajé al patio, volví a ver a mis compañeros: a ellos incluso les habían permitido lavarse un poco. Varios fotógrafos disparaban sus cámaras como si trabajaran a destajo. Vi también a tres generales de la Wehrmacht que, al parecer, iban a ser conducidos con nosotros. Luego salió de la casa un hombre cuyo aspecto resultaba bastante cómico. Por debajo de su abrigo asomaba el pantalón de un pijama azul celeste. Iba en zapatillas, sin calcetines, y en la cabeza llevaba un sombrero que hacía juego con el abrigo. Era el dirigente del Reich doctor Ley. A pesar de lo serio de la situación no pude reprimir una sonrisa.

Llegó una columna de vehículos, encabezada por un *jeep* con una ametralladora montada en la parte trasera. Un oficial de graduación superior trazó un dibujo en el suelo, explicando algo a los militares que le rodeaban. Aprovechando la ocasión, Radl se inclinó hacia mí y murmuró:

—Nos van a llevar a alguna parte para fusilarnos.

El misterioso dibujo parecía corroborar aquella opinión.

—En tal caso, intentaremos huir —contesté—. Es preferible morir a campo abierto que dejarse llevar al paredón.

—Si la columna penetra en un camino vecinal, habrá llegado el momento —susurró Radl.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento. La idea de recibir un balazo por la espalda no resultaba demasiado agradable, pero menos agradable aún era la de dejarse conducir al matadero como un manso cordero.

Me hicieron subir al primero de los vehículos. Al parecer, allí no se respetaban las categorías. Detrás de mí iban el alférez P. y Radl, cada uno en un *jeep*, a continuación el doctor Ley y, finalmente, los tres generales. Esta vez iba escoltado por dos GI, uno a cada lado, apuntándome con las inevitables pistolas automáticas, los dedos apoyados negligentemente en el gatillo; un capitán se instaló enfrente de mí.

Cruzamos las principales calles de Salzburgo. Los transeúntes apenas nos dirigían una mirada de curiosidad: al parecer, ya estaban acostumbrados a semejantes espectáculos. De cuando en cuando, una mano se levantaba para saludarnos en secreto. Aquélla era nuestra despedida de la patria.

Hacía un calor bochornoso. Nos detuvimos una vez a descansar junto a la cuneta, a la sombra de unos árboles. Hasta entonces no habíamos abandonado la carretera general, de modo que nuestras sospechas eran infundadas. Mientras permanecía echado sobre la hierba, comiendo un trozo de chocolate que Radl me había podido entregar con permiso de los vigilantes, intentaba mover mis manos dentro de las esposas. Había leído en cierta ocasión en una novela de Edgar Wallace que los delincuentes expertos utilizan un truco especial: cuando les ponen las esposas mantienen las manos vueltas hacia afuera, y luego les resulta fácil deslizarlas a través de los aros de acero. Por la mañana había mantenido las manos de aquel modo. Y, efectivamente, conseguí que la esposa de mi mano izquierda descendiera hasta los nudillos. En aquel momento me convencí de lo provechosa que puede ser la lectura de una novela policíaca.

Por la tarde llegamos a Augsburgo. La columna se detuvo delante de un edificio de cuatro pisos. Al alférez P., a Radl y a mí nos subieron al primer piso y nos hicieron esperar en la pequeña antesala de una oficina. No tardaron en reunirse allí varios

oficiales, entre ellos el coronel Sheen, al cual ya he mencionado, y dos comandantes cuyos nombres no recuerdo. La cosa no tiene demasiada importancia, ya que, en mi opinión, me fueron presentados bajo unos nombres supuestos.

Cuando protesté por el hecho de que nos hubieran esposado, el coronel Sheen ordenó que nos soltaran y me dio su palabra de honor de que sería la última vez que nos sucedería tal cosa. En adelante nos tratarían como prisioneros de guerra. A continuación entramos en la oficina, donde empezó un interrogatorio de varias horas de duración. El coronel Sheen y uno de los comandantes se turnaban. Debo admitir que los dos caballeros estaban muy bien informados. En consecuencia, nuestra conversación discurrió con una agradable fluidez. Hablamos de la organización de mis unidades. Los nombres de mis colaboradores eran archiconocidos, de modo que reconocí aquella colaboración. Cuando me negué a citar más nombres que los que eran del dominio público, el coronel Sheen se mostró muy comprensivo. Los dos oficiales deseaban conocer también toda clase de detalles acerca de la operación "Grifo". Dado que con ello no comprometía a nadie, les informé francamente de todo.

Durante un descanso me dejaron solo en la habitación. Me acerqué a la ventana en el instante en que llegaba un camión de prisioneros, entre ellos varias mujeres. Quedé sorprendido al reconocer en el grupo a uno de mis oficiales, el teniente K., que en su calidad de ingeniero había dirigido la construcción de las instalaciones de Friedenthal. Durante todo mi cautiverio me sucedió una cosa muy curiosa: cada vez que veía una cara conocida experimentaba una alegría, incluso al verla, como en aquel momento, de lejos.

Al final del interrogatorio utilizaron conmigo un truco muy conocido. Súbitamente, el coronel Sheen me preguntó:

—Sabemos a ciencia cierta que a últimos de abril de 1945 estaba usted en Berlín. ¿Qué hacía usted allí?

Contesté que había salido de Berlín a finales de marzo y que

no volví a pisar la capital del Reich. El comandante me interrumpió, diciendo:

—El capitán Radl ha admitido ya su presencia en Berlín en aquellas fechas.

—En tal caso, hagan entrar a mi ayudante, para que pueda decirle que miente. En aquella época, el capitán Radl estuvo diariamente conmigo, y precisamente en Austria.

Se produjo un largo silencio. Luego, el coronel Sheen me ofreció un cigarrillo y continuó:

—Coronel Skorzeny, sabemos que sacó usted a Adolfo Hitler de Berlín. ¿Adónde lo llevó?

Yo ya tenia preparada mi respuesta.

—En primer lugar —dije—, es un hecho evidente que Adolfo Hitler ha muerto. De haberle llevado a alguna parte, yo no estaría aquí en estos momentos. Me hubiera quedado a su lado y no me hubiese entregado voluntariamente.

El coronel Sheen pareció quedar satisfecho con aquella explicación, pero el comandante no las tenia todas consigo. En su ostro podía leerse una pregunta sin formular:

—El hecho de haberse entregado voluntariamente, ¿no será un truco más de ese condenado sujeto?

A partir de entonces me han formulado muchísimas veces la misma pregunta, y siempre he dado la misma respuesta a ella. Y siempre, también, la persona que me la había dirigido —general o centinela, juez instructor o periodista, inglés, francés, ruso, belga, holandés, o austríaco— acogía mis palabras con una expresión de duda, sacudiendo significativamente la cabeza. Ni siquiera hoy he podido librarme de esta clase de preguntas. Los motivos por los que tanta gente quiere saber si Adolfo Hitler está realmente muerto van desde el amor al odio, desde el interés histórico al puro sensacionalismo.

Mis compañeros habían sido sometidos a un interrogatorio semejante al mío. Volvimos a sentarnos juntos en la antesala, comiendo las raciones que nos dieron, amenazados por el ya

inevitable cañón de la pistola automática. Por lo visto, los americanos nos consideraban como elementos muy peligrosos.

Después de comer nos hicieron varias fotografías, destinadas a engrosar algún álbum de criminales. Durante mi cautiverio me fotografiaron por lo menos diez veces. Creo que la comparación de aquella serie de fotografías sería muy interesante, ya que permitiría comprobar los progresivos estragos que iba produciendo en mi físico la "hospitalidad" de los aliados. Como detalle curioso, debo citar el hecho de que para retratarme utilizaron una máquina alemana, "Leica" por más señas.

Las sorpresas de aquel día no habían terminado aún. Por la tarde me llevaron a una habitación más amplia que la anterior. Creo que en ella se había reunido todo el Estado Mayor del CIC de Augsburgo. Me hicieron desnudar, y el contenido de mis bolsillos desapareció en el interior de un saco de lona. Por desgracia, me olvidé de pedir un recibo. Tuve que realizar algunos ejercicios físicos en traje de Adán, para mostrar aquellas partes del cuerpo que requieren una posición especial para ser registradas. A pesar de mi fama de saboteador, se convencieron de que no llevaba encima armas secretas ni artefactos peligrosos. En mi cuerpo sólo había algunas cicatrices bien ganadas, que por cierto se hicieron constar en acta. Tras devolverme mis ropas, me trasladaron a la cárcel municipal en unión de mis compañeros.

Nos alojaron en celdas separadas. Por mi parte tuve que someterme a otra minuciosa investigación, que duró más de una hora; luego me dejaron solo en mi celda, para que tuviera ocasión de pensar en lo que había sido mi segundo día de cautiverio. En realidad no estaba solo: los conocidos pequeños habitantes del lugar no tardaron en dar señales de vida. Mis experiencias como prisionero de guerra no eran demasiado alentadoras, pero como sabía que al día siguiente me trasladarían a un sitio de más categoría, es decir, al Cuartel General aliado, y me habían dicho que a más categoría de prisión mejor trato, me dejé ganar por mi antiguo optimismo, tumbándome en el camastro para dormir toda la noche de un tirón.

Al día siguiente me llevaron de nuevo a la oficina del coronel Sheen y volvió a empezar el interminable interrogatorio. Durante largas horas hablamos de la organización de mis unidades de caza y de "Mil-D". Pude darme cuenta de que nos atribuían una importancia y una influencia que estaban muy lejos de responder a la realidad. En lo que respecta a la provisión de fondos, por ejemplo, el coronel Sheen quedó asombrado cuando le expliqué que sólo estaba autorizado a firmar por valor de 500 marcos, o el equivalente de 50 marcos en divisas.

En algunos momentos, la conversación versó sobre temas políticos. Recuerdo que me preguntaron, entre otras cosas:

—¿No ha escuchado usted nunca nuestras emisiones de radio? ¿Por qué se ha negado a creer los hechos que hemos difundido?

Podía justificar perfectamente mi negativa: ¿qué objetividad puede esperarse de una emisión de propaganda? Si todo lo que las emisoras aliadas decían hubiese sido cierto, la "Operación Mussolini", por ejemplo, no se hubiera realizado nunca. El 10 de septiembre de 1943, la radio inglesa difundió la noticia de que Mussolini había llegado a Africa como prisionero de guerra a bordo de un barco italiano. Dos días más tarde, Mussolini estaba libre y volaba conmigo hacia Alemania.

Al día siguiente nos trasladaron a Wiesbaden. La escolta no era tan numerosa como en el viaje anterior; íbamos en dos *jeeps*. Sin embargo, la promesa del coronel Sheen no parecía tener validez para el oficial encargado de nuestra conducción: a pesar de nuestras protestas, volvieron a colocarnos las esposas. En aquel viaje comprobé que los americanos conducen sus vehículos a velocidades de vértigo. En una de las paradas que hicimos, pude calentar sobre el motor humeante del *jeep* una lata con nescafé.

Capítulo XXX

En el Cuartel General aliado en Wiesbaden.—Inesperado encuentro con el doctor Kaltenbrunner. — Interminables interrogatorios. — El coronel "Fisher". — ¿Seudónimo? — Una orden del día. — Caza de recuerdos.—"Liberado" de todo.—La cárcel. — 31 G 350086. — Campamento de interrogatorios Obersursel. — "Mak snel". — Interrogatorio con película. — Reencuentro con Radl. — Extraños fenómenos.

Llegamos a Wiesbaden de noche y nos dirigimos a una oficina del Cuartel General estadounidense, situada en la calle Bodelschwingh. Después de que la masa de los GI's de servicio me hubo contemplado a su antojo entré en lo que durante las próximas semanas iba a ser mi vivienda: una cabaña de madera construida al lado del edificio. Había cinco de aquellas cabañas, una junto a otra. Tuve que desnudarme de nuevo y repetir los ejercicios físicos. Pero esta vez no me devolvieron mi uniforme; me entregaron a cambio de él un burdo traje de presidiario, que no era precisamente del mejor corte. Cuando cerraron la puerta de mi nueva "vivienda" me senté en uno de los camastros; había otro en la pared de enfrente, separado del mío por una mesita plegable. Me sumí en profundos pensamientos. ¿Qué iban a traer-

me los próximos días? Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró el sargento de guardia. Más tarde me enteré de que era profesor de alemán en una High School americana. Me informó de una de las normas de la casa, que debía cumplir a raja tabla: cuando tocaban en la puerta debía ponerme en pie y gritar *Okey!* Si no me atenía escrupulosamente a aquella regla no recibiría comida.

Volví a quedar solo. Hacía un calor bochornoso, y las ventanas no podían abrirse. En el camastro no había almohada. Todo eran incomodidades, pero como la costumbre es una segunda naturaleza, al final conseguí quedarme dormido. Me despertó el ruido de la puerta al abrirse. Oí que entraba alguien y se echaba sobre el colchón del otro camastro. En la oscuridad no pude reconocer a mi vecino. De todos modos, no sentía la menor curiosidad; lo único que quería era dormir. Pero mi nuevo compañero empezó a roncar, estropeándome la noche. Por la mañana, mi sorpresa fue mayúscula: mi compañero de habitación era nada menos que el teniente general de las SS doctor Kaltenbrunner, jefe de la policía de seguridad alemana. Resultaba fácil suponer los motivos por los cuales nos habían puesto juntos. Probablemente, unos oídos ansiosos permanecían pegados a los auriculares de un teléfono conectado con los micrófonos ocultos en nuestra cabaña. Una mirada a través de la ventana me permitió ver los hilos que discurrían por el suelo, confirmando mis sospechas.

El doctor Kaltenbrunner se sorprendió también muchísimo al reconocerme. Supongo que los que estaban a la escucha captaron perfectamente nuestros saludos y nuestras subsiguientes conversaciones. Aunque no teníamos que comentar ningún secreto de Estado, puedo revelar un detalle: frotando el suelo con el pie, en una habitación de madera crujiente, los micrófonos instalados en ella producen una serie de ruidos parasitarios sumamente desagradables.

El doctor Kaltenbrunner y yo permanecimos juntos en aquella habitación unos cinco días, aproximadamente. Me contó que había sido interrogado por un profesor de historia inglés en tér-

minos muy correctos, lo cual le hacía sentir un evidente optimismo acerca de su futuro, optimismo que yo no compartía. En nuestras conversaciones no aludíamos para nada al pasado más próximo. Preferíamos recordar nuestra época de estudiantes o a mutuos conocidos austríacos. También nos esforzábamos en traducir, con la ayuda de un diccionario, las noticias de algunos periódicos ingleses que nos facilitaban nuestros carceleros. Con gran sorpresa por nuestra parte, descubrimos la enorme cantidad de vocablos americanos que no pueden ser localizados en un diccionario Oxford.

En el tiempo que duró mi estancia en la cabaña conocí a tres interrogadores. Al primero de ellos, un teniente, apenas lo recuerdo. Al segundo le gustaba hacerse llamar "Captain"; más tarde me enteré de que era un funcionario civil. Antes de la guerra había vivido en Berlín, como ciudadano alemán. Me dijo que se llamaba Bovais. Nos entendíamos bastante bien.

El tercero era un coronel inglés que me fue presentado con el nombre de Fisher. Pero su verdadero nombre era el de una dinastía bancaria mundialmente famosa. Perteneciente al Servicio Secreto inglés, cargado de tradiciones, estaba obligado a ser mi adversario más inteligente y el mejor dotado de conocimientos profesionales.

Al cabo de poco tiempo, Mr. Bovais resultó sumamente cómodo. Cada día me señalaba deberes por escrito sobre algún tema del interrogatorio, que debía entregarle al día siguiente. Si mi composición respondía en cantidad y calidad a sus deseos, me facilitaba cigarrillos, periódicos y algún que otro libro de autores prohibidos en el Tercer Reich. Debido a esto, mi provisión de libros y cigarrillos fluctuaba bastante, pero en términos generales no podía quejarme de los suministros, lo cual demuestra que el interrogador, por su parte, estaba satisfecho de mí. Cuando volví a verle en Nuremberg, el año 1948, le recordaba con mucho agrado.

Con el coronel R., *alías* Fisher, los interrogatorios se desarrollaban de un modo mucho más incisivo. Objetivamente, no

sacaba de mi más que Mr. Bovais. Al parecer, el coronel estaba especialmente enfadado conmigo porque mi unidad de abastecimientos había llenado una mina abandonada de Salzburgo con una gran cantidad de explosivos, armas y municiones, bloqueando después la entrada. No habíamos actuado a escondidas, ya que toda la población estaba enterada del hecho. Pero el coronel R. lo consideraba como un "crimen de guerra". Me defendí, diciéndole:

—Ignoraba que la posesión de explosivos, en tiempo de guerra, por parte de unos soldados alemanes, pudiera constituir un delito.

El coronel R. insistió. Efectuó un viaje a Salzburgo y obtuvo algunos ejemplares de muestra de la mina —que entretanto había sido abierta—, entre ellos una bomba de mano de nipolito y una bomba de mano con espoleta de percusión. Quiso que le explicase los detalles de su funcionamiento, pero al ver que las manejaba con cierto descuido, por conocerlas bien, pasándomelas de una mano a otra, el coronel se abalanzó sobre mí. Me acusó de intentar hacerle volar junto con la cabaña. Un reproche completamente injusto, ya que amaba demasiado mi vida y no me hubiera expuesto a semejante peligro. Perdí definitivamente las amistades con el coronel R. cuando me vi obligado a decirle una desagradable verdad. Al reprocharme el hecho de que disponía de una excesiva cantidad de explosivos, repliqué:

—En tal caso, no debieron ustedes aprovisionar con tantas bombas a los movimientos de resistencia de Francia, Bélgica y Holanda. Como puede usted comprobar, la mayor parte de este peligroso material procede de bombas "made in England". Nosotros hemos apreciado siempre mucho esta marca.

No sé si el intérprete cometió algún error de traducción, pero el caso es que el interrogatorio terminó bruscamente.

El lector no debe desconocer los acontecimientos cotidianos de la vida de un prisionero de guerra, que en aquellos momentos se limitaban a la comida, al aseo y a los interrogatorios. De estos últimos ya he informado sucintamente, y tal vez me hiciera pe-

sado si insistiera en ellos, ya que en el fondo un interrogatorio parecía un calco de otro.

Acerca de la comida, lo único digno de mención es el modo de servírmela. Tres veces al día, llamaban a la puerta. Como ya he explicado, al oír la llamada tenía que ponerme en pie y gritar *Okey*, aunque con el tiempo llegué a prescindir de esa ceremonia y ni siquiera me levantaba. Un GI filipino abría la puerta, me miraba con unos ojos cargados de miedo y casi siempre dejaba caer en el suelo la bandeja, provocando con ello una disminución del contenido del recipiente. Luego volvía a cerrar la puerta con una rapidez increíble. Daba la impresión de que cada vez se alegraba de haber salvado la vida. Por lo visto, me habían descrito como elemento tan peligroso como una fiera salvaje.

Para lavarnos y para otras necesidades nos llevaban individualmente a una de las cabañas. La puerta quedaba abierta y "protegida" por dos centinelas, metralleta en mano. Tenían la orden de gritar a partir del primer minuto *Mak snell* (Date prisa), repitiendo la advertencia a intervalos cada vez más cortos, y acompañándola con gestos cada vez más amenazadores. Nunca pude disponer de más de cuatro minutos para satisfacer mis necesidades fisiológicas, incluido el lavarme.

El agua para lavarse estaba en un cubo, en un rincón. A pesar de la severa vigilancia a que éramos sometidos, podía calcularse el número de habitantes de las chozas por el contenido del cubo; otras averiguaciones resultaban imposibles sin el talento de un Sherlock Holmes. Sobre una silla había una palaangana, al parecer procedente de una mansión burguesa de mediados del siglo pasado. El grado de humedad de una toalla nos permitía calcular el número de individuos que la habían utilizado. También disponíamos de una pastilla de jabón rojo. Con evidente orgullo llamaron nuestra atención sobre el hecho de que aquel jabón había sido fabricado y entregado por la gran aliada y hermana Rusia.

Un par de veces a la semana nos afeitaba un italiano americanizado, que al parecer ejercía también la profesión de Fígaro

en la vida civil. Con el tiempo llegué a acostumbrarme a su peligrosa costumbre de dejar de colocar en la maquinilla el peine de la parte inferior, destinado a sujetar la hoja.

No sería justo que dejara de mencionar el hecho de que míster Bovais me complació en dos de mis ruegos. En primer lugar, me devolvieron mi uniforme casi intacto, a excepción del forro, que había sido descosido y continuaba prendido milagrosamente a la tela por unos cuantos hilos. No disponía de ropa interior, ya que la había puesto en la maleta de Radl, la cual se había "perdido". Lo mismo les había sucedido a mis objetos de aseo personal. Mr. Bovais trató de consolarme por la pérdida, diciéndome:

—Compréndalo, quieren tener un recuerdo suyo.

Por cierto que me regaló uno de sus pañuelos.

Al cabo de quince días de haberlo solicitado, me concedieron permiso para pasear por el jardín de cinco a diez minutos diarios, siempre por la noche. Las noches en que no me sacaban a paseo suponía que no disponían de suficientes centinelas. A todas mis demás peticiones, propias de un prisionero, Mr. Bovais respondía invariablemente:

—*I'm sorry, it is against the rules* (Lo siento, va contra las reglas), o el habitual *I'll see what I can do for you* (Veré lo que puedo hacer por usted).

En aquellos días me presentaron una lista de los objetos de valor y condecoraciones de que me habían desposeído, para que la firmara. La lista distaba mucho de ser completa, ya que en ella se habían omitido —seguramente para simplificar— las cosas que faltaban. Decidí anotarlas en otra lista y me prometieron realizar las oportunas investigaciones. Sin embargo, el camino desde Augsburgo a Wiesbaden es muy largo. El hecho de que no me hubiesen entregado ningún recibo resultaba muy práctico, ya que la lista del "haber" se reducía cada vez más, en tanto que mi lista del "debe" crecía continuamente. Lo poco que me quedaba al llegar a Nuremberg me fue robado por un buen *camarada*, que entre otras cosas ejercía el oficio de "chivato". Entonces quedé

definitivamente liberado del apego al dinero y a los bienes materiales. Mi cumpleaños, el 12 de junio, lo celebré con muy poca ropa encima, ya que fue un día muy caluroso. Al atardecer, el sargento dejaba la puerta abierta durante una media hora, aproximadamente, con un centinela de guardia delante de ella. Aunque estaba rigurosamente prohibido, a veces intercambiaba algunas palabras con el centinela en cuestión, un húngaro nacionalizado americano. Cuando se enteró de que yo era vienés, tiró a mis pies un paquete de cigarrillos "Camel". Nunca olvidaré a aquel GI.

El calor era cada vez más intenso y la estancia en el barracón resultaba más desagradable a medida que avanzaba el verano. Había transcurrido casi una semana sin que me viera sometido a ningún interrogatorio. ¿Habrían terminado ya para mí? No me decidía a creerlo. El 21 de junio —puedo señalar las fechas con exactitud, porque había confeccionado un pequeño calendario, el cual, cosa curiosa, conseguí salvar de un gran número de registros—, el sargento me hizo salir del barracón diciéndome que tenía orden de acompañarme a la villa, donde varios oficiales de alta graduación deseaban hablar conmigo. Cuando me disponía a vestirme, el sargento me aconsejó que me presentara tal cual iba, para que en las altas esferas se dieran cuenta del insoportable calor que reinaba en mi alojamiento. No soy persona que se haga repetir dos veces un buen consejo. Mi aspecto debía ser sumamente cómico: llevaba un pijama empapado en sudor y con muchos agujeros en las mangas, y unas toscas zapatillas de madera. Al penetrar en el amplio vestíbulo de la villa me sentí avergonzado. Me encontraba delante de tres generales y de otros altos oficiales del ejército americano. Creo que tartamudeé una disculpa, pero los oficiales, sin dejar de apreciar el aspecto cómico de la situación, se mostraron muy comprensivos. Empezaron ofreciéndome un ***whisky***; como persona cortés y capaz de saborear un buen ***whisky*** no podía rechazarlo.

Nuestra conversación versó principalmente sobre algunas facetas de la "battle of the bulge". Tuve ocasión de apreciar la

sorpresa que aquella ofensiva había representado para los aliados, y lo cerca que habíamos estado de nuestro objetivo, el Mosa. Los oficiales, por su parte, reconocieron el esfuerzo realizado por las agotadas unidades alemanas, y me confesaron que la serie de rumores que habíamos puesto en circulación habían significado un medio de lucha de carácter nuevo y de insospechados efectos. Finalmente, se habló también de la famosa cuestión del supuesto ataque al Cuartel General aliado. Una vez más, repetí mis argumentos. Tenía la sensación de que mis explicaciones eran acogidas de un modo inteligente y comprensivo. Aquellos hombres, al fin y al cabo, eran soldados, de los que saben respetar al vencido.

Creo que después de nuestra conversación de buena gana me hubiesen ayudado y procurado un alojamiento más habitable. Sin embargo, como ocurre tantas veces, la buena voluntad de unos cuantos no puede imponerse a la mayoría, y en ocasiones se convierte en contraproducente. Al día siguiente me trasladaron a la cárcel municipal de Wiesbaden. Allí me esperaba una celda especial. Lo peor de esa clase de alojamientos es la falta de perspectivas al exterior que suelen ofrecer; por eso traté de procurármelas desde el primer día.

La prisión no había escapado a los efectos de los bombardeos aéreos y apenas era habitable. En mi celda, por añadidura, la enrejada ventana estaba protegida con un grueso y opaco cristal que impedía mirar al exterior. En mi primer registro de la celda, que efectué inmediatamente después de haberla ocupado, tuve la suerte de encontrar el mango de una cuchara rota, muy apropiado para rascar la masilla con la que estaba fijado el cristal. Dediqué a aquella tarea la segunda noche; a la mañana siguiente, el cristal había desaparecido; hubieran podido encontrarlo, hecho añicos, sobre un montón de escombros de un patio contiguo. Ahora podía tender libremente la vista hacia dos patios; el esfuerzo había valido la pena.

Habíamos convenido con Karl Radl comunicarnos por medio de un silbido que serviría para reconocernos. Cuando utilicé

aquella especie de contraseña por primera vez, recibí una respuesta casi inmediata. Radl me explicó más tarde que mi silbido, completamente desafinado, era inconfundible. Pude comprobar que mi camarada se hallaba alojado en el primer piso de la cárcel, un poco a la izquierda y debajo de mi propia celda. Al alférez P. le habían enviado ya a un campo de prisioneros. Pudimos comunicarnos mutuamente que estábamos bien de salud y que no habíamos perdido el ánimo. Esto era lo principal.

En nuestra situación no debíamos incurrir en el pecado de envidia por la suerte de otros camaradas que, al parecer, era algo mejor. En el patio situado inmediatamente debajo de mi ventana había seis o siete barracones de madera como el que me sirvió de residencia antes de ingresar en la cárcel. Los presos que los ocupaban, todos "nazis" y "militaristas", podían moverse libremente durante el día y sólo por la noche eran encerrados en los barracones, entre los cuales había incluso una pequeña extensión de césped. Con el tiempo llegué a conocer por su nombre a todos mis compañeros de cautiverio: incluso llegamos a presentarnos mutuamente. Eran dos altos oficiales de las SS, tres funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, varios oficiales del Estado Mayor Central, un paisano húngaro y un hindú. Por mi parte, me alegraba cuando veía jugar una partida de bridge en el patio, o cuando un entusiasta del deporte hacía ejercicios gimnásticos sobre el césped.

Es posible que otros presos me envidiaran el paseo que me autorizaron a dar por uno de los grandes patios, dos veces al día. Los centinelas eran más amables que los que había encontrado hasta entonces, y mi paseo se prolongaba frecuentemente más de los quince minutos prescritos. Por cierto que siempre estaba solo. En el patio había incluso un estanque natural: un enorme socavón producido por una bomba de gran potencia, que el agua de la lluvia se había encargado de llenar. Por desgracia, no tardaron en prohibirme que utilizara el estanque como piscina, por razones de higiene. En el curso de aquellos paseos llegué a conocer a todos los habitantes de la cárcel, pues me dedicaba a

observar atentamente todas las ventanas. En aquellos días llegaron también algunos oficiales de mis unidades de caza.

La vida en la cárcel de Wiesbaden tenía algunos aspectos notables. El edificio era muy antiguo, y las instalaciones higiénicas se encontraban a su nivel. Pero también allí tuve suerte, por lo menos en una cosa. Con el paso del tiempo llegué a conocer muy bien a algunos de los centinelas, los cuales me permitían entrar, por lo menos una vez al día, en un cuartito en cuya puerta figuraba el siguiente cartel: *For americans only* (Sólo para americanos). Sin embargo, no se podía cambiar el hecho de que para toda una galería, es decir, para 30 celdas ocupadas por cincuenta inquilinos, había un solo desagüe, en el cual debían lavarse todos los recipientes de las celdas, incluidos los que se utilizaban para comer. Renuncio a describir el aspecto que adquiría aquel cuartucho cuando se producía un atasco en la cañería. Para lavarnos disponíamos de un lavabo oxidado, reliquia de una celda monástica de la Edad Media. Pero el hombre acaba por acostumbrarse a todo. Empecé contando mi cautiverio por semanas, las cuales iba anotando en la pared, imitando los calendarios que figuraban ya en ella y que se remontaban a los años veinte. Luego pude contarlo por meses, y por trimestres.

En la celda situada inmediatamente debajo de la mía había un ex teniente de la Luftwaffe. Más tarde me enteré de que le habían detenido en su calidad de antiguo NSFO (dirigente del partido nacionalsocialista). Por él pude enterarme, en el curso de conversaciones de ventana a ventana, de la suerte que habían corrido algunos amigos míos. Por motivos que desconozco, habían castigado al pobre teniente a no fumar. Naturalmente, le hice llegar numerosos cigarrillos, empleando la antigua técnica del cordel.

En aquella cárcel fui interrogado también por dos oficiales franceses. Me contaron que uno de los oficiales del batallón de caza "Suroeste" se encontraba cautivo de los franceses, pero no conseguían hacerle hablar.

—No creo que vengan a pedirme que le dé la orden de que hable —les dije.

Los oficiales, que eran unos caballeros, se echaron a reír, diciéndome que me habían contado aquello en elogio de la actitud de mi antiguo subordinado. Por ellos me enteré también de que uno de los pocos agentes pagados que trabajó para nosotros había estado haciendo un doble juego, cobrando de los dos bandos. Por cierto que durante la guerra habíamos sospechado de aquel individuo, pero no llegamos a obtener ninguna prueba definitiva. La conversación se desarrolló en unos términos tan amistosos, que no dudé en presagiar lo mejor para la futura convivencia de los pueblos de Francia y Alemania.

Mister Bovais me visitaba de cuando en cuando. Sus preguntas eran simples repeticiones de las que ya me había dirigido hacía tiempo. Lástima que nuestras opiniones continuasen siendo radicalmente distintas. Durante aquellas primeras semanas había reunido una considerable cantidad de experiencias acerca de mis interrogadores y de sus diferentes métodos. Pero durante los tres años que siguieron pude convencerme de que un prisionero nunca ha aprendido lo suficiente.

También al coronel R. llegué a conocerle bajo otro aspecto. Como ya he dicho, no éramos muy buenos amigos. A mediados de julio vino a visitarme de nuevo. Me entregó un documento en el cual figuraban tres preguntas, a las que tenía que contestar "sí" o "no". Yo sabía la clase de respuestas que el coronel esperaba de mí, pero no podía dárselas, porque no correspondían a la verdad. El coronel R. me concedió una hora de tiempo para pensármelo, diciéndome como quien no quiere la cosa que en Inglaterra se utilizaban unos métodos muy "distintos" para interrogar a los prisioneros, y que no le costaría nada facilitarme un billete de avión para las Islas Británicas. Contesté el documento de acuerdo con mi conciencia. Posteriormente he sabido de camaradas que, en circunstancias semejantes, veían flaquear su voluntad. No puedo reprochárselo, ya que sé por experiencia

lo que significa encontrarse sometido a una presión de tal naturaleza. Al cabo de una hora vinieron a buscar el documento.

Esperaba mi traslado de un momento a otro. Mi provisión de cigarrillos quedó casi agotada, porque sabía que un traslado representaba perder lo poco que se tenía. Pero mi sorpresa fue mayúscula al ver que se abría la puerta y entraban en mi celda varios sargentos americanos. En vez del clásico *Let's go* (Vámonos), los americanos me palmearon amistosamente el hombro y me regalaron varios paquetes de cigarrillos. Según pude deducir de sus palabras, el coronel R. me había descrito como un *fine boy* (un muchacho excelente).

También en la cárcel de Wiesbaden tuve que firmar el dichoso recibo de los objetos de valor que me guardaban. La lista de las "pérdidas" se hizo más extensa. Además, en Wiesbaden me dieron un número de prisionero de guerra que había de acompañarme durante los meses siguientes: 31 G 350.086. No he podido olvidarlo.

El 30 de julio de 1945 se inició el traslado de los presos de la cárcel de Wiesbaden, de acuerdo con un plan sumamente complicado. Los presos, reunidos en pequeños grupos, eran conducidos a una estancia en la cual debían aguardar varias horas. Luego se formaban otros grupos que pasaban a ocupar los vehículos que estaban esperando. En la sala de espera pude obsequiar a un anciano general, al que no conocía, con unos cuantos cigarrillos. Pocas veces he visto iluminarse un rostro con tal expresión de felicidad. Los hombres de edad avanzada sufrían mucho más que nosotros con aquel estado anormal de cosas.

Una vez en la calle, antes de montar en el coche que me había sido asignado, silbé a la intención de Radl. Al oír su respuesta, supe que también él iba a ser trasladado. Nos llevaron al cercano Oberursel, un antiguo campo de aviación que ahora se había convertido es el "Camp King". Las celdas, construidas en el interior de unos barracones de madera, eran más pequeñas que las de la cárcel de Wiesbaden, pero mucho más limpias. La mía estaba marcada con el número 94. En la puerta, había una tar-

jeta con una raya transversal de color rojo. En otras puertas las rayas eran azules o verdes. No llegué a penetrar en el secreto de aquellas rayas, aunque llegué a la conclusión de que una raya roja significaba algo así como "Cuidado, hombre peligroso". Los lavabos limpios fueron una agradable innovación para nosotros, aunque el habitual *mak snell* no nos permitía gozar del todo del placer del agua corriente. Otra novedad eran las señales automáticas que podían accionarse desde el interior de la celda cuando nos apremiaba alguna necesidad. La señal podía ser interrumpida desde fuera; entonces era cuestión de aguantarse y esperar. Repetir inmediatamente la señal significaba tener que aguardar hasta la noche. Incurrí una sola vez en ese error, y no me quedaron ganas de repetir la experiencia.

Por las noticias murmuradas de ventana a ventana me enteré de que Hanna Reitsch se encontraba también en Oberursel. Aunque no comprendía por qué presuntos "crímenes" había sido detenida aquella valiente aviadora, me alegró saber que continuaba viva.

En tres ocasiones el sargento de vigilancia ordenó que sacaran de mi celda el jergón poco antes de la hora de acostarnos, sin devolvérmelo a la mañana siguiente. El jergón no era demasiado cómodo, pero después de haber dormido sobre las duras tablas me pareció un colchón de plumas. Nos servían la comida una vez al día: un recipiente con cualquier potaje y una taza de café. Lástima que el único trozo de pan que acompañaba a aquel condumio nadaba casi siempre en el fondo del recipiente.

Cierto día —de acuerdo con mi "calendario" era el 2 de agosto— ocurrió algo muy curioso. Dos enérgicos "guards" me llevaron a una sala, en la cual había instaladas dos cámaras cinematográficas. Un capitán y un intérprete estaban sentados ante una mesa. Cuando el capitán inició su interrogatorio, las cámaras empezaron a funcionar. Era como si filmaran una película de largo metraje, con la diferencia de que el "protagonista" no cobraba. Las preguntas versaron sobre la ofensiva de las Ardenas y la operación Mussolini. Después, todo vino seguido. Nunca he

podido descubrir el objetivo perseguido con aquella película, ni he sabido de ningún prisionero que fuera interrogado de un modo tan original.

Al día siguiente me interrogó el teniente coronel Burton Ellis. El tema fue la "battle of the bulge"; y la pregunta central giró alrededor de una supuesta orden dada por el VI Ejército Acorazado SS para que se fusilara a los prisioneros americanos.

Insistí en que no había visto nunca tal orden, ni podía creer en su existencia. Me negaba a admitir la posibilidad de que una unidad del Ejército alemán hubiese llevado a cabo aquellos fusilamientos. De ser cierto, el hecho hubiera trascendido. El interrogatorio se prolongó por espacio de cuatro horas y fue el más duro que había tenido que soportar hasta entonces.

Durante las semanas siguientes tuve que contestar a otros cuatro o cinco interrogatorios sobre la ofensiva de las Ardenas; pero tuvieron un carácter puramente militar y transcurrieron en un ambiente más agradable. Mis interrogadores ratificaron los efectos positivos de la difusión de rumores como arma de guerra. Dos de los oficiales que me interrogaron habían sido detenidos como sospechosos de pertenecer a la Brigada Acorazada 150.

El 11 de agosto fue un día especialmente afortunado. Inesperadamente, se abrió la puerta de mi celda y mi amigo Radl fue empujado hacia dentro. Radl estaba tan sorprendido como yo. Desde hacía varias semanas veníamos rogando a mister Bovais que nos pusieran juntos, ya que nuestros interrogatorios, al parecer, habían terminado. Y al fin habían atendido nuestra petición. A partir de aquel momento, el tiempo transcurrió para nosotros con mucha más rapidez. Juntos dábamos nuestro diario paseo de dos minutos, juntos nos lavábamos con la velocidad de un tren expreso, juntos nos reíamos de las cosas que antes, estando solos, nos hubieran molestado. Además, nos trasladaron a la celda 5 del ala A. Nuestra ventana, cuando estaba abierta, nos permitía ver la sala de aseo y el patio destinado al paseo de los reclusos. Al ver a los demás paseantes, la mayoría de aspecto

distinguido, nos dimos cuenta de que nos habían "ascendido". Quedaba por averiguar en qué sentido.

Otra de las diversiones de nuestra monótona existencia la constituían las inspecciones. Cierto día se presentaron unos huéspedes de categoría especialmente elevada. Un sargento nos advirtió que al oír una señal de llamada debíamos colocarnos de espaldas a la puerta en posición de "atención" y "manos arriba" Tres meses después de la capitulación, aquel "hands up" me pareció bastante ridículo. Pero, órdenes son órdenes. Si los huéspedes deseaban admirar nuestro "lado posterior", allá ellos. Por otra parte, los visitantes pasaban de largo por delante de las celdas sin molestarnos.

El 10 de septiembre terminó repentinamente nuestra agradable vida en común. Un centinela abrió la puerta y gritó, dirigiéndose a mi:

Mak snell! In five minutes you have to be ready! (¡Dese prisa! ¡Dentro de cinco minutos tiene que estar preparado!)

Volvió a cerrar la puerta de golpe y desapareció.

No tenía muchas maletas que hacer, aunque en el tiempo que llevaba allí había adquirido otra camiseta. Radl y yo no tuvimos tiempo ni de despedirnos. Tras colocarme las inevitables esposas, me trasladaron al aeropuerto en un automóvil. Allí, al ver a los demás pasajeros, comprendí que nos llevaban a Nuremberg.

Capítulo XXXI

Vuelo de "distinguidos" hacia Nuremberg. — Con Goering vis a vis. — Rodolfo Hess. — Lucha contra la depresión. — El Padre Sixto. — En la sala de los testigos. — Idolos caídos. — La autodefensa llevada demasiado lejos. — ¿Quién amenaza Nuremberg? — Hacia Dachau. — Guarded like a cobra. — *De nuevo hacia Nuremberg. — Campo de Regensburgo. — Otra vez en el* bunker. — *Austriacos. — Extranjeros.*

En el bimotor vi muchas caras conocidas: el almirante Doenitz, el capitán general Guderian, el teniente general de las SS Sepp Dietrich, el ministro Seldte, Baldur von Schirach, el doctor Kaltenbrunner y otros a los cuales no conocía en absoluto. Hacía un tiempo magnífico, pero no pude disfrutar del placer del vuelo. La inseguridad respecto al futuro hacía que cada uno de nosotros estuviéramos sumidos en nuestros propios pensamientos.

Cuando llegamos a Nuremberg nos trasladaron directamente desde el aeródromo al palacio de justicia en unos vehículos de la Cruz Roja. Un capitán me había soltado previamente las esposas; creo que incluso a él le pareció ridícula aquella medida de prudencia. En aquel momento nadie pensaba que algunos de los que entraban en el palacio de justicia ya no volverían a salir con

vida del edificio. Nos recibió en persona el coronel Andrus, comandante de la prisión. Al verle me acordé inmediatamente de Heinrich Himmler con sus gafas montadas al aire. El almirante Doenitz y yo éramos los únicos que llevábamos todavía las charreteras en nuestros uniformes. Cuando nos informaron de que en Nuremberg sólo había "detenidos", nos hicimos mutuamente el favor de arrancarnos aquel último signo de nuestra anterior pernecencia a la Wehrmacht alemana.

Me encerraron en la celda 31 de la planta baja. La mirilla de la puerta estaba abierta, y a través de ella examiné el pasillo hasta donde me alcanzaba la vista. Detrás de la mirilla de otra celda situada casi enfrente de la mia, alguien inclinó la cabeza, saludándome. Era Hermann Goering, y al parecer estaba de un excelente humor.

La prisión de Nuremberg estaba muy bien organizada, aunque es posible que la favorable impresión que me causó se debiera al contraste con mis anteriores alojamientos por cuenta de los Aliados. Dos dias después de mi llegada me trasladaron a la celda 97, situada en el primer piso, que disfrutaba de más ventilación e incluso me permitía ver las copas de unos árboles y un trocito de cielo. A veces, el viento traía hasta mí la música de una lejana feria. *Stürmisch die Nacht, und die See geht hoch...* "La noche tormentosa, y en el mar el oleaje se eleva...", tocaba incesantemente un viejo organillo.

Aquélla fue para mí una época muy dura, ya que tuve que enfrentarme a solas con mi conciencia con muchos problemas sin aparente solución. Pero, al mismo tiempo, fue una época que me enriqueció espiritualmente y por nada del mundo quisiera haberla eludido. Viví una serie de experiencias que me han servido de mucho en mi vida posterior.

Debo confesar que las primeras semanas que pasé en Nuremberg estuve dominado por una profunda depresión. Pasado y futuro se fundían en una misma nebulosa. El aislamiento, la incertidumbre acerca de la suerte que había corrido mi familia, el triste destino de la patria, todo contribuía a que viera las cosas con

amargo pesimismo. Pero me impuse a mí mismo la obligación de reaccionar. Tenía que superar aquella crisis con mis propias fuerzas; nadie podia ayudarme, ni el mejor de mis amigos. Paulatinamente, fui recobrando el aprecio a la vida y mi antiguo optimismo.

Durante los paseos por el patio vi alguna que otra vez a Rodolfo Hess. Iba siempre esposado por una muñeca con su guardián. Miraba fijamente hacia delante y andaba con pasos rápidos. Pero nunca me produjo la impresión de que fuera un perturbado mental; más bien despertaba en mi la idea de que su conducta obedecía a un plan premeditado. Más tarde tuve ocasión de hablar con varias personas que conocían íntimamente a Hess, y casi todas se preguntaban lo mismo que yo, si al emprender el famoso vuelo a Inglaterra Rodolfo Hess actuaba en realidad por orden de Hitler, al cual le interesaba mantener en el más estricto secreto aquel asunto.

Los interrogatorios a que fui sometido por funcionarios de la oficina del Fiscal General demostraron que mis declaraciones no eran necesarias en el proceso que se estaba preparando. Durante semanas enteras me faltó incluso la diversión que un interrogatorio puede significar para un preso. Tenia la impresión de que me habían olvidado por completo. Alrededor del 20 de octubre de 1945, el coronel Andrus tuvo la amabilidad de informarnos, a otros presos y a mí, que no estábamos considerados como "criminales de guerra", sino como "testigos" que debían quedar "retenidos" durante "cierto tiempo".

Cuando se produjo el suicidio del doctor Ley, seguido por el del doctor Conti, fueron introducidas algunas innovaciones bastante desagradables para los presos. Por la noche, las celdas quedaban iluminadas por una lámpara que enviaba sus rayos a través de la mirilla de la puerta. Al dormir, el rostro debía quedar al descubierto de modo que el guardián pudiera verlo desde el pasillo. Cierta noche, un guardián muy concienzudo me despertó varias veces e incluso entró en mi celda con el oficial de servicio. Con grandes dificultades conseguí hacerles comprender que

no trataba de ocultar mi rostro a sus miradas, pero que mi estatura me obligaba a aprovechar cada centímetro de mi camastro.

Uno de los interrogatorios a que fui sometido durante mi estancia en la prisión de Nuremberg fue dirigido por un general americano que, a juzgar por sus preguntas, estaba muy bien informado. Más tarde me enteré de que se trataba del general William O'Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos durante la guerra. Sin saberlo, había tenido delante de mi al oficial encargado de la misma tarea que yo, pero en el otro bando. El general O'Donovan fue Presidente del Tribunal de Nuremberg durante algún tiempo. Luego dimitió, como es sabido, por no estar de acuerdo con los "procedimientos jurídicos" del citado Tribunal.

No puede hablarse de la prisión de Nuremberg en aquella época sin citar a un hombre al cual conocieron todos los presos: el Padre Sixto O'Connor, capellán católico de la cárcel, irlandés de origen y de temperamento. A intervalos regulares visitaba en sus celdas a los presos que deseaban hablar con él. No hacía proselitismo; se limitaba a llenar con su humanidad y su bondad algunos de los numerosos espacios muertos de la existencia de un prisionero. El Padre Sixto se ganó muchos amigos, y el respeto de todos.

Sería injusto escribir acerca de Nuremberg y olvidar al personal alemán de la prisión. Salvo raras excepciones, se comportó siempre de un modo muy correcto. Dos de los trabajadores eran compatriotas míos. Tuvieron conmigo detalles conmovedores. Jugándose el empleo, me hacían pequeños favores muy de agradecer en aquellas circunstancias. Y he de confesar sinceramente que me sentía orgulloso cuando aquel obrero de Viena o aquel sencillo campesino de la Baja Austria hablaban de "nuestro" Skorzeny. Era como si me hubieran concedido, después de la guerra, una condecoración muy distinguida.

El 21 de noviembre me trasladaron a la llamada sala de los testigos. Fue un alivio poder convivir de nuevo con seres humanos, con los cuales se podía crear una válvula de escape para los

propios pensamientos. Lo único lamentable era el hecho de que entre los sesenta o setenta inquilinos de la sala de los testigos hubiese tan pocos "hombres" que pudiesen servirnos de ejemplo a los más jóvenes. Los que habíamos luchado en el frente sabíamos ya que muchos de nuestros dirigentes no eran semidioses, y que en muchos casos ni siquiera merecían el nombre de dirigentes. Eran seres humanos, con todos los defectos y debilidades inherentes a la condición humana. Sin embargo, creíamos que después de la derrota sabrían mantenerse en una postura digna. Por desgracia no fue así, y en Nuremberg tuve ocasión de presenciar el lamentable espectáculo que ofrecían muchos antiguos dirigentes del Tercer Reich con su cobardía y su debilidad.

Como único ejemplo quiero citar al ex dirigente de la prensa NSDAP, Amann, el cual afirmaba seriamente que Adolfo Hitler le había "obligado" a construirse una finca lujosa junto al lago Tegern, por un valor de un millón y medio de marcos, a pesar de que él era un hombre poco amante del lujo. Para colmo, se dedicaba a difundir toda clase de cbismes acerca de la vida íntima de Hitler. En cierta ocasión fui testigo de un cortés rapapolvo que le dirigió el Padre Sixto, al decirle que, ni como sacerdote, ni como hombre, estaba interesado en tales "historietas".

He pensado mucho en el sentido y la finalidad de los procesos de Nuremberg. Muchos juristas, catedráticos de ciencias políticas y otras personalidades han expuesto sus autorizadas opiniones sobre ellos. Oficialmente, se afirmó que a través de aquellos procesos iba a crearse un nuevo derecho internacional vigente para el mundo entero. Las cuatro grandes naciones victoriosas, América, Francia, Gran Bretaña y Rusia, formaban el tribunal. Los procesos terminaron sin que se hubiera iniciado la redacción de un nuevo derecho internacional. ¿Llegará a hacerse algún día?

El deseo de algunos acusados de salvar el cuello, el miedo al futuro y a las posibles acusaciones posteriores contra los testigos de aquel proceso, determinaron las exageraciones que se produjeron por parte de aquellas personas. Del mismo modo que habían exagerado su servilismo hacia el Tercer Reich, ahora exageraban

en sus declaraciones, pretendiendo haber librado una "lucha de resistencia", afirmando su "antagonismo íntimo" de siempre, hablando de un "sabotaje de los mandos" contra el régimen. Pero, aún reconociendo que gran parte de aquellas declaraciones se debían a la presión del nuevo estado de cosas, no puede soslayarse el hecho de que eran fomentadas por los vencedores. En este sentido, los trabajos de la División Histórica norteamericana en Neustadt son una verdadera mina.

Algún día, cuando todos aquellos documentos sean hechos públicos, los historiadores se enfrentarán con la dificultad y la responsabilidad de separar la paja del trigo. Preveo entonces el peligro de que nazca una nueva leyenda de "la puñalada por la espalda", pero esta vez fomentada y alimentada por los archivos aliados y las actas procesales.

Una vez a la semana nos bajaban al sótano, donde se encontraban las duchas. Al ir hacia allí me llamaba siempre la atención una pila de sábanas. ¿Podríamos disfrutar el lujo de tener ropa de cama? Durante tres semanas contemplé codiciosamente aquella pila. A la cuarta semana no pude resistir la tentación. En el camino de regreso me apoderé de tres sábanas. Aquella misma noche regalé dos de ellas; una la recibió el mariscal de Campo von Blomberg, encamado desde hacía días, y la otra se la entregué a mi compatriota el ex ministro general Glaise-Horstenau. A la mañana siguiente me aseguraron que hacía muchísimo tiempo que no habían dormido tan bien. La tercera sábana me acompañó durante todos los años de mi cautiverio, sin que me remordiera la conciencia por aquel hurto.

Pasó Navidad y Año Nuevo. En febrero de 1946, se nos autorizó a mantener correspondencia con nuestros familiares. Por lo menos, pudimos enterarnos de la situación en que se encontraban nuestros seres queridos, aunque en muchos casos la noticia significaba una tragedia para el que la recibía.

Cierto dia nos dimos cuenta de que se estaban efectuando ante nuestros ojos febriles preparativos de carácter bélico. En las entradas al patio de la prisión se levantaron barricadas antitanques,

y en dos de sus ángulos se instalaron nidos de ametralladora protegidos con sacos de arena. Incluso en el interior del edificio se reforzaron con planchas de acero los puestos del personal de vigilancia.

Estábamos asombrados. No encontrábamos ninguna explicación para aquellos hechos. Una tarde, el Padre Sixto vino a mi celda y me contó algo que parecía una fábula ridicula. Sin embargo, el Padre Sixto había tenido ocasión de conversar con el general responsable de aquellas medidas de seguridad, el cual le había asegurado muy seriamente que en los alrededores de Nuremberg se estaban concentrando tropas alemanas, las cuales se proponían asaltar el palacio de justicia y liberar a los que se encontraban detenidos en él. La noticia ya era de por si bastante fantástica, pero faltaba lo mejor: aquellas supuestas tropas estaban mandadas por el coronel Skorzeny, que se había hecho famoso al liberar a Mussolini durante la guerra.

Naturalmente, el Padre Sixto informó al general del hecho de que Skorzeny se encontraba detenido en la prisión de Nuremberg desde el mes de septiembre del año anterior. El general quedó desconcertado, pero insistió en que sus noticias estaban garantizadas y que la única explicación posible era que el Skorzeny que se encontraba en la cárcel no fuera el verdadero. Tras complicadas consultas y cómicos interrogatorios, se demostró que yo era "auténtico".

Nunca he podido explicarme cómo pudo originarse aquel fantástico rumor. Por lo visto, el fantasma de la Brigada Acorazada 150 seguía rondando por las mentes de muchas personas. Meses más tarde me pareció entrever la solución del enigma. En el campo de Regensburgo encontré a mi oficial de radio M., el cual me contó que al terminar la guerra se había dirigido, sin pasar por ningún campo de prisioneros, a su ciudad natal, Nuremberg, donde vivía pacíficamente con su familia. Al enterarse de que yo estaba encerrado en el palacio de justicia, habló con unos cuantos ex soldados y decidieron ayudarme. Idearon un plan fantástico, muy bien intencionado pero imposible de realizar. Uno

de los "conjurados" habló más de la cuenta y se descubrió el asunto. Los complicados fueron detenidos e internados en un campo de prisioneros. No puedo asegurar que aquella "conjura" tuviera relación directa con las medidas de seguridad adoptadas en el palacio de justicia, pero la idea de que así fuera no me parece descabellada.

A primeros de mayo de 1946 terminó para mí la estancia en Nuremberg. Sin previo aviso, recibí la orden de prepararme para mi traslado. Mi equipaje había crecido un poco. Nuestros uniformes casi se nos caían del cuerpo y habíamos recibido ropas del ejército americano. Sin embargo, todos mis objetos personales cabían en dos cajas de cartón. El traslado se realizó en un coche celular.

Por la noche llegamos a Dachau. Me encerraron en un *bunker*, incomunicado, sin que acertara a explicarme los motivos de aquella medida. Al cabo de unos días fui interorgado por un tal mister Harry T. Sus preguntas estaban relacionadas con la ofensiva de las Ardenas. Quería saber qué órdenes del Ejército conocía yo, el contenido del discurso que había pronunciado el comandante del Cuerpo de Ejército y muchas cosas más. Mis respuestas, al parecer, no fueron las que mister Harry T. deseaba oír.

Sin darse por vencido, insistió en los días siguientes. Tras asegurarme que el tribunal militar de Dachau no deseaba actuar contra mí, sugirió las ventajas que podía reportarme el ayudar al descubrimiento de la verdad. Me limité a decirle que yo estaba tan interesado como él en que resplandeciera la verdad, y ratifiqué en todos sus puntos mis anteriores declaraciones.

Cierto día, mister Harry T. me mostró la declaración de un comandante de la 1.ª División Acorazada SS, el cual me acusaba gravemente. Me ofreció entregarme aquel documento para que pudiera destruirlo, a cambio de que le ayudara en sus investigaciones. Rechacé la oferta, diciendo que no quería comerciar con asuntos tan serios como eran las declaraciones ante un tribunal.

Por lo demás, las declaraciones del comandante no me interesaban, ya que ni siquiera le conocía.

Por desgracia, en aquella época se me reprodujo mi antigua dolencia biliar. Transcurrieron varios días hasta que el médico alemán del *bunker* consiguió que me trasladaran al hospital del campo. Me destinaron a una habitación individual, vigilada día y noche por un soldado americano. Los GI eran unos chicos simpáticos, pero al parecer no comprendían que un enfermo quisiera dormir por la noche, y se dedicaban a amenizar las horas nocturnas con las audiciones de bailables de la radio o con interminables partidas de póquer al pie de mi cama.

Cierto día, uno de mis guardianes me trajo un ejemplar del periódico para soldados "Stars and Stripes" y me mostró un artículo. Debajo de mi fotografía, unos grandes titulares rezaban: *Guarded like a cobra.* Por aquel artículo me enteré de que me había fugado cuatro o cinco veces de la prisión y que, debido a ello, mis guardianes habían recibido órdenes de vigilancia especialmente severas. Mi tercera queja por escrito tuvo más éxito que las dos anteriores: la guardia fue retirada y me trasladaron a una habitación normal, que compartía con otros enfermos.

Por aquella época se celebraba el famoso proceso de Malmedy. La acusación se esforzaba desde hacía varias semanas en ganarme como testigo para ella, utilizando amenazas y promesas. Resistí todas las presiones. Pero si la acusación deseaba presentar como testigo a Skorzeny en aquel espectacular proceso, por mí no iba a quedar, aunque mi actuación sería muy distinta de la que esperaba la acusación. Me declaré dispuesto a comparecer, expresando mi deseo de que estuvieran presentes los servicios de radio, televisión y prensa internacionales. Me proponía armar un escándalo en la sala de audiencias, enterando a la opinión pública de los nefandos métodos que se aplicaban en los llamados "procesos de criminales de guerra". Tres veces me llevaron desde el hospital hasta la puerta de la sala, y las tres veces me devolvieron a mi lecho de enfermo. Por lo visto, habían decidido renunciar a mi "colaboración".

Cuando se hizo público el fallo, me parecía imposible que hubiera podido producirse tal monstruosidad. De labios de camaradas alemanes había oído hablar demasiado del trato que se había dado a los prisioneros, y de los sistemas utilizados para obtener las "confesiones". No era posible que el tribunal conociera esas circunstancias. Sin embargo, una posterior revisión del proceso debía poner en claro la verdad.

Poco después me trasladaron de nuevo a Nuremberg. Por prescripción médica hice el viaje en una ambulancia. La sala de los testigos estaba atestada, las celdas alojaban doble número de huéspedes de lo que permitía su capacidad normal. En aquellos días se celebraba la vista contra las organizaciones alemanas acusadas de "criminales".

Nadie podía dudar del resultado del primer gran proceso contra los "principales criminales de guerra", teniendo en cuenta los métodos unilaterales utilizados por los aliados. Sin embargo, el hecho de que organizaciones enteras fuesen encausadas como "criminales" era tan insólito, que el resultado de la vista no era fácil de prever. La acusación sólo podía aportar argumentos de tipo general. Debió de ser un caso muy del agrado de juristas y expertos en derecho internacional, por lo complicado, pero a nosotros nos resultaba menos agradable, puesto que no sabíamos cómo podríamos defendernos.

Al cabo de unas semanas se produjo otro cambio de domicilio. Tres grandes camiones transportaron a unos noventa presos desde la cárcel de Nuremberg al campo de Nuremberg-Langwasser. Mi relativa alegría por un traslado que iba a permitirme gozar de la vida más libre del campo de prisioneros duró muy poco. Dos horas después de nuestra llegada, el mariscal de Campo Kesselring y yo fuimos conducidos en un *jeep* a las celdas individuales del campo.

Allí conocí los tratamientos prescritos por un médico militar americano, cuyos conocimientos profesionales me parecieron inferiores a los de un simple practicante. Dado que no podía comer casi de nada y tenía casi continuamente fuertes dolores de hígado

y vómitos de bilis, pedí los correspondientes medicamentos. Me entregaron una generosa provisión... de aspirinas. Permanecí en aquella celda individual una semana, aproximadamente. Transcurrido ese tiempo, fui trasladado al campo de Regensburgo, situado más al sur, en unión de otro grupo de prisioneros, casi todos antiguos oficiales de la Wehrmacht. Al cabo de ocho días —los cuales pasé en el *bunker*—, ingresé en el hospital del campo. Los continuos cambios empezaban a ponerme nervioso.

Cierto día tuve una visita. Se trataba de mister Harry T. Me explicó que ahora trabajaba para la defensa en el proceso de Malmedy, y concretamente para el general Pries, comandante del primer Cuerpo Acorazado SS, el cual había sido condenado a varios años de cárcel. Me pidió que hiciera una declaración jurada, explicando mis relaciones con el mando durante la ofensiva de las Ardenas. Dijo que volvería al cabo de unos días para recoger la declaración. El asunto me pareció algo raro, pero no disponía de ningún medio para descubrir la verdad. Redacté aquella declaración, que no se apartaba de las que había efectuado anteriormente, a sabiendas de que iba a ser utilizada para otros fines.

La estancia en el campo resultó sumamente beneficiosa para mí. Los camaradas me demostraban una confianza que nunca hubiera esperado. Frecuentemente deseaban conocer mi opinión acerca del pasado y del futuro; pero, como yo era el primero en no ver demasiado claras las cosas, supongo que en más de una ocasión les desilusioné. No obstante, creo que conseguí contagiarles algo de mi propio optimismo respecto al futuro. Y esto me pareció de especial importancia, teniendo en cuenta el desesperado estado de ánimo de la mayoría de mis camaradas. Muchos habian perdido toda fe en la justicia y en la bondad del hombre. Traté de animarles diciéndoles que el péndulo de la vida, en las situaciones criticas, oscila necesariamente a uno y otro lado. Para que se estabilice, tiene que transcurrir algún tiempo. Y el arte de la vida consiste en saber esperar.

En el campo, los austríacos, y yo entre ellos, esperaban su re-

patriación. Cierto día nos cargaron en unos vagones de mercancías —éramos unos 250 "extranjeros", aproximadamente— y partimos hacia el campo de Darmstadt, donde sabía que se encontraba ya Karl Radl. Aquel viaje a través del paisaje alemán fue una pura delicia. Muchos de nosotros tuvimos ocasión de establecer un breve contacto con paisanos alemanes, ferroviarios y viajeros. Por mi parte, conseguí entablar conversación con el maquinista y el fogonero del tren.

Aquella conversación me devolvió parte de la perdida fe en nuestro pueblo. Era evidente que los periódicos falseaban la verdad al escribir que los internados y los antiguos soldados éramos odiados y despreciados por el pueblo entero. Y falseaban la verdad al afirmar que la "desnazificación", con todas sus injusticias, era deseada y reclamada por el pueblo. Desde luego, todo el mundo se mostraba contrario al crimen, viniera de donde viniera, pero el pueblo alemán comprendía a los idealistas que habían entregado lo mejor de sí mismos a la patria.

El duro suelo y el movimiento de los vagones de carga nos mantuvieron despiertos durante la mayor parte de la noche. Nuestra conversación giró casi exclusivamente alrededor de un tema que no tardaría en actualizarse para nosotros: ¿Austríaco a alemán? Esta sería la pregunta que nos formularían en Darmstadt antes de repatriarnos. ¿Es que no se podía ser buen austríaco y buen alemán al mismo tiempo? ¿No era absurdo establecer de nuevo una frontera entre dos partes del mismo pueblo, cuando nuestra única esperanza para el futuro consistía en la eliminación voluntaria de las fronteras en toda Europa? ¿Acaso Europa podría sanar sin convertirse antes en un bloque homogéneo? El egoísmo de los pueblos sólo podía servir para retardar el proceso de recuperación, si es que no lo estropeaba del todo.

Mi decisión, que no tardaría en cristalizar, se inspiraba además en otro motivo: no había empuñado las armas por Austria, mi patria chica, sino por Alemania. La mayoría de mis camaradas debían entregarse al molino de la desnazificación alemana. Lo mismo quería hacer yo. El pueblo para

el que había querido lo mejor y por el que había luchado con todo mi entusiasmo debía juzgar también si había cometido alguna acción injusta en lo que a él respecta. Estaba dispuesto a compartir las horas malas con mis hombres y quedarme en Alemania. Para mí, las palabras del himno nacional "...y todavía más ahora, en la desgracia", tenían que ser algo más que una simple frase.

La decisión quedó en suspenso por causa de fuerza mayor. Permanecimos varias horas en la estación de Darmstadt sin recibir la orden de dirigirnos hacia el cercano campo. Posteriormente me enteré de que entre los prisioneros del campo se había difundido ya la consigna: "Skorzeny ante portas!" Entretanto, nos mortificaba el hambre, pues el viaje había durado más que las provisiones. Tras laboriosas gestiones, conseguí que el puesto de la Cruz Roja solucionara el problema. Las enfermeras hicieron milagros, y a pesar de lo precario de la situación alimenticia nos sirvieron un plato de sopa, un trozo de pan y un poco de margarina.

Poco después recibimos la orden de montar de nuevo en el tren para regresar a Regensburgo. Debíamos agradecer aquel crucero a través de Alemania a la inmortal burocracia: nuestro viaje no había sido debidamente anunciado.

En el campo de Regensburgo había numerosos altavoces que difundían unas emisiones de radio especialmente seleccionadas para nosotros. Los prisioneros prestaban muy poca atención a aquellas emisiones. Sin embargo, el 1 de octubre de 1946, había mucha gente alrededor de los altavoces: íbamos a conocer las sentencias dictadas en el primer proceso de criminales de guerra. Mudos, inmóviles, escuchamos la noticia de las once últimas penas aplicadas a los antiguos dirigentes del Tercer Reich, y el fallo condenatorio contra las organizaciones acusadas de "criminales". En aquel momento no podíamos comprender el alcance de aquel fallo; no sabíamos que significaría la degradación de una gran parte de la población alemana por espacio de muchos años. A pesar de las mendaces tentativas de explicación del co-

mentarista Gaston Culman, el fallo nos recordó las terribles palabras de Livio: *Vae victis!*

¡Ay de los vencidos!

Capítulo XXXII

De nuevo en la celda individual en Wiesbaden. — ¿Organizaciones criminales? — Traslado a Oberursel. — Atado en el camión. — Celda individual en Dachau. — Operación bajo vigilancia. — Mujeres valientes.

Mi segunda estancia en Regensburgo fue también muy breve. Al cabo de unos días llegó mi orden de traslado. Cuando trataron de esposarme, protesté enérgicamente ante el comandante del campo. El comandante, que no creía necesaria aquella medida, telefoneó inútilmente durante más de una hora para conseguir la anulación de aquella orden. Salí esposado del campo. Pero el sargento que me acompañaba tenía seguramente unas instrucciones especiales: en cuanto hubimos dejado atrás Regensburgo me quitó las humillantes esposas.

Dado que no podíamos llegar a Wiesbaden, mi punto de destino, aquella misma noche, pernoctamos en casa del chófer alemán, que era también un internado. La familia me acogió cariñosamente. Era la primera vez, desde que terminó la guerra, que me sentaba a una mesa bien puesta y comía en un plato de loza, utilizando el tenedor y el cuchillo.

Al día siguiente me encontraba de nuevo en mi antiguo alo-

jamiento de la cárcel de Wiesbaden, que había sido entregada ya a las autoridades alemanas y sólo tenia una pequeña sección "americana". Poco después de mi llegada vino a verme un capitán, para decirme que un teniente coronel quería hablar conmigo. De buena gana le hubiese contestado que para una simple conversación no era necesario haber armado tanto jaleo. Pero comprendí que lo mejor que podía hacer era callarme.

Mi estado de salud no era bueno, y el severo "régimen" a que nos sometían en la cárcel no era el más indicado para mejorar de mi dolencia. Los guardianes alemanes, casi todos antiguos soldados, me trataban con corrección e incluso con cierto respeto. No vi a ninguno de los otros huéspedes de la cárcel. Sin embargo, donantes anónimos me obsequiaban con cigarrillos y con periódicos.

Tendido en mi camastro, leí el cumplimiento de las sentencias de muerte dictadas en Nuremberg. ¿Se había puesto con ello punto final a la tragedia de Alemania? El supuesto objetivo ideal y constructivo del proceso quedaba aún en la oscuridad. Se me ocurrió preguntarme si en las futuras guerras la dirección de cada bando lucharía hasta la última gota de sangre. ¿Debería temer cada vencido una repetición de Nuremberg? El hecho de que Hermann Goering hubiese escapado a la infamante horca podia atribuirse probablemente a la ayuda alemana prestada al acusado número 1 del proceso, que se había portado como un hombre durante todo el desarrollo de la vista. Para todos los acusados hubiese deseado la misma posibilidad que tuvo Goering.

¿Qué consecuencias tendría en el futuro el precedente de la condena de una organización como "criminal"? Habían sido lo bastante inteligentes como para no condenar como organización al Estado Mayor. Sin embargo, el simple hecho de que aquella institución, existente en todos los países y con métodos de trabajo iguales en todas partes, se sentara en el banquillo, era un hecho de incalculables efectos. Tan incalculables como los que podían derivarse del carácter colectivo de un fallo aplicado a millones de hombres. ¿Dónde estaba el punto final que debía ponerse al-

guna vez, si realmente se quería empezar de nuevo? Los pueblos difamados se interesan muy poco por lo que se considera bueno o malo. El bien y el mal son conceptos muy elásticos. Nos reprochan a nosotros, mejor dicho, a nuestros padres, que se negaran a aceptar el resultado de la Primera Guerra Mundial, es decir, la derrota. Y hoy se pretende construir de nuevo sobre aquel mismo hecho, sin tener en cuenta las experiencias anteriores.

Al cabo de una semana, aproximadamente, me llevaron al campo de interrogatorios de Oberursel; pero esta vez sin esposas y en condiciones más aceptables. El teniente coronel no se había presentado aún. En aquella época, octubre de 1946, el campo estaba poblado por elementos muy distintos a los de 1945. Había muy pocos alemanes. El contingente principal de detenidos lo formaban extranjeros de varios países. Entre ellos había varias mujeres. El histérico llanto de una detenida, encerrada en una celda contigua a la mía, llegó a crisparme los nervios. Intenté tranquilizarla hablándole a través de la ventana, pero fue un esfuerzo inútil, ya que la pobre no entendía el alemán, ni los escasos vocablos que yo conocía de inglés y francés. Seguramente era oriunda de un país situado detrás del telón de acero, que en aquella época empezaba ya a bajarse, aunque el gran público no se daba cuenta todavía.

La organización y el abastecimiento habían mejorado, sin duda alguna, en aquel campo internacional. Para lavarme y para satisfacer otras necesidades disponía siempre de la compañía de dos guardianes de aspecto feroz, armados con pistolas automáticas y sin apartar el dedo del gatillo. El antiguo *mak snell* iba ahora acompañado de recios puntapiés a la puerta, siempre abierta.

Mi ración de tabaco, un paquete por semana, resultaba superabundante en comparación con las cerillas que me suministraban, ya que la experiencia me había enseñado a sacar hasta cien cigarrillos de un paquete de tabaco. Para no verme obligado a encender un cigarrillo con la colilla del otro, me las ingenié para disponer de un encendedor eléctrico manipulando en la caja de distribución de la instalación eléctrica de mi celda.

Transcurrieron varios días sin que se presentara el esperado oficial americano. Inesperadamente, me ordenaron prepararme para un nuevo traslado.

Los dos guardianes que me acompañaron en el viaje, que efectuamos en un camión, decidieron ahorrarse trabajo en su pesada tarea de vigilarme y me ataron al respaldo de mi asiento, en posición forzada. Más tarde se dieron cuenta de lo insoportable de mi postura y, muy comprensivos, me tendieron sobre el suelo del camión, sin desatarme, naturalmente. Así pudieron permitirse un merecido descanso, y se pasaron durmiendo la mayor parte de la noche. Al amanecer llegué de nuevo a Dachau. Por lo visto, se había producido un malentendido. Tras pasar unas horas en el calabozo del campo, me llevaron, con gran sorpresa por mi parte, al sector "normal". Durante las 48 horas que permanecí allí apenas pude dormir. Todos mis viejos camaradas y muchos prisioneros a los que no conocía querían hablar conmigo. En el curso de aquellas conversaciones noté la nociva influencia de la alambrada de espino, que a la larga afectaba a muchos soldados. Era una especie de psicosis. La alambrada se convierte en una especie de frontera, y todo lo que sucede detrás de ella pertenece a un mundo nebuloso, casi irreal. En mi opinión, no todo era tan negro como lo veían muchos de mis camaradas, que llevaban más de un año detenidos. Claro que yo he sido siempre un optimista.

Dos días más tarde me ordenaron empaquetar mis cosas y presentarme en la puerta. Desde allí fui otra vez a la celda individual. La administración del *bunker*, que me saludó como a antiguo inquilino que era, me alojó en la misma celda, la número 10.

Pasaron días y días sin que se produjera la anunciada visita del teniente coronel y sin que ninguna autoridad se preocupara de mí. Tampoco me comunicaron los motivos por los cuales debía permanecer en una celda individual. Llegué a creer que se habían olvidado de mí. Mis camaradas, a costa de muchos sacrificios, me ayudaban en lo que podían. Los encargados de repartir la comida me daban muchas veces una ración extra o me

obsequiaban con alguna golosina que habían recibido de sus familias. En tales situaciones las pruebas de compañerismo se agradecen de un modo especial. También el sargento americano de guardia hacía con frecuencia la vista gorda, si con ello podía ayudarme. En primavera, durante mis breves paseos diarios, me incliné más de una vez sobre los bancales en los cuales crecían los rábanos. Un puñado de rábanos me proporcionaba algunas de las vitaminas de que tan necesitado estaba. Siempre había creído que la "operación rábano" era perfecta en su desarrollo y que el "enemigo" no tenía la menor idea de las actividades a que me entregaba. Pero, en cierta ocasión, el sargento me preguntó, en tono socarrón:

"You like raddishes?" (¿Le gustan a usted los rábanos?)

Mi estado de salud continuaba empeorando; a pesar de ello, el médico del *bunker,* un austríaco internado, no podía conseguir que me trasladaran al hospital, traslado que sólo estaban dispuestos a autorizar si decidía someterme a una operación para que me fuera extirpada la vesícula biliar. El médico, en el cual tenía mucha confianza, me aconsejó que me dejara operar, y finalmente accedí. Inmediatamente me trasladaron a una de las habitaciones individuales del hospital del campo. Tenia un guardián junto a mi cama de día y de noche, a pesar de que en aquella época casi no podía moverme. Antes de la operación tuvieron que someterme a una "sobrealimentación acelerada" para fortalecer mi organismo.

Me operaron el 6 de diciembre de 1946. El guardián me acompañó hasta la mesa de operaciones. Durante el lento despertar de la anestesia me desahogué soltando una serie de palabrotas. Fue un alivio para mi, a pesar de los intensos dolores que empezaba a sentir. Mi convalecencia se complicó a causa de una pulmonía. Aquello me dio ocasión para recibir una prueba más de entrañable camaradería. En aquella época no había penicilina para los enfermos alemanes; el milagroso antibiótico se reservaba exclusivamente para los americanos. Pero, al parecer, mi estado era grave. Dos de los médicos alemanes, también prisioneros de

guerra, decidieron inyectarme penicilina a toda costa. Durante la noche, robaron el precioso medicamento de la farmacia militar americana de Dachau. Nunca olvidaré aquel gesto.

Tardé varias semanas en poder volver a andar. En febrero de 1947 me sacaron del hospital y me trasladaron al llamado "bunker de la justicia". Aquella construcción, que por cierto fue terminada después de la guerra, en 1946, era muchísimo peor que el antiguo *bunker* de Dachau, cuyas celdas, comparadas con las del "bunker de la justicia", parecían habitaciones de un hotel de primera. La nueva celda media aproximadamente 2,50 metros de largo, 1,40 de ancho y 2,20 de altura. Era toda de hormigón y disponía de un solo agujero de ventilación, de unos 15 por 60 cm. En su interior había dos camastros superpuestos y una concha abierta de varios usos. Sin embargo, lo peor para que el pasillo existente entre las hileras de celdas estaba revestido de planchas de madera, sobre las cuales iban y venían los centinelas polacos durante toda la noche.

Apenas podía aprovechar el paseo diario de diez minutos a que tenía derecho, ya que el andar me resultaba sumamente difícil. Al cabo de ocho días me acompañaron a la oficina de fiscalía de los procesos por crímenes de guerra. Me sorprendió muchísimo encontrar allí como jefe de sección a uno de los excelentes defensores americanos que habían actuado en el proceso de Malmedy, el teniente coronel D. Me preguntó por qué motivo me habían llevado al "bunker de la justicia", y me limité a contestarle que tenía aquella misma pregunta en la punta de la lengua El teniente coronel D. me aseguró que, de acuerdo con los informes que obraban en su poder, no existía ninguna causa contra mí y, en consecuencia, debía abandonar inmediatamente aquel *bunker*. Desgraciadamente, mis esperanzas de que me llevaran al sector "normal" no llegaron a convertirse en realidad. El antiguo *bunker* y la celda número 10 me recibieron de nuevo, dándome la bienvenida como a un viejo conocido.

Unos días después recibí noticias de mi antiguo ayudante Karl Radl. También él había llegado a Dachau, vía Wiesbaden,

y consiguió un puen "enchufe". Con varios de mis hombres (a los cuales, dicho sea se paso, los americanos llamaban "Skorzeny boys") era el encargado de las huertas de Dachau, en las cuales se recolectaban muchas hortalizas. Gracias a ello podia facilitarme de cuando en cuando, y a escondidas, algunos "alimentos verdes", como llamábamos nosotros a las verduras.

En aquella época, el *bunker* de Dachau albergaba a unos 300 detenidos. Su estado de ánimo no era precisamente optimista. La mayoría de ellos estaban encerrados desde hacía muchos meses, sin haber sido sometidos a ningún interrogatorio y sin que pudieran sospechar siquiera el futuro que les aguardaba. En cambio, el buen humor de las muchachas detenidas resultaba casi increíble: eran un ejemplo para muchos hombres. La mayoría de ellas eran simples secretarias que ignoraban en absoluto los motivos de su prolongado encierro.

Capítulo XXXIII

Interrogadores con doble papel. — La acusación. — "Conspiradores" desconocidos. — Defensas alemanas y americanas. — Portavoz para todos.—Malos augurios.—Apostar por mi cabeza. — ¿Prensa objetiva? — Desconcertantes métodos de justicia. — "Catch as catch can". — Testigos de cargo. — Un oficial inglés. — En el estrado de los testigos. — Sentencia absolutoria. — Nuevamente entre camaradas. — División Histórica. — Skorzeny, alias *Abel. — La "Axis-Sally". — Permiso bajo palabra de honor. — Rumores acerca de Hitler. — No apto como testigo de cargo. — Voluntariamente ante el tribunal. — Métodos poco nobles. — Acusadores corruptos. — Siete veces aplazado. — Se agota mi paciencia. — Paso hacia la libertad.*

En marzo de 1947 se presento por fin el tan esperado teniente coronel, en compañía de Mr. Harry T. Cuando le pregunté si ahora trabajaba para la defensa o para la acusación, Mr. T. me explicó que formaba parte de una comisión investigadora. El teniente coronel me interrogó largamente, y de un modo sumamente objetivo, acerca de mi participación en la ofensiva de las Ardenas. Tuve la impresión de que iba a ser examinada por última vez la operación "Grifo".

Cuando el teniente coronel dio por terminados sus interrogatorios, le rogué que me dijera con toda franqueza si, en su opinión, la Brigada Acorazada 150 había incurrido en alguna violación de las leyes de la guerra. Su tranquilizadora respuesta fue que, a su leal saber y entender, no se había producido ninguna infracción de aquellas leyes y, en consecuencia, cabía esperar una decisión en el mismo sentido de sus superiores, decisión que me sería comunicada en un plazo aproximado de cuatro semanas. Señalé cuidadosamente la fecha en mi calendario de pared, pero transcurrieron las cuatro semanas y otras semanas más sin que llegara ninguna noticia.

Sabía que algunos miembros de la Brigada Acorazada 150 se encontraban en Dachau, pero no se me había ocurrido la idea de que ese hecho pudiera tener relación con un eventual procesamiento de los oficiales de la brigada, con su jefe a la cabeza. A mediados de julio de 1947 me condujeron al despacho del comandante polaco del *bunker*, donde me aguardaban numerosas personas desconocidas para mí. Unicamente reconocí al coronel Rosenfeld, que en cierta ocasión se había hecho fotografiar conmigo, y a Mr. Harry T. Los reporteros tenían sus cámaras preparadas para disparar; al parecer, iba a producirse un importante acontecimiento. Cuando vi entrar, uno tras otro, a ocho prisioneros alemanes, miembros de la Brigada Acorazada 150 —el que faltaba se encontraba en el hospital, gravemente enfermo—, supe a qué atenerme: se trataba de una acusación oficial.

Examiné lentamente los rostros de mis compañeros: a seis de ellos no los reconocía. El coronel Rosenfeld empezó a leer en voz alta la acusación. Mr. Harry T., que al parecer trabajaba de nuevo para el fiscal, traducía el texto al alemán. El segundo punto de la acusación me llenó de asombro. Tras una introducción en la que se aludía a un plan y una conjura comunes, seguían las palabras: "...y han maltratado, torturado y asesinado a soldados americanos, cuyo número y nombres se ignoran. Pero que las víctimas ascendían por lo menos a un centenar."

Apenas escuché el resto de la lectura. Mis camaradas esta-

ban tan asombrados como yo. En los dos años que llevaba de cautiverio, ni una sola vez me habian dirigido aquella monstruosa acusación. Como tuve ocasión de comprobar después, lo mismo les sucedía a mis camaradas. Por lo visto, mis acusadores habían estado esperando pacientemente que alguien dijera algo que sirviera de prueba para aquel punto de la acusación.

Después del proceso y al terminar su informe, el coronel Rosenfeld retiró el punto 2. El presidente del tribunal le recordó que su decisión significaba que no podría aludirse de nuevo a aquel aspecto de la acusación. La explicación que me fue ofrecida confidencialmente, en el sentido de que el punto 2 había sido una especie de "truco legal" para poder formular una acusación "general" contra nosotros, no me satisfizo.

En el año 1947 solamente debían celebrarse procesos respondiendo a la acusación da sesinato.

Después de la lectura de los cargos, nos condujeron al patio del *bunker*. Allí empecé por presentarme a mis seis desconocidos de "conjura". Los representantes de la prensa me pidieron unas declaraciones. Sin dejar traslucir lo enfurecido que me sentía por el segundo punto de la acusación, les dije a los periodistas que consideraba una estupidez el hecho de que nos acusaran de haber planeado una conjura "en común", ya que acababa de hablar por primera vez en mi vida con seis de mis "cómplices".

Aquellas manifestaciones aparecieron con grandes titulares en cierta prensa:

"SKORZENY CONSIDERA UNA ESTUPIDEZ EL PROCESO CONTRA EL."

Expuesto de este modo, parecía una impertinencia por mi parte, y éste fue el sentido que seguramente quisieron darle, tergiversando mis palabras.

Durante los tres días siguientes, mis "cómplices" —cinco oficiales de la Marina, tres del Ejército de Tierra y uno de las Waffen SS— y yo tuvimos mucho trabajo. Los defensores que nos habían sido asignados, el teniente coronel Robert D. Durst, el teniente coronel Donald McClure y el comandante L. I. Horo-

witz, nos sometieron a unos duros interrogatorios. No comprendía lo que se proponían con ello. El último día, el teniente coronel Durst, que encabezaba la defensa, me lo aclaró. Aquel día estrechó por primera vez mi mano, asegurándome que estaba absolutamente convencido de mi inocencia y de la de mis compañeros.

Dijo que me defendería como a su propio hermano. Y cumplió su palabra. Siguió explicándome que, de acuerdo con el orden jurídico especial al que estaban sometidos los tribunales de Dachau, la defensa estaba obligada a la búsqueda objetiva de la verdad, lo cual significaba, hasta cierto punto, una colaboración con la acusación. Los tres defensores americanos tuvieron pronto la compañía de otros siete alemanes, que se ofrecieron voluntariamente. Les dije con toda claridad que no podían esperar retribución alguna por sus servicios, ya que todos éramos pobres de solemnidad, y que lo único que podíamos hacer era entregarles una letra aceptada, sin fondos y sin fecha. Pero los abogados alemanes mantuvieron su ofrecimiento. Tuve una gran alegría cuando al cabo de unos días se presentó un compatriota mío, el doctor Peyer-Angermann, de Salzburgo. Se había hecho detener en Salzburgo para poder venir a Alemania en una conducción de presos. En aquella época, era el único medio que existía para trasladarse desde Austria a Alemania.

La mejor virtud del Dr. Peyer-Angermann era su sinceridad.

—Antes de decidirme a venir —me dijo—, me he informado de sus antecedentes. Los informes han sido favorables.

En los días siguientes tuvimos que tomar dos decisiones de mucha trascendencia. El teniente coronel Durst me explicó que se atrevía a garantizar un final favorable del proceso, siempre que el necesario trabajo de equipo se realizase bajo la dirección de un único responsable. Por ello pedía nuestra aprobación para dirigir la defensa del modo que estimara más conveniente; ningún otro defensor debería emprender algo sin su previa autorización. Todas sus decisiones las consultaría conmigo, en mi

calidad de jefe de los acusados. Por consejo de un demócrata, en consecuencia, volvíamos al "principio del Führer".

Medité mucho antes de decidirme a asumir una responsabilidad que afectaba al destino y quizás incluso a la vida de mis compañeros. Desde luego, sólo estaba dispuesto a asumirla si mis compañeros me elegían, democráticamente, para aquella tarea. Hice votar también la concesión de poderes únicos al teniente coronel Durst. Mis camaradas nos otorgaron sin vacilar todos los poderes. Como primera consecuencia visible, tres de los abogados alemanes renunciaron a su actuación. Nos aconsejaron que no concediésemos semejante "pleinpouvoir" al abogado americano. Pero nuestra decisión estaba tomada, y posteriormente quedó demostrado que había sido acertada.

Las semanas que precedieron al proceso estuvieron llenas de dificultades. Al principio, el teniente coronel Durst se mostró conforme con la composición del tribunal. Por mi parte, no me gustó enterarme de que el teniente coronel Ellis, representante de la acusación en el proceso de Malmedy, con el cual no me había entendido demasiado bien, había sido nombrado comandante del "War Crimes Group" de Dachau.

Unos días más tarde el teniente coronel Durst vino a verme, bastante deprimido. La composición del tribunal había sido cambiada: todos sus miembros estarían bajo la influencia del presidente, el coronel Gardner. Teniendo en cuenta el apodo de "the hanging Gardner" con que era conocido el presidente en cuestión, por haber aplicado hasta entonces únicamente sentencias de muerte en la horca, la noticia no resultaba alentadora, ni mucho menos. A regañadientes, accedí a que el teniente coronel Durst se opusiera al nombramiento del coronel Gardner y otros miembros del tribunal. Me daba cuenta de que con ello nos atraeríamos la enemistad de varias personas; pero en el proceso estaban en juego cosas más importantes que los sentimientos personales. Al final fueron sustituidos cuatro o cinco miembros del tribunal, que continuó bajo la presidencia del coronel Gardner. Los nuevos jurados eran todos oficiales americanos que habían luchado

en el frente; a la hora de juzgarnos lo hicieron de acuerdo con su leal convicción.

El teniente coronel Durst organizó rápidamente su equipo de colaboradores subordinados, todos ellos funcionarios civiles del "War Crimes Group". Nos opusimos a la colaboración de un tal Mr. Kirschbaum. Nos habíamos enterado de que en Schwäbisch-Hall había sido el interrogador que obtuvo "más éxitos" contra mis camaradas de la 1.ª División Acorazada SS.

Los acusados estábamos alojados en tres celdas del *bunker* y trabajábamos activamente en la preparación de nuestra defensa. Sin embargo, el hecho de que no nos hubieran entregado ningún pliego de cargos dificultaba nuestra tarea. A los puntos de la acusación, redactados en términos bastante generales, sólo podíamos replicar relatando los acontecimientos tal como habían sucedido. En el punto 1, por ejemplo, nos acusaban de haber luchado utilizando el uniforme del enemigo. Sabíamos que no era cierto. Pero, ¿cómo íbamos a probarlo, ignorando los hechos concretos en que se basaba la acusación? En los puntos 3 y 4 nos hacían culpables del robo de equipos de prisioneros americanos y de paquetes enviados por la Cruz Roja. ¿Cómo íbamos a preparar una defensa, ignorando cuándo, dónde, cómo y por quién habían sido cometidas las "fechorías" de los puntos 3 y 4?

A pesar de todo, pudimos observar un hecho bastante alentador. Después de la acusación oficial, la actitud hacia nosotros del personal de vigilancia americano y polaco no había variado. A los trece meses de residencia en Dachau, podía considerarme como una especie de "ciudadano de honor" del *bunker*. Desde luego, no podía esperar que los guardianes sintieran afecto por mí; pero estaba convencido de haberme ganado el respeto de aquellos soldados, y esto me bastaba.

Cuando me enteré de que se habían hecho numerosas apuestas sobre el resultado de nuestro proceso, el hecho me causó una rara impresión. Los americanos de la defensa y de la acusación apostaban entre ellos fuertes cantidades. Una quiniela controlada por nosotros, los acusados, hubiese sido un buen negocio, pues

al fin y al cabo lo que se ventilaba era nuestra cabeza y nuestra libertad. De todos modos, aquella pasión por las apuestas tenia también su lado bueno: su proporción, que desde el primer momento nos fue favorable y que llegó a ser de 1 a 10, nos permitía calcular nuestras posibilidades.

La tarea de aunar las voluntades y las ideas de los diez acusados no resultó fácil. Entre ellos no había un solo oficial al que conociera de un modo íntimo, ya que —detalle curioso—, ninguno de los miembros de mi Estado Mayor había sido encausado. Al principio, los puntos de vista eran bastante divergentes. Me limitaré a contar cómo gané mi mejor compañero de lucha de aquellos días.

El teniente de navío M., de un modo confidencial, me confesó lo siguiente: era hijo de padre alemán y de madre inglesa, y desde el primer momento se había sentido enemigo del Tercer Reich. Se alistó en mi brigada únicamente para encontrar la posibilidad de pasarse al enemigo. Después de su captura había contado todo esto. Experimentaba también un intenso odio hacia mí, un odio que no podía justificar, puesto que sólo me había visto una vez. Sin embargo, durante su cautiverio había abierto los ojos acerca de muchas cosas, y el concepto que tenia de los aliados varió radicalmente. Su época de prisionero de guerra le había convertido en un buen alemán. Al conocerme personalmente, se habían modificado también sus sentimientos en lo que a mí respecta. Comprendí que, a pesar de sus pasados errores, podía confiar plenamente en él. Efectivamente, a partir de aquel momento fue mi mejor y más leal camarada.

Quiero dar un breve resumen de la vista, dado que la prensa alemana sólo informó con amplitud en los primeros días del proceso, cuando la acusación estaba en el uso de la palabra. A causa de esto, es posible que el fallo constituyese una sorpresa para muchas personas, engañadas por los titulares sensacionalistas de los periódicos.

La vista empezó el 18 de agosto de 1947. El primer testigo de cargo fue mi ayudante y viejo amigo Radl. Se limitó a confirmar la autenticidad de un telex del Estado Mayor de la Wehrmacht, que nadie había puesto en duda, pero al gran público sólo llegó el impacto del ayudante prestando testimonio contra su jefe. Sé lo difícil que resultó para Radl conservar la tranquilidad durante su actuación como testigo de la acusación.

También a algunos camaradas condenados a la última pena en el proceso de Malmedy se les obligó a comparecer como testigos ante el tribunal. El coronel Peiper, acusado número 1 del proceso de Malmedy, manifestó aquella circunstancia en su declaración, para lo cual se necesitaba una buena dosis de valor. Ninguno de aquellos "testigos" nos perjudicó con su declaración, lo cual hacía aún más absurda su presencia allí. Cuando el teniente coronel Durst, con gran sorpresa por mi parte, empezó su intervención atacando vigorosamente el procedimiento seguido en el proceso de Malmedy, todos experimentamos una sincera alegría, pensando que tal vez aquello sirviera de ayuda a nuestros camaradas condenados. Encarándose con el coronel Rosenfeld, que había presidido el proceso de Malmedy y que ahora actuaba de fiscal, el teniente coronel Durst exclamó:

—A usted, con sus dedos empapados en la sangre del proceso de Malmedy, puedo asegurarle que en este proceso las cosas rodarán de un modo muy distinto.

Otro hecho importante fue el relacionado con el testimonio de cargo del comandante Knittel, muy peligroso para nosotros. Knittel se encontraba en la cárcel de Landsberg y no había podido comparecer ante el tribunal, al parecer por enfermedad. La incomparecencia de un testigo tan importante no dejó de extrañarme. Mr. Harry T., ayudante del fiscal, había jurado ante el tribunal que Knittel prestó y firmó voluntariamente su declaración jurada. Pero un ayudante americano de la defensa consiguió entrevistarse con Knittel en Landsberg. Su declaración ante el tribunal cayó como una bomba: Knittel le había jurado que el documento presentado por la acusación era falso, ya que él no

había prestado nunca, y mucho menos firmado, ninguna declaración como aquélla; además, el comandante Knittel gozaba de excelente salud. El evidente perjurio cometido por Mr. Harry T. no tuvo la menor consecuencia para él.

El testimonio de un oficial americano, manifestando que en la época de la ofensiva de las Ardenas había perdido aproximadamente un kilo y medio de peso estando prisionero de los alemanes, resultaba demasiado ridículo para ser tomado en consideración. Un teniente U.S.A., por su parte, declaró que algunos soldados alemanes llevaban una "field jacket" americana encima de sus uniformes alemanes cuando se libró la batalla de Stoumont. Sin embargo, al ser interrogado por la defensa, afirmó que aquellos soldados, hechos prisioneros, habían manifestado pertenecer a la 1.ª División Acorazada SS y no a mi brigada acorazada 150. En el curso del proceso quedó demostrado que muchos soldados alemanes del frente del Oeste habían llevado aquella clase de prendas abandonadas por los americanos en su retirada, para protegerse de los rigores del invierno, contra los cuales resultaban insuficientes los equipos facilitados por el ejército alemán. Al terminar los alegatos de la acusación, el teniente coronel Durst solicitó por primera vez la absolución de todos los acusados. La petición fue denegada.

La aparición del primer testigo de la defensa constituyó una sorpresa para toda la sala, y de un modo especial para los acusados: se trataba del *wing-commander* británico F. Yeo-Thomas el cual había desempeñado un importante papel en el movimiento de resistencia francés, por encargo del Servicio Secreto inglés. El nombre me sonaba de algo; no tardé en recordar que lo había visto en el conocido libro de Eugenio Kogon "Der SS-Staat" (El Estado de las SS). Pero en aquel libro se decía que a F. Yeo-Thomas le habían liquidado en un campo de concentración. Y ahora, aquel hombre se disponía a testimoniar en favor de su antiguo adversario alemán. Su declaración estuvo basada principalmente en las operaciones "especiales" llevadas a cabo por los ingleses, las cuales justificaban la aplicación de métodos simila-

res por parte alemana y era un medio de lucha absolutamente legal. Desgraciadamente, no pude estrechar su mano cuando terminó su declaración con estas palabras:

—El coronel Skorzeny y sus oficiales han actuado y luchado siempre como caballeros.

Tres oficiales americanos de unas guarniciones cercanas a Munich se habían ofrecido también a la defensa para atestiguar en nuestro favor; sin embargo, su presencia no fue necesaria.

Tras declarar otros testigos de la defensa, ocupé, en nombre de todos mis camaradas, la silla colocada en el centro de la sala. El teniente coronel Durst me pidió que informara al tribunal acerca del planeamiento y la puesta en marcha de la operación "Grifo". Un mapa de la región colgado de una de las paredes me ayudó a hacer más comprensibles mis explicaciones.

Por desgracia, no pude referirme al llamado "plan Eisenhower", la supuesta operación contra el Cuartel General aliado. El tribunal había aceptado una petición de la acusación para que no se hablara de aquel tema.

El informe del teniente coronel McClure, uno de los defensores, terminó con unas palabras que causaron una profunda impresión:

—Señores míos, si en alguna ocasión tuviera en una unidad de combate a mi mando a unos hombres como los acusados, me sentiría orgulloso de ellos.

El 9 de septiembre, en una sala llena a rebosar, se dictó el fallo absolutorio para todos los acusados. Antes de que pudiera estrechar la mano de mi defensor, vino a mi encuentro el fiscal, coronel Rosenfeld. Me tendió su mano, pero ignoré aquel gesto. Me felicitó, diciéndome que al acusarme se había limitado a cumplir con su deber y con las órdenes que había recibido. ¡No lo hubiese hecho a gusto! Mi respuesta no fue menos concreta: "Entonces, señor coronel, debiera usted comprendernos a nosotros, los alemanes, que no hemos hecho otra cosa que obedecer a los mandos, cumpliendo con nuestro deber".

Unas horas después de la absolución estábamos de nuevo en el *bunker,* pero esta vez para recoger nuestras cosas y trasladarnos al campo general. Las felicitaciones, incluidas las de los guardianes, eran sinceras. Nuestras dificultades parecían haber terminado. Nunca olvidaré la recepción de que nos hicieron objeto los camaradas cuando entramos en el campo; entre otras cosas, me esperaba una comida al estilo vienés preparada por Radl y Hunke.

Mis compañeros de causa se preparaban para regresar a sus hogares. De los diez acusados sólo quedaríamos retenidos un camarada de las Waffen SS y yo, afectados por la llamada "detención automática". Era una ley que afectaba aún a centenares de miles de alemanes, de modo que no nos pesaba demasiado tener que quedarnos.

No llegué a despedirme de los compañeros que regresaban a casa. Inesperadamente, el mediodía del 12 de septiembre de 1947 me condujeron de nuevo al *bunker,* al parecer sospechoso de "war crimes". La fiesta de despedida en honor de mis camaradas y en conmemoración del cuarto aniversario de nuestra acción en Italia se celebró sin mi presencia.

Desgraciadamente, mi defensor americano, el teniente coronel Durst, no podía ayudarme ya a aclarar aquel evidente error.

Entretanto, los periódicos habían publicado con grandes titulares:

"EL CORONEL SKORZENY, QUE ACABA DE SER ABSUELTO, SERA ENTREGADO PROBABLEMENTE A DINAMARCA O A CHECOSLOVAQUIA."

Las nuevas acusaciones no eran creídas ni siquiera por los guardianes del *bunker,* los cuales me trataban con cierta deferencia. Un teniente polaco, que se encontraba en el *bunker* sospechoso de espionaje en favor de los rusos, y al que sus compatriotas del servicio de vigilancia tenían una evidente consideración, me propuso huir con él. Rechacé aquella propuesta, como

había rechazado otras semejantes. El asunto debía aclararse; antes de quedar en libertad, quería eliminar toda sospecha acerca de mi actuación durante la guerra.

Al cabo de un par de semanas la cuestión quedó resuelta. Nunca había existido una petición danesa de entrega. Probablemente se trataba de una confusión, aunque no podía descartarse la posibilidad de que el error hubiese sido voluntario. Lo mismo sucedía en el caso de Checoslovaquia. Fui trasladado de nuevo al campo general, donde se repitió en mi honor la fiesta a la que no había podido asistir. De todos modos, fueron necesarias otras dos semanas para que la santa burocracia, que reinaba también allí, me borrase definitivamente de la lista de los "criminales de guerra". Probablemente derramó gruesas lágrimas de tinta por ello.

Ahora, todo el mundo, incluido el comandante del campo, se mostraba amable conmigo. Un sargento del servicio de vigilancia opinó que mi uniforme de prisionero de guerra estaba demasiado ajado y ordenó que me confeccionaran un traje nuevo en la sastrería del campo, con tela militar alemana. Otro me invitaba a una taza de café; un tercero me regaló varios libros. En todas mis conversaciones con el personal americano me daba cuenta de que volvía a ser un soldado entre soldados, a pesar de que seguía compartiendo la suerte de los demás prisioneros.

Había oído hablar muchas veces de los trabajos de la "División Histórica" americana en Neustadt an der Lahn: con la ayuda de oficiales alemanes, llevaba a cabo una exhaustiva tarea de investigación acerca de la Segunda Guerra Mundial. Cierto día nos invitaron a Radl y a mí a redactar un informe sobre nuestra actuación en Italia. Radl y yo queríamos terminar juntos aquel triste período, después de haber vivido juntos épocas mejores. Solicitamos el traslado a Neustadt para poder trabajar en las mismas condiciones que los otros oficiales.

El traslado se llevó a cabo en un coche celular. Aquel medio de transporte indigno —y ahora completamente injustificado—, palió bastante la alegría que sentíamos al abandonar Dachau. Con

gran sorpresa por nuestra parte, nos llevaron de nuevo al Camp King de Oberursel, y nos encerraron en celdas individuales. Al día siguiente nos pusieron juntos en una celda algo mayor, pero en aquellas condiciones decidimos no trabajar para la División Histórica. Así se lo manifestamos al jefe de aquella división, coronel Potter, el cual nos visitó en compañía de algunos oficiales. El coronel comprendió lo justificado de aquella queja, pero transcurrieron varios días antes de que nos trasladaran a la residencia "Alaska", habitada por tres personas.

Previamente, y de acuerdo con las normas del Servicio Secreto, nos habían bautizado con unos nombres supuestos. Radl se llamaba ahora Baker, y yo quedé convertido en Abel. Llegamos a la residencia a la hora de la cena. Dos oficiales a los que conocíamos de la época de nuestra campaña italiana se presentaron muy seriamente como X-Ray y Zebra; la situación resultó verdaderamente cómica. En la mesa había también una dama, a la cual pudimos identificar como miss Mildred Gillard, una norteamericana que durante la guerra, y bajo el seudónimo de Axis-Sally, había realizado una vigorosa campaña anticomunista a través de las emisoras alemanas.

Los nervios y la salud de Axis-Sally habían sufrido mucho durante su prolongado cautiverio. Pero, a pesar de sus cabellos blancos, continuaba siendo una mujer muy interesante, ya que poseía una gran cultura. Con ella mejoramos nuestro defectuoso inglés, y muchas horas de la noche las pasamos en su habitación jugando una divertida partida de bridge, con una taza de café del desayuno recalentada y un trozo de pan tostado hábilmente sobre una plancha eléctrica.

Miss Gillard era huésped permanente de la residencia "Alaska" desde hacía más de un año. Por ella me enteré de la suerte de muchos alemanes que durante aquel espacio de tiempo habían pasado unas "vacaciones obligatorias" en la residencia. Cuando nos prestaron un aparato de radio, nuestra habitación llegó a parecernos un palacio, ya que incluso disponíamos de sábanas, que nos habíamos traído de Dachau.

El 6 de diciembre de 1947 estábamos cenando miss Gillard, Radl y yo —los otros inquilinos de la casa se encontraban de permiso— cuando alguien gritó:

—¡Coronel Skorzeny! ¡Su esposa está delante de la casa!

Por un error, que probablemente tuvo desagradables consecuencias para el oficial de guardia, mi esposa pudo pasar conmigo tres breves días en la residencia "Alaska".

Al llegar las Navidades, a Radl y a mí nos concedieron quince días de permiso bajo palabra de honor. Naturalmente, cumplimos nuestra palabra y nos presentamos puntualmente. Fue mi primer reencuentro con la vida alemana más allá de la alambrada de espinos. Era el invierno del hambre. La miseria era espantosa. Nuestra primera visita fue para Hanna Reitsch, que vivía en Oberursel. En su casa conocí a un sacerdote católico. Conversé largamente con él. Nuestros puntos de vista no eran siempre coincidentes, pero nos separamos como dos hombres que se respetan y se comprenden mutuamente.

Luego visité Wiesbaden y Berchtesgaden. En todas partes me encontré con viejos amigos. Los funcionarios del Gobierno Militar americano, a los cuales tenía la obligación de presentarme, se mostraron sumamente amables. Mis conversaciones con el hombre sencillo de la calle me hacían comprender las graves heridas que la guerra había abierto. Me alegraba de poder mirar cara a cara a aquellos hombres y mujeres humildes, pues era tan pobre como ellos y había perdido todo lo que antes poseía. Ante los numerosos mutilados de guerra, casi me avergonzaba de mis miembros sanos.

A finales de febrero de 1948 había terminado nuestro trabajo para la División Histórica. El fantasma de Hitler rondaba aún por la imaginación de muchos. Cierto día se presentó en Oberursel una comisión encargada de investigar el informe de un antiguo soldado de la Luftwaffe, según el cual había sido uno de los guardianes de un aeródromo particular de Skorzeny, situado cerca de Hohenlychen. Allí me había visto bajar en compañía de Hitler de un "Storch" que yo mismo pilotaba, en los primeros

días de mayo de 1945. ¡Ojalá el pobre muchacho no haya tenido que pasar demasiado tiempo en un manicomio!

En febrero de 1948, los periódicos publicaron una nueva leyenda: un oficial de Skorzeny había declarado que, por orden de su jefe, acompañó a Hitler en un "Ju-52" desde Berlín a Dinamarca. Allí reemprendieron el vuelo en dirección a España, pero el avión fue derribado cerca de la frontera franco-española. El oficial en cuestión había resultado herido en la cabeza. No conocía de nada a aquel individuo, y posteriormente se reconoció en Nuremberg que su declaración carecía de toda base.

Al llegar a la cárcel de Nuremberg, tras nuestra estancia en la residencia "Alaska", recibimos una pequeña sorpresa. El servicio de seguridad interior había sido confiado a una compañía de "black soldiers" (soldados negros). Nunca he visto guardianes más correctos. En 1945, durante el proceso contra los principales "criminales de guerra", tenía la impresión de que los guardianes, en aquella época blancos, habían sido aleccionados en el sentido de que debían vigilar a "criminales" o a "animales salvajes". Y muchos de ellos actuaban en consecuencia. Los soldados negros, al parecer, no habían sido sometidos a aquella propaganda. Ni siquiera intentaron quedarse con algún "recuerdo" nuestro.

El departamento de testigos de la cárcel de Nuremberg estaba ahora bastante menos poblado, pero creo que al disminuir en número habían aumentado en calidad. Había allí técnicos en aceros, químicos, científicos y economistas. En el curso de largas conversaciones con aquellos hombres, aprendí muchas cosas que habían de beneficiarme en mi vida futura. En aquella época acababa de terminar el proceso Flick y se habían iniciado los procesos IG-Farben y los de la Wilhelmstrasse. Probablemente me habían llevado allí para que compareciera como testigo en el caso Schellemberg.

Por cierto que Schellemberg estaba bastante preocupado, creyendo que iba a tomarme el desquite por las declaraciones poco amables que había hecho acerca de mi persona. Con ello demos-

traba una vez más que no me conocía en absoluto. En realidad, no estaba enterado de ningún hecho que pudiera interesar al tribunal de Nuremberg como demostrativo de que Schellemberg se hubiera hecho reo de algún "crimen de guerra". Pero tampoco pude atender el ruego de Schellemberg para que atestiguara su participación en la conjura del 20 de julio de 1944, o por lo menos su relación con los conjurados. Tratándose de unos acontecimientos históricos tan serios, quería atenerme a la pura verdad.

Recuerdo dos conversaciones sumamente interesantes que sostuve con el profesor Kempner, que actuaba de fiscal, y con el presidente del tribunal, capitán Musmano, los cuales se mostraron muy amables conmigo, aunque supongo que en su actuación oficial prescindían de toda amabilidad. Las dos conversaciones tuvieron como tema central a Adolfo Hitler, aunque en el fondo es posible que existiera también cierto interés por mi persona. Les conté la impresión que me había causado la poderosa personalidad de Hitler cuando le conocí, en 1943. Pero también les expliqué el penoso efecto que me produjo en nuestra última entrevista, cuando se había convertido en un hombre viejo y agotado, aplastado por el peso de sus preocupaciones. Traté de que el profesor Kempner comprendiera lo que me había impulsado, lo mismo que a otros muchos alemanes, soldados o no, a cumplir con mi deber hasta el último momento. "Las personas de carácter, le dije, no se apartan del camino que han escogido voluntariamente. El oportunismo puede resultar provechoso en determinadas circunstancias, pero el hombre que lo practica no conseguirá hacerse respetar por los demás". Creo que el profesor comprendió mis puntos de vista. Su despedida fue para mí una prueba de ello y, al mismo tiempo, el mejor cumplido que me haya dirigido un antiguo adversario. Me dijo:

—Coronel Skorzeny, estoy convencido de que a la larga se impondrá usted con su comportamiento.

Con el capitán Musmano hablé largamente sobre Mussolini e Italia, a la que él conocía perfectamente. Más de una vez me he preguntado si era simple casualidad el hecho de que Hitler

y Mussolini tuvieran tantos puntos en común y tantos rasgos similares en su destino. Ambos se interesaban por la arquitectura, ambos apreciaban al filósofo Nietzsche y ambos soportaban el trágico destino de la soledad humana. Ninguno de los dos tuvo un verdadero amigo; estaban rodeados de muchos lacayos y de muy pocos hombres. Por casualidad recordaba dos citas de Nietzsche, que había oído en boca de Hitler, y también en la de Mussolini. ¿Las habían escogido acaso como lema para sus vidas?

¿Acaso intento hacer mi felicidad?
No; intento hacer mi obra.

Y las breves pero significativas palabras:

Vive peligrosamente.

Tras aquel último intermezzo en Nuremberg, Radl y yo fuimos internados, por expreso deseo nuestro, en el campo alemán de Darmstadt. Queríamos pasar también por el "molino de la desnazificación". No sentíamos ningún temor, ya que nunca habíamos luchado contra los intereses de Alemania ni del nuevo Estado de Hessen, ni habíamos participado activamente en asuntos políticos. Y los aliados, contra los cuales habíamos luchado, habían certificado con su absolución que en nuestra actuación nos limitamos a cumplir con nuestro deber de alemanes.

Tampoco debíamos temer los llamados "cargos formales", de acuerdo con una justa interpretación de las sentencias de Nuremberg contra las organizaciones. Llevábamos ahora casi tres años de internamiento. Sin ánimo de establecer comparaciones odiosas, me limitaré a recordar que un atraco, por ejemplo, no se castiga con más de tres años de prisión, si el autor no es reincidente.

La vida del campo de concentración, que millones de alemanes han llegado a conocer, no necesita ser descrita. Es posible que unos campos fueran mejores y otros peores que el de Darms-

tadt. Los miembros de la administración civil y el personal de vigilancia me trataron bien, en términos generales. Para ellos, su empleo significaba una posibilidad de ganarse el pan que no aceptaban por gusto, sino por pura necesidad, si no querían encontrarse sin trabajo.

No tardaron en nombrar un presidente para nuestro próximo proceso. En su calidad de antiguo oficial de la reserva nos comprendía perfectamente y expresó su propósito de incoar el proceso con toda la rapidez posible y con las máximas garantías para nosotros.

Entretanto, habíamos llegado a ser los dos últimos de nuestro grupo que continuábamos internados. Ahora que todos mis antiguos subordinodos habían dejado detrás de ellos las puertas del campo, creia que también para nosotros había llegado el momento de mirar desde afuera el alambre espinoso.

A fin de no permanecer inactivos, íbamos voluntariamente a quitar escombros a Darmstadt. Nos entendíamos perfectamente con la población civil y con los obreros de la construcción con los cuales manteníamos contacto. Recibíamos muchas demostraciones de simpatía: el expreso "escombrero" de Darmstadt paraba en pleno trayecto para ahorrarnos una caminata, o los estudiantes de la Alta Escuela Técnica nos traían cigarrillos adquiridos en el mercado negro a precios elevadísimos, o la mujer de la casa contigua nos invitaba a postres y café durante el descanso del mediodía.

Nuestras esperanzas en un proceso rápido resultaron fallidas. El primer señalamiento quedó aplazado, ya que a un alto funcionario del Ministerio especial se le ocurrió la idea de que debían acusarnos por la "Operación Mussolini", considerándola un acto político. Una idea que no se le hubiera ocurrido ni al más severo de los interrogadores extranjeros del campo de Dachau. El segundo señalamiento fue también aplazado por orden superior, alegando la llegada, media hora antes del comienzo de la vista, de nuevos e importantes documentos. Nos dimos cuenta de

que estaban actuando fuerzas desconocidas que deseaban entorpecer el curso de la justicia.

Entretanto, me movía por el campo de Darmstadt con los ojos muy abiertos. La corrupción, el soborno y los negocios sucios estaban a la orden del día. Incluso los periódicos se ocupaban de aquellas escandalosas historias, que no podían ocultarse del todo. Los acusadores públicos eran el centro de tales "actividades". ¿Debía permitir que aquellos hombres reprochasen mi idealismo, mi amor a Alemania, un amor que ellos eran incapaces de sentir y de comprender? Radl, que poseía unos amplios conocimientos jurídicos, elaboró una lista con más de 70 casos comprobables de soborno y corrupción, en los cuales estaban complicados el personal de vigilancia y los miembros del tribunal "desnazificador". Entregó la lista a un periódico, el cual se limitó a publicar un extracto. Radl no fue llamado a responder de aquellas acusaciones, hecho que basta para demostrar su exactitud. Empecé a dudar de la conveniencia de someterme a un proceso en tales condiciones. Pero decidí esperar un poco más. Cuando nombraron a un nuevo fiscal, un tal Herr Hammel, en el mes de julio de 1948, le rogué que ordenara investigar los cargos presentados contra mí, como es de ley antes de incoarse un proceso formal. Estaba convencido de que podría refutar aquellos cargos durante la vista, poniendo con ello en ridículo al tribunal. No tenía el menor interés en provocar tal situación, que podía ser evitada efectuando las pertinentes diligencias aclaratorias. Sin embargo, insistí en que, de comprobarse la falsedad de los cargos, mis denunciantes fueran procesados por perjurio.

En mi presencia se envió un telex a la brigada de investigación criminal de Heidelberg, rogándole que investigara uno de los cargos presentados contra mí: un soldado había jurado que yo le condené a muerte porque no quería participar en una operación.

Al cabo de varias semanas llegó la respuesta: en la nueva declaración no figuraba mi nombre para nada. Cuando le exigí a Herr Hammel el procesamiento de aquel individuo, se encogió de hombros, diciéndome:

—El tribunal tiene otras tareas más importantes de que ocuparse.

Al oír aquellas palabras, repliqué que, en tales circunstancias, mi paciencia no tardaría en agotarse y un buen día desaparecería del campo.

El segundo testigo de cargo, un capitán de ingenieros, se hundió por completo durante la vista contra Radl. Declaró, llorando, que todas las declaraciones que había efectuado contra Radl y contra mi eran falsas, y que se había visto obligado a hacerlas bajo presión. Tampoco el capitán G. fue acusado por perjurio. A pesar de todo, quise efectuar otra tentativa cerca de mi nuevo acusador Haas. Mi proceso se había aplazado por séptima vez En el curso de prolongadas discusiones, traté de encontrar una base de entendimiento con el señor Haas, a sabiendas de lo preconcebido de su actitud. Cuando quise explicarle algo de tipo militar, me interrumpió: "De eso no entiendo nada ni quiero saber nada. Me tiene completamente sin cuidado".

Entonces, mi paciencia se agotó. Le dije claramente que abandonaría el campo. Aquella última discusión tuvo lugar el 25 de julio de 1948. A todos los funcionarios del campo con los cuales me tropecé les manifesté mis intenciones.

Cuando mi proceso fue aplazado por séptima vez, se agotó mi paciencia. Manifesté claramente a todo el mundo, incluso a los funcionarios del campo, que había decidido marcharme. Era el 25 de julio de 1948.

La última noche que pasé detrás de la alambrada de espinos revisé mentalmente los largos meses de mi cautiverio. A pesar de las desagradables experiencias que había vivido, no sentía el menor odio; si acaso, un inmenso desprecio hacia cierta clase de individuos que deseaban perjudicarnos sin reparar en medios. El sincero adversario de ayer, que luchaba abiertamente por sus convicciones, mañana podía ser mi amigo. Con el enemigo falso y cobarde, cuyas armas son la mentira y la calumnia, no hay posibilidad de entendimiento.

En mi caso, no puede hablarse propiamente de una "huida".

Resultó sencillísimo abandonar una residencia que había buscado voluntariamente para que se me hiciera justicia. Me puse en camino el 27 de julio de 1948. Lo inicié sin necesidad de alicates, ni de escaleras de cuerdas, ni de sobornos. Di un paso decisivo el paso decisivo hacia una vida nueva, hacia la LIBERTAD.

FIN DE LA OBRA